

LLUÏSA PIÑOL

LOS HILOS DEL TIEMPO



Los hilos del tiempo

Lluisa Piñol



Rocaeditorial

LOS HILOS DEL TIEMPO

Lluïsa Piñol

Un joven ingenuo, llamado Alicio, va en busca de su tía desaparecida. Lo único que sabe es que ella ha partido de viaje tras la pista de una antigua figura egipcia que la leyenda tacha de maldita.

Lo que empieza siendo una investigación inocente va transformándose en un viaje lleno de situaciones tan inesperadas como peligrosas. Tras pasar por distintas ciudades europeas, Alicio encontrará su destino en un monasterio recóndito en una pequeña isla griega. Allí conseguirá entrar en su biblioteca, un lugar anclado en el medievo y que guarda en su interior secretos muy valiosos.

Una enigmática aventura cargada de historias ocultas que se entretajan entre ellas desde una remota sexta dinastía egipcia hasta nuestros tiempos. Un antihéroe que acabará siendo él mismo la última pieza necesaria para esclarecer el entramado y acabar con la maldición. Una novela que atrapa por completo y hará viajar al lector hacia un mundo épico lleno de revelaciones.

ACERCA DE LA AUTORA

Lluïsa Piñol, nacida en Barcelona, confiesa que su afición por la escritura nada tiene que ver con los estudios técnicos que realizó ni con la trayectoria profesional que tomó, sino que tiene sus raíces en la imaginación de su infancia, cuando de muy niña empezó a inventar historias. A partir de los siete años sintió la necesidad de escribirlas en un papel y así nacieron sus primeros cuentos. Más tarde, con la rebeldía de la juventud y a golpe de *rock* y *blues*, escribió surrealistas poesías sin métrica ni medida. Y tras la llegada de la maternidad, sin prisas, empezó a gestar su primera novela. Su interés por la lectura, por las culturas antiguas y el origen de las palabras, la observación de las aves, la jardinería y la música, junto a los paseos sosegados por los bosques y su familia, siguen alimentando su creatividad literaria.

ACERCA DE LA OBRA

Una aventura épica en búsqueda de una figura antigua del Egipto de los faraones.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Agradecimientos

Créditos

A mi hijo Jethro,
por la exquisita calidad de su alma.
Y a mis dos pequeñas nietas, Carla y Emma,
por añadir su luz a mi vida.
Para ellos, mi sentimiento más puro.
Mi canción de amor más bella.

Capítulo 1

*E*ran las cinco y media de una luminosa tarde de septiembre de 1984.

Llevaba dos días enteros pudiendo apoyar los pies sobre la mesita o el sofá, incluso con zapatos, tantas veces como le diera la gana. Dos días sin tener que soportar ni las ocurrencias ni la presencia de su tía, que había partido inesperadamente de viaje. Moviendo las cosas de sitio solo por darse el gusto de verlas en distinto lugar. Dando rienda suelta, frente al espejo, a largos soliloquios contra todas las tiranías del mundo. Durmiendo y comiendo tanto como le diera la gana y sin mirar horarios. Dos días siendo el amo absoluto de su vida en aquella casa.

Si esa tarde de septiembre le hubieran puesto delante un documento, Alicia habría firmado encantado por continuar el resto de su vida tal y como se sentía en aquel instante: el muchacho más despreocupado y bendito de un pequeño valle mediterráneo.

Pero cuando le entraron ganas de tomar una copita de jerez con las almendras saladas que acababa de coger de la cocina, su vida dio un giro inesperado.

Recordó que su tía reservaba unas botellas especiales, para ocasiones de gran celebración, en la pequeña bodega que había en el sótano y sintió verdaderos deseos de abrirse una, solo para él.

«¡Por supuesto!», se autorizó con una sonrisa complaciente.

Atolondrado por la impaciencia bajó las escaleras a toda prisa, trastabillando con la torpeza de sus propios pies y yendo a parar de narices contra una de las paredes del fondo del sótano. De tal forma que una hendidura apenas perceptible en el tabique quedó al descubierto delante mismo de su perspicaz mirada. Hendidura que, como pudo comprobar, recorría el muro verticalmente desde una considerable altura hasta el suelo.

Fue su curiosidad casi infantil la que le hizo seguir con el dedo índice la fina incisura y descubrir que, paralela a esta, existía otra. Le resultó, pues, muy fácil deducir que aquello era una puerta oculta en la pared.

Encendió las luces y la examinó con detenimiento hasta que finalmente descubrió lo que bien podía ser una cerradura que había sido ingeniosamente tapada con una pasta del mismo color que el resto de la superficie. Aquel intrigante detalle le espoléó definitivamente.

—¡Un lugar sellado! —exclamó. Su imaginación ya había encendido máquinas.

Entusiasmado por el hallazgo, desdeñó el tema de las almendras y el jerez y decidió abrir cuanto antes esa puerta secreta.

«Tiene que haber una llave escondida en algún lugar.» En dos zancadas subió las escaleras y casi a la velocidad de la luz su instinto le dirigió al prohibidísimo dormitorio de su tía Chuchi.

Como un niño ansioso que busca el juguete oculto, empezó por las mesillas de noche. Sin ningún tipo de precaución ni cuidado abrió, tocó y removió todo lo que contenían: cajitas chinas, pastillas contra la calvicie, piedras de colores, muelas del juicio de sus amigos (su tía las coleccionaba con devoción), pañuelitos de encaje, cordones, caramelos, recetas contra el aburrimiento, cigarrillos, una caja de condones con fecha de caducidad imposible de leer y un largo etcétera de cosas tan inútiles como todas las rarezas incomprensibles de esa peculiar mujer. Ni una llave.

Siguió con el armario, lleno a rebosar de abrigos y otras ropas colgadas. Cajas apiladas de cartón repletas de vestidos de todos los colores y tamaños. Todos revueltos en una orgía de confusión. Mientras los esparcía, no tenía muy claro si aquellos curiosos ropajes habrían pertenecido a los antepasados de la familia o serían las sobras recogidas de un vestuario teatral, pero por si acaso rebuscó dentro de los bolsillos de cada una de las prendas para descartar todas las posibilidades. Tampoco, nada. Metió las ropas en las cajas y cerró el armario, no iba a darse por vencido.

Reparó en el antiguo escritorio de madera, en una de las esquinas de aquella habitación, que pareció mirarle un instante para luego disimular.

—¡Ajá! ¡Claro! ¡Ese es el lugar perfecto para llaves secretas!

Allí estaba ese mueble ostentoso. Una pieza de roble que, según le explicaron, había ido pasando cual joya histórica de una generación a otra. Desde que su memoria recordaba, su tía nunca le había permitido ni tan siquiera tocarlo.

Se acercó con una sonrisa maliciosa, producida por el placer de saltarse otra estúpida prohibición. Abrió la puerta abatible procurando por si acaso no hacer ningún ruido, y con nerviosa agitación miró en su interior: frente a su vista aparecieron tres compartimentos, con cuatro cajones en cada uno de ellos. Sin perder tiempo empezó por los de la derecha. Aparecieron libretas y papeles, cantidades ingentes de folios a medio escribir, llenos de tachaduras, que supuso serían los fragmentos de las muchas novelas que nunca tendrían final. Porque la dueña de todo aquello, además de otras muchas aficiones a las que se entregaba en cuerpo y alma, se pasaba tardes enteras exprimiendo su frustrado talento de escritora.

Miró en los siguientes compartimentos: en uno apareció un pequeño cuaderno con

un rótulo a tinta pintado, «Mis Viajes». Era la letra de su tía: parecía interesante pero lo dejó. Buscaba la llave. Abrió los otros cajones y revolvió impaciente entre los cientos de tarjetas de visita, facturas y recibos de todas las fechas, sellos de ciudades remotas, montones de cartas, sobres y felicitaciones de Navidades lejanas. Nada. Cerró la puerta abatible y siguió con la parte inferior del secreter: dos puertas que al abrirlas mostraron sin ningún pudor dos grandes archivadores laterales. Metió la mano y extrajo varias carpetas repletas de recortes y un sinfín de revistas y viejos periódicos locales. Los fisgonearía en las próximas tardes de aburrimiento. Nada, ni una llave. Empezó a inquietarse. Cerró las puertas, que volvieron a encajar perfectamente, y miró a su alrededor.

«Tiene que estar aquí, estoy seguro», suspiró infundiéndose fortaleza con ese pensamiento. Le gustaban los retos pero tenía que reconocer que los que comportaban dificultad añadida o esfuerzos extras no le motivaban nada. Más bien le producían una pereza inmediata que le llevaba a abandonarlos rápidamente. Sin embargo, este prometía una aventura diferente. No iba a desanimarse.

—Por supuesto que entraré en ese lugar —le aseveró al retrato de su tía, que parecía mirarle incrédula desde la mesa camilla.

«¿Qué tendrá escondido allí dentro?» Le crecía la impaciencia.

Pasó por delante del espejo de cuerpo entero, que colgaba en la pared, y se paró un momento para mirarse en él. Sabía que cuando sentía curiosidad y el corazón le palpitaba excitado, como lo hacía ahora, siempre se le escapaba un brillo especial de sus ojos color avellana. Se acercó, un poco vanidoso, para comprobar la intensidad de su mirada. Sí, le brillaban. Hizo un par de muecas para observarse mejor la barbilampiña cara y luego se revisó el pelo, asegurándose de que llevaba perfectamente recta la raya en el centro de su cabeza. Le gustaba repartir en dos mitades, meticulosamente iguales, su corta y lacia cabellera negra. No tenía dudas de que, gracias a ello, su nariz recta y sus labios proporcionados lucían mucho mejor. Se puso de lado y miró su perfil: tal vez el abdomen le sobresalía un poco más de la cuenta pero no le parecía que ese detalle le afeara mucho. En su opinión, tenía una figura aceptable, a pesar de que no hiciera nada de ejercicio. Era alto y, aunque a sus veintidós años aún conservaba cierto aire de adolescente desgarbado, estaba seguro de que dentro de él había un joven atractivo y elegante que empezaba a mostrarse. «Y no tendrán más remedio que verlo.» Se sonrió a sí mismo convencido de ello.

Así que con el ánimo arriba se puso a palpar las paredes de la habitación revisándolas concienzudamente por si existiera una caja fuerte mimetizada, ya no le

extrañaría en absoluto. Pero ni siquiera detrás de los cuadros la encontró.

Decidido a no abandonar sin haber escudriñado bien todo el cuarto se dirigió hacia la cama y levantó el colchón: nada. Una repentina intuición le hizo agacharse y arrancar de la oscuridad el pesado orinal de cerámica que siempre dormía bajo su tía. Era muy posible que a ella le pareciera que aquel era el mejor escondite del mundo.

Al sacarlo a la luz se sorprendió de su acierto. Un gran manajo de llaves reposaba en el fondo del recipiente. Dio un salto de alegría y no pudo reprimir unos chillidos, como un niño excitado que ha ganado una carrera en el patio contra todo pronóstico.

Justo cuando estaba cerrando la puerta de la entrada, Liboria oyó esos gritos histéricos que venían del interior de la casa. Al principio se sintió un poco temerosa, pero su responsabilidad sobre lo que pudiera suceder allí durante la ausencia de la señora la empujó hacia el lugar del que parecían salir los extraños sonidos, resuelta a averiguar qué era aquello.

Al abrir la puerta de la habitación, ambos se sobresaltaron al ver al otro pero al momento, llevándose las manos al corazón, los dos suspiraron con alivio.

—¡Caray, señorito, vaya susto que me ha dado! ¿Se puede saber qué hace en el dormitorio de su tía y además dando esos aullidos extraños?

—¿Aullidos? —repitió el muchacho poniendo cara de no saber de qué le estaba hablando mientras escondía con la máxima rapidez el gran manajo dentro de su pantalón.

—Y encima tocándose. Si es que hay que tener una paciencia con usted... ¡Venga! No me entretenga, que hoy he venido tarde y no tengo el ánimo para aguantar tonterías de las tuyas. —Y cerró la puerta sin esperar más explicaciones.

Estaba tan impaciente con el descubrimiento y las llaves en su bolsillo que se sintió muy frustrado con la presencia de Liboria.

«¡Habrás que esperar aunque te fastidie! —se recomendó en un tono de asesor que le gustaba mucho usar consigo mismo—. Es de vital importancia que estés solo cuando abras esa puerta secreta. ¿Quién te dice que no esté ahí la fortuna perdida de la familia?». Casi no podía respirar de la emoción.

«¿La misma de la que tanto se ha hablado y de la que nunca se puede concluir nada?», se preguntaba en voz baja mirándose a los ojos en el espejo.

«Exacto.» Esa idea le entusiasmaba.

No tuvo más remedio que revolotear, esperando que Liboria terminara cuanto antes con su faena doméstica. Al rato decidió ganar tiempo. Se prestó a ayudar con lo del polvo en las estanterías y con la horrible cabeza de foca disecada que colgaba de la

pared, que había que abrillantar cada cierto tiempo para que no se quedara seca. Procuró, tanto como pudo, que no se le notaran las ansias que le bullían dentro mientras soportaba una insufrible charla sobre cómo estaba la vida de mal. Al fin, la eficiente mujer dio por bien concluido su trabajo, y con un apremiante adiós la empujó hacia la puerta y luego cerró con llave.

Confiaba en que nadie más le molestaría ya que la casa se alzaba apartada del pueblo costero y la zona estaba muy poco transitada. Además, el tiempo otoñal y la caída del sol habrían recogido a las gentes en sus hogares. Todos sabían que su tía no estaba y eso era garantía plena de que nadie vendría de visita ni le interrumpiría en la tarea que iba a emprender de inmediato. Tomó aire y lo soltó lentamente, por fin.

Sacó las llaves del bolsillo y bajó hecho un amasijo de prisas hacia la bodega.

Al encender las luces del sótano buscó con mucha atención la pasta seca que ocultaba la cerradura, luego hincó la uña sobre ella y tras varios intentos y mucho esfuerzo consiguió liberarla. Cogió la primera llave y probó.

Resultó ser demasiado ancha. Introdujo la segunda y bailó en el interior del agujero. Lo intentó de nuevo con la tercera y con la cuarta, que no giraron, lo repitió con cada una y, aun habiendo tantas en el manajo, con ninguna lo consiguió; se sentó decepcionado frente a la puerta y resopló impaciente.

—Vuelve a probarlo, se te habrá escapado alguna.

Pero volvió a fracasar: ni una lograba mover ese pestillo. Le sudaban las manos y le picaba todo el cuerpo de pura impotencia y rabia.

Casi a punto de abandonar recordó que, no hacía aún tantos años, con una simple horquilla lograba abrir los cajones de la cocina donde se guardaban las golosinas.

Con esa nueva posibilidad animándole buscó afanosamente por los rincones de la bodega hasta que encontró, en el extremo de un estante, un viejo alambre que cumpliría a la perfección la función de ganzúa y se dirigió decidido hacia la impenetrable cerradura. Lo introdujo y lo hizo girar varias veces removiéndolo en su interior con determinación y confianza, empujando al tiempo que tanteaba el movimiento con precisión. Y al fin, la puerta cedió.

Esta vez no quiso gritar de alegría, no fuera que volviera a aparecer aquella mujer tan presta a meterse en todo, así que se contentó con un gran suspiro alegre. El corazón le bombeaba fuerte dentro del pecho y sintió ese intenso cosquilleo que tantas veces le corría por detrás del ombligo: «¡Es el momento de descubrir el gran secreto!».

Tomó aire y empujó con precaución la puerta, que cedió abriéndose con ligereza.

Lleno de incertidumbre, intentó vislumbrar algo en el interior abriendo bien los ojos pero estaba demasiado oscuro, ni un brillo de joyas. Tanteó con la mano la pared junto a la entrada y encontró un interruptor que giró con rapidez.

Lo que quedó a su vista le dejó terriblemente confuso. Se trataba de un salón desordenado, a primera vista ni un tesoro. No era lo que había imaginado.

Miró con más detenimiento intentando entenderlo mejor. En medio de la sala reinaba un pequeño sillón de terciopelo verde. Las cuatro paredes empapeladas en un tono rosa muy pálido estaban repletas de estanterías rudimentarias, que a su vez albergaban muchos trastos en un caos sin sentido. Repartidos por el suelo de la estancia vio algunas cajas y jarrones. Un polvo grisáceo y muy compacto lo cubría todo.

«¿Un... trastero abandonado?», se preguntó incrédulo y decepcionado.

Por el aire enrarecido dedujo que llevaba cerrado desde hacía mucho tiempo, por lo que seguramente ni su tía sabría de él. «No sé si este detalle es bueno o malo para el asunto de la fortuna familiar», oyó comentar a su voz interior. Por encima de ese aire envejecido, notó un olor extraño. Lo olisqueó: quizás se tratara de un viejo perfume que aún emanaba su esencia desde un frasquito olvidado.

A medida que miraba con más atención desde el umbral, toda su expectativa se iba desmoronando convirtiéndose en otro desencanto más que sumar a los que ya tenía en su haber.

«Otra aventura falsa. Un trastero. Siempre me pasa lo mismo.»

«¿Acaso has abierto las cajas? —se recriminó a sí mismo—. ¿No sería lógico que las joyas estuvieran escondidas?»

«¡Cierto!», tuvo que reconocer. Inspiró para coger coraje y entró. Le daba un poco de apuro la apariencia fantasmagórica de ese suelo cubierto de polvo que más bien parecía arena fina. Al pisarla sintió una sensación extraña subiendo por sus pies.

Se acercó a las cajas asegurándose antes de que la puerta había quedado bien abierta y con el corazón en un puño abrió una de ellas: estaba llena de objetos metálicos oxidados. Levantó uno, con las puntas de dos dedos para no mancharse, y comprobó que todo lo que había debajo era herrumbre. Abrió otra caja y encontró trapos y ropas viejas. La siguiente contenía piedras de colores opacos, las miró con más interés pero se convenció de que eran simples piedras de río o de playa junto a conchas de distintos moluscos. Todo estaba lleno de cuerdas gastadas y un sinfín de más cosas sin sentido. Nada tenía valor.

En otra ocasión esos trastos le hubieran fascinado pero ahora le parecía todo

absurdo.

«Se trata de un cuarto de cachivaches que se tapió, simplemente. Si esta es la fortuna secreta que se perdió más vale dejarla perdida, no es más que un montón de objetos tan inútiles como ridículos.» Se sentó en el sillón mascullando. Volvía a estar enfadado con el mundo, como siempre.

Era cierto que su familia estaba chiflada, como decían todos en el pueblo. A buen seguro que habían guardado, cual oro en paño, una buena colección de artefactos y cacharros recogidos por los caminos. Un tesoro familiar en libros de viejo que, aunque le gustaran mucho, no dejaban de ser una herencia totalmente desmotivadora.

Así que se levantó con el anhelo de todo el día hecho añicos.

«¿Qué te creías?», le reprochó a su áter ego, que ahora había enmudecido.

Devolvió las llaves al orinal y se obligó a borrar de su mente otra aventura ridícula como todas las que había vivido. Al menos eso lo sabía hacer muy bien.

Pero antes de salir del dormitorio de su tía aún volvió a mirar el antiguo secreter. Cogió una silla y se sentó frente a él. Tiró de los soportes laterales que ingeniosamente salían desde el interior del mueble y apoyó sobre ellos la puerta abatible que hacía de escritorio. Abrió el cajón y cogió la pequeña libreta. «Mis viajes», leyó en voz alta.

Sabía a ciencia cierta que, cuando se desanimaba, los días y las noches se le llenaban irremediabilmente de hastío. No quería admitirlo pero había perdido de golpe esa agradable sensación de la que había estado disfrutando durante dos días. Era inevitable cuando se daba de bruces contra su realidad. Ahora tal vez ya no conseguiría divertirse ni poniendo la música muy alta.

Desde niño le aterraba el aburrimiento, por eso le plantaba batalla con su arma favorita: su imaginación. Fantaseaba que era el protagonista de alguna aventura épica a la que salpimentaba con todo tipo de proezas y sucesos colosales copiados de sus lecturas preferidas. Abrió la libreta. Intentaría distraer su desánimo espionando cosas privadas de su misteriosa tía abuela, de la que poco sabía, realmente, aunque lo hubiera acogido bajo su cuidado hacía ya muchos años, cuando quedó huérfano de sus padres por culpa de un desgraciado accidente.

Estaba cansado de estar siempre en ese limbo invisible tan conocido para él. Le irritaba que todos le ignoraran. Empezó por la última página.

«Si tengo que ser sincera, este viaje comporta un alto riesgo, muy por encima de cualquier otro. No sé cuándo regresaremos, ni si lo conseguiremos.»

Eran las últimas líneas escritas en la libreta. La inconfundible caligrafía garantizaba

que se trataba de una anotación de su tía Chuchi.

Leyó el párrafo anterior: «De forma inesperada me acaban de llegar noticias. Clec está de acuerdo en que debemos salir de inmediato y en completo secreto, nadie más debe saber adónde vamos».

«Era cierto que se había marchado como si le faltara tiempo. Además no dijo ni adónde iba», reflexionó con extrañeza. «No ha dado señales de vida ni tan siquiera ha dicho cuándo pensaba volver.» Detalles que, la verdad, no le habían importado nada durante esos dos días.

Buscó más información en las páginas anteriores, pero no encontró ni una referencia más acerca de ese viaje. Revisó la libreta y comprendió que era un diario lleno de anotaciones de distintos viajes ya realizados, destinos escogidos, lugares que visitar en ellos, cosas que hacer y temperaturas previstas durante la estancia. Cerró la libreta desconcertado. Recogió los soportes hacia el interior, cerró el escritorio, apagó la luz y se dispuso con el ánimo destemplado y hecho una piltrafa a hacerse la cena mientras se autocompadecía.

Pero sentía una extrañeza inquietante con lo que había leído. Y esa sensación no se marchaba de su estómago ni de su mente. Poco a poco fue transformándose en un pensamiento obsesivo que disparó otra vez la voz de su imaginación:

«¿Y si estuvieran las dos en un peligro fatal? Es una posibilidad muy lógica teniendo en cuenta lo que escribió y el poco juicio de esas mujeres.»

«¿Y si, además, yo fuera el único que se está dando cuenta de esta situación y las acabo salvando? Sería un acto de pura valentía que tendría que ser reconocido.»

Eran un par de posibilidades muy razonables, sí.

«Seguramente, en agradecimiento, te nombraría su heredero universal. La fortuna escondida, la de verdad, la buena, llegaría directamente de su propia mano.» Sonrió.

Aquella nueva idea fue tomando forma en su mente. Cuanto más lo pensaba, más claro veía que ese silencio era un indicio claro de alguna grave situación. Así que decidió elaborar de inmediato un plan de búsqueda y rescate, empezaría por indagar a través de sus conocidos y amigos detalles sobre el motivo de su viaje.

No podía evitar sentirse orgulloso del héroe que llevaba bajo su piel y que luchaba por salir ante cualquier ocasión que se le brindara. Empezaría por la mañana.

Cuando despuntó el alba, ya estaba despierto. Había dormido poco porque el entusiasmo por montar la estrategia de trabajo le había desvelado. Tenía apuntados, con riguroso orden de prioridad, los pasos necesarios y cómo darlos para no levantar sospechas. No quería que nadie se le pudiera adelantar y le robara su idea del rescate.

La noche había sido productiva porque ya tenía confeccionada una lista de habituales en la vida de su tía, gente que venía a visitarla y personas que la saludaban con mayor familiaridad. Estaba impresionado de su gran capacidad detectivesca ante una verdadera misión. Se notaba pletórico y clarividente. Un hombre nuevo y decidido, con estilo, como en las novelas de acción.

—Lo observaré todo sin que nadie sospeche nada —anunció en la soledad de la casa vacía.

Capítulo 2

*E*mpezó por visitar la casa de la señora Cleo, la compañera de viaje de su tía. Quería asegurarse de que tampoco ella había regresado y así reafirmar su sospecha de que eran dos las desaparecidas que tendría que rescatar. Eso acrecentaba la importancia de la tarea que el destino le encomendaba. Y de paso su heroico gesto sería aún más reconocido por todos los habitantes del lugar, los periódicos locales se harían eco de su hazaña, las dos infortunadas damas habrían sido recuperadas a la vida gracias a su temerario olfato, y las dos, por supuesto, le recompensarían agradecidas.

La señora Cleo, amiga de su tía desde hacía años, era una vieja chiflada que vivía al margen de la realidad desde el día en que abandonó el vientre de su madre. Tenía un carácter ligero, al que se le atribuían todas las situaciones inverosímiles por las que había pasado.

Su casa había sido, en otros tiempos, la mejor mansión del valle pero ahora no era más que las sobras abandonadas de un lujoso festín. Lo que antaño había sido una exquisita fachada en la actualidad parecía mantenerse, aquí o allá, cogida por alfileres.

Como única heredera de su familia se quedó con todo el patrimonio. Gracias a ello había vivido una vida sin privaciones durante años. Pero se rumoreaba que ya hacía tiempo que se habían vaciado completamente las arcas familiares, aunque ella lo ignoraba hasta tal punto que creía conservar toda la servidumbre. De los seis criados, que también heredó, solo le quedaba uno o, mejor dicho, menos que uno. Reacio a morir, conservaba en condiciones mínimas solo la cabeza. Su cuerpo menudo y arrugado por la edad se aceleraba y deceleraba sin orden ni gobierno. El pobre procuraba ejercer las labores de los otros cinco, haciendo creer así a su señora que los conservaba a todos, llamándolos por el nombre correspondiente en cada ocasión. Incluso a veces el viejo tenía que soportar estoicamente que le hablara como si fuera cualquiera de los dos maridos que también había tenido.

Los dos matrimonios le duraron poco. Su primer marido había sido un desdichado banquero que a las dos semanas del regreso de la luna de miel embarcó hacia África para sondear un prometedor negocio. La gente del valle comentó que el verdadero motivo fue huir rápidamente de su esposa. La desgracia le llegó cuando unos leones le devoraron en pleno safari.

Unos años más tarde la señora Cleo enamoró a un viejo militar jubilado. De carácter apasionado, en seis meses de matrimonio se le jubiló lo único que aún le daba guerra, llevándole a una fuerte depresión que acabó con su ejemplar vida marcial.

Fue entonces, en el funeral del difunto, cuando entabló amistad con la señora Chuchi.

Ya desde el primer momento congeniaron perfectamente. Su avenencia fue confirmándose a medida que cada una de ellas creía más chiflada a la otra, y juntas formaban el par más extravagante del valle.

Les gustaba reunirse en las tardes de invierno, improvisando fiestas y coloquios con gentes conocidas y forasteras. Bebían y divagaban hasta bien entrada la noche y solían acabar o bien con una jaqueca insoportable o bien por K.O. general.

La primavera y el verano las revitalizaba, les crecía el ánimo hasta el punto de aventurarse en arriesgadas empresas, tales como hacer viajes, conducir en *rallies* locales o incluso colaborar con pequeños contrabandistas de alcohol o tabaco a cambio de una buena caja del cargamento. Cualquier empresa era buena si comportaba riesgo. Por esta razón no era descabellado albergar terribles sospechas sobre una fatalidad.

El joven se detuvo ante la deshecha casa y la miró con atención. En apariencia todo estaba tranquilo, abrió la cancela que daba al jardín y con aire seguro se adentró por el camino de piedras que conducía hasta el porche.

Aunque nunca pudo terminar el curso de jardinería al que le apuntó su tía, iba dando su visto bueno a las plantas y flores. Su nariz olisqueaba concentrada una flor de abelia cuando, al abrir los ojos, tuvo un susto espantoso: allí entre las ramas del arbusto, en una posición extraña, descubrió al viejo jardinero. Se llevó instintivamente la mano al corazón y dio un paso hacia el viejo observando que movía los ojos y las puntas de los dedos mientras se le iba dibujando una sonrisa en los labios. En un visto y no visto, el cuerpo de aquel anciano recobró el movimiento.

Alicio retrocedió espantado. Aunque intentaba no parecer sorprendido, procuró no abrir la boca para evitar que las palabras se le cayeran a trocitos.

—Buenos días, caballero —le saludó aquel hombrecillo con un gesto servicial.

El aludido se aclaró la voz y ya con tono decidido le preguntó quién era.

—El fiel criado de la señora Cleo —dijo colocándose en posición de firmes. Supc de inmediato que aquello le había gustado al joven porque este, con voz más condescendiente, pasó a preguntarle acerca del tiempo buscando alguna complicidad.

—¿Cree usted, buen hombre, que soplará viento esta tarde?

—No parece, señor, pero... a lo mejor... Y empezó a mover las piernas dando saltitos, cada vez más deprisa.

Alicio volvió a sobresaltarse, le miró las piernas y pensó que debía dejar las conversaciones triviales y ponerse otra vez serio si quería que le respetara.

—Mire, conteste sin bromas porque puedo apuntarle en mi lista de sospechosos y gamberros —amenazó con gesto duro. Siempre que leía una novela de detectives ese gesto le gustaba.

El viejo abrió los ojos al máximo y con las manos le hizo señales de paciencia.

No podía creer lo que veía: ¡un anciano tan viejo moviendo el cuerpo a todo ritmo como si nada! Inesperadamente el cuerpo se le detuvo y haciendo una mueca se disculpó:

—Esto es cosa de mis tendones pero no se preocupe, que se me pasa con un traguito. —Y sacó de debajo de la desgastada gorra una botellita blanca, la abrió y pegó un buen sorbo.

—Escuche bien. —Empezaba a sentirse ridículo—. Me gustaría ver ahora mismo a la señora Cleo y sin más numeritos o de lo contrario... —Y con el dedo señaló el bolígrafo que sobresalía del bolsillo de su chaqueta. Creyó que era la única forma de poner en su sitio a ese desvergonzado jardinero.

El viejo devolvió la petaca bajo la gorra y se cuadró sin perder tiempo.

—La señora Cleo no está en casa, señor —dijo como un buen soldado.

Le miró desde más cerca, intentando detectar algún pequeño indicio, algo que le delatara como encubridor o cómplice, aún no sabía muy bien de qué. Pero aquel viejo solo daba muestras de bendita ingenuidad. Carraspeó otro poco y decidió continuar con su trabajo:

—Bien. Soy el sobrino predilecto de la señora Chuchi. Vivo con ella desde hace algunos años.

El criado se inclinó con una elaborada reverencia sabiendo que eso le halagaría mucho.

—Hace ya tres días, mi tía se marchó con la señora Cleo sin dar ninguna explicación sobre su destino. Ahora tengo que localizarla para comunicarle una noticia familiar urgente; por lo que he decidido... —Gesticulaba con grandilocuencia.

—Las señoras se marcharon de viaje con un destino desconocido —cortó rápidamente el criado sin contemplación.

Con todas sus grandes frases agolpadas en la boca, Alicio frunció el ceño.

—La señora Cleo me lo cuenta todo, como cree que soy también su ama de llaves..., pero soy una tumba sellada con sus secretos.

Y bajó la voz al mínimo como si las plantas le pudieran estar escuchando:

—Bien, pues si es así le felicito. Pero por esta vez tendrá usted que hacer una excepción y me contará lo que sabe; tendrá la suerte de convertirse en mi ayudante.

Al viejo no pareció entusiasmarle mucho el nuevo cargo que le imponían pero acostumbrado a conformarse inclinó la cabeza aceptando el nombramiento.

—¿Y en qué consiste ser su ayudante? —dijo apoyándose en la rama de abelia.

—Solo tiene que contarme los pequeños detalles. Vaya..., todo lo que sepa acerca del caso —concretó al tiempo que buscaba su libreta en el bolsillo.

—¿Cree que están en peligro? —se inquietó el anciano.

—Claro que no —le tranquilizó con otro susurro aunque procuró darle cierto aire de intriga—. Pero le ruego que, a excepción de mí, no comente con nadie la situación y mucho menos su paradero.

El arrugado jardinero se sentó sobre una pila de piedras y sacó la petaca blanca, tragó dos largos sorbos y la devolvió rápido a su lugar.

El joven temió, por un momento, que volviera a decelerarse. Se quitó la chaqueta y la dobló cuidadosamente y, con el bolígrafo y el cuaderno a punto, se sentó en posición de experto investigador.

—Pues antes de irse, habló de muchas cosas —empezó el viejo ya transformado en ama de llaves—. La noté muy excitada, me dijo que al fin habían encontrado algo prometedor, aunque arriesgado, y me llenó de besos. Ordenó que abriera los armarios y metiera toda la ropa de verano y de invierno que cupiera en las bolsas de viaje. Tenía mucha prisa, así que me dejó allí y bajó llamando al mayordomo a gritos por las escaleras.

Cuando terminó de anotar las últimas palabras, Alicia levantó la mirada hacia la casa y se extrañó de que en aquella destartada mansión hubiera mayordomo.

El ama de llaves volvía a estar con la petaca metida en la boca. Al instante, su actitud se volvió seria y su posición rígida.

—Bien, ¿sabe cuántos gritos resisten mis oídos?

Alicia estaba atónito. ¿Qué clase de pregunta idiota era aquella?

—Solo resisto tres, y la señora, que lo sabe, llegó a gritarme cuatro veces. Así que acudí lleno de espanto al pie de la escalera.

Entonces comprendió que le estaba hablando el mismísimo mayordomo. No podía dar crédito.

—La señora me ordenó que durante su ausencia me encargara de todo, mantener la casa al día y lo más importante: que nadie cayera en la desidia de la pereza.

Era asombrosa la capacidad de transformación de aquel hombrecillo, su cara poseía ahora los rasgos altivos de un mayordomo, hasta parecía que su piel se había estirado. Estaba totalmente poseído.

—Me encargó que se ventilara la casa como es costumbre cada seis horas, para que así el ambiente siguiera fresco durante su ausencia; me informó de que no podía decirme cuándo regresaría porque se trataba de un viaje completamente distinto a los demás y me entregó unos billetes para los posibles gastos que surgieran, y sin pedirme disculpas en ningún momento se fue hacia el cuarto de aseo. Una hora más tarde se alejó por el camino acompañada por ese inútil del mozo, cargado de maletas y bolsas.

—Bien. —El joven intentaba simular normalidad—. Dos cosas ya tenemos claras: están buscando algo y se trata de un viaje sin fecha de regreso. —Se levantó y sacó un purito, se lo tenía bien ganado. Estaba satisfecho de sus dos deducciones.

—Luego nos reunió a todos para despedirse —prosiguió el jardinero muy colaborador— y, después de cargar las bolsas en el maletero del coche, me pidió que le arreglase un ramito de flores sencillas para ponerse en la solapa del abrigo. Me comentó que iba a buscar a la señora Chuchi y luego irían a casa del señor Néstor. Quería impresionar a ambos llevando una pequeña muestra de su jardín en el ojal. Así que hice un diminuto ramillete que le provocó una bonita sonrisa.

Y dicho esto sacó de nuevo la petaca y dio un pequeño sorbito que saboreó con placidez.

Alicio miró la lista que había confeccionado durante la noche y buscó al señor Néstor: ahí estaba, entre los cinco más asiduos de su tía.

—Es usted un buen ayudante de detective. Ahora le ruego que me diga el lugar adonde fueron; si me ayuda a localizarlas le daré una generosa gratificación —le ofreció mientras le palmeaba el hombro.

El viejo se levantó y le tendió la mano.

—Ha sido un placer trabajar con usted, caballero, pero no me lo dijo. —Y se quitó la gorra para inclinarse humildemente.

El muchacho sonrió por educación.

—Tenga usted los ojos y los oídos bien abiertos mientras tanto por si tuviera noticias. Volveremos a vernos. —Y con un gesto se despidió de él.

Ya cuando estaba en la puerta del jardín se giró y gritó:

—Y usted ¿cuál de ellos es?

El viejo no pareció oírle, se encontraba en fase de aceleración.

Capítulo 3

Conoció al señor Néstor en la fiesta de bienvenida que su tía le organizó unos años atrás.

Era el típico seductor que sabía cómo halagar a las mujeres y que siempre procuraba ser el centro de sus miradas. No le caía bien.

Sospechaba que no era más que un vago vanidoso que lo único que buscaba era hacerse con la posible fortuna de su tía, cosa que le preocupaba seriamente porque ella se dejaba agasajar como si fuera una colegiala.

Caminando hacia la residencia de este caballero recordó haber oído que en otros tiempos había sido actor, seguramente mediocre, y que un escandaloso incidente le obligó a dejar los escenarios; ahora se dedicaba a actividades tan poco serias como derrochar en fiestas libertinas, catar vinos e interpretar, para sus amigos, trasnochadas escenas de galanes.

Era un setentón hedonista cuyo comportamiento, para su gusto, pecaba de soberbio tal vez por saberse físicamente agraciado.

Pensando en todo ello arrugó la nariz. «Hay que hacer de tripas corazón.» Y continuó subiendo la calle que le llevaba hasta la casa modernista del señor Néstor Falán, situada en un extremo del pueblo; tenía que mantenerse en la firmeza de disciplina que se había autoimpuesto al levantarse aquella mañana de la cama. «Al menos existe la posibilidad de saber, por fin, a qué lugar ha ido ese par de imprudentes damas.»

Se detuvo en la entrada. Un revoltijo de zapatos y cristalería fina, cual felpudo de bienvenida, se desparramaba ante sus pies. Titubeó antes de apretar el timbre. «¿Será aún demasiado temprano para el señor Falán?»

Nadie acudió a la llamada pero insistió de nuevo. El simple hecho de pensar que le pudiera estar incordiando le pareció placentero. Al rato, la puerta se entreabrió lo justo para que se asomara un bigote mustio.

—Buenos días —saludó el joven, ahora un poco incomodado.

Detrás del bigote el señor Falán se esforzaba por mantener los ojos mínimamente abiertos a la luz del sol.

—Buenas —contestó escuetamente, con claros signos de no distinguir bien a quien tenía delante.

Alicio echó mano de unas disculpas educadas y se presentó sin perder tiempo.

Tan pronto como reconoció al sobrino de su adorada amiga, Néstor Falán abrió la puerta con diligencia y le tendió ambas manos con mucha efusividad. Aquel muchacho siempre le había despertado curiosidad porque no se parecía en nada a su tía, era antagónico en todo. Aburrido, engreído, poco despierto y algo anquilosado en sus movimientos pero, aun así, parecía un elemento singular para invitarlo tal vez a alguna fiesta.

Aún sorprendido por la inesperada visita, y con su mejor sonrisa instalada bajo el bigote, le invitó a que pasara al interior de la casa pidiéndole mil perdones por el desorden que reinaba en ella. Aquella noche, le dijo, habían celebrado una cena en honor a un amigo, y continuó explicándole un sinfín de detalles más en un santiamén mientras se ponía una bata de seda y se recomponía el bigote frente al espejo del salón.

El joven tuvo la sensación de que le estaba tratando con demasiada familiaridad y eso le hizo sentirse inseguro. «Es tan presumido que, ni por un segundo, se pregunta sobre el motivo de mi visita.» Sintió que estaba a punto de cruzar la línea de perdedor si no recuperaba pronto, y sin excusas, el papel protagonista y, al tiempo que respiraba profundamente para infundirse ánimo, buscó en su bolsillo otro purito y lo encendió. Poniendo toda la carne en el asador se sentó sin pedir permiso al dueño del salón.

«Cierto que es el segundo purito de la mañana y puedes marearte, pero con el cigarro entre los dedos bordas tu papel», lo justificó como una exigencia del guion.

El señor Néstor dejó su charla y le prestó atención. Fue en ese momento cuando Alicia atacó sin más preámbulos.

—Bien, dentro de unos días me voy a un crucero y, como mi tía partió de viaje de forma tan imprevista, he pensado que usted, que es un gran amigo de la familia, sería tan amable de indicarme dónde puedo localizarla. He de comentarle algunos asuntos de vital importancia antes de mi partida.

Se había preparado la frase y le había salido del tirón. Aspiró una bocanada de humo y la soltó con solemnidad y, aunque tuvo ganas de toser, se las aguantó porque estaba seguro de que su porte estaba impresionando al señor Néstor, quien ni por asomo había pensado que aquel chico fuera capaz de cruzar ni tan siquiera un charco grande y mucho menos podía llegar a imaginarle tratando asuntos transcendentales con su señora tía. Y como era un viejo zorro en el arte de la fanfarronada, le pareció muy estimulante disfrutar de un día que empezaba tan bien.

Solo había que mirarle, se dijo, para apreciar el enorme esfuerzo del muchacho en

parecer convincente. Sonrió y se retocó de nuevo el bigote.

—Entonces tendremos que sentarnos a charlar un rato. ¿Qué tal si desayunamos primero? —propuso sonriente y señaló hacia la terraza cubierta que se albergaba en el mismo centro de la casa.

Aquello parecía una buena señal y, aunque ya había desayunado, aceptó gustoso.

Entre sorbito y sorbito de café el maduro galán le fue estudiando con calma, cavilaba sobre cómo divertirse y a la vez sacar partido de la situación que el día le había traído.

«Todo está yendo bien; solo tienes que mantenerte en tu papel y soportar lo más estoicamente posible sus intensas miradas. Pronto te dará la respuesta que has venido a buscar y te largarás.» Intentaba no perder sus finas maneras mientras engullía lo que aquel vanidoso le acababa de servir.

Cuando hubieron acabado con la bandeja de los dulces el señor Néstor, exagerando sus ademanes como si estuviera ante un público expectante, le sugirió ir al despacho para hablar del asunto que le había traído hasta allí.

Para llegar debía recorrerse una buena parte de la casa. Era también la excusa que el anfitrión utilizaba siempre que quería impresionar a sus visitantes y disfrutaba mucho cada vez que tenía ocasión de ello.

Se adentró por un espacioso corredor y el muchacho le seguía sin poder evitar asombrarse de los relieves florales que ribeteaban las paredes y el techo, realizados en tamaños naturales, tan frescos y alegres que hubieran podido ser reales. Intentó aligerar el paso para que no se le notara demasiado.

Las puertas a ambos lados, pintadas en un azul dulzón y con suaves formas arabescas, completaban el embrujo del corredor por el que avanzaban como si se adentraran en un mundo de fantasía.

El pasaje desembocaba en otra sala de la que, desde el mismo centro, nacían unas escaleras hacia el piso superior. Por arte de un asombroso efecto óptico, parecían estar apoyadas sobre unas gigantescas plantas que trepaban cual columnas. Alicio, fascinado, seguía al señor Néstor igual que un perrito sigue a quien le muestra un hueso.

Al final de las escaleras se extendía un amplio mirador de paredes acristaladas desde donde se divisaba todo el valle hasta el mar. El techo tomaba su color del mismo cielo, ya que también era de un material transparente, y unos amplios y cómodos sofás se repartían caprichosos con vistosos y enormes cojines esperando a quien los quisiera disfrutar.

El señor Néstor sonrió.

—El Mirador —indicó presentándole muy ceremoniosamente con la mano aquella maravilla.

Desde allí se podían contemplar todos los ocres y anaranjados del valle, que en aquella época del año eran infinitos, sus casitas blancas e incluso a sus gentes yendo y viniendo, y lo que aún lo hacía más bello en su conjunto: el mar.

Pero aquella no era la sala a la que se dirigían, así que continuaron hacia una puerta con forma de cerradura que al abrirla dio paso a una sala de lectura. Antigua como si acabara de ser transportada, palmo a palmo, desde otra época.

Al cruzar su umbral sintió un leve ahogo, intentó que no se le notara, quitándose la chaqueta al tiempo que esbozaba una educada sonrisa.

El señor Néstor se sentó en el sillón que presidía una gran mesa e invitó al muchacho a hacer lo mismo en uno de los dos sillones, un poco más modestos, frente a él.

Con una rápida mirada comprendió que aquel era un lugar de trabajo y de consulta, las paredes habían sido transformadas en biblioteca, los libros se agolpaban de abajo arriba en una cantidad impresionante.

El anfitrión carraspeó para sacarle de su ensimismamiento.

—Este es mi mayor orgullo. Organizar esta biblioteca ha sido mi ocupación más querida, aquí acuden intelectuales ilustres y en ella, en bastantes ocasiones, hemos debatido los grandes dilemas de la humanidad. Es fácil que sientas cierta angustia en el pecho, le ocurre a todo aquel que no está acostumbrado a la atmósfera de las bibliotecas y en particular a la de esta. Los libros suelen comerse el aire que los envuelve —remató con un guiño cómplice, como quien revela un secreto a un no iniciado.

Aquello le molestó. «¿Qué pretende insinuar?» Con un rápido movimiento de labios y manos dio a entender que a él eso no le había ocurrido.

Todo animaba al señor Néstor a jugar más.

—Pero vayamos al asunto que te ha traído hasta mi casa. —Sonrió mientras le miraba paternalmente.

—Sí. Como le comenté, necesito conocer el paradero de mi señora tía y de su inseparable amiga de aventuras.

—¡Ah! ¡Qué dos damas singulares! Hechas para volar sobre el viento de la vida... —teatralizó—. Precisamente ellas son dos asiduas de este salón, amigo mío. Es aquí donde empezó todo.

—¿Todo? —Pretendió no parecer desorientado.

—Bien, aquí siempre empieza o termina algo. En el caso de tu tía y su amiga, empezó.

—O sea que se trata de uno de esos locos viajes...

El señor Néstor se echó a reír recreándose en la divertida situación. Nunca hubiera imaginado tener a aquel muchacho sentado allí.

—No se trata de una alocada correría, joven, sino de una auténtica y apasionante aventura. —Se levantó y caminó hasta un mueble-bar, sirvió un refresco para su invitado y volcó en otro vaso un chorrito de whisky para él.

—Bien, señor Néstor. Yo solo he venido aquí para que usted me indicara dónde encontrarlas. Le agradecería mucho que me lo dijera sin más dilaciones. —Empezaba a sentirse irritado y tenía ganas de marcharse cuanto antes.

El maduro galán volvió a tomar asiento sin prisas y sorbió un traguito. Sabía que estaba consiguiendo lo que pretendía.

—¿No es extraño que no te dijera ella misma adónde iban?

—No creo que se trate de un secreto. —«¿A qué viene ahora esa actitud?», se preguntó temeroso Alicia.

—¿Lo es! —Un brillo especial le inundó la mirada al decirlo.

—¿Debo entender que no va a ayudarme a contactar con mi tía ante unas noticias cruciales que tengo que comunicarle? Le hago responsable de lo que pudiera ocasionar con su conducta. —Se incorporó del sillón con un tono de voz alterado. A teatralizar no le ganaba nadie. Y si tenía que perder la paciencia, la perdía.

—Prometí no decir nada sobre el asunto y no lo haré. Pero... se me está ocurriendo una forma de ayudarte sin faltar a mi palabra. —Tomó aire—. Sin embargo, tendrás que aceptar jugar a un juego. —Sorbó otro traguito observando al chico y esperó unos segundos para reforzar el efecto de sus palabras.

El joven le miraba con cara de no entender nada. Estaba intentando recuperar la seguridad de su personaje cuando el señor Néstor continuó:

—Si eres capaz de resolver un juego de palabras, me comprometo a que tengas la información que has venido a buscar.

En repentizar era, desde siempre, el mejor. Se sentía entusiasmado con la idea que se le acababa de ocurrir.

—¿Un juego de palabras?

Nunca le habían gustado esos retos, es más: tenía verdadera fobia a los jeroglíficos, a los laberintos y a todo lo que tuviera relación con los acertijos. Pero intentó

aparentar desdén por un entretenimiento tan infantil.

El señor Néstor se sintió eufórico y, sin tan siquiera mirar el rostro desolado del joven, volvió a servirse un pelín más de whisky maltés en el vaso.

—Si desentrañas el enigma que te propondré, te ayudaré a saber lo que quieres; pero si, por el contrario, no lo consigues..., entonces me ayudarás tú a mí. ¿Hacemos el trato?

El maduro seductor no cabía en sí de contento. Estaba convencido de que aquel gañán no lograría descifrar jamás un juego de palabras suyo, arte en el que era un verdadero maestro por ser uno de sus pasatiempos favoritos, y la jugada le saldría perfecta. Se aseguraría un compromiso de colaboración, por si algún día lo necesitara, para acabar de enamorar a su tía. El día había empezado muy alentador. Y él era un genio de las estrategias. Hizo bailar el whisky dentro del vaso.

No sabía qué responder. La situación, lejos de lo que había calculado en un principio, la dominaba aquel presumido vanidoso y eso le tenía descolocado. Caminó hasta la ventana para ganar tiempo y miró a través de ella. Todo iba a depender de un juego absurdo. No le gustaba, siempre perdía.

—¡Está bien! —exclamó contradiciendo lo que acababa de pensar—. Acepto. Pero deberá darme un plazo de tiempo razonable.

—¡Claro! Se trata de un juego limpio entre caballeros —aseguró ansioso mientras le tendía la mano para sellar el trato.

Brindaron por el éxito. Cada uno por el suyo.

Cruzaron de nuevo la puerta que daba al maravilloso mirador. El joven volvió la vista hacia el valle pero ahora con el corazón encogido. Bajaron las escaleras colgantes y a través de un aposento, que le pareció un pequeño aforo de teatro, salieron al aire fresco de media mañana. Allí, entre petunias y fucsias, el señor Néstor formuló la adivinanza que había ido tejiendo durante el recorrido:

Habla sin voz y aun así no enmudece.
Sin llave confina el secreto que ofrece.

—Mañana a esta misma hora volveremos a vernos. Creo que es un plazo más que razonable, ¿no?

Creyó que le iba a estallar la cabeza, ni siquiera había entendido ni retenido el enunciado. ¿Cómo iba a encontrar la respuesta?

Un poco indispuerto se apoyó en un banco de madera, sacó su libreta y simuló un gesto de hombre observador, cientos de veces estudiado ante el espejo.

—Repita paladeando lentamente, por favor, las palabras. Muy lentamente. —Creyó que era una buena forma de pedirlo sin dar la impresión de ser un inepto desesperado.

El señor Néstor las pronunció con exquisito placer, tal como paladeaba los vinos en las frescas bodegas. Y, muy complacido, despidió al joven, poniendo así el punto final al primer acto de aquel genial divertimento.

Todavía escribiendo las palabras salió al camino, mientras asentía con la cabeza para aparentar seguridad, aunque no sabía si había conseguido dar esa impresión o todo lo contrario.

A los pocos pasos se giró y echó una ojeada a la mansión modernista. Ahora le parecía sacada de una estrafalaria pesadilla. Caminó cabizbajo con el pecho oprimido, preocupado por el trato que había aceptado.

«No dejarás nunca de ser un tonto irreflexivo», se dijo malhumorado consigo mismo por haberse dejado llevar una vez más por el pronto; no en vano siempre le decían que algún día le costaría caro.

Si no resolvía el acertijo, la palabra dada le impediría sonsacarle más información al único que la poseía y si, como temía, su tía estaba en un terrible peligro, todo su plan se quedaría en nada, como siempre sin dirección ni rumbo.

Aceleró el paso, quería llegar cuanto antes al porche de la casa familiar. Sentarse y resolverlo rápido. «Si los demás lo consiguen, también puedo hacerlo yo.» Aunque empezaba a sentir la sombra de saberse incapaz.

Capítulo 4

*H*abía analizado cada una de aquellas quince palabras con absoluta concentración, leyéndolas en voz alta del derecho y del revés e incluso profundizando en cada una de ellas. Había probado a cambiar el orden dentro de las líneas, buscando separar las sílabas y leyéndolas de nuevo desde otra perspectiva. No había conseguido ningún resultado.

Sabía que la clave de todo acertijo estaba en escuchar dentro del mismo enunciado, pero su cerebro se cruzaba de brazos ante la exasperación de su propietario. Nunca había logrado descifrar nada. Incluso las adivinanzas infantiles, tan populares y fáciles, le parecían retorcidas.

Se levantó, dio un par de vueltas por el porche y volvió al ataque:

Habla sin voz y aun así no enmudece.

—Mira que hay que ser terriblemente estúpido para decir una cosa así —murmuraba entre dientes.

Sin llave confina el secreto que ofrece.

Suspiraba una y otra vez, angustiado. El estómago le bullía nervioso haciendo que se sintiera aún más inquieto, recogió los papeles y releyó las notas que había escrito, nada que tuviera sentido. Estaba cansado y muy desanimado.

Arrugó los papeles y los aplastó con toda su furia contra la mesa como si aplastara la detestable sonrisa del señor Néstor. «He caído en su trampa, como si fuera un niño. Encontrar la respuesta es puro azar, y a mí no me llegará nunca. Ya vuelvo a estar en un callejón sin salida, sin haber ni empezado a caminar. ¿Cómo voy a continuar con mi hipotética operación rescate?» Abandonaría, como siempre. No tenía más remedio.

Eso le revolvió de nuevo las tripas. En realidad, también tenía mucha hambre. Lo dejó todo y entró en la cocina a por un bocadillo.

«Debes tranquilizarte —se aconsejó sin ganas de querer escucharse a sí mismo—. Aún quedan muchas horas por delante para encontrar la solución».

Bendijo a Liboria por acordarse de llenar la nevera y comió, ofuscado, mientras clavaba su mirada en la pared blanca. Cuando acabó se preparó un segundo bocadillo; se sentía mejor a medida que llenaba el estómago.

Sentado al borde de la mesa, se imaginó la cara que pondría el engraido señor Falán cuando le diera la respuesta al enigma. Porque a buen seguro encontraría el significado a ese juego de palabras.

—Palabras —dijo haciendo una mueca de desprecio.

Algo tintineó en su cabeza.

—¡Palabras! —repitió con la sorpresa de quien ve la luz sin esperarla.

Soltó el bocado y salió corriendo a por su bloc de notas, quería comprobar si aquella idea encajaba en el anunciado:

Habla sin voz y aun así no enmudece.
Sin llave confina el secreto que ofrece.

—¡Las palabras! ¡Las palabras escritas! —exclamó entusiasmado—. ¡Claro! ¡Esc
es!

Brincó y rio, no podía creerlo: había encontrado el hilo que deshacía ese ovillo enmarañado con el que se había estado asfixiando. Solo tenía que tirar de él. Lo conseguiría y, lo que era más excepcional aún, ¡lo había hecho sin ayuda de nadie!

Dio un par de vueltas sobre sí mismo, extasiado con los papeles en alto, y lanzó besos al aire. No le cabía en el pecho tanta alegría.

Como la noche empezaba a caer y estaba tan orgulloso de su proeza, decidió darse un descanso y encender un purito.

—Me lo merezco, ya he hecho lo más difícil.

Fumaba con una sonrisa observando los colores que en una serena armonía se diluían en el cielo, la misma que él sentía. Luego, cuando la oscuridad lo invadió todo, se levantó y encendió las luces: había llegado el momento de tirar del hilo.

Escribió «Palabras» y luego dibujó una flechita, puso a su lado «Mensaje escrito», se levantó y dio una vuelta por la sala pensando en eso. Luego volvió a sentarse y le salió sin apenas esfuerzo «Libro». «Poseo una mente aguda aunque todos se empeñen en creer lo contrario.» Inspiró, llenándose el pecho de aire, orgulloso de sí mismo.

Un libro, eso era lo que habían ido a buscar. Todo había nacido en aquella biblioteca, le había dicho, entre libros. Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba. Esa era la solución al enigma. Seguramente un libro que guardaba un secreto peligroso.

Se le iluminó la mirada y creció como un gigante.

Durmió toda la noche de un tirón y al despertar se levantó con una energía que le desbordaba. Preparó un exquisito desayuno y lo disfrutó en el jardín, escuchando

música.

Sin prisas escogió su mejor traje y ensayó unas cuantas miradas, lo más secas y duras posible, frente al espejo. No hacía falta ser muy observador para advertir su impactante nuevo estilo.

—Si te viera ahora mismo tu tía, ni te reconocería —se agasajó sin modestia—. Solo Humphrey, quizá, podría comparársete.

Este pensamiento le hizo acordarse de su sombrero, un regalo que casi nunca usaba por no tener ocasión para lucirlo y, mientras se lo ponía, cerró la puerta tras él con extremada suavidad.

En dirección a la residencia del señor Néstor empezó a silbar una melodía; tenía ganas de sonreír a las muchachas con las que se iba cruzando e incluso se atrevió a hacer algún guiño conquistador. Se sentía irresistible. «Esta vez el señor Néstor no podrá conmigo.»

El sol le acompañó mientras subía el último trecho del camino. Al llegar se quitó el sombrero y se aseguró de que llevaba bien recta la raya del pelo; luego se lo encasquetó de nuevo con mucho cuidado. Abrió la cancela del jardín y entró con una gran sonrisa: «¡Qué sorpresa va a llevarse ese encantador de mujeres!». Podía imaginar su gesto, descompuesto, en solo unos instantes.

—Su tiempo en el Olimpo de los dioses se ha acabado —musitó entre dientes arrancando al mismo tiempo una margarita y poniéndosela en el ojal.

El señor Néstor, desde la ventana de la cocina, le vio llegar. Le observó con atención, no le parecía un buen augurio ese descaro de ponerse una flor en el ojal arrebatada de su propio jardín. Además de una notable falta de clase. Pero se tranquilizó enseguida viendo la cara de infeliz fanfarrón que sonreía bajo el sombrero.

—¡Simplón! —susurró casi suspirando, mientras mojaba el brioche en el tazón de café con leche.

El timbre de la puerta sonó al tiempo que las campanitas del reloj del salón. El señor Néstor arqueó las cejas en un gesto de admiración. Dejó el desayuno y se dirigió a la entrada. Iba a empezar otro día divertido.

Frente al espejo pasó los dedos por su bigote, tomó postura y abrió la puerta.

—¡Bienvenido, mi querido muchacho! —dijo estirando los brazos hacia este.

—Bonito día —saludó alegre Alicio alargando las manos hasta la altura de los brazos del señor Néstor, lo cual les hizo quedar en una extraña posición de baile.

Desconcertados los dos, bajaron los brazos inmediatamente.

—Me merece mucho respeto la puntualidad y, diré aún más, envidio secretamente a

la gente capaz de ella. Ya ves: ¡yo aún estoy en bata! —Rio mientras le ofrecía entrar en la casa.

Por toda respuesta, el nuevo Alicio sonrió condescendiente y entró despacio, tal y como había ensayado.

—Deberás disculparme unos momentos mientras me visto como la situación requiere; dispón como en tu propia casa —dijo mostrando despreocupación mientras se dirigía hacia unas escaleras. En cuanto se quedó solo, el muchacho se quitó el sombrero y lo tiró, con cierto efecto, hacia un sillón tal y como había visto hacer en las películas. Pero el suyo fue a parar al suelo. «Tampoco antes sabía solucionar acertijos», le quitó importancia.

Animado, se adentró en el salón observando su decoración. Era una forma convencional de pasar el rato que a él le gustaba muy especialmente. Descubrió una mesita con unos vasos al lado de unas botellas, escogió un aperitivo seco y se lo sirvió. Como si estuviera en su casa.

Se acomodó cerca del ventanal y pensó en lo bien que se lo iba a pasar. Estaba cavilando cómo hablaría al señor Néstor cuando este irrumpió con elegancia en la sala.

—Bien, veo que te has servido tú mismo. Muy acertado —exclamó jovial y, acercándose hasta el ventanal, lo abrió de par en par para que entrara la brisa; algo en el ambiente le molestaba—. Acaba de finalizar el plazo que nos dimos. —Se giró triunfal hacia el muchacho. No tenía ganas de seguir retrasando el gran momento que había esperado toda la noche.

—Así es. Un plazo más que razonable —afirmó recordándole la frase.

—¿Y bien? —soltó expectante el señor Néstor dejando que la pregunta flotara en el aire.

Alicio sonrió de nuevo. Ahora llegaba el gran momento.

—Se trata de un buen acertijo, aunque de moderada dificultad.

—¿Lo descifraste? —preguntó escéptico el anfitrión; le fastidiaba cada vez más aquella notable falta de respeto.

—Fácilmente —se le escapó desde la incontinencia de su euforia.

El señor Néstor brincó como si le hubiesen clavado un agujón.

—Si lo has llegado a hacer no ha podido ser fácilmente —le corrigió un tanto irritado.

—He oído decir que usted es una eminencia en esto, pero tengo la fortuna de ser muy agudo y rápido. Es un rasgo familiar —retocó su impertinencia anterior sin

perder tiempo, temía haberse pasado con lo de fácil y ofender demasiado al señor Néstor. Tampoco le convenía ponerse a malas. Al fin y al cabo todo aún dependía de él—. Es más, he quedado muy sorprendido por la originalidad con que está planteado —añadió pensando que no sobraría el peso de un halago en la balanza de aquel ego.

El señor Néstor pareció un poco más complacido y tomó asiento.

—Entonces deberíamos competir un día —le retó con malicia.

—Tal vez un día.

Un pequeño nudo en el estómago le hizo dar un trago al aperitivo.

—Pues bien, hicimos un trato. Si me das la respuesta correcta yo cumpliré con mi promesa. —Ante todo, él era un caballero.

El pequeño nudo, lejos de desaparecer, subió hasta la garganta y tomó por un momento forma de duda: «¿Y si me he equivocado en mi planteamiento?». Pero se levantó y empezó a hablar con vehemencia:

—¿Qué puede permanecer en silencio y hablar a la vez encerrando sin llaves ni puertas un secreto?

Al señor Néstor le emocionó oír aquel planteamiento sobre su acertijo, realmente era bueno. Con los ojos semicerrados flotaba liviano como una pluma sobre la sala.

—¡Pues es un libro!

Con todo el peso el señor Néstor se desplomó sobre el sillón. No podía dar crédito a la sorpresa y a la indignación que sentía ante aquel atropello. Era indignante e inadmisibile la torpeza con la que había dado paso a la solución del enigma. Rompiendo, con la ineptitud de un chapucero, el encanto y el misterio creados en el enunciado. En lugar de sublimarlo con deleite hasta alcanzar el mágico instante del desenlace, ese patán había destrozado el momento como si se tratara de un elefante en medio de un salón de vidrio.

Pero por encima de todo no podía dar crédito a su sorpresa, porque nunca había albergado ni una sola duda sobre quién ganaría aquel juego.

Se miraron.

Alicio buscaba interpretar la expresión del rostro del señor Néstor Falán.

Y este seguía sin entender cómo, tras esa mirada, podía albergarse un cerebro mínimamente perspicaz.

El joven carraspeó esperando el veredicto. Pero no hubo respuesta.

El anfitrión se levantó y, como si le hubieran dado el pie en alguna escena, empezó a declamar:

—¡Un libro! —Hizo una pausa—. ¡Esta es la respuesta! —pronunció en un tono de

voz que pareció elevarse hasta los techos del salón. Poseído por un raptó final y con una gran afectación extendió un brazo y señaló con el índice hacia la nada—: ¡Viejo incauto, húndete en la desesperanza! ¡Bebe de la amarga copa que tú mismo preparaste sin saber que a ti iría dirigida! ¡Acepta la injusta realidad que se te ofrece! ¿Acaso no supiste siempre que la suerte es voluble e impredecible? ¿Acaso no recordaste que en un gusano puede esconderse una mariposa? —Inclinó la cabeza hacia su pecho y se quedó en silencio.

El visitante estaba desconcertado. «¿He acertado o no?», se preguntaba.

—La verdad, debo admitir que lo trabajé poco —se dijo a sí mismo bajando el brazo y recobrando una postura más normal—. Bueno, querido, las cosas a veces son imprevisibles.

—Dígame, ¿qué ha dicho de un gusano y una mariposa? —Temía que esa fuera la solución al enigma.

El señor Néstor le miró. Decididamente no entendía cómo aquel muchacho había logrado aquello.

—Vayamos ahora a lo que hay que ir. Debo brindarte mi colaboración. Has ganado —contestó sentándose en su butacón dorado; era su favorito cuando se sentía deprimido.

Por fin lo tenía claro. El joven sonrió con satisfacción.

—Bien, necesito que me explique por qué mi tía ha partido de viaje tras un libro con tanto secreto. ¿Exactamente adónde han ido?

Pero el señor Falán se encontraba embebido en sus pensamientos. Había sido muy atrevido diciendo que le ayudaría, prometió a su amiga Chuchi no contar nada a nadie y ahora se encontraba en un apuro por su mala cabeza. No podía traicionar la confianza de aquella dama si pretendía convertirla en su futura esposa. Así que empezó a improvisar confiando en su agudeza mental para salir del apuro:

—Como ya te dije ayer, no puedo desvelar nada sobre el propósito ni el destino del viaje, pero sí podré favorecer que lo descubras.

Era un as en salirse bien de todas. Se incorporó y le tendió la mano buscando sellar un acuerdo sobre algo que aún no había ni planteado.

Alicio se la estrechó de manera instintiva, convencido de que tras ese gesto le aclararía algún detalle más. No podría resistir enfrentarse con más tonterías ni adivinanzas.

Sin darle tiempo a protestar, el señor Néstor le despidió amablemente.

—No te preocupes por nada. Voy a estructurar la cuestión que nos ocupa y antes de

lo que piensas tendrás noticias sobre ello.

Se levantó boquiabierto, recogió el sombrero y dejó el aperitivo. No sabía si dejar salir las furias que le crecían dentro o retirarse resignado a esperar, no sabía ni cuánto tiempo ni qué exactamente.

Optó por salir del salón con paso rápido, no quiso ni despedirse. Él mismo se abrió la puerta de la entrada y salió cerrando con brusquedad mientras se sentía de nuevo frustrado y completamente enfadado.

El señor Falán suspiró liberado. Se sentó en su diván rosa, el que le inspiraba grandes ideas.

Capítulo 5

Apenas había salido el sol en los últimos tres días. Se sentía tan desanimado como aquella tarde gris y fría. Puso otro par de rosquillas en el plato dispuesto a merendar. La campanilla de la entrada le sobresaltó.

«Qué extraño —se dijo en voz baja—. La primera vez que alguien llama desde que se marchó mi tía».

La campanilla volvió a sonar con insistencia, como si quien la tocaba deseara terminar con ella. Dejó las rosquillas con fastidio y, limpiándose las manos en el pantalón, se dirigió a la entrada.

—Justo tenía que ser ahora —masculló temiendo tener que compartir esas rosquillas tan buenas que le había traído Liboria—. ¡Ya voy! —levantó la voz malhumorado mientras giraba el pomo.

Tan pronto como abrió la puerta entró, como si la estuviese esperando, una mujer. Rápida, se quitó la insólita capa que llevaba y colgándola en el perchero de la entrada se giró con una sonrisa en sus labios.

—Daria, a tu servicio. —Y le tendió suavemente una mano.

Alicio la miró perplejo, no la conocía de nada. Llevaba un vestido azul de seda recogido con un cinturón y unas botas cortas y negras que le daban al conjunto cierto aire particular. Su abundante cabello ondulado y rojizo le intimidó.

Paralizado junto a la puerta, aún abierta, estaba a punto de decirle que se había equivocado cuando la desconocida volvió a sonreír, provocando que su pensamiento se evaporara al instante.

—Perdone, ¿la conozco?

—¡Oh! ¡Me encanta el té! —le respondió muy feliz—. Y también me tomaría una de esas apetitosas rosquillas que huelen tan bien.

Tuvo suerte de que la mujer ya no estuviera mirándole cuando con el gesto descompuesto la observó atónito adentrándose de camino a la sala.

En solo unos instantes había sonado la campanilla de la puerta y una extraña se había metido en casa esperando su merienda. ¡Y lo más desconcertante era que él no estaba haciendo nada para impedirlo!

Sin entender a causa de qué oculto mecanismo se dirigió a la cocina como si le hubiera sido dada una orden imposible de ignorar, preparó otra taza y puso la tetera en la bandeja, añadió una rosquilla en el plato y salió.

«Hay que aclarar cuanto antes este malentendido. Sin duda debe ser una confusión de domicilios.» Le molestaban mucho las mujeres y más las que eran entrometidas. Entró en el salón y dejó la bandeja sobre la mesita con cuidado. La desconocida estaba sentada y parecía preparada para algo importante.

—Creo que usted se ha equivocado, porque yo no he solicitado ningún servicio.

Sirvió el té y se sentó a cierta distancia. Daria dio un sorbito al té y alargó sus dedos llenos de anillos hacia el plato para coger una rosquilla.

—Claro que no me he equivocado. —Sonrió—. Tú eres el muchacho que busca información sobre un viaje y un libro, ¿no es así? —Y se chupó los dedos con insolencia.

La miró con perplejidad. Su rostro no tenía una edad concreta, o eso le pareció.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó intuyendo la sombra del señor Falán.

—Bueno, yo sé muchas cosas. Soy una pitonisa, por llamarlo de una manera sencilla. Néstor me explicó el asunto, y aquí me tienes para poder ayudarte. —Y tendió su larga mano hasta la de él y se la cogió con afecto.

Asustado, la retiró lo más discretamente que pudo. El simple hecho de pensar que aquella mujer sentada a su lado era una especie de vidente le producía escalofríos. Deseaba que se marchara cuanto antes.

—¿Y en qué va a ayudarme?

—En tu caso, tendré que empezar por donde debo empezar —contestó tocándose los enormes anillos.

Él se disculpó un momento y se levantó del sofá muy intranquilo. Necesitaba resituarse. ¿Cómo no iba a sentir terror si cuando era pequeño siempre tuvo pesadillas con brujas espantosas que le perseguían? Se dirigió a la cocina con paso ligero en busca de un lugar privado donde tomar aire y recomponerse.

Una vez allí intentó controlar los miedos. «Al fin y al cabo —reflexionó—, no es una bruja propiamente dicha, sino una especie de maga, y además está de muy buen ver. ¿No estabas deseando pasar a la acción?». Se infundió valor, iba a conocer por fin el lugar al que tenía que ir para rescatar a su tía. Respiró hondo. Iba a empezar su aventura.

Regresó resuelto a tomar las riendas pero al entrar en el salón dio dos pasos atrás. No podía entender si lo que le estaba sucediendo era real o un delirio de su mente agotada.

Daria le miró sugerente, se estaba quitando los anillos y los iba dejando, uno a uno, sobre la mesita. Luego, sin dejar de sonreír, se levantó y le tendió los brazos.

—Ven, te contaré el principio de todo esto.

Su voz sonó como una tentación irresistible. Estaba clavado en el suelo, no podía despegar los pies. Veía cómo ella avanzaba muy despacio, como lo haría una gacela frágil que hubiera visto un brote tierno en medio de la nada, hasta que se acercó lo suficiente como para que sus bocas quedaran a pocos centímetros una de la otra, y entonces le pidió, en un susurro, que la escuchara.

Se recogió la cabellera en un nudo y tiró de su brazo para que se sentaran de nuevo.

—Voy a contarte una historia que muy pocos conocen. —Sonrió y tomó otro sorbito de té.

Alicio también sonrió. Estaba totalmente dispuesto a escuchar lo que aquella diosa quisiera contarle.

—Debes saber que el libro que fueron a buscar tu tía y su amiga trata de un antiquísimo pergamino egipcio en el que se esconde un peligroso secreto. Este manuscrito desapareció hace setenta años y nunca más se han tenido noticias de él.

Ahora la escuchaba embelesado; no le importaba nada cualquier peligro que le esperara a partir de aquel momento porque nunca antes había sentido una atracción tan repentina y fuerte por una mujer como la que sentía por aquella desconocida: desde que había acercado sus labios a los suyos tenía la sensación de haberse enamorado. Podría emprender todas las grandes aventuras que hubiera que emprender si ella se lo pedía. Podría explorar profundas cuevas, cruzar las más grandiosas cascadas y subir a la cima de las más altas montañas, luchar cuerpo a cuerpo contra dragones y seres malvados, encontrar tesoros ocultos en las mismas entrañas de la tierra y...

—Más o menos. —Se rio divertida—. Pero no exactamente.

Él regresó de golpe a la sala y disimuló su desconcierto sirviendo un poco más de té.

—Se trata de un extraordinario papiro egipcio, en el que se explica dónde fue escondido un tesoro.

Esas palabras le inflamaron aún más el lado descarriado de la familia. Su bisabuelo materno fue un audaz explorador que desaparecía largas temporadas en las que, se decía, había corrido arriesgadas aventuras, aunque nunca trajo nada bueno de ellas. Cuando regresó de su último viaje se echó en su cama y nunca más se levantó. Para unos contrajo una extraña enfermedad en los ríos tropicales, para otros fue un castigo por tanto desenfreno. Para los menos, entre ellos la familia, simplemente era ya algo mayor y el corazón se resintió de tantas andanzas.

Tía Chuchi salió a él, heredó sus extravagancias. Desde pequeña se atrevió a llevar

la contraria a la sensatez y no era desconocido para nadie que tenía siempre dispuesto el ánimo para emprender cualquier iniciativa fuera de lo normal. Unas gotitas de esa sangre inquieta, pues, corrían también por sus venas, y precisamente esas gotitas eran las responsables de que él deseara ahora con todas sus fuerzas lanzarse también a la aventura.

Daria aprovechó el momento.

—Se trata de una arriesgada empresa porque es un tesoro peligroso por el poder que encierra en sí mismo. Se debe tener valor pero, sobre todo, se debe tener voluntad para conseguirlo. Sin embargo, si sales bien de ella te sentirás afortunado para el resto de tus días.

Y lo dijo con el tono de voz adecuado, ni demasiado turbado ni demasiado despreocupado. Alicio no supo comprender muy bien el significado pero asintió con firmeza, aunque en el pecho le brincó la señal de alarma del lado conservador y reposado de la familia, de cuya sangre tenía muchas más gotitas.

—Tu tía tiene costumbre de apasionarse con los viajes y las leyendas curiosas y leyó justamente un libro en el que se hacía mención del pergamino extraviado de Her-Khuf y donde se hablaba del valor del tesoro que escondía. No le hizo falta mucho para entusiasmarse con la idea de ser ella quién lo encontrara de nuevo y se lo propuso, sin perder tiempo, a su amiga. Y así, en un abrir y cerrar de ojos, se pusieron las dos en marcha.

—¿Quién era ese Her-Khuf? —interrumpió tímidamente.

—Her-Khuf fue uno de los más afamados exploradores egipcios de la Antigüedad —contestó asombrada por el desconocimiento del chico—. Vivió durante la Sexta Dinastía y fue un valiente oficial de la corte del joven faraón Neferkera. A lo largo de su vida realizó innumerables proezas y cuatro expediciones al país de Iam, enfrentándose a todo tipo de peligros en regiones de Libia, Sudán y Nubia en busca de oro, de maderas exóticas y de toda clase de tributos de aquellos pueblos para su rey.

Bebió un poco más de té y Alicio tuvo ganas de abrazarla al parecerle que ella se había perdido en algún pensamiento triste, pero se contuvo.

—En uno de estos singulares viajes, capturó un pigmeo y lo llevó hasta la presencia del rey, y esta hazaña le valió una gran fama, ya que nunca antes se había visto un hombre tan pequeño. Y a partir de entonces Neferkera le tuvo aprecio por encima de los demás oficiales hasta que un terrible suceso los enemistó para siempre. —Daria pareció volver de algún lejano lugar al que había ido con el pensamiento. Interrumpió el relato—. Explicar esta historia nos llevará mucho tiempo. ¿Tienes cena para los

dos? Unos huevos, embutidos y pollo frío, ¿tal vez? —Y sonrió sabiendo que eso era lo que había en la despensa.

—¡Claro! —contestó él, que ya no se sorprendía, ni tan siquiera se preguntaba cómo lo sabía.

Y mientras disponía la cena en los platos, Daria preparó la mesa con el mejor mantel de la casa. Encendió unas velas e hizo un pequeño centro con algunas flores del jardín. Creando un ambiente idóneo para seguir tratando, luego, un asunto tan especial y confidencial como aquel.

Alicio pensó en el señor Néstor mientras sacaba los platos cocinados a la mesa y se alegró de haber aceptado el juego.

Cenaron y también brindaron con un buen vino que encontró en la bodega. Se sentía desbordado por sensaciones que no podía controlar, pero no le importaba en absoluto. Daria no era ya una extraña misteriosa llegada hacía apenas unas horas, se había transformado en una extraordinaria criatura que emanaba un magnetismo que iba calándole, gota a gota, a través de su piel.

Tras la cena salieron a sentarse bajo la centenaria encina que había en un extremo del jardín, y allí, mirando el cielo, ella empezó a cantar, en un susurro, una canción en una lengua desconocida. La melodiosa voz le embargaba y se dejó llevar disfrutando de cada segundo como nunca creía haberlo hecho antes.

«En tan poco tiempo cuánto puede cambiar todo.» Y se tumbó junto a los pies de ella y, mientras la escuchaba, los rozó con un dedo.

Cuando terminó la canción ella le acarició el cabello y dijo: «Esta es una de las fuerzas que consiguen mover al mundo», sabiendo que él había comprendido que hablaba del sentimiento del amor.

—Neferkera, el faraón, supo de la última hazaña de Her-Khuf y le escribió una carta real que le hizo llegar a través de los más rápidos mensajeros, en la que le felicitaba y le pedía que condujera hasta su presencia al pequeño hombre del desconocido País del Horizonte, junto a los otros tributos traídos de aquel viaje, prometiéndole una generosa recompensa. Her-Khuf partió rápidamente desde la isla de Elefantina hasta Tebas para obsequiar al rey con el botín de su expedición y en muy pocos días se presentó ante el faraón sin huella de fatiga, aunque cuentan las crónicas que no descansó ni un momento durante el trayecto.

La curiosidad por la continuación de aquel relato chispeó de nuevo en su pecho. Daria mostró tristeza en su gesto.

—¿Sabes qué contenía aquel botín?

—De entre todas las telas, maderas exóticas, perfumes delicados y otros objetos hermosos que Her-Khuf ofreció al faraón, hubo uno que maravilló a Neferkera. Uno de un modo especial: se trataba de una pequeña figura representando a un hermoso danzarín bailando.

—¿Por qué le gustó tanto?

—Porque estaba trabajada con sumo esmero sobre oro macizo y el faraón quedó tan deslumbrado por su belleza que ordenó que le fuera consagrada hasta el fin de los tiempos. Y era tal su complacencia por tenerla que decidió que recompensaría a su portador accediendo a cualquier deseo que este le formulara.

—Y ¿qué fue lo que pidió?

—Déjame que te lo cuente tal y como sucedió: Her-Khuf, profundamente conmovido, pronunció estas hermosas palabras: «Salve al Danzarín de los dioses, aquel que rejuvenece el corazón de su dueño y por el que suspiran todos los reyes».

El muchacho la miró y le pareció que brillaba una luz especial en sus ojos que la volvía aún más hermosa.

—Y todos los que estaban allí gritaron siete veces su nombre y el júbilo solo cesó cuando Her-Khuf se inclinó en reverencia para dirigirse a su faraón: «Doy gracias por vivir este día en que tu divina generosidad así me ofreces, mi Señor, Grande entre los Grandes. Es ya recompensa suficiente traerte el fruto de mi trabajo». Todos le contemplaban maravillados y en silencio. Su figura arrogante, su rostro sereno y su valor interminable.

Alicio podía imaginar esa escena en medio de la oscuridad del jardín: toda la corte faraónica admirándole en silencio.

—¿Y el deseo?

—No seas impaciente. El joven Neferkera alzó la mano y le bendijo ante todos solemnemente: «Que los Dioses protejan tu camino y alejen de ti toda sombra incierta». Los escribas en sus pergaminos cuentan que luego se celebró una gran fiesta en los Jardines Reales, donde se sucedieron canciones y alabanzas sin fin al portador del Danzarín de los dioses. Los músicos del rey hicieron sonar sus instrumentos durante toda la noche. La corte celebró y disfrutó entre las avenidas de tamariscos, palmeras datileras y acacias, bajo las majestuosas higueras y las viejas parras que se encaramaban por las bellas columnas de los vestíbulos blancos. Las azuladas centaúras y rosas de mil tonalidades hacían de aquel jardín un maravilloso lugar. Pero, en secreto, en el corazón de Her-Khuf tintineó la llama de la amargura por la pérdida de aquella figura de oro que, también a él, le había poseído el alma.

—¿Y cuándo le pidió el deseo?

— Dos días después marchó Her-Khuf de Tebas sin haber formulado deseo alguno y regresó, con su pequeño séquito, a la isla de Elefantina. Y los años fueron pasando y Her-Khuf siguió sirviendo a Neferkera con la fidelidad prometida. Pero ni por un sol día logró arrancar de su corazón el recuerdo de la dorada figura.

Daria guardó un instante de silencio. Y Alicio sintió también como suya la pena de aquel héroe antiguo.

—Cuando sus cabellos ya eran blancos como la nieve, Her-Khuf se enamoró de una bella mujer, de nombre Nasira. Era una sacerdotisa del templo de Elefantina de sedosos cabellos perfumados y rojos como el mismo fuego. La amaba con pasión.

»Desde hacía un tiempo Nasira predecía en sus oráculos terribles desgracias para el poder. Estos llegaron a oídos del faraón, que requirió su presencia de inmediato. Una vez ante él, Nasira repitió los oráculos y le comunicó a Neferkera que una gran oscuridad caería sobre el resplandor de su monarquía.

—Her-Khuf se había enamorado de una mujer valiente como él, aunque supongo que el valor de Nasira no sería del agrado del faraón.

—Exacto. El faraón se sintió amenazado y dispuso encerrarla mientras ordenaba generosas ofrendas a los dioses. Hizo acudir a la corte a todos los sacerdotes y nobles, escribas y pitonisas de los templos más importantes del Bajo Nilo exigiendo a estas que predijeran los tiempos por venir; a los escribas, que prepararan el mejor papiro para escribir los vaticinios; a los sacerdotes, que honraran y atendieran los templos cuidando de que nada ni nadie los profanase, y a los nobles, que dieran fe de cuanto iban a oír y a ver en aquellos días.

—¿Y también acudió Her-Khuf?

—Sí, llegó desde Elefantina y esperó en silencio siete noches, al cabo de las cuales se dieron a conocer los augurios de las sumas sacerdotisas. Todos ellos anunciaban una larga vida al faraón en su condición divina imperecedera, gran prosperidad y riqueza para el pueblo, poder y victoria para los ejércitos, fertilidad para los cultivos y fortuna en los negocios. Ninguna predicción mencionaba una revolución del pueblo ni ningún otro peligro o amenaza para la monarquía.

—¿Qué sucedió con Nasira?

—Leídos todos los positivos augurios, el faraón se alzó ante los nobles y les dijo: «Yo, el Gran Neferkera, he escuchado los verdaderos auspicios para mi pueblo y solemnemente os digo que aquel que atente con pensamientos, palabras o hechos contra su prosperidad será castigado con la muerte». Y dio una palmada para que los

soldados reales condujeran a su presencia a Nasira, encadenada.

—Debió de ser insoportable para Her-Khuf.

—El rey anunció satisfecho la ejecución de Nasira justo antes de que naciera el próximo sol y se retiró. Los alegres frescos y mosaicos, los maravillosos dibujos de los suelos y los techos, las hermosas columnas blancas, todo se volvió terrible y oscuro para Her-Khuf. Sintió que le arrebataban su vida con un golpe mortal y se dirigió inmediatamente a los aposentos reales. Con el coraje de la última esperanza entró en ellos igual que entra el golpe de viento por una ventana mal cerrada, y con los ojos llenos de lágrimas se arrodilló ante los pies de su señor, a los pies de su rey, ante los pies del faraón de todas las tierras, a los pies del Hijo del Nilo, ante los pies del Hermano de los Dioses, y le suplicó que le escuchara. Le recordó cómo años atrás, cuando le ofreció la figura dorada, él, Neferkera, quiso premiarle concediéndole lo que deseara. Le recordó cómo partió sin haber formulado nunca aquel deseo que, con toda seguridad, le hubiera sido concedido.

—Por fin le daría su recompensa.

—Claro que Her-Khuf le suplicó que se lo concediera ahora, tras toda una vida consagrada a su servicio. Y sus lágrimas eran tan amargas y profundas como profundo era el pozo en el que iba cayendo su corazón. Neferkera, inflamado por los buenos augurios que acababa de escuchar, respondió de un modo distante al que hasta aquel día había sido el más leal de todos sus exploradores: «Has sido para mí el más importante de mis oficiales y a ti te debo que mi nombre sea conocido en lejanas tierras de nombres extraños. Bien es cierto que tú me trajiste El Danzarín de los dioses y que te concedí por ello una recompensa que aún no he pagado. Habla y dime: ¿cuál es este deseo que por fin me pides?». Her-Khuf levantó la cabeza hacia el faraón: «Perdona la vida a Nasira. Ella es cuanto tengo en el crepúsculo de mi fatigada vida. Solo ella llena mis horas de paz y de ternura, Neferkera, mi señor y rey. Este es mi deseo. Otorgarme este bien, por el reposo que merezco, por el trabajo realizado bajo tu divina protección y para tu mayor gloria».

Alicio aguantó la respiración.

—Si era justo, no se lo podía negar.

—El Gran Faraón se acercó, con una mano sobre su pecho, y se detuvo junto al cuerpo postrado de Her-Khuf: «Levántate y olvida lo que me pides. Nunca salvaré la vida a quien auspicia mi fin y el fin de la gloria de nuestros dioses. Pídeme más tierras, oro, marfil y esclavos, puedo darte mujeres más bellas en las que encontrar calor para las frías noches de tus inviernos. Pero no desees que rectifique mis órdenes

reales».

—Pero ¿cómo pudo negarse?

—Her-Khuf sintió su corazón partiéndose en una infinidad de pequeños trozos que jamás volverían a ser juntados. Dos soldados le sacaron del aposento real. Y junto al estanque de bellos peces y aves pasó toda aquella noche, con la mirada perdida en su fondo. Antes de que el alba empezara a clarear había decidido arrebatarse a Neferkera lo que él más amaba. Y mientras todos presenciaban la ejecución de Nasira, él entró en los aposentos privados del faraón y se apoderó del Danzarín de los dioses. Lo escondió bajo sus ropas y huyó por los jardines dejando en el fondo de aquel estanque, para siempre, su esperanza.

Daria bajó el rostro y se quedó callada, y Alicio, que estaba totalmente absorto en el relato, se sintió suspendido en el silencio de la noche. Cuando dirigió la mirada a sus ojos, le pareció ver en ellos el brillo de una pequeña lágrima.

—¿Qué ocurrió entonces, Daria? —preguntó ansioso como un niño por la continuación de un cuento.

Con sus largos dedos, Daria secó la lágrima como si retirase un minúsculo insecto de su mejilla. Le miró y tendiéndose sobre la hierba cerró los ojos.

—¿Qué ocurrió entonces? —insistió de nuevo, impaciente.

—Nasira murió ante la mirada de todos pero no pudieron destruir su corazón ni aun con fuego. Porque el amor que en él se contenía era más poderoso que la muerte.

—¿Y qué hizo el faraón cuando se quedó sin su Danzarín de los dioses?

—Cuando horas más tarde Neferkera descubrió la falta de la figura enloqueció de ira. Hizo cerrar todos los caminos que salían de Tebas, amenazó en público y lloró inútilmente en privado y maldijo con terribles palabras a todo aquel que tuviera contacto con la figura. Su corazón sintió la amargura de la pérdida y así, día tras día, fue ennegreciéndose su alma y su vida se llenó de nostalgia y frío.

—¿Y Her-Khuf?

—Her-Khuf llegó exhausto a sus tierras, no dio descanso a su cuerpo en todo el viaje y solo cuando estuvo a buen resguardo llamó a su amigo y escriba, el mismo que había viajado junto a él y que había dejado escritas tantas pruebas de su valor. Le pidió que recordara los hechos que le iba a contar y que los guardara, como si fuera su propia vida, en el más perdurable de los papiros. Le encargó que el mismo día en que él muriera recogiera un mapa, celosamente guardado, donde se indicaba el lugar exacto en el que se hallaba oculta la figura de oro y juntara a ese mapa la trágica historia que le había encomendado. Le ordenó también que se hicieran grabar en su

tumba las hazañas realizadas y la carta real que Neferkera le enviara un día lleno de orgullo, para que nadie pudiera jamás dudar de su honor.

»Tras el encargo hecho a su amigo Her-Khuf sintió cercano su fin: su vida cayó con los primeros días del invierno, igual que una hoja seca. Y tan solo unos años más tarde cayó también la de Neferkera, sin haber recuperado lo que más quería. A su muerte sobrevinieron luchas y disputas sucesorias. De entre los artesanos surgió una nueva clase que prosperó e impuso sus intereses y todo se desplomó bajo el peso de la confusión.

Alicio estaba emocionado y sorprendido escuchando aquella terrible historia. Parecía irreal pero era completamente cierta. Daria le sonrió con dulzura y puso su mano sobre la suya.

—Así pues, ya sabes qué es lo que buscan tu tía y su amiga, aquello que escribió el obediente escriba y amigo de Her-Khuf, quien aun conociendo el lugar secreto donde ir a buscarlo, nunca intentó acercarse a ese tesoro. Al final de su vida puso todos los manuscritos entre sus pertenencias funerarias. Y así, muchos siglos después, fueron encontrados por otros hombres, lanzándolos de nuevo al mundo.

Frente a ellos una luz muy débil empezaba a filtrarse. Por el horizonte se abría el amanecer y el cielo perdía sutilmente su negrura. En aquel mágico momento en que se rompe la noche para dar paso al día, Daria se levantó.

—Bien, ya debo irme. No puedo explicarte más. Ahora todo dependerá de lo que estés dispuesto a seguir avanzando, pero si lo haces recuerda que, en momentos difíciles, quien no desfallece es quien obtiene lo que desea.

Alicio asintió mientras ella recogía la capa, que ya no parecía tan extraña, y se abrazaban en una despedida. Aquella misteriosa mujer cruzaría su puerta y desaparecería a través de ella. Como si un puente hubiera unido presente y pasado. Fue un pensamiento fugaz que cruzó por su mente. Quería volver a verla.

Cuando ya se alejaba le preguntó:

—Daria, y tú ¿cómo sabes todo esto?

Capítulo 6

Cuando unas horas más tarde llegó Liboria, aún se encontraba evocando todo lo ocurrido el día anterior. Se le mezclaban las imágenes y no podía recordar con claridad, por mucho que lo intentara, el rostro de Daria. Esa mujer que ahora se le antojaba aún más enigmática e irreal.

—¡No son horas de dormir, señorito! —saludó Liboria con voz doméstica y chillona en cuanto le vio allí tendido en el banco, cerca de los parterres.

—No estoy dormido y no esperes que te ayude porque hoy no puedo hacer nada —contestó muy molesto por la interferencia en sus pensamientos.

La mujer meneó la cabeza en un gesto de resignación ante aquella habitual desidia del joven y entró en la casa mirándole de reojo. Le notó más extraño de lo que normalmente ya solía estar, por eso no dejó de aprovechar cualquier excusa en su faena para salir a observarle. Ahora sacudía unas alfombras, ahora tendía un trapo, luego limpiaba persianas, más tarde barría la entrada. Le espiaba a cada rato preocupada por su conducta. Le veía sonreír como si a su alrededor revoloteara una imaginaria mariposilla. En cuanto llegara la señora debía ponerse algún remedio de forma urgente.

—¿Preparo un poco de comida o... hoy puede ser peligroso? —preguntó socarrona mientras apoyaba ambas manos en las caderas.

Alicio tuvo un sobresalto. En aquellos momentos estaba recordando la oscura historia del faraón egipcio.

—Está usted muy raro esta mañana, sí señor —gritó Liboria estirando el cuello como una oca vieja.

—Pero ¿aún estás ahí? —replicó al tiempo que se levantaba y palmeaba al aire como quien quiere hacer arrancar el vuelo al pájaro que molesta.

«Esa figura de oro puede valer muchísimo más que toda la fortuna supuestamente perdida de mi tía. ¿Y quién mejor que yo podría ayudarla a encontrar al Danzarín de los dioses?»

Sin embargo, Daria se había marchado sin decirle nada sobre adónde fueron a buscarla. «¿Cómo voy a seguir adelante si estoy igual que al principio?»

No quería desanimarse, recordó el consejo sobre la voluntad de no rendirse si quería conseguir algo.

—Nada mejor que dar un paseo para planear los próximos pasos —se recomendó

recomponiéndose la ropa.

Y para demostrarse a sí mismo que lo de su recién descubierta firmeza iba en serio decidió coger su bicicleta, tras mucho tiempo de polvo y olvido, y salió montado en ella con entusiasmo. A cualquiera le podría parecer un acto de lo más simple y sin mérito alguno, pero para Alicia era una prueba irrefutable de verdadero arrojo.

Liboria, que trasteaba cerca de la ventana, le vio alejarse por el camino sin salir de su asombro. Esa fue la última imagen que tuvo de su señorito.

Tenía que centrar toda su atención en mantenerse sobre la bicicleta y al mismo tiempo esquivar piedras y hoyos; así que, a medida que el camino empeoraba, más agotador lo veía, y al final decidió detenerse y darse un descanso a la sombra de una higuera.

Allí se quedó dormido hasta que el sonido de un claxon le despertó y descubrió una vieja furgoneta parada desde la que un hombre, asomando medio cuerpo por la ventana, le saludaba dando manotazos al aire.

Se incorporó aturdido, intentando reconocer a aquel tipo.

—Anda, sube —logró entender mientras miraba los peludos brazos que se agitaban frente a él.

Dudó pero, al fin, recogió la bicicleta y se acercó a la furgoneta.

—Carga la bicicleta atrás y sube, que te llevo hasta el pueblo —le propuso cordialmente el extraño—. Vaya calorcito que hace hoy, ¿eh?

—¡Estupendo! Muchas gracias. Qué casualidad encontrarnos. —Sonrió con educación.

—Más bien te he encontrado yo porque tú roncabas bajo ese árbol como un gorrino —corrigió dejando escapar una risa atronadora.

Arrancó el viejo trasto y empezaron a desplazarse a una velocidad mínima. Alicia se sintió muy incómodo sentado junto a ese tipo tan zafio. Se arrepentía de haber accedido a la invitación sin conocerle de nada.

—¿Qué tal? Has salido a dar un paseo aprovechando que no está tu tía estos días, ¿eh? Pero no has visto que amenaza tormenta —dijo en un tono demasiado familiar para el gusto del muchacho.

—¿De qué conoce usted a mi tía? —preguntó sorprendido; no tenía a este patán en su lista de amigos y asiduos.

—¿Y quién no conoce a la encantadora señora Chuchi? Todo el valle hasta el mar sabe de ella. Un poco extravagante... —Y miró de soslayo al joven—. Pero en estos

tiempos que corren, ¿quién no es un poco raro?

Y aceleró solo un poquito más la furgoneta. Alicia no abrió la boca. No sabía exactamente qué responderle.

—Por cierto, me la encontré hace una semana, más o menos. Con su encantadora amiga cruzando la frontera.

—¿En la frontera?, ¿en qué frontera?

—Yo volvía de un transporte en Francia cuando choqué con otro vehículo y tuvimos que ir hasta la Gendarmerie de la aduana. Y qué sorpresa cuando, al entrar, las vi allí a las dos discutiendo acaloradas con un gendarme. Cuando me reconocieron, se llevaron una gran alegría. Sí, señor.

No podía creer en la suerte que estaba teniendo. ¡Al fin noticias frescas de su tía!

—¿Qué les ocurría? ¿Cuál era el motivo de la discusión?

—Tu tía estaba muy exaltada, llamaba gamberro y secuestrador, entre otras cosas menos bonitas, a aquel hombrecillo e incluso le llegó a dar un bolsazo en un descuido. Cuando me vieron dieron gracias al cielo por haberme enviado. Fue muy divertido, ya lo creo.

—Pero ¿qué hacían en una comisaría de frontera?

—Todo fue un malentendido que se solucionó mucho más rápido de lo que parecía al principio. La Gendarmerie buscaba a dos atracadores que acababan de robar en un banco de por allí, no recuerdo en qué ciudad. Se habían dado a la fuga disfrazados, para más señas, hacia la frontera, y quiso la mala suerte que al rato aparecieran tu señora tía y su amiga, y su original vestimenta las hizo parecer sospechosas, ya sabes cómo son esos franceses. —Y se echó a reír golpeando alegre el volante—. Cuando se vieron retenidas, no reaccionaron precisamente como dulces damitas sino más bien al contrario y, con la excusa de escándalo público y resistencia a la autoridad, las tenían allí mientras buscaban sus antecedentes.

Alicia no podía creer lo que estaba escuchando.

—No me puedo creer que los franceses tomen a mi tía y su amiga por unas atracadoras de bancos.

—Cuando yo llegué habían terminado de comprobar sus documentos y de registrar sus bolsas. Tenías que haberlas visto con qué energías amenazaban con dirigirse a los más altos cargos españoles si no las soltaban de inmediato. —Se secó un par de lágrimas provocadas por la risa—. Yo confirmé que las dos eran vecinas de este pueblo y que eran muy respetables y al final todo se aclaró. Aunque a aquel gendarme bajito creo que tuvieron que hacerle unas tilas. —Volvió a reír divertido—. Nunca vi

una cosa igual. ¡Qué ímpetu! Luego, para acabar de redondear la cosa, fuimos los tres a tomar unas buenas cervezas y a celebrar que todo había acabado bien. La señora Cleo me comentó que se dirigían a París para ver a un profesor de pirámides o algo así. ¡Qué ocurrencia a estas edades! Tu tía se enfadó con ella y ya no me contó más, es una mujer demasiado temperamental —dijo moviendo la cabeza con cierta desaprobación.

Alicio se quedó boquiabierto, le costaba visualizar la escena pero agradeció su bendita oportunidad para sus fines. De qué modo tan casual le llegaban las noticias que necesitaba. No podía creer en su suerte.

El peludo hombre siguió hablando y hablando de sus viajes por Europa. De vez en cuando reía como un loco y pegaba palmadas sobre su pantorrilla. Pero él estaba lejos de allí: lo prepararía todo y partiría de inmediato hacia París. Era un excelente hilo que seguir. «No debe ser muy difícil dar con profesores de Egiptología en esa ciudad. ¡Es perfecto!» Se sentía entusiasmado.

En cuanto entraron en el pueblo, se desató la tormenta anunciada y la lluvia empezó a caer.

—¿Qué me dices, muchacho, aceptas mi invitación? —preguntó el transportista parando la furgoneta.

—¿Cómo dice? —Alicio seguía distraído con sus cavilaciones.

—Vamos, no seas rencoroso. Aunque solo sea una cerveza. ¡Me caes bien! —Puso una sonrisa conciliadora.

Entonces sintió de verdad que estaba empezando a asomar su cabeza hacia el mundo. Aceptó.

Cuando encendía un purito se sentía un hombre satisfecho. Le gustaba jugar con el humo y hacer aros mientras imaginaba que era un capo mafioso a punto de tomar una terrible decisión o un joven y apuesto aristócrata esperando que le sirvieran el té. En algunas ocasiones se transformaba en un famoso intelectual preparado para dar una conferencia y las más de las veces se recreaba siendo un sagaz detective.

Eran unos momentos secretos que le encantaba disfrutar a solas.

Cuando por fin acabó su purito de hombre que está de vuelta de todo, cogió papel y escribió la nota: «Estimada Liboria: Cuida de la casa y confía en mí. Pronto estaré de vuelta con ellas».

Firmó con su mejor rúbrica. Se sentía emocionado por la sencillez de su despedida. Tras dejar el mensaje en un lugar bien visible de la cocina, subió decidido a preparar

las bolsas para el viaje.

Estaba muy nervioso, tenía la certeza de que aquel paso haría girar el rumbo de su vida. Iba a atreverse con lo desconocido, por fin con una aventura real. Iba hacia lo que siempre le fue prohibido, lo incierto, de lo que él mismo siempre se apartó y que ahora escogía como opción y, aunque procuraba no sentir ni vértigo ni miedo, no podía evitar estar muy nervioso.

Puso en la maleta varios jerséis de invierno y su abrigo azul: era propenso al catarro y en Francia hacía más frío que allí, había oído. Escogió sus mejores camisas de verano y un par de pantalones cortos, tal vez tuviera que ir también hasta tierras de Egipto. No quería pensar en los horribles picotazos de los mosquitos del Nilo. De inmediato puso un ungüento antipicaduras, por si acaso. Repasó si llevaba el cepillo de dientes y el peine, comprobó los documentos personales, ató en una de las correítas su imprescindible colonia de romero y, sobre todo, se aseguró de que llevaba su talonario. No olvidó tampoco coger dos cajas de sus puritos. Ya en el último momento añadió unos cómics y un pequeño parchís de viaje. No se sabía cuándo podría aburrirse.

Revisó mentalmente los detalles que podían olvidársele. Llamó a un taxi por teléfono y esperó, con el sombrero en la mano, el momento de cerrar la puerta al pasado.

Capítulo 7

*E*l agudo silbato del jefe de estación de Austerlitz le arrancó de su profundo sueño. Tuvo el tiempo justo para coger de un zarpazo la maleta, el abrigo y el sombrero y saltar del vagón al andén sin ni siquiera mirar dónde caía.

Lo hizo justo encima del carrito de un chatarrero provocando un escandaloso estropicio. El viejo que empujaba los trastos empezó a gritar mientras él se deshacía como podía de los cacharros enredados entre sus pies. Un dedo sucio, clavado en su cara, le retuvo. El hombre parecía llamar a alguien.

No era esa la llegada a París que había soñado.

Antes de que pudiera reaccionar ya estaba allí un gendarme dispuesto a poner orden. Le pidió los documentos y le advirtió que no eran bien recibidos ni los gamberros ni los buscalíos, por lo que le aconsejaba compensar al viejo por el desbarajuste ocasionado.

Y tras un buen rato de gesticular y hacer repetir *doucement* las palabras al policía, mientras el chatarrero no dejaba de suplicar al cielo misericordia y justicia, le alargó un billete y le vio alejarse, acompañado por el gendarme, con una sonrisa victoriosa en sus labios.

«Como no me centre, acabaré sin nada en dos días.» Estaba a un paso de que se le fastidiara el ánimo. Recogió la maleta y echó a andar hacia la Ciudad de la Luz que le esperaba, buscando que volviera a repiquetear en su pecho la emoción de estar allí.

Un taxi le llevó hasta la embajada española. Había decidido que ese sería el mejor lugar para informarse. Se apeó y, ladeándose el sombrero con su toque personal, se dirigió a su interior.

Tras una breve consulta y una larga espera, la mujer que le atendió le mostró una lista de profesores egiptólogos que residían en la ciudad. Algunos, según le dijo mirando sus currículos, eran más o menos eminentes. Pero había uno en particular que era un célebre y reconocido estudioso del Egipto Antiguo, con una acreditada y prestigiosa carrera a sus espaldas. Vivía en París desde hacía muchos años y a él le fue a visitar.

Monsieur Clardin era ya muy viejo. A sus noventa y ocho años vivía completamente retirado, desde hacía varios, de la vida pública. Dedicaba sus últimas fuerzas a perpetuar sus conocimientos en escritos, rechazando todo acontecimiento social al que le invitaran y manteniendo la costumbre de negarse a recibir a nadie.

De carácter fuerte y mal genio, era rápido en intuir y testarudo en sus decisiones. Con bastante frecuencia, sobre todo si asomaba el sol por entre los edificios, se sentaba detrás de un gran ventanal y cerraba los ojos entregándose al calorcito amable que se filtraba a través del cristal. Entonces se dejaba llevar por un corto y plácido sueño del que, de vez en cuando, despertaba para observar a la gente cruzar por el puente desde la catedral de Notre-Dame. Le gustaba acompañar, con la mirada, a los *bateaux mouches* en su lento deslizar sobre el río, sintiendo lejano aquel tiempo en el que recorrió el Nilo. Solo en aquellos momentos despuntaba, en su severa mirada, un hilo de melancolía. Un hilo por el que se le podía llegar a descoser toda el alma si alguien osara tirar de él.

Monsieur Clardin había sido vigoroso y corpulento. Sus brazos y sus piernas, a pesar de su avanzada edad, aún seguían respondiéndole casi como en el pasado. Su voz conservaba un tono fuerte al que, con el paso del tiempo, se le había añadido profundidad. Hablaba con energía y pensaba y decidía con extrema lucidez, engendrando una leyenda a su alrededor: decían que poseía una antigua fórmula egipcia con la que elaborar un brebaje que permitía conservar las facultades de una manera extraordinaria. Estos rumores y el deseo de Monsieur Clardin de estar siempre solo ayudaban a que una sombra de misterio le protegiera.

Aquel mediodía se encontraba sentado tras los ventanales. Repasaba algunas notas mientras los rayos de sol le abrazaban como una amorosa mujer. Estaba de buen humor y de vez en cuando levantaba la vista y la dejaba escapar hacia el trasiego de la calle.

Desde donde él contemplaba el escenario del mundo, como si de un palco de teatro se tratara, observó a un joven que no cesaba de mirar hacia su casa. Pero no quiso prestar mayor atención. Sin embargo, cuando al cabo de un largo rato comprobó que aún seguía allí, sobre el puente, empezó a sentir cierto interés por aquel anónimo personaje que parecía estar entablado una evidente batalla en su interior.

Calculó que llevaría parado en aquel mismo lugar cerca de una hora. Observó detenidamente su aspecto, su atuendo fuera de lo común y la maleta que llevaba en su mano. Era evidente que mostraba una gran inseguridad, y una pueril curiosidad por aquel desconocido le llevó a imaginar diferentes motivos para su extraño comportamiento.

Al fin echó a andar y Monsieur Clardin suspiró agradecido de que se marchara. Empezaba a ponerle de mal humor aquel muchacho tan ridículo como indeciso.

Unos pocos minutos más tarde sonó el timbre de la casa.

Monsieur Clardin escuchó los pasos de su mayordomo hacia la entrada. Conservaba el oído en tal estado que era capaz de percibir cualquier murmullo si prestaba atención. Pero no era este el caso, imaginó que sería cualquier encargo sin importancia y cerró los ojos al abrazo del sol.

Cruzó las manos sobre sus rodillas extendiéndolas al calor, porque si algún síntoma tenía de senectud, aparte de su piel arrugada y pálida, era ese frío hondo que se agarra a los huesos de los viejos.

—Disculpe, Monsieur Clardin, un joven insiste en querer hablar con usted; dice que se trata de un asunto muy importante —anunció el mayordomo desde la puerta de la sala.

Monsieur Clardin, sin apenas abrir los ojos, se acurrucó y se hundió todavía más en el gran sillón.

—No deseo ver a nadie y mucho menos hablar —confirmó secamente.

El mayordomo vio cómo su señor levantaba la delgada mano indicándole que se fuera.

Su fino oído le siguió con atención bajando las escaleras hasta el primer piso y le oyó despedir a quien, fuera quien fuera, tenía la estúpida pretensión de querer hablar con él.

Le pareció que se resistía a aceptar el portazo y además lo hacía en un francés deplorable. Pensó entonces que podía tratarse del chico indeciso que miraba desde el puente a su casa y esa intuición le intrigó, se levantó y con cuidado para no provocar ningún ruido se acercó hasta la escalera movido por cierto impulso infantil.

—Por favor, dígame que vengo de muy lejos. Solo él puede ayudarme —suplicaba aquel muchacho resistiéndose a abandonar la entrada.

—Lo siento, señor, Monsieur Clardin está descansando. Escríbale una carta y, si su solicitud es tan importante, es seguro que Monsieur le responderá —le aconsejaba el mayordomo en una actitud inamovible.

Reconoció al joven.

—Dice que su asunto es importante. ¿Cómo puede estar seguro de ello? —preguntó sorprendiendo al mayordomo y al visitante desde la baranda del segundo piso.

Alicio alzó la vista y quedó paralizado como un ratón a plena luz. Allí estaba aquel hombre que había imaginado desde el puente: tenía la mirada tan feroz como la había presentado.

—Y bien, ¿es que acaso quiere usted tomarme el pelo? —apremió Monsieur Clardin—. ¿Cree que en estos momentos mis asuntos son menos relevantes que el

suyo? Mejor será que suba de inmediato y que no me haga perder estúpidamente el tiempo, pues es lo único importante en la vida.

Subió tan rápido como pudo. Comprendía que no debía desaprovechar esa oportunidad si pretendía conseguir algo.

Cuando entró en la sala quedó sobrecogido frente a la magnífica chimenea y los dos gatos, enormes y bellísimos, que se relamían cerca del fuego encendido. Cruzó el umbral con mucho respeto, como si entrara en algún templo sagrado. En una pared vio unos hermosos frescos pintados sobre el muro de piedra viva, una multitud de pequeñas figuras egipcias. Bordeando los frescos, distintos signos que supuso serían fragmentos de escritura jeroglífica. Del mismo centro de aquella pared sobresalía una pequeña esfinge, labrada en piedra desgastada. «Auténtica, quizá», pensó conteniendo la respiración. La otra pared lateral ofrecía a través de sus grandes ventanales una impresionante vista de la ciudad de París, con la catedral justo en el centro. La perspectiva de ambas paredes tenía una lectura indiscutiblemente bella. En un perfecto paralelismo, frente a frente, los símbolos de ambas culturas.

La estancia se completaba con vitrinas repletas de reliquias preciosas y una pequeña ara de piedra llena de papeles. Un sinfín de libros se apilaba junto a una gran lupa de aspecto muy antiguo, dando al conjunto cierto aire de santuario dedicado al estudio.

—Espero, por su bien, que no se haya equivocado al decir que se trata de algo realmente importante —le recordó el anfitrión rompiendo su arrebató místico.

Se quitó el sombrero e inclinó un poco la cabeza. Aquel anciano imponía pero el temor a irritarle le hizo sobreponerse.

—Gracias por dedicarme unos momentos, estoy sinceramente agradecido

Monsieur Clardin, sentado en su enorme sillón, recogía las notas y las agrupaba en el alféizar de la ventana. Cuando terminó, llamó con un suave siseo a los gatos, que acudieron a acomodarse en su regazo, al sol.

—Pues siéntese y empiece cuanto antes —ordenó.

Alicio pensó que sería mucho mejor ir directo al grano:

—Estoy buscando un pergamino egipcio perdido.

El prestigioso doctor avanzó las espesas cejas hacia él clavándole una profunda mirada. Temió haber sido demasiado directo.

—Muchacho, habla usted el francés peor que una vaca. ¿Por qué no utiliza su propio idioma y deja de maltratar el mío? —le sugirió fastidiado; le ardían las mejillas de irritación. El francés no era una lengua para masticarla, así que prefería

hablar en otra antes que continuar con aquella atrocidad.

—Perdone mi mala pronunciación —se disculpó ya en español.

—Así está mucho mejor —le contestó Monsieur Clardin en la misma lengua.

—Lo que buscas ¿tiene que ver con algo que estás investigando en concreto? —preguntó poniendo un poco más de interés.

—Permita que le explique la historia que me ha traído hasta aquí. —Pensó que sería mejor empezar por el principio—. Mi nombre es Alicia. Soy una persona que prefiere escuchar las aventuras de otros, sentado cerca de un hogareño fuego, a lanzarme a ellas. Pero ha llegado hasta mí la más increíble historia que jamás he escuchado sobre un manuscrito egipcio perdido, y la convicción absoluta de que es cierta lanzó primero a mi tía a un viaje en su búsqueda y luego a mí tras sus pasos para auxiliarla, porque estoy convencido de que está metida en un grave peligro. Por este motivo he venido hasta su casa, porque necesito su ayuda para encontrarla.

Creía que le había salido una buena exposición, se sintió satisfecho del tono empleado. Además no quería que se intuyera ni por un momento su verdadera pretensión de apoderarse de la figura del manuscrito.

—Sé que mi tía y su compañera de viaje tenían la intención de venir a visitarle, ya que es usted un eminente especialista en el tema egipcio —dijo poniendo la máxima intención en que se sintiera honrado por el elogio.

Quedaron en silencio los dos.

Inesperadamente Monsieur Clardin llamó con una campanilla y le anunció:

—No me han relatado nada notable desde hace mucho. Me interesa conocer esta historia sobre un manuscrito que supones tan increíble pero, primero, vamos a atender al cuerpo.

Mientras saboreaba una exquisita salade de crevètes, Monsieur Clardin consultaba con su pequeña lupa algunos papeles. De tanto en tanto levantaba la vista hacía aquel joven que había irrumpido en su rutina para contarle, tal vez, un entretenido cuento. No podía descifrar por qué se había fijado en él sobre el puente. Cada día miles de personas lo cruzaban pero aquel joven había logrado, de un modo especial, su atención y aún seguía haciéndolo.

Alicia se limpió educadamente los labios y sintió que aquel ilustre erudito le hacía sentirse insignificante y absurdo. «Tal vez mi tía no haya conseguido hablar ni siquiera con él, tal vez se ría de lo que voy a contarle. Igual me echa a la calle y me quedo sin más pistas.» Entonces volvió a recordar las palabras de Daria y se esforzó por recobrar la confianza. «Si he llegado hasta aquí, nada ni nadie me impedirán

continuar adelante.» Se pasó las manos por el pelo y miró su reflejo en el cristal de la ventana, se veía elegante.

El egiptólogo le invitó a empezar el relato y se lanzó a interpretar uno de sus personajes favoritos. Se aproximó hasta la pequeña esfinge atreviéndose a tocar con sus dedos el irregular relieve.

—Monsieur Clardin, como le dije, hace ya algunos días que mi tía partió, junto con su mejor amiga, en busca de un pergamino egipcio perdido.

Monsieur Clardin dejó los papeles que tenía entre manos con parsimonia.

—¿Y qué tiene que ver esto conmigo? Cada día cientos de personajes marchan en busca de tesoros y quimeras. Más vale que no me vengas con un cuento chino, porque te aseguro que recordarás haber abusado con tanta frivolidad de mi paciencia —amenazó lanzando su mirada sobre la mano que acariciaba la esfinge.

Dejó de tocarla en el acto.

—Este pergamino habla de una pequeña figura de oro llamada el Danzarín de los dioses.

Monsieur Clardin levantó la mirada y la clavó sobre el joven. Su rostro palideció como una vieja cera. Alicia enmudeció de inmediato; estaba seguro de que algo no iba bien.

—¿Qué diablos te crees que haces? ¿Quién te ha mandado hasta mí? —gritó inesperadamente.

Sorprendido y asustado, titubeó buscando algo que responder, pero el anciano se había levantado con furia de su asiento.

—¡Sal de mi casa inmediatamente! No quiero oír hablar ni una palabra sobre este asunto, ¿me oyes? ¡Ni una palabra! —Su voz atronadora invadía la sala—. ¿Cómo te atreves, desvergonzado muchacho, a venir hasta mi casa en busca de ayuda?

Alicio estaba atónito, no entendía aquella repentina reacción de ira. Pero seguía sin saber qué decir.

—¡Tras tantos años de silencio, no lo consentiré! ¿Con qué insolencia pretendes desbaratar mi vida? —Agitaba sus brazos y se revolvía amenazante como si una terrible sombra quisiera cernirse sobre su cuerpo. Y se dirigía hacia él con tanta energía que se estremeció de temor—. ¡No lo permitiré! ¡Fuera de mi casa! Ya se pagó un alto precio en aquellos días. No dejaré que vuelva a empezar.

Los hermosos gatos habían desaparecido, también ellos comprendían que se había desatado la cólera del gigante.

—De haber sabido lo que buscabas, jamás hubieras entrado en mi casa. Maldito sea

el momento en que sentí curiosidad.

Y estrelló el puño contra la piedra del ara, golpeando con tanta fuerza que los huesos de cualquier anciano no hubieran podido resistirlo. Sin embargo, de nuevo levantó la mano y con un dedo le señaló con tanto ímpetu que Alicia creyó sentir un rayo paralizador saliendo de la punta de ese índice en busca de su cabeza.

—¡Escúchame bien, muchacho! No toleraré que perturbéis las cosas, ni tú ni tu tía. Jamás lo consentiré. ¿Lo entiendes? Nadie logrará saber nada sobre el lugar donde se halla esa figura.

Alicia se encogió contra la pared y cerró los ojos. «Reacciona, di algo que lo calme. Solúcionalo rápido», se suplicaba a sí mismo queriendo estrujarse el cerebro en busca de un remedio que arreglase ese inesperado desastre. Pero de pronto toda la rabia y la vehemencia, tal y como habían empezado, cesaron, dejando en el aire un silencio parecido a un ahogo.

Abrió los ojos con temor.

El anciano se había sentado y ocultaba su rostro con ambas manos, abatido.

Le observó con cautela porque no estaba muy seguro de que aquel ataque de furia se hubiera aplacado de golpe. Lo mejor sería recoger su sombrero, disculparse por la molestia y salir de allí como le había ordenado. Pero no se atrevía a moverse y provocar otro arrebato. Le extrañó que el mayordomo no hubiera acudido ante aquellos gritos.

—Yo tenía entonces veintitrés años y mi amigo Yves veinticinco. —Había levantado su rostro y miraba sus notas y papeles mientras pasaba su mano sobre ellos, como si acariciara cicatrices. Un doloroso y antiguo recuerdo parecía haber vuelto al viejo corazón de aquel hombre y ahora quería salir por su boca—. Hace ya setenta y cinco años de aquello. —Sus palabras sonaron como un lamento.

No se movió ni un milímetro pero prestó mucha atención a aquella mano que se había vuelto tan temblorosa como la de cualquier otro anciano.

—¡Con cuánta ilusión y coraje nos enfrentábamos a los retos que nos presentaba la vida! —dijo hablando solo para él—. Aquel año Yves acababa el último curso de Antropología y preparaba su tesis: «Mastabas en el Antiguo Imperio Egipcio». ¿Quién nos hubiera dicho entonces lo que había de ocurrir?

Se envalentonó acercándose un poco más. Monsieur Clardin, con el cuerpo inclinado hacia delante, parecía sufrir de veras con el recuerdo. Las llamas del hogar bailaron detrás.

—Y ahora, al final de mi larga existencia, un desconocido llama a mi puerta para

traerme de nuevo aquello que no he logrado comprender en toda mi vida.

Y sus ojos, aún enrojecidos por la ira, parecieron aguarse entre sus arrugados párpados. Miraba al joven como si buscara a alguien que hubiera perdido en el tiempo.

—Monsieur Clardin, no me envía nadie —le informó con prudencia buscando reconfortar aquel sufrimiento.

—Sí, aunque tú no lo sepas. Sí te envía alguien: el destino —le rectificó—. Voy a tener que ser yo quien te cuente a ti una increíble historia. —Dibujó media sonrisa herida—. Es necesario que lo haga para hacerte desistir de tu locura.

El muchacho asintió obediente.

—Hicimos nuestro primer viaje a Egipto a finales de un frío otoño. Íbamos a tener la suerte de participar en una gran excavación arqueológica en Qubbet el-Hawa, en Asuán. Todo hacía prever que se encontrarían nuevas tumbas y alguna mastaba importante, y por eso Yves se entusiasmó tanto con ese proyecto.

Se acercó un poco más.

—Entre ellas hallamos una de muy elaboradas pinturas murales que nos hizo intuir que pertenecía a un prohombre o gobernador notable. Nuestra teoría era cierta, estábamos ante un hallazgo inesperado y grandioso. La alegría fue inmensa cuando descubrimos que en aquella tumba habían sido grabadas con un sinfín de detalles todas las expediciones y hazañas de su noble propietario y que, junto a la puerta de acceso, habían copiado con extrema pulcritud una carta real de agradecimiento del faraón a las gestas del difunto: «Ven al norte y date prisa. Trae ante mí a este pigmeo contigo. El que has traído desde el País del Horizonte, para que dance y alegre el corazón del rey del Bajo y el Alto Egipto, Neferkera».

El muchacho pegó un brinquito. El escriba había cumplido con su palabra.

—En efecto, se trataba de la mastaba del legendario explorador Her-Khuf, en la que también se encontraron toda clase de enseres funerarios pertenecientes a su vida. —Monsieur Clardin cerró los ojos y susurró en un profundo suspiro—: Yves, *mon ami*.

Alicio respetó la emoción del viejo profesor y esperó a que continuara.

—Días más tarde, cerca de las anteriores tumbas, salió a la luz una mucho más humilde. Era la de un escriba y contenía valiosos papiros en muy buen estado de conservación. Decenas y decenas de ellos, entre los que se hallaban incluso mapas con toda clase de indicaciones sobre rutas y oasis de aquellos desiertos, valles y países lejanos. Todos realizados con una excelente minuciosidad sobre hojas de papiro de gran calidad que, a pesar de los milenios transcurridos, podían ser

interpretados sin mayores problemas. Estábamos ante relatos inéditos que nos hablaban de viajes y de sucesos importantes. Aquello era un regalo de Dios para incipientes científicos como nosotros, y en especial a Yves le llamó la atención uno de ellos. Uno que estaba muy bien protegido, como si quien lo hubiera guardado quisiera asegurarse de que iba a perdurar hasta el fin de los tiempos.

Alicio estaba sobrepasado y conmovido, no podía creer que aquel consagrado egiptólogo le estuviera contando todo aquello. Se sentó en el suelo cautivado por la continuación de la historia que había comenzado en boca de Daria.

—La estancia donde se encontraron aquellos papiros contenía un penetrante olor que no he podido olvidar. ¡Maldito sea para siempre! —renegó amargamente Monsieur Clardin—. Provenía de un ungüento que los escribas elaboraban y que dejaban junto a los escritos para que el aire se impregnara de esa fórmula y evitara, en lo posible, el deterioro producido por el oxígeno.

El egiptólogo se levantó, parecía más viejo que antes. Paseó lentamente por la estancia ordenando, tal vez, los recuerdos en su mente. Al fin se sentó junto al fuego y los gatos acudieron a su regazo. Los acarició buscando algún consuelo.

—¿Qué sucedió con ese papiro tan particular?

—Regresamos a París con él escondido en nuestra ropa. Sí, lo robamos. Tanto Yves como yo presentíamos algo muy importante en la intención del escriba por preservarlo tan especialmente y queríamos estudiarlo junto al mapa que lo acompañaba hasta conseguir descifrarlo.

—¿Y qué decía? ¿Lograron saberlo?

—Durante largos meses mi entrañable compañero no dejó de soñar con encontrar el lugar descrito en ese misterioso mapa. Cuanto más avanzábamos en la historia allí contada, más se obsesionaba él con seguir investigando hasta el punto de olvidar sus otras responsabilidades. Yves creía firmemente que el papiro le había elegido a él para ser el nuevo descubridor de aquella preciosa figura de oro, la que había provocado la enemistad del faraón y el explorador. Una pequeña figura llamada el Danzarín de los dioses.

—Solo el nombre ya incita a buscarlo... —balbució ocultando su profunda impresión por volver a escucharlo, ahora en boca de Monsieur Clardin.

—Abandonó su tesis y la ciudad y se marchó a buscarla durante dos largos años. Fui a verle una sola vez pero recibía sus cartas, donde me mantenía informado sobre sus progresos y esperanzas. No me di ni cuenta de que, poco a poco, se espaciaban sus breves noticias hasta que me llegó la última. Debí de haber tratado de que

regresara antes. Pero no lo hice. También yo vivía muy ocupado en mis nuevos proyectos. —Su mueca pareció de dolor—. Lo peor que puede sucedernos en la vida es darnos cuenta tarde, y cuando ya no hay remedio, de lo que debimos hacer y no hicimos.

Esas palabras parecieron caer sobre su espalda con todo el peso de muchas noches de tristeza, pretendidamente olvidadas.

—¿Y qué decía aquella carta?

—Me comunicaba que hacía ya tiempo que había encontrado la hermosa figura del Danzarín —retomó el relato como si hablara consigo mismo—. Su letra era casi ilegible y algunas frases me parecieron delirantes. Fue cuando intuí que algo grave le ocurría y partí en cuanto pude hacia Egipto. Demasiado tarde.

—Tarde ¿para qué?

—¡Era ya demasiado tarde! Le encontré consumido en un hospital del Cairo, en plena agonía. Su aspecto era deplorable. Nada tenía que ver con el alegre Yves que despedí dos años atrás en el aeropuerto. Sufría mucho, pero su sufrimiento no era físico, no. Lo que sufría era su alma, o tal vez su corazón, no lo sé. Nunca pude perdonarme no haberlo evitado. Y la culpa hizo que también mi corazón sufriera durante mucho tiempo, como sufre aún ahora al recordarle.

El muchacho empatizó con aquel sentimiento.

—Su misteriosa enfermedad no tenía explicación médica, dijeron los doctores. Solo cabía la posibilidad de que hubiera contraído algún extraño virus no conocido aún por la ciencia. En algunos momentos, Yves me hablaba con cierta lucidez y desesperación y pude entender que en el mapa había una advertencia escrita. Me repetía que aquella maldición era cierta y con lágrimas me pedía que recogiera sus libretas y los papiros y que los ocultara bien seguros y para siempre. Que nadie hallara la figura que él había escondido de nuevo. Lloraba y me suplicaba que los ocultara en el fin del mundo. Y aunque era un joven de veintisiete años parecía ya un anciano consumido. No puedo olvidar su mirada.

Alicio se estremeció con una sensación indefinida que le crecía en el pecho. Monsieur Clardin echó a los gatos y le miró fijamente.

—Fue muy duro ver morir así a mi amigo. Recogí sus cosas en una habitación oscura y maloliente de aquella calurosa ciudad y allí encontré, en un hatillo, su sucia libreta junto con los manuscritos egipcios. Regresé a París tras enterrarle en aquella lejana tierra y decidí investigar los documentos hasta descifrar la historia que contenían. Y a ello me entregué, con todas mis fuerzas, noche y día. Pero no busqué el

Danzarín de los dioses.

»Presta mucha atención a lo que te voy a confiar: en una esquina del papiro el escriba advertía sobre la cruel maldición que Neferkera invocó un día y que acompañaba para siempre a la figura que le fue robada. Maldición que caería sobre aquel que acariciara al hermoso Danzarín, porque en el mismo instante que su mano le tocara, su corazón le sería arrebatado y languidecería lentamente hasta morir.

Se encogió de espanto. Él albergaba la intención de encontrar la figurita y quedarse con ella. Hasta había considerado regalársela a Daria en prueba de su valentía. Monsieur Clardin interpretó bien aquella expresión. Y quiso asegurarse de que quedaba bien clara la amenaza.

—Mi primera reacción fue menospreciar semejante advertencia. Cualquier estudioso sabe que esas leyendas se escribían junto a los tesoros para asustar a los posibles ladrones. Pero luego comprendí que eso habría pensado también Yves, y por primera vez me asusté de aquello que, aunque se escape a nuestra razón, existe. Me asusté de veras, por eso pensé en quemar el manuscrito y la libreta de Yves donde describía todas sus investigaciones y el nuevo lugar donde había ocultado la figura. Pero no pude. La terrible historia sobre Her-Khuf y aquel papiro tenían un valor incalculable para los historiadores como yo. Me debatí entre mis dudas y mis temores. Finalmente acepté cumplir el deseo de Yves y los escondí para siempre, tal y como él me pidió, en el fin del mundo.

—¿En el... fin del mundo? —musitó Alicia, que enseguida comprobó cómo la energía regresaba al gesto del profesor cuando se levantó para acercarse a él.

—Escucha bien ahora. Todo esto que te he contado pertenece al pasado y ahí debe continuar. Esa fue la decisión de mi amigo y desde entonces es también la mía. No quiero que nadie vuelva a indagar en ese asunto. No voy a permitir que vuelva a empezar. Lo dejé bien seguro para que nunca se pudiera llegar al Danzarín de los dioses. ¿Entiendes?

El joven asintió sin proponérselo siquiera.

—Cuando llegue ese instante fugaz que me lleve a la muerte quiero irme con mi palabra cumplida y sin que pese sobre mi conciencia ninguna carga. —Y miró a través del ventanal como si se estuviera asomando a un océano vacío.

El muchacho se incorporó.

—Monsieur Clardin... —pronunció sin casi atreverse—. Mi tía y su amiga están buscándolo y es muy posible que lo encuentren.

El viejo egiptólogo volvió la cabeza con una expresión furiosa.

—¿Y a qué esperas para impedirlo? ¿Es que acaso no has comprendido nada de lo que te he contado? —le gritó enérgicamente.

«¡Es cierto! He estado en lo cierto desde la primera sospecha. ¡Mi tía está ante un terrible riesgo de muerte y solo yo puedo salvarla!»

—Después de venir aquí, ¿sabe hacia dónde fueron? —preguntó con actitud de emprender sin más demoras la tarea de salvarlas.

—Pero ¿qué diablos dices, muchacho? Nadie ha entrado en esta casa, excepto tú, desde hace tres meses como mínimo. El último que lo hizo fue el médico que envía mi familia para calcular el tiempo que me queda. —Y dejó escapar un leve gesto de orgullo como si aquello fuera una guerra particular de la que estaba saliendo victorioso.

A Alicia no le hizo ninguna gracia: acababa de quedarse sin brújula otra vez.

—Pues, si no fue a usted, ¿a quién vinieron a visitar en París? —Y se sentó confundido en el gran sillón junto a la ventana.

Monsieur Clardin le miró un largo rato mientras movía negativamente la cabeza.

—Asegúrate de que regresan a casa —le ordenó al fin, buscando el último rayo de sol que se filtraba en la estancia.

—Dijeron que iban a consultar con alguien sobre un libro. ¿A quién pudieron venir a ver? ¿Qué otro especialista pudo haber escrito sobre este pergamino egipcio? —preguntó el chico, que se esforzaba por encontrar un nuevo hilo.

—¿En París? —Se pasó la mano sobre los ojos, pareció que había dado con la respuesta—. Tal vez esté aún aquí, tal vez se esté retorciendo en las cloacas de otra ciudad del mundo o quizás haya muerto ya, si Dios me hizo caso —contestó del mismo modo que si le preguntaran por un ser ponzoñoso y detestable.

—¿Quién? —Se incorporó Alicia entusiasmado como un resorte del hondo sillón.

—Un individuo vulgar y mediocre, sin escrúpulos ni moral. Un engreído escritorcillo de tres al cuarto. Le eché de mi casa como a una miserable rata. —Sonrió con malicia—. Dijo que tenía previsto escribir un libro sobre tesoros escondidos y pretendía que le revelara detalles sobre esta legendaria figura sobre la que no sé cómo pudo llegar a informarse.

—¡Eso es! ¿Cómo no lo pensé antes? ¡Fueron a ver al autor del libro! —gritó loco de alegría.

—¡Maldito sea mil veces! ¿Ese hombre llegó a escribir sobre la figura? ¿Cuántos oportunistas y trotamundos habrán salido a lo largo de estos años hacia una búsqueda absurda? Esto es aún más serio de lo que suponía. ¿Qué demonios cree ese loco

llamando a probar fortuna a los insensatos que lo lean? Estamos ante un asunto muy grave. Si fueron a verle, tendrás que encontrarlas con urgencia y hacerlas regresar a casa. A saber adónde las habrá mandado. ¡Cuántas mentiras se habrá permitido escribir! Ahora tendremos que ocuparnos de él, otra vez.

Y con paso urgente y muy indignado salió del gran salón.

Al quedarse solo, la estancia se le antojó un lugar irreal. El sol se ocultaba en el horizonte de la ciudad y sintió mareos y vértigos al pensar en la maldición. «Es mejor dejarlo correr y regresar cuanto antes a casa.» Estaba ya apoyándose en la pared con síntomas de querer desmayarse cuando irrumpió en la sala aquel infatigable anciano cargado con varias carpetas. Las tiró sobre la oscura madera del suelo y llamó con una campanita.

—Vamos a dar con esa saqueadora alimaña, ¡ya lo creo! —murmuraba para sí mismo con firmeza.

Tan rápido como cuando se enciende la luz tras pulsar un interruptor apareció el mayordomo en la puerta.

—Monsieur.

—Vamos a tener trabajo para rato. Prepáranos, por favor, algo caliente —ordenó con su voz profunda sin tan siquiera alzar la mirada.

Alicio se arrodilló junto a las grandes carpetas. Voluntarioso pero angustiado.

—Chico, ¿quién iba a pensar, cuando te vi sobre el puente, que iba a encomendarte un trabajo como este? ¡Válgame el cielo! Pero eres el adecuado, porque aún tienes la honradez de la ingenuidad y eso es imprescindible para esta empresa.

«¿Qué pretende que haga?», se preguntaba haciendo gala de esa ingenuidad que el viejo le atribuía. Este se sentó cerca del hogar y pidió que le pasara una de las carpetas que estaban en el suelo. La abrió y empezó a buscar.

—Aunque hace ya años que vino a verme, recuerdo que me entregó una tarjeta de visita con su nombre. Sé que cuando la vea la reconoceré, tenía algo que la hacía particularmente desagradable. —Y empezó a revolver afanoso entre los papeles mientras sus largas cejas se le juntaban en actitud de alerta.

Alicio se sentía mal, se acercó al respaldo del confortable sillón y apoyado ojeó sin muchas ganas desde allí.

Papeles y más papeles de incansable escritura, recortes de artículos y pequeñas notas entremezcladas. No entendía nada de lo poco que alcanzaba a ver.

—No sé cómo llegó a saberlo, pero lo sabía. Sabía que existía el papiro y la dorada figura —mascullaba entre dientes rabioso—. Tenía que haberle aplastado

como a una chinche aquí mismo aquel día. Le avisé que aquello era fuego y podía quemar. Le amenacé incluso, pero a los necios todo les parece vano. Creyó que se trataba de un cuento de viejo que solo busca provocar el miedo.

En cuanto descubrió al joven observando sus papeles, cerró la carpeta. No quería narices ajenas husmeando en sus escritos. Con los brazos cruzados la apretó contra su pecho mientras cerraba un ojo y con el otro parecía adentrarse en el tiempo.

—A ver... Yo estaba trabajando en el estudio cuando llegó aquella hiena. Se metió de improviso en la sala, como lo hace un ladrón. Hablamos muy poco, más bien diría que eso no fue hablar. Recogí su tarjeta y, mientras le echaba de mi casa, la dejé entre los papeles de aquel día. Me encolericé porque su fin era detestable: quería saber el lugar dónde se ocultaba el Danzarín para conseguir una fortuna. Incluso se atrevió a ofrecerme una pequeña parte de los beneficios, el muy estúpido. —Y se levantó furioso.

Alicio contuvo el aliento. «Espero que no se dé cuenta de que yo también he llegado a su casa con una intención parecida.» Puso cara de repudiar por completo la conducta del escritor.

El egiptólogo se dirigió con extraordinaria agilidad hacia el resto de las carpetas que estaban en el suelo y las recogió mientras empezaba a recordar con más seguridad:

—Era un artículo sobre los métodos antiguos de fabricación del papiro. Voy a dar contigo, aunque te escondas en el más oscuro de los agujeros. —Abrió una carpeta tras otra, hasta que la mirada se le iluminó—. ¡Aquí está!

El corazón de Alicio retumbó como un pequeño tambor dentro del pecho.

—Aquí te tengo, escritor de negras tintas. —Rio satisfecho alzando la tarjeta ante sus ojos como un trofeo de caza.

Mr. Jean-Jacques de Trabaux
Romancier
24 Rue de la Providence
Paris

Era una tarjeta blanquecina, con dos manchas oscurecidas de grasa en uno de los costados.

—Es repugnante —exclamó Alicio arrugando la nariz al observarla de cerca—. Debe de tratarse de un hombre muy descuidado.

—Vas a ir a esta dirección y vas a hablar con él. Debes averiguar qué publicó

realmente y, si esas dos imprudentes mujeres fueron a verle, adónde las envió. Y, sobre todo, luego debes convencerlas a ellas de que no sigan adelante. Sé muy prudente y reservado con toda la información que te he dado —le ordenó con determinación—. Si tuviera veinte años menos, me encargaría yo mismo, pero ahora ya no puedo.

El muchacho aceptó aunque no sabía cómo reuniría el valor suficiente. «Está claro que tengo que rescatarlas, depende todo de mí.»

—El destino te ha traído aquí por algún motivo. Aunque no logre entender por qué contribuyo a remover este asunto —confesó el viejo profesor descansando sus ojos fatigados en los suyos.

Dentro de aquella mirada, como si fueran las profundas aguas de un pozo, creyó ver el reflejo del mundo bailando. Sobrecogido, aceptó la sucia tarjeta y la guardó en su bolsillo. Se sentía como un niño solo ante un corredor largo y muy oscuro.

Capítulo 8

La noche parisina era realmente fría. Al tiempo que se subía las solapas del abrigo, seguía dando vueltas al enigma de Monsieur Clardin: «Lo escondí en el fin del mundo».

«La verdad, no entiendo qué sentido tiene seguir buscando con esa perspectiva y sin ninguna pista.» Contrariado consigo mismo, cogió un taxi que le llevó al viejo barrio de Saint-Denis.

Bajó del coche quedándose de espaldas al Sena mientras se hacía una rápida composición del lugar. La calle, estrecha y poco iluminada, olía a orín y a basura. Con un gesto de repugnancia tiró del cuello de la chaqueta hasta tapar su nariz. Luego se encasquetó bien el sombrero y miró con atención el número del portal en la tarjeta.

Allí mismo estaba el 24: un edificio de apartamentos que, a juzgar por su aspecto exterior, se encontraba en muy mal estado. Sin querer pensárselo se introdujo en el portal y buscó entre los nombres de los inquilinos, al lado de los timbres; Jean-Jacques de Travaux seguía viviendo en el tercer piso. «Sería mucho más inteligente irse a un hotel y descansar un poco», le aconsejaba su sentido común pero empezó a subir por las escaleras. No iba a permitirse flaquear ahora que al fin tenía una auténtica misión entre manos y todo dependía de él.

Llegó ante la puerta, sucia y desconchada, y llamó con decisión. Estaba preparado para no inmutarse con lo que viera. Pero tras unos minutos de paciente espera..., no abrió nadie. Insistió varias veces y ya sin contemplaciones. Para su sorpresa, la única puerta que se abrió fue la de enfrente.

Una señora con bata de flores y exageradamente pintada le gritó:

—Deja ya de molestar, imbécil, Jack estará en La Fontaine d'Ours, ¡como siempre—
—Y con un portazo seco cerró sin dar opción a respuesta.

Alicio recompuso su gesto de asombro. Era evidente que aquella mujer no conocía los buenos modales y, además, ese imprevisto desbarataba sus planes. Durante unos momentos dudó sobre qué debía hacer.

Bajó las escaleras desanimado. «¿Cómo voy a encontrar a alguien a quien no conozco y en un lugar que no sé ni dónde está?», resopló entre dientes mientras un escalofrío le sacudía de encima la humedad del edificio.

Ya en la calle dudó entre esperar allí o ir a los bares cercanos. «La Fontaine d'...», ni se acordaba del nombre completo que había gritado aquella foca, tendría que estar

por los alrededores. Se decidió por la segunda opción, debido al frío que hacía, y se dirigió hacia la parte baja de aquella larga y oscura calle.

Al verle pasar, varias prostitutas le sisearon entre risas. Una de ellas se acercó con descaro lo suficiente como para rozarle con su cuerpo mientras le susurraba algo que intuyó sería una propuesta muy indecente. Se ciñó el abrigo y aceleró el paso. Las caras de aquellas mujeres le parecían máscaras grotescas y las lenguas que movían en sus bocas, serpientes deseosas de morder. Se estaba asustando de veras.

Entonces fue cuando, nervioso, giró hacia un pequeño callejón y ante él, con luces rojas e intermitentes, apareció La Fontaine d'Ours. El corazón le brincó, estaba salvado.

Al abrir la puerta, una mezcla de olores agriados le dio la bienvenida y, si no hubiera sido porque fuera la situación le parecía aún más desagradable y peligrosa, habría dado media vuelta con mucho gusto.

El local estaba lleno de hombres ruidosos y toscos. Notó algunas miradas desconfiadas que parecieron brillar como navajas dispuestas a pincharle. Sin embargo, intentó no amedrentarse y, aparentando normalidad, se dirigió a la barra. Se oyeron unas risas estruendosas, tal vez provocadas por un comentario jocoso sobre el recién llegado.

Bastante cohibido se sentó en un taburete libre y pidió una limonada. No pudo evitar que su mente elucubrara sobre la lamentable higiene del vaso en el que se la servirían y la alta probabilidad de contagio de alguna terrible enfermedad venérea. Quiso marearse pero aguantó.

Detrás de la barra, la mujer dejó el trapo y levantó las cejas en un intento vano de reprimir la sorpresa de estar ante un cliente tan distinto.

Tras ella, Alicio descubrió la polvorienta cabeza disecada de un oso con sus fauces bien abiertas mostrando sus afilados dientes, en una actitud de furioso ataque. Los ojos de cristal de aquella fiera parecían mirarle fijamente y aún se incomodó más.

—Perdone, ¿podría indicarme quien es Jean-Jacques de Trabaux? —preguntó con cierto encogimiento, y en su mejor francés, a la patrona mientras esta le vertía la limonada en un vaso sin brillo.

La mujer se inclinó sobre la barra acercándose a su oído y, echándole encima un aliento picante, le dijo:

—*Coucou, mon petit garçon!* No debes conocerle si le llamas así. ¿De qué refinada escuela te has escapado tú?

—No le conozco personalmente, pero aun así es muy importante que hable con él

cuanto antes —contestó esquivando, con la máxima discreción que pudo, el aliento y el par de enormes tetas que se volcaban sobre él.

—Si no me equivoco, preguntas por Jack el Loco, ¿es así? —Sonrió, acercándole la limonada.

«Sería mejor que salieras corriendo de aquí. Esto irá de mal en peor», insistía su sentido común alarmado.

—Pues ahora mismo no está en el local pero no creo que tarde mucho. Cada noche viene a jugar a las cartas con sus elegantes amigos —le dijo señalando socarrona hacia la concurrencia—. Sería muy extraño que hoy no lo hiciera. Si esperas en un rinconcito, yo te avisaré en cuanto llegue, mi pequeño gatito. —Y retorció los labios como si se le escapara un pellizco por ellos.

—Perdone, ¿por qué le llama el Loco? —preguntó atrapado entre su miedo y su curiosidad.

Ella se ajustó los pechos dentro del escote.

—¿A ti qué te parece? —Y se marchó hacia el otro extremo de la barra riendo como si le hubieran contado el mejor chiste del día.

Volvió a mirar los ojos del oso clavándose sobre él y, sin perder tiempo, cogió su vaso de limonada y buscó una mesa discreta, desde donde esperar y pasar más inadvertido.

«Aún no entiendo cómo es posible que sigas aquí, haciendo esto.» Su cauta voz interior le reprendía pero recordó que llevaba un purito en la chaqueta y se obligó a encenderlo; eso le ayudaría a sentirse un poco más aliviado.

Desde aquel rincón podía observar, sin casi ser visto. Así que a través del humo de su purito empezó a mirar aquel sofocante lugar que, desde la penumbra de su mesa, se le ofrecía como una escena que superaba cualquier secuencia de ficción.

No muy lejos de él, lo que parecían chulos, rateros, estafadores y otras miserias jugaban a las cartas. Observó sus miradas secas siguiendo los movimientos de los naipes sobre la mesa y poniendo, sin apenas decir palabra, los cinco francos obligados en el centro.

Se acabó la limonada con rapidez y repasó con el vaso la superficie de la mesa. «Seguro que sobre esta madera manchada se habrán vivido muchas historias», pensó queriendo encontrar el lado poético de un lugar tan sucio.

La puerta se abrió entonces y con una bocanada de aire frío entraron por ella tres exuberantes y ruidosas mujeres. Las tres tenían un aspecto muy llamativo, de rasgos marcados y provocadores cuerpos. Instintivamente se refugió aún más en la sombra.

Las mujeres recorrieron las mesas riendo y saludando. De inmediato algunos de esos hombres despertaron del sopor. La patrona les sirvió unas bebidas y luego se acercó hasta la mesa del muchacho.

—Prueba esto mientras esperas, jovencito. ¡Seguro que tu mamá no querrá que regreses tan temprano a casa! —Y le tendió un vaso lleno de un líquido casi transparente.

—¿Qué es? —preguntó sin atreverse a preguntar.

—Calvados, aguardiente de manzana. El mejor del mundo. Solo en La Fontaine se puede beber uno como este. —Y se marchó dejándole la botella sobre la mesa.

Sorbió con cuidado. Le pareció que tragaba fuego.

Cerca de la puerta empezaron a discutir acaloradamente unos patanes, mientras en otra mesa un par de infelices bohemios, que imaginó poetas, filosofaban. Miró con más atención hacia su derecha a unos saltimbanquis callejeros que ensayaban, entre bromas y risas, con unas pequeñas pelotas que lanzaban al aire. A poca distancia de ellos dos *clochards* miraban la exhibición malabar a través del cristal de sus inacabables botellas.

Sorbió otro traguito de calvados. Y dio otra calada al purito.

No muy lejos de él un viejo fingía interés por lo que le decía un mugriento ventrílocuo, que parecía más demente que ventrílocuo, con su muñeca pintada y rota sobre las rodillas.

Volvió a llenarse el vaso.

Empezaba a sentirse ligeramente más cómodo. Ya nadie se fijaba en él y el ruido del ambiente lo ensordecía todo. Soltó el humo del purito a cortas bocanadas. «Tampoco huele ya tan mal», valoró mientras hacía aros perfectos en el aire.

Cuando iba a quitarse el abrigo, una de las tres bellezas nocturnas le guiñó un ojo desde la barra. Él miró a su alrededor buscando al destinatario de aquel gesto y, luego, comprobando que era él mismo a quien iba dirigido, le respondió con una sonrisa amable. Entonces ella se acercó columpiando sus caderas a cada paso hasta su mesa.

Sintió crecer un intenso calor. Aquella cadencia de movimientos era el perfecto cebo que todo pez muerde aunque sepa que va a morir. Bebió de un trago el resto del calvados y notó que sus piernas empezaban a flaquearle.

—¿Estás jugando al escondite? —le susurró mientras arrugaba su naricita y se sentaba a su lado, seductora y mimosa como una gatita buena.

—Estoy esperando a... —No podía encontrar las palabras dentro de su cabeza.

«Debí haber estudiado con más ganas el francés.» Nunca se perdonaría tanta torpeza.

—¿De dónde eres, mi delicado muchachito? —Y con sus grandes ojos bereberes empezó a derretirle sin piedad.

—De... aquí... cerca.

El calvados le había rizado la lengua, ella se rio con verdaderas ganas.

—Eres muy bonita —acertó a decirle perdiendo la timidez por sorpresa; su mirada resbaló sin pretenderlo hacia los pechos que se escapaban de un ajustadísimo escote negro.

—¿Te apetece tocarlos? —le preguntó mientras introducía sus hábiles dedos entre las piernas de él.

Un ejército implacable de hormigas empezó a invadir su cuerpo. Sintió el rápido avance conquistando todos sus rincones a una velocidad de vértigo, sin encontrar resistencia alguna hasta llegar al centro mismo de su virilidad. No podía hacer más que rendirse sin condiciones.

—¿Vamos? —le dijo al oído la reina del ejército de las hormigas.

Volvió a quedarse mudo, tampoco podía moverse.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres que lo dejemos aquí? —preguntó recogiendo las redes.

—¡No, claro que no! Pero no puedo irme... Tengo que ver a Jack el Loco esta misma noche.

—*Mon amour!* No hay problema: bajaremos al sótano. —Y la belleza árabe acercó tentadora la miel de sus labios.

Sin saber ni cómo ni por dónde, Alicia se encontró en unas oscuras y resbaladizas escaleras con aquella mujer de canela. Por un segundo pensó en el cálido sofá de su casa y todo le pareció inconcebible.

Más abajo, un hombre maduro jadeaba sobre un muchacho negro.

Con el trabajo ya finalizado la reina mora sonrió y, extendiendo su experta mano, le anunció:

—Cent francs.

Cuando salió a la turbia luz desde aquella oscuridad del sótano y de nuevo se sentó a su mesa fue como si hubiera regresado de otro mundo. En medio de aquel blando sopor del alcohol se dio cuenta: «Esta ha sido mi primera vez, nunca lo hubiera imaginado. En París». Aunque estaba sorprendido por haber accedido a pagar a una prostituta, reconoció que tampoco se sentía tan mal.

Un tipo de aspecto desaliñado interrumpió sus pensamientos.

—Me han dicho que me buscas. Soy Jack el Loco —dijo en un tono nada cortés.

—¡Así es! —contestó de inmediato—. Yo soy Alicio en el país de las maravillas. —Sonrió poniendo en su boca la típica broma que tantas veces le hacían otros cuando se presentaba por primera vez. Y con expresión de bienestar étlico le ofreció la mano.

El tipo le miró receloso; aquel joven tenía pinta de ser estúpido.

—Madame Colette ha insistido en que te atienda. —Sacó un cigarrillo corto.

—Madame Colette tiene un magnífico guardaespaldas y es mejor hacerle caso —apuntilló, achispado, mientras llenaba el vaso de calvados y se lo ofrecía a Jack el Loco. No parecía tan loco como había temido.

Este se lo bebió de un trago, se secó la boca con el dorso de la mano y tomó asiento.

—Y bien, ¿qué mierda quieres?

Alicio le miró más atentamente. «Es cierto que parece un hombre sin escrúpulos, no debo olvidarme de lo que me ha advertido Monsieur Clardin. Tendría que ser más cuidadoso», se avisó a sí mismo.

—Me gustaría saber si vinieron a verle dos damas hace unos días —concretó tanto como le permitió el calvados.

Jack el Loco deslizó el cigarrillo hasta la comisura de los labios.

—¿Y a ti eso que te importa?

—Una de ellas es mi tía y me importa mucho saber dónde estará ahora. Eso es lo único que quiero saber —contestó respaldado por el arrojito del aguardiente.

Jack el Loco le ojeó con más interés de arriba abajo.

—Creo saber a quién te refieres porque tienes la misma pinta extravagante que ellas. —Y se echó a reír como un poseído.

El chico se incomodó, aunque no sabía bien si por aquella risa estridente que no esperaba o por ser, según la opinión de aquel miserable, tan estafalario como ellas.

Madame Colette acudió rápida a la llamada de Jack el Loco.

—¿Te acuerdas de Madame Chuchi y Madame Cleo?

—¿Cómo no voy a acordarme? No las olvidaré por años que pasen —le contestó alegre aquella especie de graja.

—¡Pues aquí tenemos al sobrino! —le presentó con un exagerado gesto de cortesía.

—¡Encantada de conocerle! —La gorda Colette se inclinó burlescamente.

—Vamos a celebrarlo. Tráenos lo mejor que tengas de tu puerca cocina y una buena botella de vino, del que bebíamos con aquellas dos magníficas damas. El dandi convida, ¿verdad?

Alicio pensó que aquel tipo se había puesto de muy buen humor y tenía que aprovechar su suerte. «¿Ha dicho que convido yo?» Eso le amargó un poco la buena sensación, pero lo obvió rápido.

Comieron en silencio las crêpes de queso y anchoas que Madame Colette les sirvió en sus mejores platos ribeteados con rositas rococó.

Jack el Loco no quitaba ojo al extraño sobrino, mientras sopesaba si sacaría algún otro provecho de aquella situación.

—Así que quieres saber adónde fueron esas dos maravillosas señoras, ¿eh? —preguntó dispuesto a parecer amable.

—Sí, eso es —respondió aunque ya no sabía muy bien si era eso lo que quería en realidad, o volver a casa y olvidarse de todo. La cabeza le daba vueltas y hubiera preferido que le dijeran dónde estaban los servicios.

Jack le miró como mira un jugador de cartas.

—Sin embargo, no sé si voy a poder darte la información que quieres. Hice una promesa.

Alicio levantó el rostro totalmente cansado y desanimado. ¿Otra vez iba a tener que superar un juego de palabras o alguna otra prueba?

—¡Hum! Aunque hay un modo para que yo falte a una promesa...

—¿Y cuál es ese modo? —gruñó notando que el vino se le estaba avinagrando.

—Yo quisiera ayudarte y ya me gustaría hacerlo de un modo desinteresado, pero mi peculiar manea de entender la decencia me obliga a recibir yo también algo a cambio. Lo entiendes, ¿verdad?

Le había dicho el egiptólogo que se trataba de un escritor de mala tinta. Le miró buscando algún detalle intelectual pero no lo vio. Aquel hombre tenía un aspecto oscuro en su rostro, llevaba una barba de varios días descuidada y sucia, la camisa desgastada en los puños y en el cuello y su pelo enmarañado, grasiento y largo: todo en él hablaba de cierta dificultad económica y abandono. «Solo va a querer dinero, le pagas y ya está», le dijo su álgter ego para calmarle.

—¿Algo a cambio? —repitió alzando un poco la voz, irritado.

Los hombres que jugaban la partida en la mesa de al lado levantaron sus miradas de las cartas.

—Se trata de un simple intercambio, los dos queremos algo —argumentó Jack inclinándose hacia el chico mientras le guiñaba un ojo. Luego volvió a reposar la espalda y bebió un trago de vino—. Tú quieres información sobre el paradero de esas dos señoras y yo, solo yo, no lo olvides, soy quien la tiene. O aceptas el trato con

cortesía y amabilidad o tendrás que regresar al lugar de donde saliste sin nada ¿Sabes por qué me llaman el Loco? —le dirigió una mirada hostil aplastando la colilla directamente contra la mesa.

Negó con la cabeza. Se sentía mareado.

—Porque soy realmente peligroso cuando algún desgraciado pretende dárse las de listo conmigo. No me sorprendería nada que, incluso, quieras darme una interesante lección de cómo un señorito fino debe recibir lo que pide sin que él tenga que dar nada a cambio. ¿No?

El chico no dijo nada. Pero no podía irse sin aquella información. «He bebido demasiado», concluyó desesperado.

—Sin duda alguna, los dos tenemos intereses sobre este asunto y eso es suficiente para que me respetes como a un igual, de lo contrario ya puedes levantar tu perfumado culo y escaparte hacia la calle como una rata asustada.

Y sus ojos brillaron en aquella penumbra, miró a su alrededor amenazante y luego sonrió de nuevo. Alicio tragó saliva.

—Yo lo del altruismo me lo creí solo durante unos años —prosiguió con una mirada burlona—. Hasta que descubrí que nada se hace por nada, y mucho menos por decencia. Aprendí que hay que sacar provecho de las situaciones en las que la vida me ponga, y quien diga que no hace lo mismo es un mentiroso. ¿Lo oyes bien? Un gran mentiroso.

Alicio asintió esta vez, no quería llevarle la contraria. «En cierto modo hasta tiene razón», pensó. Y entonces vio cómo Jean-Jacques de Trabaux se asomaba bajo la piel de Jack el Loco.

—Fui un joven novelista con principios éticos pero los abandoné tan pronto como comprendí que solo los perdedores tienen escrúpulos y esos... —Esbozó una mueca—. Esos no interesan.

El muchacho hizo un pequeño gesto arqueando las cejas en señal de resignación.

Jack el Loco encendió otro cigarrillo corto y fumó sin prisas, mirando al chico que tenía sentado delante como si fuera alguien enviado por su antigua moralidad.

—Por eso decidí olvidar los reparos y opté por buscar un beneficio personal en todo. Mis dos últimas publicaciones las dediqué a lo único que interesa: la codicia. Es ella y no otra quien pone en marcha el mundo, que no te vendan falacias. Para ello soborné, estafé y mentí, pero no me arrepiento en absoluto porque soy un gusano más dentro de esta cloaca en la que vivimos. —Y bebió lo que quedaba en el culo de su vaso.

Alicio nunca había oído a alguien hablar tan mal de sí mismo.

—Si tu tía y su amiga encuentran ese tesoro que buscan, será gracias a que mi repugnante libro les habló de él. Así que tengo todo el derecho a pedir a cambio lo que quiera ¿entendido? —Y golpeó con los nudillos la gastada madera.

—¿Sabe usted que se trata de algo muy peligroso? No se debe agradecer a nadie que nos haga correr un riesgo —rebatí recobrando con valentía la palabra.

Jack, sorprendido por el argumento del chico, se echó a reír con grandes carcajadas.

—¿Peligroso? ¿Quién te ha contado ese embuste?

Los jugadores de cartas les miraron molestos.

—Pesa una terrible maldición sobre ese tesoro —le aclaró en voz muy baja, ofendido por la actitud de aquel descerebrado.

—Eso son supercherías para asustar a quien se atreva a asomar las narices. Para mantener a los demás bien sujetos no hay nada mejor que el miedo. ¿Aún no has aprendido eso?

—El hombre que me lo contó tuvo la desgracia de comprobar que esa maldición era cierta —replicó en otro susurro.

—A veces se confunden con demasiada intención las casualidades con las supersticiones. —Echó el humo y le volvió la risa—. ¡Una terrible maldición! —Parc en seco y su voz se cargó de amargura y odio—. La verdadera maldición es que haya en el mundo gentuza viviendo a costa del temor de los demás. ¿Sabes qué haría yo con todos ellos? —Y sus ojos volvieron a asustar al muchacho—. Les robaría el aire, si pudiera, para verlos retorcerse en el mismo terror que ellos alimentan. —Y soltó una carcajada. Cuando se calmó, acabó de secarse las lágrimas que la risa le había provocado—. ¿Estás de acuerdo en darme algo a cambio de la información que quieres?

—¿Y qué es lo que quiere a cambio?

—Una cuarta parte del valor de ese tesoro, somos cuatro a repartir. Una parte para cada uno: ¿estoy siendo demasiado ético? —Clavó una fría mirada sobre el ridículo muchacho.

Las había dejado partir sin haber pensado demasiado en lo que estaba perdiendo, y el destino le ofrecía ahora una segunda oportunidad. Jack llamó de nuevo a la patrona y le pidió otro vaso de vino.

El muchacho sintió que la cabeza le zumbaba y el cuerpo se negaba a sostenerlo tras tantas situaciones extrañas en un solo día. «Lo mejor es seguirle la corriente, no le

digas nada sobre tu verdadero propósito», le aconsejó su instinto.

—Está bien, pero con una condición —dijo al fin.

—¿Condiciones?

—Deberá confiar en mi palabra, no hay otro modo. —Y apartó el vaso que aún tenía delante pensando que Jack sabría encajar otro engaño en su vida.

—Eso es como pedirle al fuego que crea en la buena intención del agua —contestó cínicamente.

—Pues solo le queda creer en ella. —Y le miró con cara de jaque mate.

Jack se quedó callado sopesando la garantía que aquello le merecía y decidió arriesgar.

—Aquel viejo inútil me echó de su casa gritándome que jamás volvería a ser encontrada la figura de oro, porque él mismo la había escondido en el fin del mundo. No pude encontrar información alguna para continuar y renuncié a la idea de perseguir aquel tesoro. Pero aun así lo quise mencionar en mi libro para rellenar algunas páginas y motivar con ellas al lector, y, por supuesto, luego lo olvidé.

—Hasta que llegaron mi tía Chuchi y la señora Cleo.

—Les conté lo del fin del mundo para que renunciaran a seguir buscando, pero esas dos mujeres decidieron que esa patraña tendría un significado y se lanzaron a investigarlo. Creí que ya se desengañarían por sí mismas, como me pasó a mí, pero al cabo de dos días, solo tardaron dos días, sus esperanzas tomaron cuerpo: existían distintos lugares en distintos países que eran conocidos por ese nombre. Entre ellos, un monasterio perdido cuyo nombre griego significa precisamente «El Fin del Mundo» y donde se guardan libros antiguos. ¿Cómo lo consiguieron saber? Estoy seguro de que esas dos damas son capaces de dar hasta con el mismísimo tesoro. Por eso quiero mi parte, ¿lo entiendes ahora mejor?

Aquello volvía a gustarle.

—¿Y dónde está ese monasterio? —preguntó Alicia con renovado ánimo.

—Creo que en una pequeña isla griega —contestó en voz baja, lo que le hizo recordar el secreto que implicaba la misión.

—¿Cuál es el nombre de la isla? —interrogó aún más bajo que su interlocutor.

Jack abrió los ojos como si abriera su memoria.

—Ni siquiera me creí lo que me contaban, no les presté atención. Ese día estaba muy borracho, no recuerdo nada.

La partida de cartas había acabado y los jugadores recogían sus ganancias y sus pensamientos. Solo los *clochards* seguían entretenidos chupando del mundo que

goteaba de sus botellas. En cualquier momento Madame Colette los devolvería a la calle.

Jack fumaba perdido dentro de su inaccesible laberinto. La patrona iba recogiendo los vasos olvidados en las mesas. También el viejo que medio dormitaba en una silla y el ventrílocuo, con su alma de cartón piedra, se levantaron y con un gesto se despidieron de La Fontaine d'Ours, camino a un sueño que nunca reparaba nada.

En la penumbra del fondo, Jack y Alicio parecían cara y cruz de una moneda. Frente a frente, dos extremos de una cuerda.

Aún había una pieza del puzle que no le encajaba al joven. Como ya había hecho ese día bastantes veces, tomó aliento y echó al aire las palabras como quien salta un muro, sin darse tiempo ni a medir las consecuencias.

—¿Cómo supo del Danzarín de los dioses?

El otro se repuso de su dulzona embriaguez, se incorporó aburrido y eructó estruendosamente.

—Esa es una historia que no tengo por qué contarte —respondió como el golpe de una piedra.

—Me gustan mucho las historias —contraatacó con sinceridad.

—No vas a creértela, así que mejor que no te la explique —le replicó poniendo un especial énfasis en lo primero.

—Las imposibles de creer son mis favoritas —anunció dando fe de su capacidad.

Jack el Loco se echó a reír con ganas.

—Pero ¿qué clase de imbécil eres tú?

El muchacho le miraba con la glotonería con que un niño mira un helado. Era inútil luchar contra esa ansiedad.

—Vámonos de aquí. En mi apartamento hay sitio para dos. Puedes dormir esta noche allí, pero solo esta noche —dijo resignado mientras se levantaba con esfuerzo.

Capítulo 9

Aquella noche de primavera de 1924 Daniel miraba el firmamento desde la pequeña ventana de su habitación. Apenas lograba ver un fragmento de la finísima luna creciente recién estrenada. Apenas una diminuta porción de su luminosa curvatura se escapaba de entre las densas sombras. Pero esa ínfima luz le daba compañía en medio de tanta oscuridad.

Las nubes la fueron ocultando hasta hacerla desaparecer y entonces regresó a sus pensamientos. Pocos días antes su vida había cambiado sin posibilidad de vuelta atrás. Sin que nadie lo sospechara siquiera, el barco de las provisiones se había llevado toda su honorabilidad y, desde que había descubierto el engaño del que había sido objeto, ya no encontraba sentido a su labor.

Ni había ninguna forma de redimir su error distinta a la que ya había dispuesto. Pero antes debía explicarle a su aprendiz, al que amaba como a un hijo, los motivos de su deshonra.

Cuando llegó a la isla solo buscaba dedicarse en cuerpo y alma al estudio de las Profecías. Y a ser un humilde servidor más en una comunidad religiosa que sustentaba su razón de existir en el saber y en el aislamiento. Apenas hacía treinta años de aquello y aún se llenaba de gozo al recordar esos días.

Desde muy joven su interés por el conocimiento de la Palabra de Dios le había llevado al más alto desafío que un hombre puede imponerse: el de conocer la Verdad. Y para ello había ido bebiendo de todas las fuentes posibles de todas las Enseñanzas, buscando en ellas las respuestas. Y fue así cómo, poco a poco, se fue convirtiendo en un exégeta estudioso de la Biblia.

Siempre había cultivado, por encima de otras cosas, una honda admiración por el profeta Isaías, cuyo libro y sus capítulos se convirtieron durante años en objeto de su investigación. Fue persiguiendo una mayor profundidad en ese entendimiento cuando llegó hasta aquel monasterio. Lugar donde le aseguraron se recopilaban tratados y disquisiciones apenas conocidos sobre los escritos del Príncipe de los Profetas.

Allí se dedicó a un detallado análisis de los textos arameos, hebreos, judíos, griegos o del Oriente Próximo con los que encontraba y en los que se hablaba sobre la Palabra de Dios. Siguió buscando en las teologías occidentales y orientales,

investigando en los Antiguos y Nuevos Testamentos, en los cismas, en los Evangelios gnósticos, en los misterios y controversias que existían sobre la fe cristiana y en todo aquello que pudiera aportarle luz sobre la verdadera fuerza creadora de Dios y del Hombre. Así fue como se abrió poco a poco, ante él, un camino oculto. Así descubrió, poco a poco, el poder desconocido de los sonidos, el poder de la palabra.

Ese había sido el sentido de su vida y había sido una vida digna.

Pero ahora ya no era posible.

A los cinco años de su llegada al monasterio aceptó la responsabilidad de cuidar de la biblioteca y asistir a los monjes que acudían a ella. Llevaba veinticinco años siendo el maestro bibliotecario con toda la entrega, respeto y diligencia que aquellos hombres y aquellos libros merecían.

Cuanto más había aprendido a abrir su mente, más había ido adentrándose en otra comprensión velada a la humanidad, que se mostraba solo a quien supiera buscar en los textos religiosos. Y allí, al margen de los dictámenes engañosos de la Pontificia Comisión Bíblica del Vaticano, amparado por aquel lugar aislado, con calma y desprovisto de intereses mundanos, había conseguido encontrar la Verdad.

Y esa absoluta certeza de poder entender el mensaje escondido de los sabios y de los profetas había llenado sus días de un inagotable ánimo que no había dejado de crecer en todos esos años de estudio. Tan inabarcable era la inmensidad de lo que se contenía en las Palabras Sagradas.

Develar esa Verdad oculta había sido su labor durante los treinta años vividos en aquel monasterio. Y no renegaba de ella.

Recordó las muchas veces que el análisis de una sola palabra le había ocupado largo tiempo de minucioso trabajo, porque era dentro de cada fonema, y en su etimología, donde se contenía el secreto de aquella fuerza creadora que la humanidad llamaba Dios. Y así, con precisión y exigencia, había ido desarrollando su teoría, en plena libertad y en silencio. Argumentándola siempre con pruebas firmes que le empujaban a seguir avanzando y a utilizar aquel Conocimiento que le estaba siendo dado solo para el bien. Ese había sido su más sagrado juramento ante aquel poder.

Daniel cerró los ojos mientras pensaba una vez más en todo lo ocurrido.

Había vivido su vida con sencillez, mostrando humildad y respeto por todos los cenobitas, quienes le apreciaban por su natural bondad y su dedicación al trabajo. Ahora, sin embargo, su existencia era un profundo pozo negro y la carga de su culpa, una pesada roca atada a su corazón.

Se inclinó sobre su modesta cama y se hincó de rodillas sobre el suelo. Juntando las

manos las pasó sobre su rostro y rezó una breve oración.

—Heme aquí —pronunció en un casi imperceptible susurro.

No deseaba clemencia para él. Solo que todo concluyera, de nuevo, allí.

Luego Daniel buscó en su memoria el recuerdo de aquel hombre que, diez años atrás, había traído en sus ojos las huellas de muchas lágrimas. Y se sintió profundamente avergonzado.

La última lección, la inesperada, la había recibido de su propia arrogancia por creerse a salvo de los errores.

Capítulo 10

*E*n medio de la fría noche parisina, Jack el Loco y Alicio salieron a la calle. Jack mantenía el equilibrio con habilidad; por muy ebrias que anduviesen, sus piernas conocían bien aquel recorrido. Alicio, en cambio, notaba una torpe pesadez que le impedía caminar con el armonioso garbo que tanto le gustaba. No quería ni imaginar el lamentable estado físico en que, con toda seguridad, se hallaba.

Tras introducir, con mucha concentración, la llave dentro de la cerradura, subieron apoyándose el uno en el otro hasta el tercer piso. Jack entonaba una canción sin sentido mientras fingía ser la mejor voz de la opereta francesa, haciendo reír al muchacho cada vez que miraba las deformes muecas que su inesperado anfitrión dibujaba en su rostro. Cuando, por fin, consiguieron entrar en el pequeño apartamento les pareció oír las acaloradas protestas de una voz gruesa. «Tal vez la desagradable señora de la bata de flores», pensó Alicio con una sonrisa.

Dos ventanucos como dos ojos pequeños se abrían hacia el exterior. Solo una bombilla débil iluminaba aquella única pieza casi vacía. Las paredes desnudas nutrían, con su humedad, unas enormes manchas enverdecidas. Un mueble destartado y una mesa en el centro eran todos los enseres que ese hombre poseía.

Sobre el suelo, unos cojines y un colchón hacían las veces de sofá-cama. Allí, pues, dejaron caer sus cuerpos.

—¡No hay nada como el hogar! —suspiró con bienestar Jack el Loco quitándose los zapatos de un tirón.

Su huésped esbozó un gesto de asentimiento, a pesar de que aquello no se parecía en nada a su concepto de hogar.

—Tuve que ir malvendiendo mis muebles para sobrevivir. Aunque las cosas no siempre fueron tan malas para mí.

Alicio intentó acomodarse, se quitó la pulida chaqueta azul y la plegó con cuidado, abrió sus oídos y su mente lo mejor que pudo. «Voy a saber lo que Monsieur Clardin aún se pregunta.»

—No hace tanto tiempo fui un novelista de éxito, como suele decirse. Los halagos y favores brotaban por aquí y por allá. Como por arte de magia la fama y el dinero se presentaron ante mí con todos sus encantos y fueron haciéndome suyo. —Se rascaba con ansia los pies mientras recapitulaba—. Aquella vida era divertida. Mi éxito concebía más éxitos de una forma tan natural y fecunda que fue fácil prosperar sin ser

consciente de en qué radicaba mi mérito. Todo aquello que escribía lo consideraban bueno y estaba destinado a ser aplaudido: automáticamente los editores lo convertían en dinero. —Y se estiró orgulloso tan largo como era.

—Si todo era perfecto ¿cómo pudo cambiar tanto?

—Podría decirte que la fortuna se enamoró de mí, simplemente. —Sonrió como si recordara a alguna mujer hermosa—. Derroché, sin medida, mi dinero y mi tiempo. Me convencí de que nada tenía más importancia para mí que yo mismo, el ocio ocupó por entero mi vida y cada vez me apetecía menos sentarme ante el papel, porque cada vez que lo intentaba mi mente, falta de ideas, se mostraba en blanco. Pero eso no me preocupó en absoluto, porque tenía la seguridad de que podría hacerlo cuando en verdad me lo propusiera.

—Y dejaste de escribir... para siempre.

—Los tiempos que siguieron fueron una revuelta sucesión de lujos y desencantos. Mis incondicionales amigos y críticos aduladores empezaron a ocuparse de otros asuntos, citas o reuniones imprevistas; las fiestas funcionaban mejor sin mí; la fortuna discutió conmigo, hizo las maletas y se fue con otro apasionado amante que la esperaba en la esquina. Los elogios y favores, por otro incomprensible acto de magia, se volvieron huidizos. El dinero se terminó y todo aquello que logré escribir fue considerado, a partir de aquel momento, simple y sin talento por los mismos que antes adoraban mi estilo. Recurrí a los conocidos, pedí otra oportunidad a los antaño íntimos editores. Todo fracasó y el remolino me engulló sin compasión como un insaciable cíclope. —Encendió un cigarrillo corto y dejó escapar el humo lentamente.

—Y ahora ¿nadie le conoce por su nombre de escritor?

—Cuando tuve que abandonar mi anterior vida, el lujo que me había rodeado fue desapareciendo y en su lugar se introdujeron, como furtivos, el descrédito y la impotencia. Jean-Jacques de Trabaux, arruinado y destruido, acabó perdiendo la vida una noche de invierno tras las cajas vacías de una tabernucha, a manos de un tal Jack el Loco. —Acercó el cigarrillo a su boca y aspiró el humo con placer.

Alicio sintió cierta lástima al imaginar la truculenta escena.

—Pero el dinero me había marcado —prosiguió Jack después de unas bocanadas—. Así que cualquier propuesta era una oportunidad para volver a conseguirlo y decidí aprovecharme de los demás, como los demás lo habían hecho conmigo. Volví a sentarme ante el papel y empecé a escribir sobre lo que de verdad interesa a la gran masa de personas que viven y vegetan a la luz de los que brillan. Escribí para esos que quieren saber sobre las bajezas inconfesables de la élite, mientras esperan la

posibilidad de ser como ellos. Un editor sin remilgos se interesó por mi nueva temática y así se publicó el libro más ácido que se haya escrito sobre los intelectuales de este país. Sin piedad esparcí sus vísceras. —Rio con ganas.

—Pero eso podía traer más disgustos, ¿no?

—Por supuesto. Las dianas de mi venganza eran gentes demasiado importantes y la pequeña editorial tuvo problemas. Así que me decidí a escribir sobre el asunto que más fascina a la manipulable masa: el dinero fácil. Nada más deseado. Empeñé los últimos objetos de valor y partí hacia Egipto, donde los tesoros surgen de debajo de las piedras. —Eructó y luego sonrió.

—¡Claro, el mejor lugar para ello! —Alicio abrió los ojos fascinado y atento a tomar nota por si su misión también lo llevaba a orillas del Nilo.

—En mi cabeza se gestaba mi última gran oportunidad y no podía perderla: *Tesoros perdidos del mundo*. —Y, con sus manos, dibujó el titular en grandes letras sobre el aire viciado de aquella sala—. Fue mi último libro.

—Un título genial.

Jack se sintió halagado por su comentario.

—Pero el viaje fue penoso. Y aún más los días que pasé allí. Dedicué jornadas enteras a recopilar información en los archivos de El Cairo sobre algunas excavaciones o hallazgos. El calor y esa comida tan diabólica se confabularon contra mí, y un mal contraído por alguna pulga del Nilo me llevó a ingresar en un hospital gravemente enfermo.

Alicio, que sentía verdadero terror a esas enfermedades tropicales, sintió un nudo espeso en el estómago. «¿O será el alcohol?»

—Pasé dos semanas ingresado con altas fiebres y diarreas pero logré recuperarme. Durante aquel tiempo de convalecencia un viejo médico occidental entabló amistad conmigo y le confié mi intención de escribir sobre tesoros egipcios misteriosos. Él, animado por lo compartido en nuestras charlas, me contó que en aquel mismo hospital, hacía más de setenta años, se decía que había muerto de un extraño mal un saqueador de viejas tumbas que había encontrado una pieza antiquísima y muy valiosa. Ante mi evidente interés, el doctor añadió que la leyenda incluía a otro hombre llegado de París, un eminente profesor, joven y refinado, que acompañó en el lecho de muerte al saqueador y le aseguró que cumpliría lo que el moribundo le pedía una y otra vez. Al poco tiempo expiró el enfermo y, tras firmar en el acta de defunción del hospital, recogió sus pertenencias y desapareció.

—¿Pudo ver en los archivos del hospital quién era ese profesor?

—Por supuesto, y también le pedí que recordara qué decían sobre lo que el moribundo le pedía a su culto acompañante con tanta insistencia. «Que escondiera aquella pieza tan valiosa, eso cuenta la leyenda de este hospital», me contó mi amigo. En el acta de defunción encontré el nombre de aquel que debía hacerlo: Monsieur Pierre Clardin, un egiptólogo muy respetado. El mayor payaso prepotente que puedas imaginar.

«¡Aclarado el misterio de cómo lo supo!», pensó Alicio y se le escapó un suspiro de satisfacción.

—Volví a París e intenté averiguar algo más acerca de la pieza y lo que había ocurrido, pero fue imposible. Tuve que conformarme con mencionar en mi libro el tesoro escondido, como mencioné otros tantos ocultos a los ojos de los hombres por voluntad de otros hombres. El resto ya lo sabes. —Jack se enroscó sobre sí mismo, como una seca culebra—. Y aquí sigo. Aunque al final la vida me haya golpeado, tuve la gloria en mis manos, no todos pueden decirlo. Y me jacto de ello y de ser lo que soy ahora, la ceniza que queda después de quemarse el ficticio esplendor. Soy el polvo que llega después de la brillante fama y que sobrevuela para acabar cubriéndolo todo.

Terminó en un apagado susurro y, sin decir nada más, se entregó al sueño. Aquella noche Alicio durmió sobre ese sucio colchón como si fuera el mejor detective del mundo y un mar de satisfacción le cubriera mansa y quedamente.

Capítulo 11

*E*l ronco galanteo de un palomo en la ventana, le arrancó de un delirante sueño en el que Monsieur Clardin bailaba con el oso de Madame Colette bajo la atenta mirada de una enfermera con cara de esfinge.

Tardó un rato en comprender dónde estaba. Miró a su alrededor atolondrado y notó que le dolía mucho la cabeza. Su bonito abrigo azul estaba aplastado entre los cojines y su maleta. Lo rescató y lo alisó con angustia. Ahora empezaba a recordar a Jack el Loco. Miró a su alrededor, estaba solo en aquel pestilente apartamento.

Instintivamente comprobó su talonario y buscó el sombrero. Le faltaban un par de billetes de su cartera. Luego observó su aspecto en un pequeño espejo del lavabo. Se sentía mal, aún peor desde que se había visto por última vez.

Sacó la lengua y se la miró, parecía de esparto. Le llenaba la boca un mal sabor cogido al paladar. Los ojos, «mis misteriosos y expresivos ojos», parecían dos insensibles canicas y su pelo, que intentó peinar desesperado con sus dedos, se encontraba en una situación caótica, lejos, muy lejos de su acostumbrada buena imagen.

Se lavó la cara con la fresca agua del grifo. El calvados y el vino le habían dejado una resaca espantosa.

Intentó poner orden en su cabeza y pensar en todo lo que le había ocurrido desde que había llegado a París.

Buscó un vaso de agua para saciar la sed agarrada a su garganta, pero solo encontró una botella de coñac. Bebió del grifo con cuidado y se marchó. No tenía intenciones de volver a encontrarse con ese Loco. El palomo seguía, amorosamente, insistiendo en la ventana.

La vida bullía en la calle, mujeres hermosas y niños inquietos tras el juego de la vida derrochaban energía. Poco a poco fue recuperando el optimismo.

Empezaba un nuevo día. Decidió callejear un rato por París, sin rumbo. «Ya pensaré luego en cómo seguir con mi peligrosa misión». Así que se dejó llevar por el deseo, un poco romántico, de pasear junto al Sena.

Disfrutaba observando la magnífica vista de Notre Dame a la derecha, el Louvre a la izquierda y el Palais de Justice en el centro. La gente provocaba a su alrededor un agradable barullo mientras buscaban, entretenidos, viejos libros en las tiendas de los *bouquinistes*.

Le seducían aquellos cajones adosados a los márgenes del río que parecían contenerlo en su cauce.

«Los *bouquinistes* son gentes resistentes», se dijo a sí mismo. Ofrecían tal encanto a los ojos de Alicia que no pudo evitar la tentación de acercarse, atraído por el sinfín de historias desconocidas que, sin duda, encerraban aquellas cubiertas de los libros que vendían.

Cogía un libro y luego otro, acariciaba las tapas, intentando adivinar lo que contenían. Husmeaba el olor de las hojas usadas. Como un buen catador de lecturas, dudaba, sopesaba y, sobre todo, retozaba.

«Es un día genial, incluso me ha dejado de doler la cabeza.»

Cuando se dio cuenta se encontró abrazado a unos cuantos libros; agarrado a ellos se sentía tan cómodo y seguro como si estuviera en casa. Pagó una pequeña fortuna y se alejó tan contento como un pájaro al que acaban de abrirle la jaula justo enfrente de un bosque.

Vagó un largo rato sin encontrar el lugar apropiado dónde detenerse a paladear aquellas exquisiteces. Ladeándose el sombrero, decidió buscar hotel. Descargar su maleta, asearse y entregar la tarde a la lectura. «La misión puede esperar un poco más», pensó.

El taxi se detuvo ante un modesto hotel blanco de dos plantas y de amplias puertas de cristal y madera. Antes de entrar levantó la vista buscando el nombre del establecimiento, leyó en voz alta: «Hôtel Grand Palais». Se adivinaba que las letras habían sido doradas pero los años las habían ido impregnando de un color gris ciudad nada elegante.

Aunque tenía en general un aspecto decadente, olfateó su noble cuna y le agradó que fuera en ese, y no en otro, donde él se hospedara.

Al entrar se dirigió al mostrador, que serpenteaba desde una pared lateral hasta el mismo centro de la sala. También esto le hizo imaginar que en lejanos días, personajes selectos, puede incluso que alguna reina europea, hubieran reclinado allí sus cuerpos. Se sintió emocionado por un lugar que parecía encantado.

La recepción estaba vacía, decorada con sus muebles estilo Luis XIV, quiso suponer. Las cortinas, largas y amarillentas, parecían ser los límites con el mundo exterior.

Se quitó el sombrero con elegancia y apretó el timbre del mostrador. Un hombrecillo delgado y deshilachado apareció en la sala. Vestía de un modo curioso y llevaba un gorrito negro de lana. Solícito, le saludó inclinando levemente su cuerpo.

No le pareció el hombre más adecuado para ese ambiente. «Hubiera agradecido la presencia de alguien con más porte, tal vez un hombre de cabeza erguida y uniforme intachable.» Pero suspiró resignado, todo no se podía tener.

Inscribió su nombre en un libro, cosa que le impactó porque nunca hubiera imaginado que aún estuvieran en uso. Tras cerrar el libro cuidadosamente, el hombre le indicó con la mano la escalera.

—Tenga la amabilidad de acompañarme, le enseñaré la mejor habitación que tenemos —dijo recogiendo la levita oscura.

La escalera se dividía en dos tras el primer tramo. El pasamanos, dorado y tan brillante como el oro, contrastaba con los desgastados peldaños de mármol.

El encorvado hombrecillo subía ágilmente por ella mientras frotaba, disimulando, el metal dorado de la baranda con su manga. En un largo pasillo con puertas a ambos lados, se detuvo ante una y, felicitándole por la elección de su hotel, la abrió y se marchó complacido.

La habitación era espaciosa. Decorada en púrpura y oro con dos grandes ventanales y una alta y enorme cama en el centro. Alicio asintió, aquella estancia barroca era un marco idóneo para la lectura de libros.

Descargó la maleta sobre la cama y los libros sobre un escritorio de madera policromada que ofrecía una imagen singular e inspiradora.

«Seguro que en este dormitorio algún trasnochado romántico vagó, tristemente atormentado por desdichadas pasiones», se dijo, transportado por un arrebató literario. Abrió la ventana, encendió un purito y en un segundo se transformó en un dandi novecentista arruinado.

Tras haber consumido el resto del día picoteando en todos los libros que había comprado, se quedó dormido con aquel sueño profundo que invade el cuerpo cuando este se abandona a una laboriosa digestión.

Justo cuando el sol brotaba de nuevo por entre los edificios, despertó.

Bajó en busca de un desayuno silbando una cancioncilla de su repertorio. Deseaba que alguien, al oírle, apreciara su innata elegancia. Pero solo un par de vistosos pájaros enjaulados movieron sus plumas respondiéndole con malintencionados trinos, mucho más entonados que los suyos.

Así que llamó a un taxi y puso rumbo a la embajada griega.

—Se trata de una pequeña isla que alberga un monasterio llamado El Fin del Mundo. Es vital que lo localice, pues mi tío segundo se autodesterró en aquel sacro

recinto y ahora debo comunicarle la última voluntad de mi difunta tía, es decir, su querida hermana —explicó con su mejor tono de preocupación, tras haber aprendido en un diccionario de mano todas las palabras necesarias. Es una promesa, hecha en un lecho de muerte, y como usted sabrá, señorita, ese tipo de cosas deben cumplirse aun a costa de la propia vida, ya que son asuntos demasiado serios para desdeñarlos u olvidarlos.

—Un momento, por favor —le interrumpió, con los primeros síntomas de irritación, una señorita alta y fea.

Sonrió divertido en cuanto se quedó solo, era mucho más fácil de lo que había imaginado. «Lo de la promesa en el lecho de muerte nunca falla, emociona a la gente.»

La mujer volvió cargada con folletos, libros y algunos mapas. Lo dejó todo sobre el mostrador y moviendo su asimétrica nariz, masculló:

—Esto es todo lo que tenemos sobre islas. Tendrá que buscar usted mismo a su tío monje —dio la vuelta y atendió a otro señor, de largas y rizadas patillas.

—Mi tío monje —repitió con media sonrisa chamuscada.

Recogió todos aquellos papeles y se dirigió a una mesa solitaria, donde abrió uno de los mapas al azar. Era el correspondiente al mar Egeo: se asustó. Siete archipiélagos llenos de islas, más de dos mil, rezaban los textos turísticos al dorso. Algunas ni se nombraban en ningún mapa debido a su ínfimo tamaño.

«No va a ser tan fácil como habías imaginado», le advirtió su álter ego.

Luego abrió otro y otro: un salpicado de manchitas anónimas sobre el mar. Supo a ciencia cierta que El Fin del Mundo estaría, justo, en la más remota, mísera y perdida de aquel inmenso hervidero de puntitos.

Mientras leía sus nombres griegos la boca se le empezó a llenar de Mediterráneo y notaba que el alma se le rendía como una conquista más de aquel Alejandro, emperador de todo el Oriente y Occidente. Su imaginación ya se desbocaba.

Semicerrando los ojos se aproximó, temerariamente, a primera línea de batalla entre los persas y los griegos. Luego, oculto en las sombras, observó al gran Pericles y a punto estaba de pasearse en compañía de Teseo, cuando un hombre de pelo blanco le hizo saltar, bruscamente, a la actualidad.

—Perdone, joven, ¿le interesaría un billete a Roma?

Alicio levantó la cabeza sobresaltado, las turbulencias se fueron centrando y quedó, claro y transparente, un rostro de mirada agradable.

—Mire, no voy a poder usarlo y he pensado que alguien podría aprovecharlo. Se lo

vendo un poco más barato que en un mostrador, por supuesto si va a viajar a esa ciudad.

Y en un abrir y cerrar de ojos el billete estaba entre sus dedos. «Roma», leyó con sorpresa inicial. Pero enseguida la ocasión le pareció hecha a medida. ¿Dónde sabían más sobre iglesias y monasterios que en la propia Roma?

Hasta el día y la hora señalada en el billete, se dedicó a disfrutar de París y de la lectura de sus libros. Cuando se acomodó en el asiento que le llevaría hasta la capital italiana iba cargado de la esencia más pura, del elixir de todos los perfumes que exhalan los *boulevards* de París.

Capítulo 12

Roma, a los ojos de un muchacho soñador, era la Ciudad Gloriosa. Hasta ella, se dice, conducen todos los caminos del mundo. Siempre había querido conocerla.

No dudó mucho al elegir dónde se hospedaría. Repitió el sistema del taxi y le pidió al conductor que le llevara hasta un hotel con solera. El Piazza Aurea le pareció perfecto.

Le recibió un gran bullicio en la recepción, un grupo de turistas acababan de llegar y lo llenaban todo con sus maletas y sus gritos.

Tras inscribirse y examinar su habitación, bajó al restaurante para devorar un plato de pasta italiana, que hubiera sido perfecto de no haber tenido que soportar la impertinente presencia de un pequeño escudriñador. No le gustaban nada los niños, y menos los descarados que le miraban mal. Pidió un café y una copa y empezó a preparar ideas para su entrevista con los arzobispos y cardenales de la Ciudad Vaticana.

«No debe impresionarme el lujo que acompaña a la Iglesia. Tengo que conseguir que me revelen el lugar exacto donde está ese monasterio recóndito. Y sobre todo cómo llegar a él.» Le estaba gustando mucho su plan.

Dos horas después, se encontraba en la sala de espera de una de las parroquias de la diócesis de Roma. Era todo lo que había podido conseguir, ni entrevistas con cardenales ni nuncios. Le recibió un hombre de negro con muchas prisas.

—Vamos a ver, ¿de qué se trata? —le preguntó moviendo los dedos en actitud de poca paciencia.

No había imaginado así la entrevista, todo lo que tenía preparado estaba a punto de venirse abajo debido a tanta precipitación.

—Bueno..., resulta que tengo un tío monje que... —Sabía que esto era garantía de éxito dentro del mundo eclesiástico.

—Haga el favor de ir al grano. Yo, señor mío, tengo también muchos tíos sacerdotes y no lo voy contando.

—Pues debería hacerlo, se sentiría usted más desahogado —respondió ofendido.

Su tía siempre le había dicho que las respuestas rebote que le salían sin pensarlas demasiado eran un rasgo familiar de defensa y que a veces incluso llegaban a funcionar muy bien.

El hombre examinó con sus ojos negros a aquel joven impertinente.

—Como le decía, tengo un tío monje. Un hombre santo donde los haya, de gran nobleza de espíritu y rectitud de alma. —Quiso aclarar estos detalles que consideraba vitales para la fuerza de su relato, además de que en italiano era mucho más fácil entenderse—. Abandonó el ruidoso mundo hace ya muchos años para retirarse a la meditación en la soledad de un lejano monasterio. Tan fuerte era su voluntad de permanecer en el más absoluto de los retiros, que nunca nos comunicó su paradero. Decisión que toda la familia respetó durante estos veinte años. —Hizo una pausa, le estaba saliendo perfecto—. Pero un nefasto día mi tía, la hermana de mi tío, cayó enferma de una horrible y mortal enfermedad, no quiero ni recordar su deteriorado aspecto... —añadió estremeciéndose de repugnancia, reacción que le salía natural solo con recordar la mascarilla de higos que su tía se ponía en la cara todas las noches de luna nueva, según prescripción estricta de su *esthéticienne*.

Su interlocutor apretó la boca con desagrado también.

—Pasó toda su enfermedad rogando a Dios la presencia de su hermano, o sea, de mi tío monje. En el momento de morir, en su triste lecho, me hizo prometer que encontraría al tío Lucas para entregarle un paquetito con sus recuerdos de infancia más queridos. No quería que aquellos fragmentos de sus vidas fueran a parar a otras manos que no fueran las suyas. —Puso un tono triste y roto en su voz—. Y tal fue su insistencia que, ante aquella angustia y agonía, me vi obligado a jurar que así lo haría.

El seglar sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos, se lo pasó por debajo de la nariz y le sacudió un par de golpecitos de pésame en el hombro.

—Ya ve usted qué cosas tiene la vida. Me veo dando vueltas por el mundo en busca de un monasterio del que no sé más que está en alguna isla griega y que tiene un nombre muy apropiado —remató soltando un suspiro de impotencia.

«Tengo que reconocer que bordo al personaje», pensó entusiasmado por su excelente interpretación.

—¿Sabe usted el nombre? —preguntó esperanzado corrigiendo una arruga en su traje negro.

—Sí. El Fin del Mundo. Es todo lo que he podido averiguar. Y esa promesa, hecha a una moribunda, me persigue noche y día sin descanso. Si hubiera visto cómo sonreía la desdichada cuando se lo prometí, ¡con qué carita murió la bendita! Y ahora, a medida que pasan los meses, su fantasma se impacienta. —Puso toda la carne en el asador: siempre había llevado un gran actor dramático dentro.

—Bueno bueno, cálmese. Todo tiene arreglo, no será tan difícil dar con ese monasterio si tenemos el nombre —le tranquilizó.

Alicio estaba dispuesto a soltar una lágrima, si era preciso, pero notó que ya tenía al adversario sometido y se resignó a guardarla para mejor ocasión.

—Dígamelo, buen cristiano —pidió amable sacando una libreta de piel negra y bolígrafo a juego.

—El Fin del Mundo —exhaló como un último aliento.

Dentro de su impecable traje negro, dudó unos segundos pero, arqueando las cejas en forma de puente levadizo entre él y el bloc, lo escribió con rápidos trazos.

—Deberá esperar un momento mientras lo busco en nuestras guías de monasterios y demás Lugares Santos. —Le indicó una silla y desapareció tras una inmensa puerta.

En un gesto reflejo apretó el puño con intensidad a la altura de su cintura. Se sentía victorioso, como el más grande de los estrategas.

Al cabo de media hora larga el traje tan negro como la noche apareció por la misma puerta, le buscó entre los presentes y le dirigió una sonrisa de triunfo mientras pronunciaba con solemnidad:

—Το τέλος του κόσμου

Alicio abrió los ojos y la boca, interrogante.

—Ὁ τελευταῖος κόσμος —varió el enunciado mostrando la complacencia de sus ojos negros.

—¿Cómo? —Parpadeó Alicio.

—Me ha dicho que está en una isla griega, por lo tanto su nombre debe buscarse en griego. Y mejor todavía en griego antiguo, y aquí tiene el resultado: aparece un monasterio con este nombre en una pequeña isla del mar Egeo llamada Τεῖχος, cuyo nombre significa ‘fortaleza’ —concluyó satisfecho por su labor de investigación.

Alicio estaba exultante, ¡lo había conseguido!

—¿Cómo puedo ir hasta allí? —Sonrió agradecido.

—Eso es más difícil de averiguar, pero buscaremos información. Venga conmigo: el fantasma de su tía pronto descansará en paz —le dijo animado con la idea de colaborar en tan cristiana misión.

Entraron en un pequeño archivo. El hombre con zapatos negros le pasó una nota a un muchacho y se sentaron frente a una larga mesa. Al cabo de unos momentos un voluminoso tomo de color caoba apareció bajo la luz de la lamparita que pendía sobre ellos.

«Antiguos monasterios griegos», rezaba la tapa en letras doradas y heráldicas, según le tradujo el seglar en voz queda.

El libro abrió el apetito lector de Alicio, que extendió las manos para cogerlo.

—¡No! ¡No lo toque, por favor! —le detuvo el hombre al mismo tiempo que avanzaba sus manos hacia el tomo—. Estos ejemplares no deben ser manoseados por manos inexpertas. —Y fue pasando las hojas despacio hasta llegar a la letra T y así hasta encontrar ese conjunto de signos griegos que formaban el nombre de El Fin del mundo.

—Aquí lo tenemos —exclamó con su sobriedad negra—. Alguna cosa dice acerca de él; tal vez sea suficiente para encontrar el modo de llegar.

Alicio acercó la silla hacia la mesa, aún más. Con suma atención.

El nombre, escrito en negro, parecía poseer relieve sobre el blanco añil de la página. Notó como si se dispusieran a entrar en un lugar oculto y sintió un extraño nerviosismo apoderándose de su cuerpo.

—Τείχος forma parte del archipiélago del Egeo meridional llamado Dodecaneso, cuyo nombre significa ‘doce islas’. Aunque se tienen contabilizadas un mínimo de ciento sesenta y tres islas, de las cuales solo en veintiséis hay población y el resto están abandonadas o incluso nunca han sido habitadas.

»La prefectura del Dodecaneso está situada delante de la costa sudoccidental de Turquía y sus islas son parte de la historia de Grecia. Τείχος fue elegida como fortaleza, de ahí su nombre, entre los siglos VI al V a. C. Unas veces para atacar y otras para defender a la antigua Liga de Delos.

»Tras la dominación persa en el siglo VI a. C. tomó parte en las Guerras Médicas, pasando a ser un bastión militar de mucha valía por su excelente posición, incluso en los periodos de neutralidad, durante la Guerra del Peloponeso.

El chico le escuchaba con interés.

—No obstante, después de esta guerra fue invadida por los persas y posteriormente por el Imperio Macedonio hasta que Alejandro Magno les expulsó. Tras su muerte, la fortaleza pasó a ser usada como vigía del comercio entre Egipto y el Dodecaneso. La fuerte liga comercial trajo progreso a las islas y llevó a transformarlas en centros marítimos, comerciales y culturales de mucha importancia, de los que la isla de Τείχος se quedó al margen.

»Tras el asesinato de Julio César, cuando los romanos rompieron los acuerdos de paz conseguidos en la zona y empezaron a saquearlas, esta isla, al no ofrecer ningún tipo de riquezas, fue ignorada y se mantuvo a salvo de las luchas.

»Poco se sabe del periodo posterior, hasta que en el siglo V de nuestra era se construyó, sobre el emplazamiento de la fortaleza abandonada, un monasterio, con una inspiración cenobítica. Tradición monástica nacida en los tiempos más remotos del

cristianismo que se caracteriza por la vida monacal en común preservando el aislamiento de los monjes. Asegurándose el orden y la buena administración de los bienes y productos de la comunidad, la formación en la fe, la disciplina, la meditación y el estudio en cada una de sus comunidades. En Occidente esta orden podía pertenecer a órdenes religiosas distintas.

El hombre levantó la vista hacia el joven para valorar su silencio y siguió leyendo.

—Sus murallas altas y gruesas permanecieron intactas convirtiendo este monasterio en una auténtica fortificación y defendiéndolo sin armas de los posteriores ataques y conquistas musulmanas, de los cruzados, del Imperio Otomano, de los bizantinos y venecianos, ya que ninguno de estos ejércitos quiso perder tiempo ni arsenales en una lucha contra un lugar lleno de monjes y de tan difícil acceso tanto desde el mar como desde su abrupta costa.

»Fue en el siglo XVI cuando el monasterio fue consagrado al estudio y a la protección de la importante biblioteca que se había ido gestando dentro de sus muros durante los siglos anteriores. Y fue entonces cuando tomó el nombre definitivo con el que se la conocía ya en todo el archipiélago: El Fin del Mundo. —Cogió la libreta negra y arrancó una hoja.

Alicio le observaba fascinado por la historia de aquella isla remota. El seglar anotó las coordenadas con sumo cuidado.

—Ha sido interesante ayudar —le dijo entregándole la hoja con la ruta hacia la isla.

—¿Y no dice nada más? —preguntó Alicio con disgusto.

—Es todo —contestó mientras arrancaba un atrevido hilillo negro de su traje negro—. Puedo decirle que su tío monje fue a escoger uno de los lugares más inhóspitos y olvidados que se conocen.

Pensó un instante en Monsieur Clardin, felicitándose por haber encontrado un lugar tan recóndito. Hubiera deseado saber más acerca de El Fin del Mundo. Observar aquel extraño alfabeto le producía cosquillas en su alma fantasiosa, por eso cuando recogió ese papel se sintió un poco desamparado. Ya en la puerta, preguntó:

—¿Sabe si permiten la entrada de mujeres en ese monasterio?

Con su mirada completamente negra, el hombre observó al extraño muchacho mientras, santiguándose, pronunció un negro exorcismo contra los pecados de la carne.

El joven no entendió aquella reacción pero intuyó que la presencia femenina, y más concretamente la de aquellas dos delirantes mujeres, era casi imposible en la isla.

Ya que estaba en Roma, quiso aprovechar el resto del día recorriendo la ciudad.

Picoteó de todo un poco hasta quedar saciado. Fatigado se echó a dormir, esperando encaminarse hacia la isla al día siguiente. Le hubiera gustado ir por mar, era mucho más novelesco, pero su miedo a navegar le hizo renunciar a la idea.

A las siete de la mañana, Alicia estaba escalando paredes y esquivando flechas en aquella fortaleza que tanto se defendía del mundo. Un hombre con sábanas sobre los brazos reía en lo alto de una torre y una bola de aceite y fuego se precipitaba contra él a gran velocidad.

El grito que se le escapó al sonar el despertador fue descomunal.

No dejó de tener pequeños sobresaltos durante el vuelo hacia Atenas. Sentía miedo y ansia, se veía yendo a Grecia sin tener la más remota idea de cómo y quién le llevaría a Τείχος. Pero se decía a sí mismo que encontraría la solución una vez allí. Revisó el talonario y pensó en la cara que pondría su tía.

Aquella isla, tan pequeña e inalcanzable brotaba como un punto diminuto en la panorámica marítima que observaba desde la ventanilla del avión. En algún lugar del mar Mediterráneo, Τείχος surgía entre las aguas y volvía a desaparecer.

—Por favor, señorita, ¿puede traerme una tisana? —Tuvo que respirar hondamente varias veces.

Abrió uno de los cómics que, muy acertadamente, había cogido en el último momento y decidió distraerse.

Al otro lado del pasillo, dos butacas más adelante, no dejaba de llamarle la atención una mujer de perfil helénico que se acariciaba los cabellos con delicadeza. Entre viñeta y viñeta, su mirada se escapaba en aquella dirección.

«Me recuerda a Daria.» Algo se desprendía de ella, algo que él recogía con su sofisticado sistema de radar. Algo que sabía que le obligaría a seguirla como un perrito.

Por el aeropuerto de Atenas fue verdaderamente complicado cargar con su maleta azul sin perder de vista a aquella mujer mezclada con decenas de pasajeros.

Con una mano en el sombrero, resistiendo el fuerte viento que soplaba, llegó a tiempo de ver cómo un taxi se la llevaba a un destino desconocido. Atropelladamente impidió a una familia alemana coger el siguiente y, en contra de su inquebrantable buena educación, por una vez se coló dentro del automóvil y ordenó:

—¡Sígalo, rápido!

Acababa de pronunciar aquella frase que todos sueñan pronunciar alguna vez en su

vida. Se quedó fascinado.

El taxista, gracias al internacional gesto del brazo, le obedeció entusiasmado.

Cuando el primer coche se detuvo ante una casa blanca, de cúpula bizantina, allí se apeó también él despidiendo al taxista, que sonreía satisfecho por la gratificante experiencia y, sobre todo, por la propina.

«No tengo ni idea de qué estás haciendo. Aquí plantado como un estúpido, con la maleta en la mano delante de la casa de una mujer desconocida», le recriminaba su sentido común ante aquella fachada, donde las luces iban encendiéndose ventana a ventana.

«Pero hay algo. No entiendo qué es, pero hay algo en ella que me ha traído hasta aquí y me empuja a querer conocerla», se justificaba. Era una sensación en la boca del estómago. Una fuerza que le dominaba. Y como iba siendo ya costumbre, decidió no hacer caso de su aburrida sensatez y saltar otra vez, sin mirar abajo.

Una mano de hierro era el pomo de la verja y, al estrecharla en un apretón, se abrió amistosamente. El viento rizaba la hierba del jardín entre unas losas rosadas que dibujaban el camino hasta la puerta. El sol se estaba ocultando y los claroscuros se extendían sobre las nubes como pinceladas emborronadas. Sintió una agradable percepción que le hizo continuar.

Recolocó su cabello bajo el sombrero y llamó. «Esto no tiene sentido, es una locura. Lo sabes.»

Una mujer de pelo blanco y piel tostada abrió la puerta enseguida. Al ir a hablar, tartamudeó. Se quedó bloqueado intentando sonreír, pero solo le salió una mueca. «¡Qué grave error! ¡El idioma!»

La anciana puso cara de desconfianza y le hizo una pregunta que no pudo entender. Al no recibir respuesta, le cerró la puerta tras señalarle con mucha autoridad la salida.

Se desplomó como un castillo de naipes. «¡No he pensado en algo tan evidente! No tengo ni un triste diccionario de bolsillo para moverme en Grecia.»

Volvió sobre sus pasos y cerró la verja estrechando la mano de hierro en un adiós. «Eres un estúpido, ¿qué puñetas pensabas siguiendo a una mujer, por muy especial que te pareciera?» Se alejó carretera abajo observando la casa para recordarla. Porque pensaba volver cuando consiguiera un diccionario de griego. Claro que iba a volver.

El azul oscuro del mar parecía teñir el cielo, y la primera estrella de la noche tintineó. Aun a pesar de todo se sentía bien consigo mismo.

Caminaba despacio, disfrutando de aquella sensación y reparó en el cadencioso movimiento de la mar que, pensó, parecía estar meciendo la cuna en la que se dormía el mundo como si fuera una madre arrulladora.

Se sentó en una curva que salía de la carretera y bordeaba el acantilado; quería disfrutar del efímero espectáculo de colores que se estaba formando en el horizonte. Quería escuchar el susurro de aquella nana que el mar cantaba en la orilla.

Así, sumergido en aquella tranquilidad, se recostó sobre la maleta y buscó refugio del viento en una grieta que dos rocas le brindaban. Encogió sus piernas como cuando era niño y le leían cuentos. Sin darse cuenta se quedó dormido.

Los chillidos de las gaviotas le despertaron cuando despuntaba el alba. Excitadas en un vuelo madrugador, no tuvieron reparo alguno con el chico.

«Esta noche ha sido la más valiente de mi vida. He dormido solo, en plena intemperie.» Las gaviotas siguieron con sus gritos pero no interrumpieron la paz que respiraba.

Tal vez habían pasado unas horas, o eso le pareció porque tuvo la sensación de haberse quedado dormido otra vez cuando los impactos de unas piedrecitas le despertaron. Parecía que en el mundo había alguien más que él y los pájaros.

Miró hacia la carretera. Un par de niños con camisetas de colores reían burlones un poco más arriba. Él era la diana perfecta para sus juegos de puntería.

Tan pronto como descubrió la mala intención de aquellos misiles les recriminó con gritos.

Aquel par de maleducados reían y, aún más motivados por su reacción, seguían con el juego, como si él se hubiera metamorfoseado en una lata abandonada y protestona. «Otra vez los niños, siempre molestándome.» Las gaviotas chillaban con más fuerza aún o... ¿se reían también?

Los niños desaparecieron corriendo hacia las casas que se agrupaban al otro lado de la carretera. Masculló un rato entre dientes recomponiendo su sombrero.

—Dios mío, mi elegante abrigo azul manchado por las heces de esas bestias voladoras.

Fue en aquel momento cuando un golpe de viento, como si se tratara de una broma más, le arrebató el sombrero y lo desplazó unos metros más abajo. Fue a por él, nervioso y asustado ante la idea de que se le cayera al mar. Sus pies resbalaron. Cayó con tan mala fortuna que su pantalón quedó rasgado. Su mano derecha, que hizo las veces de freno, y sus rodillas, que pararon el golpe, empezaron a sangrar; tuvo tiempo

de recoger el sombrero justo cuando el viento quería llevárselo de nuevo. Creyó que iba a explotar de rabia.

Con un esfuerzo por controlarse y una buena dosis de prudencia, se acercó hasta el borde para limpiarse las heridas. Se sentía frustrado. «Peor no puedo estar. ¡Mira! El pantalón roto y yo herido. Esos asquerosos niños me han estropeado el día.»

Allá arriba volvió a oír voces y risas infantiles pero él no sentía ninguna curiosidad.

El golpetazo de una piedra en su espalda le obligó a girarse, justo para descubrir cómo los monstruosos niños le mostraban su maleta abierta, un instante antes de lanzarla en un vuelo directo hacia el mar.

—¡No! —gritó estremecido con todas sus fuerzas.

Pero sus libros, sus camisas blancas, sus calcetines de hilo, sus pantalones y calzoncillos, tan bien planchados, ya volaban ante sus ojos como trastos sin dueño.

La sangre se le colapsó en las venas. Su maleta se balanceaba entre la vida y la muerte en lo alto de unas rocas ásperas y llenas de excrementos de gaviotas.

Corrió a trompicones hasta ella y la rescató al tiempo que gritaba, como un loco, hacia el lugar, ahora vacío, en el que se había decidido tal crueldad. Abrazado a ella, la rabia se le hizo ciega.

—¡Salvajes! ¡Hijos de la más indecente puta! —era lo más fuerte que logró articular entre ahogos de pánico y rabia—. Os atraparé y os echaré al mar como habéis hecho con mis cosas —amenazaba con el puño en alto.

Los libros se perdían bajo el agua y sus ropas flotaban como náufragos ahogados.

Con su maleta, abierta y vacía, subió lo más rápido que le permitieron sus rodillas heridas. Al alcanzar la carretera, se secó con el antebrazo las lágrimas provocadas por la ira, nunca antes lo hubiera hecho, y gritó desafiante:

—¡Venga, salid a tirar piedras al imbécil de Alicia!

Y como un bravo torero provocando a la muerte, abrió los brazos esperando a que las bestias salieran de sus chiqueros.

Pero no salieron.

Las gaviotas volaban ahora a más distancia. Agotado por su propia rabia se dejó caer sobre el asfalto.

Todo estaba en silencio, miró la maleta. Solo había quedado, milagrosamente entera y atada a una pequeña correa de cuero, su botella de colonia de romero. Esbozó una mueca mientras la desataba:

—¿Quién iba a decirnos que nos quedaríamos solos tú y yo ante el mundo?

El reflejo del cristal oscuro le devolvió una imagen que por un momento dudó si era él. Miró abatido aquel maltrecho rostro y ese pelo tan despeinado.

A lo lejos una mujer, rodeada de niños, apareció tras la puerta de una de las casas. Les ignoró, no quería saber nada más sobre esos salvajes. Estaba herido, sucio, sin ropa para cambiarse, sin libros, sin dinero, pues llevaba el talonario dentro de la maleta. No quería más complicaciones. Las tenía todas. ¿Cómo iba ahora a continuar con su aventura?

Abrió la botella, sacó su pañuelo con escudos heráldicos del bolsillo del abrigo y se limpió valiente las heridas de la mano y las rodillas. Levantó un ojo avizor por si acaso: la señora había regresado al interior de la casa pero los niños aún le hacían muecas en la distancia.

«Se merecen un escarmiento. Han acabado con mi sueño de conocer a aquella chica. Ya ni un diccionario puedo comprarme, ni puedo ir a ninguna isla. Toda mi misión fulminada por su culpa.» Cerró los puños, se puso en pie y siguió un instinto ciego, una orden de su mente.

Un descapotable metalizado se cruzó en su camino. Su cuerpo sintió la sensación del vuelo rasante y un par de volteretas precedieron al impacto final contra la calzada. El estridente ruido de los frenos dio paso a un silencio absoluto.

Notó que su alma empezaba a desprenderse de la cascarilla de su cuerpo. «¡Este es el final de una aventura que prometía tanto!»

—¡Por Dios, hábleme! —suplicaba una voz de ultramar.

«Un ángel-guía», imaginó Alicio, sintiendo la tranquilidad que da esa clase de asistencia cuando se emprende un viaje como ese.

—Señor, ¿cómo se encuentra? Mueva algo, por favor.

«No entiendo por qué en el cielo no podrían hablar en una lengua universal», pensaba contrariado por no entender las indicaciones del ángel-guía.

Entonces una mano suave cogió la suya. Suspiró.

—¡Está vivo! —gritó el ángel mientras le soltaba bruscamente la mano y salía corriendo hacia una de las casas.

Aquella no le pareció una conducta apropiada en un ángel y, escamado, abrió los ojos con el presentimiento de que no habría ningún guía que le ayudara. A su alrededor empezaron a arremolinarse algunos vecinos curiosos, con caras de pena y asco. «Me parece que no estoy aún en el cielo, aunque podría tratarse de la sala de espera.» Su vista empezó a emborronarse y se desmayó.

Cuando volvió en sí, una ambulancia se detenía a su lado.

Los enfermeros le recogieron agarrado a su maleta y a su abrigo azul y así se lo llevaron mientras la sirena alarmaba a todo el vecindario sobre la tragedia de un atropello.

Tendido sobre una camilla, intentaba ordenar su cabeza pero seguía mareado. Volvió a sentir aquella mano de algodón sobre él. Y se abandonó a un nuevo desmayo.

Hasta que fue dado de alta sin novedad, realizó un recorrido por un sinfín de salas. Nadie se interesaba de verdad por ese sucio joven que se aferraba a una maleta vacía. Que hablaba en una lengua extranjera y que no tenía encima ni un dracma. Todo lo que tenía eran golpes sin importancia, el cuerpo magullado y dolorido y el estómago vacío.

—¡Hola! —le sorprendió una voz cristalina cuando salía por la entrada principal de aquel pequeño hospital.

Al girarse descubrió a su lado a la extraordinaria muchacha de belleza helénica que le había hipnotizado en el avión. Se le ruborizó la piel de todo el cuerpo. Su imagen de galán había quedado tan maltrecha que ni siquiera podía estar seguro de recuperarla alguna vez. Se sintió desnudo en una plaza pública.

No acertó ni a responder con la cabeza.

—¡Perdóname, te he causado tantas molestias! —le dijo en un español de perfecta pronunciación al tiempo que le cogía del brazo para llevarle hacia su magnífico descapotable metalizado—. No sé cómo pedirte disculpas, ni cómo compensarte por todo esto.

Alicio no podía dar crédito a lo que le estaba sucediendo.

—Iba tan deprisa esta mañana que ni pude ver que alguien cruzaba la carretera

La miró con temor, era una homicida en potencia. «¿Te queda claro por fin que debes hacerme caso y huir de cualquier mujer que detecte tu radar? No tienes buen olfato.»

—¡Seguro que tienes hambre, ganas de ducharte y ponerte ropa limpia! No te preocupes, te cuidaré hasta que te hayas recuperado.

El Cadillac descapotable se lanzó por la carretera a toda velocidad.

—En realidad, los culpables de todo fueron unos niños —logró articular entre bocanadas de aire mal cogido. Una conducción a esa velocidad le causaba verdadero pánico y el cupo de emociones lo tenía a reventar por aquel día.

—¿Unos niños? —preguntó incrédula mientras el viento le desprendía el pañuelo del pelo. Su larga cabellera rojiza ondeó, salvaje, para delicia de su acompañante.

En ese momento, el sol tibio y amable volvió a arrancarle brillos al mar.

Capítulo 13

*D*iez años atrás el padre prior le mandó llamar. Todos los monjes sabían que aquella mañana de noviembre había desembarcado en la playa un hombre solicitando ser recibido en el monasterio. Poco más habían averiguado, solo que era francés y que parecía muy culto. El barco en el que había llegado le aguardaba en la pequeña bahía.

Aquella inesperada visita había despertado la curiosidad de los cenobitas, aunque todos aparentaban no querer saber. Por eso cuando Daniel fue llamado con urgencia y tuvo que dejar la sala de estudio, los que allí estaban se miraron con intranquilidad.

Con paso ligero recorrió los pasillos hasta llegar al calefactorio, donde le esperaban. La fuerte corriente de aire que se colaba a través de los portales abiertos le obligó a sujetarse la capucha. El prior había considerado ofrecer al ilustre visitante el lugar más caldeado de todo el edificio en un día tan inhóspito como aquel.

Cuando entró, inclinó su cabeza con humildad a modo de saludo. El forastero levantó la mirada.

—El hermano Daniel —le presentó su superior— lleva quince años cuidando de nuestra biblioteca. Es un hombre sabio y honesto, por ello deseo que escuche la petición que acompaña a estos manuscritos —añadió señalando apenas con su mano al paquete fuertemente atado que se hallaba sobre la oscura mesa de nogal.

Monsieur Clardin observó entonces con mayor atención al recién llegado. El rostro de aquel religioso mostraba una afable cordialidad y su gesto era sereno. Se fijó también en sus labios, que aunque permanecían cerrados no se mostraban ni apretados ni tensos. Luego subió la mirada hasta su frente, abierta y ancha. Seguramente aquel fuera el mejor guardián que Yves hubiera deseado. Asintió con un leve movimiento de cabeza.

El prior le indicó a Daniel una silla junto a ellos, frente al fuego.

Solo entonces, cuando el bibliotecario hubo tomado asiento, empezó a hablar. Y ya en esas primeras palabras que pronunció, Daniel percibió el rastro inconfundible de un intenso desamparo.

—Para ser sincero, debo decir que he llegado hasta este monasterio persiguiendo una quimera. Por eso les agradezco que me brinden con tanto interés lo más valioso que puede haber: su tiempo y su paciencia. Son ustedes hombres de fe y de ciencia, ambas cosas que parecen tan contradictorias entre ellas son sin embargo necesarias para aceptar y respetar aquello que no nos es posible entender, pero que sin embargo

es.

Daniel comprendió enseguida que, envuelto en aquellas telas oscuras, llegaba a Τείχος un grave sufrimiento. El fuego del hogar crepitó y se elevaron algunas pavesas que parecieron llevarse, en su ingravidez, la cavilación del joven francés.

—Debo garantizar un absoluto aislamiento para estos manuscritos que traigo conmigo —exigió con un gesto rotundo—. No pueden ser guardados en cualquier lugar ni tampoco pueden ser destruidos, dado su valor histórico. Por eso le solicito, venerable prior, que me permita depositarlos bajo su custodia. Y que permanezcan por siempre en el máximo secreto. Tal y como si hubieran dejado de existir.

Los monjes apreciaron cómo su gesto se suavizó solo durante un instante.

—Su propietario me encargó que fueran escondidos en el mismo fin del mundo y sus palabras son las que me han guiado hasta dar con este monasterio. Su dedicación al saber y el nombre que le acompaña me hicieron comprender que es aquí donde deben quedar resguardados. Bajo ningún concepto deben volver a las manos de los hombres —pronunció como si dictara una sentencia irrevocable señalando con un dedo hacia el exterior—. Nadie conocerá su existencia excepto nosotros tres, si los aceptan.

Daniel advirtió que aquel hombre traía los ojos arrasados, la mirada cansada y marcada por la aspereza que deja el llanto de la culpa. Enrojecidos, como si fueran dos heridas que desean poder curarse. Era una mirada que anhelaba encontrar reposo.

Aún ahora, diez años después, los podía recordar.

—Y como saben, las promesas deben cumplirse —afirmó en un apagado susurro.

El prior observó brevemente a Daniel y luego alargó su mano y la puso sobre una de las de aquel angustiado científico.

—Nos pide ayuda para cumplir su promesa y al mismo tiempo nos pide que nosotros prometamos también. ¿Es así?

El joven caballero sintió el pecho rígido ante la incertidumbre del momento. El aire se le volvió tan denso que se le antojó un bloque de piedra que no pudiera ser respirado. Casi imperceptiblemente afirmó con la cabeza. Rogaba a Dios no haberse equivocado en su elección y tener que regresar sin haber logrado concluir su cometido.

Entonces el prior retiró su mano y la descansó sobre su pecho, cerca del corazón. Daniel sabía que con aquel gesto buscaba en su interior la mejor respuesta. Fue una larga pausa, sin prisa, en la que solo el sonido del viento colándose por las rendijas y el crepitar del fuego se atrevieron a intervenir.

—Excepto nuestro bibliotecario, nadie accederá al lugar donde los depositemos — dijo al fin mientras le sonreía para infundirle tranquilidad—. Pero, antes, debemos conocer los documentos que protegemos y el porqué de tanto temor a que sean descubiertos.

Aún Daniel recordaba el efecto que causaron esas palabras sobre la figura abatida de aquel imponente hombre. Recordaba haber visto en aquella expresión la liberación del enorme peso que doblaba sus hombros para dejarlo allí para siempre.

—Lo comprendo, pero nadie más puede conocer la historia que voy a contarles. Quiero ser muy escrupuloso con esta exigencia porque el contenido de estos documentos es realmente peligroso. Pareciendo inverosímil, es absolutamente verdad, y es en esa falsa percepción primera donde radica su poderosa fuerza. Eso justamente le hace ser tan infalible en su devastación.

»También les pido que acepten una suma de dinero que les haré llegar periódicamente para el mantenimiento de la biblioteca. Aun así, nunca dejaré de estar en deuda con este monasterio.

El bibliotecario recordaba cómo el padre prior sonrió sorprendido por aquella generosa intención y cómo rechazó amablemente el ofrecimiento. El monasterio, le explicó, no necesitaba dinero. Solo existía la necesidad del preciado tiempo, que se requería tanto para el cultivo del saber como para el cultivo de los huertos. En ambos se sustentaba la comunidad.

Recordaba Daniel cómo le dieron entonces su palabra a ese caballero francés, en aquel lugar tan apartado del mundo donde las palabras tenían todo su valor.

La historia del Danzarín de los dioses había llegado a su vida en un momento crucial de sus investigaciones y aquel relato que le llegaba desde la lejanía de los tiempos le conmovió. Agradeció al cielo poder comprobar, con esa otra evidencia que llegaba a sus manos, que sus estudios estaban bien fundamentados. Por eso no tuvo ni la más mínima duda en aceptar como cierta la fuerza contenida en una maldición. Una fuerza que actuaba sobre quien tuviera en su poder esa figura. La cruel historia no era más que otra demostración palpable, entre tantas que tenía, de que estaba en lo cierto.

El bibliotecario rememoró aquella promesa no solo de proteger aquellos manuscritos de la inconsciente curiosidad de los hombres, sino de que nunca, bajo ningún concepto, abrirían esas páginas ni buscarían descifrar el contenido que encerraban. Ni ellos ni nadie.

Monsieur Clardin les estrechó la mano con un profundo agradecimiento y se marchó

sabiendo que podía confiar en el sello de aquella promesa.

Daniel abrió los ojos en medio de la oscuridad de su celda.

Capítulo 14

*P*ara Alicio todo había cambiado desde que perdió sus cosas. Era como si con ellas una parte de él se hubiera esfumado para siempre. Hacía días que se sentía un poco huérfano de sí mismo. Se miraba en el espejo y no se reconocía en aquellas ropas. Se buscaba en sus posturas elegantes, aprendidas durante años, y no se encontraba. Aun así, sentado frente al mar, el vaivén del oleaje sobre la arena se le iba colando dentro y parecía llenar esos huecos vacíos con nuevas y desconocidas emociones.

A ratos pensaba en su misión interrumpida y se sentía lleno de dudas. A ratos se reprochaba aquel momentáneo descanso y se decía que debía volver a su objetivo: encontrar la figura del Danzarín de los dioses.

Toda su aventura, desde que salió del valle, le parecía asombrosa. Todo lo que había vivido, increíble.

Miraba frente a él la costa que se recortaba caprichosa, como si un escultor hubiera puesto su mejor fantasía en la creación de esas formas curiosas. Le gustaba mucho aquel paisaje. A pesar de haber perdido sus puritos y de que no pudiera fumarse uno, se sentía afortunado. Impregnado de la sal del Mediterráneo, como esas rocas, su piel tostada le daba un aspecto distinto.

—Debo irme a Τείχος —le salió sin casi darse cuenta.

En la semana que llevaba allí, le había contado a Ella una versión adaptada de su aventura en busca de un libro y le había explicado su propósito de llegar al monasterio donde ese documento se hallaba escondido.

—Podría llevarte yo misma hasta allí, si quieres —le propuso encantada exhalando una bocanada de humo rubio.

Seguramente aquello era lo más parecido a la felicidad en un paraíso. Si alguien le hubiera visto podría haber dado fe de que no se trataba de una de sus fantasías imaginadas. Todo era perfecto.

Ella superaba en diez años su edad. Su rojizo pelo ondulado y sus ojos llenos de vida hacían que apenas pudiera pensar en nada más cuando la miraba. Era sin lugar a dudas una mujer valiente y segura de sí misma, enérgica y decidida, que poseía en su sonrisa y en sus manos un gesto dulce que le recordaba a Daria. Le costaba creer que podría vivir alejado de ella un minuto.

Muy temprano, cuando el sol aún dormía bajo el mundo, preparó su maleta vacía. Lo había decidido como un acto romántico y un poco novelesco. Le dijo a Ella que así

no volvería a perder nada. Pero en el último momento metió una caracola blanca junto a su abrigo azul y su botella de romero. Se peinó con coquetería y aspiró profundamente el aire con olor a brea que entraba por la ventana del dormitorio que habían compartido.

Ella le esperaba ya en el velero de color tierra, a punto de desplegar sus alas a los latidos del viento. Se anunciaba un día magnífico, le había asegurado al despertar.

Cuando el velero se desprendió del amarre sintió un finísimo asomo de vértigo. El mar le gustaba mucho pero solo desde la orilla. Intentó que Ella no lo notara.

Sin embargo, al ir adentrándose en aguas profundas, empezó a ganarle el temor, como a un niño le invade el miedo al saber que se quedará pronto a oscuras. Intentó disimular y aguantar aún un poco más.

Durante un par de horas unas gaviotas les siguieron. Luego desaparecieron en la inmensidad del cielo y el resto del día, nada ni nadie. Excepto el velero, el mar y ellos.

Cuando el sol empezó a recostarse, la intensa flojera que sentía en sus rodillas era insoportable y tenía el estómago revuelto.

Apoyada en la botavara, ella le contaba secretos de navegación. Alicio decidió confesar.

—La verdad es que, aunque pretendo ser uno de esos héroes de aventuras que a todas las chicas os gustan tanto, yo no lo soy. Solo soy un miedoso que ha ido demasiado lejos. No tengo ninguna posibilidad de terminar con éxito esta misión. Me la he tomado como un juego más o menos divertido. Pero ahora me va ya demasiado grande. No tiene sentido seguir adelante. Perdona por haberte hecho creer que era valiente. No soy la persona adecuada. Es una locura —se sinceró liberando la angustia que hacía horas le apretaba el pecho y la boca del estómago.

Pero Ella le devolvió un gesto de ternura.

—No me crees, pero es ahora cuando me muestro tal y como soy —insistió—. Donde me siento seguro es en mi casa, echando pestes contra la última ocurrencia de mi tía. Quitando el polvo a la estantería o recogiendo las hojas secas del jardín. Solo soy capaz de parecer un héroe en mis sueños, bien protegido entre cuatro paredes. El mar me marea y me asusta. Volvamos a tierra cuanto antes, ¡por favor! Lo he pasado muy bien pero esto ha sido todo.

Como si no le hubiera escuchado nadie, el sol se escondió por completo mientras Ella sacaba una linterna y comprobaba el rumbo sobre una carta marítima.

—¡Mira! —le dijo—. Ven, este pequeño puntito es Τείχος.

Alicio miró solo de soslayo, se sentía aún peor que antes de haberse sincerado. Todo en él rechazaba la travesía hacia aquella isla.

—¡Míralo! —le ordenó con dulzura alargándole la mano para acercarle.

Él se aproximó un poco más, tan solo para no parecer maleducado.

—¿No te parece impresionante? —le susurró con entusiasmo—. Estamos muy cerca de tu destino, no puedes echarlo por la borda. ¿Crees que otro podría hacerlo? No, solo tú tienes esta posibilidad.

—Pero yo no quiero ir. No me importa nada ese libro.

Al tercer día una gaviota, de cuerpo fuerte y carnoso, fue a recibirlos. Sus graznidos eran estridentes y repetitivos, como los ladridos de un perro que sale al encuentro del que llega.

Entre la bruma que cubría el horizonte se entreveía una masa rocosa. Una silueta recortada como por unas tijeras inmensas sobre el papel del cielo. Allí estaba esa isla olvidada del recuerdo del mundo.

El joven ya no pudo despegar su mirada de aquella imagen que iba acercándose a ellos. Fascinado y aterrado.

Decenas y decenas de aladas figuras blancas aparecieron sobrevolando el velero. Las primeras rocas que vio, moldeadas a la voluntad del viento y el mar, le parecieron vigías petrificados que les esperaran allí desde tiempos remotos.

Tras ellas, la isla se extendía sobre las aguas, agarrada a ellas con sus dedos largos. Mostraba un cuerpo negro y extraño que crecía en volumen y altura. Aquel lugar era Τείχος.

La escudriñó con reparo: sobre el extremo izquierdo, a unos ciento cincuenta metros sobre el acantilado, un faro sorprendía a los navegantes. Con el mar calmado y el leve soplo del viento empujándoles, le pareció ver en lo alto la forma de una fortaleza. Se encogió.

—¡No quiero ir! —susurró con un ahogo apretándole la garganta.

—Yo te esperaré aquí —le animó Ella con su voz de cristal.

—No, no voy a ir. No sé qué clase de hombres me encontraré. Están ahí aislados del mundo, desde hace años. Posiblemente sus mentes estén perturbadas por la soledad y la mala alimentación. Con sus almas llenas de miedos y odios. ¿No lo entiendes? Eso debe ser un manicomio, estarán enfermos y deformados por la ausencia de ejercicio y medicinas. No quiero ni pensar en las noches a oscuras, sin luz eléctrica —confesó totalmente desencajado por sus fantasías.

—¿Por qué crees que será así? A lo mejor el silencio y la paz de este lugar han ayudado a hacer de ellos hombres buenos y tranquilos. Tal vez sus corazones estén llenos de ese sosiego que solo poseen los que no temen nada del mundo. Tienes miedo de algo que no sabes si es cierto. ¡Venga, no seas niño!

Alicio no podía respirar. Ahora recordaba que aquella mujer, tan dulce y bella que le sonreía dándole ánimos, podía llegar a ser también una inconsciente y potencial homicida con sus alocadas actuaciones. Había llegado demasiado lejos dejándose llevar por sus delirantes fantasías.

El velero se acercaba. Resbalaba despacio hacía la pequeña bahía que se abría tras las primeras rocas que ahora le parecían hechas de espuma oscura.

Ningún ruido se escuchaba, excepto el sonido del mar y las gaviotas que chillaban, cuando Ella plegó las velas. La travesía había finalizado.

«Haz el favor de controlarte, estás haciendo el imbécil», le dijo con convicción su álter ego. Abrió la maleta y puso los zapatos dentro junto a la caracola, la colonia de romero y su abrigo azul.

Ella le abrazó y le besó con mucha ternura. Esos besos le tenían cautivo desde que se atrevió a acariciarla el primer día.

—Espérame aquí. Prométemelo —le pidió con un centelleo de pánico en sus ojos—. Sé imitar el aullido de los lobos, así que si oyes uno significará que estoy en peligro: llama a la policía por radio y ven rápidamente a por mí.

—No te preocupes. Ya verás cómo no vas a necesitar ningún tipo de ayuda.

Y le volvió a besar, esta vez apasionadamente. Eso pareció calmarle un poco y darle el valor suficiente para saltar, junto a ella, a la pequeña lancha y remar juntos hasta la orilla. No entendía cómo podía clavar los remos en el agua y seguir con aquella imprudencia.

Al llegar a la pequeña playa introdujo un pie y luego el otro en la fría agua y saltó. Aún miró atrás en un último intento de súplica.

—¡Daria!

Ella hizo un gesto con sus largos dedos empujándole a través de la levedad de la brisa. Sorprendido de sí mismo siguió avanzando, con la maleta sobre la cabeza y el corazón invadido por una inmensa zozobra.

Cuando alcanzó la tierra negra de la orilla, no podía sentir ni las piernas ni los pies. Tan gélida era el agua. Se sentó para masajearse las pantorrillas y devolverlas a la vida mientras miraba cómo Ella regresaba al velero de color de tierra, ya angustiado de añoranza por volver.

—Debo ser fuerte, no puedo empezar vencido —se dijo en voz alta buscando en su memoria al protagonista de alguna aventura peligrosa para poder imitar su valor, pero no le vino a la cabeza ni uno. Se calzó los zapatos y se levantó al mismo tiempo que se le caía algún miedo.

—Sí. Ella es Daria —dijo en voz alta para oírse mejor.

Con una rápida ojeada estudió la pequeña cala y luego levantó la vista hacia la mole de la isla. Desde allí no veía la fortaleza. Caminó hacia la izquierda y luego hacia la derecha deseando que ese monasterio no existiera en realidad y solo fuera un espejismo. Una mentira de la historia.

Al fin le pareció descubrir un sendero estrecho que ascendía por el extremo izquierdo, serpenteando como lo haría el cauce de un pequeño arroyo sin agua que alguna vez hubiera desembocado en aquella playita.

Respiró hondo y se dirigió hacia allí volviendo la vista otra vez hacia el largo mástil del velero. Por suerte, el cordón umbilical que le unía al mundo le esperaba allí fuerte y seguro hasta que él regresara.

Las gaviotas chillaban, alarmadas por la presencia del extraño.

Se preguntaba si no estarían alertados ya los monjes, si estarían avanzando posiciones los vigías, esperando su ascenso por aquel camino, escondidos entre las rocas.

A medida que subía por el sendero el rumor del mar en la orilla fue mitigándose dejando paso a un silencio cada vez más presente. Un caluroso sosiego fue tomando fuerza en el color de aquellas piedras que parecían mordidas por las dentelladas de muchos vientos. Se detuvo y se desabrochó un botón de la camisa. Volvió a girarse hacia el mar: ya solo veía el extremo final del mástil balanceándose en la espera.

Estaba entrando en otro mundo. Empezó a ser consciente de ello.

Acercó los dedos a la seca superficie rocosa y la tocó, ondulada y encantada. Como si un dios, enamorado de las tempestades, hubiera soplado sobre las olas condenándolas a la inmovilidad y convirtiéndolas en una isla hasta el fin de los tiempos. Pequeños arbustos retorcidos y alguna brizna de una hierba oscura malvivían en una casi inexistente tierra astillada.

Abarcó con la mirada el inmenso turquesa que brillaba hasta el horizonte. Solo mar, todo mar.

Estuvo tentado de sacar su caracola blanca y soplar como los náufragos en los libros, pero la prudencia le advirtió que era mejor no provocar ruidos que despertasen a la isla.

Siguió subiendo en silencio.

Más arriba, a unos doscientos metros de distancia hacia su derecha, unos ojos casi ciegos le observaban. Escondidos con la maestría de quien lleva muchos años de solitaria existencia.

Alicio no podía entender dónde se ocultaba el maldito monasterio. «¡Que alguien me explique por arte de qué extraño fenómeno lo que antes se veía desde la lejanía, ahora al acercarme ha desaparecido!»

Se sentó y se refrescó la nuca con su colonia de romero. Se quitó el sombrero y recompuso la raya que lo recorría, elegantemente, de un extremo a otro. Luego buscó con sus dedos la que partía su cabello y comprobó que siguiera perfecta.

El perfil del acantilado ocultaba el velero, pero lo adivinaba sobre la plateada superficie del agua. «¡Claro! —Entonces se encendió una luz en su mente—. De igual forma que no veo el velero no veo el monasterio. Este sendero me lleva en dirección equivocada, es un camino ratonera para alejar a los curiosos», dedujo.

Se hincó el sombrero con ganas y echó a andar hacia su derecha, paralelo al mar.

Las puntas rocosas entorpecían su andar de asfalto. Tuvo que mantener un difícil equilibrio por entre pedruscos y riscos verticales. Se dobló el tobillo en un par de ocasiones, clavándose los afilados colmillos de aquellas piedras.

«Esos monjes deben ser, seguro, una mutación de hombres y cabras para conseguir moverse por aquí. El mismo Monsieur Clardin debe serlo también, si realmente llegó a subir al monasterio.»

Los ojos ocultos se encogieron nerviosamente.

Empezaba a reencontrar la bahía allá abajo.

—¡Qué daría ahora por un purito de hombre sagaz! —Sonrió satisfecho.

Cuando el mástil y el velero volvían a ser visibles sobre el mar, Alicio decidió emprender la escalada

Se sacó el cinturón y ató a su espalda la maleta como lo haría un aventurero explorador, indómito e incansable. No le sorprendería nada que alguien pudiera confundirle con uno de esos héroes de antes.

Los debilitados ojos se esforzaron para escudriñar mejor al recién llegado. De espaldas ahora al brillo del sol. ¡Sí, era él! Allí estaba. Había regresado confiando en que ya no le estaría esperando. Pero él no le había borrado de su memoria porque siempre había sabido que acabaría volviendo. Recordaba cada gesto, cada movimiento. Los había estado recordando todos los días y noches, desde hacía muchos años. Se incorporó con el sigilo de un animal nocturno, sus pasos aprendieron

a ser blandos a pesar de los huesos viejos que los producían.

Alicio subía fatigosamente, agarrándose a todo lo que sobresalía. Arriba empezaba a asomar, aún lejano, el cuerpo oscuro de la fortaleza. Sobre el mar el velero parecía tranquilo. Estaba deslumbrado, las piedras brillaban en algunos puntos como si contuvieran pequeños cristales insertados en ellas.

A medida que ascendía, iban apareciendo mayores matorrales junto a algunas plantas crasas que abrían sus pequeñas flores rojizas al sol. No recordaba haber sudado nunca tanto. No quería ni imaginar en qué lamentables condiciones llegaría a ese condenado monasterio.

Los ojos se agazaparon cautelosos tras las rocas, con tal habilidad que si el chico se hubiera girado hubiera asegurado seguir solo.

Se controló el pulso, dudoso de que su corazón pudiera resistir aquella salvaje escalada sin beber una pizca de agua. Impaciente buscó una pequeña sombra donde poder recuperarse. Pero no conseguía descubrirla.

Recordaba haber leído en un manual de supervivencia que en una situación difícil no había que detenerse, así que continuó avanzando. Subiendo y bajando, rectificando cada vez que se encontraba con la imposibilidad de seguir adelante. No supo las horas que invirtió en esa ardua tarea pero, cuando tuvo las paredes ennegrecidas del monasterio a la vista por fin, el sol había abandonado su trono y empezaba su descenso hacia el lejano horizonte.

Con el cuerpo exhausto, caminó los últimos metros hasta el imponente muro de El Fin del Mundo. La luz del día caía ya oblicua cuando llegó al magnífico portón.

A pesar de la fatiga, le sobrecogió aquella arcada de diez metros que enmarcaba un tímpano majestuoso sobre dos capiteles forjados en delicado arte de herrería. «¡Increíble, tanta belleza abandonada en un lugar recóndito!»

Aquella maravilla le reanimó y se pellizó para comprobar que no fuera una alucinación a causa de la insolación. «Valía la pena llegar hasta aquí.»

La entrada estaba abierta y un suelo empedrado y desgastado, pero excepcionalmente limpio, daba paso a un enorme patio que, tuvo que mirar varias veces para confirmar que no era un espejismo, albergaba un auténtico vergel. Aquel recinto amurallado protegía en su interior pequeños huertos verdes y alegres canales de agua cristalina.

Le pareció escuchar trinos de pájaros y sus ojos descubrieron manchas de colores que se esparcían entre cañas largas y oscuras.

Dando un tímido paso al frente se detuvo bajo el umbral. Tocó los muros con sus

manos magulladas, la frescura de la piedra alivió de inmediato el dolor de sus dedos y se extendió por toda su piel erizándole el vello. Aquello parecía una de aquellas pompas de jabón de mil colores con las que jugaba en el porche de casa cuando era un niño. Pensó que, como ellas, de un momento a otro el sol la haría estallar y la imagen desaparecería.

—Tal vez son los efectos de una fuerte deshidratación. Y realmente estoy a punto de morir.

Absorto como estaba, le sobresaltó un sonido de bronce. Brincó hacia atrás, asustado. La campana repicó con un pesado tañido monótono, advirtiendo que allí vivía una comunidad.

Al fondo del vergel se fijó en las paredes del monasterio y una punzada de vértigo se le clavó en el estómago. En la parte alta de una de las dos escaleras que unían el patio con el viejo edificio, le observaba, sin moverse, una figura delgada.

Se encogió instintivamente y el corazón se le disparó. No se atrevía ni a respirar.

La figura retiró un poco la capucha que caía sobre su rostro. Le pareció que llevaba un hábito muy mísero.

—Al fin y al cabo, solo es un monje y además no parece demasiado fuerte. No muestres miedo —quiso tranquilizarse a sí mismo.

El monje empezó a descender.

La escalera, cubierta casi en su totalidad por una vegetación trepadora, describía una suave curva. Unos grandes óvalos huecos la recorrían de arriba abajo y desde el pasamano a la base. Al igual que el portalón, formaba parte de una obra arquitectónica de gran belleza, oculta en aquel lugar tan olvidado.

La campana enmudeció. Alicia sonreía tímidamente para demostrar, lo más claro posible, sus buenas intenciones. Aún tuvo tiempo de reparar en su lamentable aspecto y ordenarse la ropa. «Hubiera estado mucho más presentable con una de las camisas limpias que cogí al salir de casa, pero hay que tener resignación.»

Con una lentitud que le pareció exagerada, aquel hombre cruzó los huertos y se fue acercando. A un par de metros de distancia el monje se detuvo y Alicia aprovechó para quitarse el sombrero.

—Buenas tardes —articuló con lentitud y alargando su mano derecha.

El cenobita, que mantenía el rostro casi oculto bajo la capucha, levantó un poco la cabeza y le indicó una enverdecida pila de piedra junto a la entrada.

El chico dudó y alzó un poco los talones para observar su interior. «Agua plácida y transparente, por fin. Tendré que lavarme antes de beber, no sé muy bien.»

—¡Gracias! —dijo antes de inclinarse en una reverencia como las que había visto en las películas.

Se refrescó las manos y la cara y luego bebió con ansia.

—Perdone, no quisiera seguir mal las costumbres del lugar pero estoy un poco aturdido —se justificó intentando corregir algún posible error.

—Sé bienvenido a nuestro monasterio —dijo al fin el monje en perfecto español y volvió a bajar la cabeza ocultando el rostro—. Si se quiere entrar aquí solo es necesario limpiar el corazón.

—¡Oh, gracias de nuevo! —contestó muy reconfortado después del trago de agua bendita.

Quería dejar bien claro que, ante todo, era un joven respetuoso que no iba a ocasionar problemas a pesar de llevar esa pinta.

—Para nosotros no es habitual recibir visitas. Supone un acontecimiento fuera de lo normal que alguien suba hasta aquí, de ahí el interés en las ventanas —se disculpó sin levantar ni un centímetro su cabeza.

Alicio buscó a los curiosos sin descubrirlos.

—Es normal. —Sonrió para quitarle importancia—. ¡Viviendo tan solos y tan lejos de todo!

El monje comprobó que no acompañaba nadie más al joven, volvió a bajar la cabeza y le invitó, con un gesto sutil, a entrar.

—El padre prior está complacido de poder ofrecerte refugio y escuchar el motivo que te ha traído hasta aquí.

—Me llamo Alicia y... —empezó a explicar mientras le seguía entre los huertos.

—Será mucho mejor que guardes las fuerzas hasta que elimines las aflicciones del cuerpo —le interrumpió el monje.

Calló de inmediato; no acababa de entender bien a qué se refería exactamente pero, justo en aquel momento, una fresca brisa resbaló por entre la vegetación haciendo que se sintiera tranquilo. Fuera lo que fuera aquello que le proponía, le parecía bien.

Desde cerca, la escalera le fascinó aún más. El color gris casi azulado de su superficie, cubierta por líquenes que parecían petrificados, delataba sus muchos años de historia. Recordó el relato que le leyó el hombre del traje negro y quiso imaginar que había sido el propio tiempo quien la había ido construyendo.

Cuatro estilizados cactus gigantes trepaban las paredes del monasterio, oscuros como la misma piedra. Entre ellos, vio cerrarse lentamente una pequeña ventana y no pudo evitar un nuevo pinchazo de temor.

La luz del día iba perdiendo su intensidad. Pronto llegaría la oscuridad de una noche desconocida para él. Buscó el mar desde aquella posición, con un hilo de nostalgia.

El monje le observó bajo su capucha, era fácil saber que aquel muchacho estaba más receloso que ellos.

Tras una puerta estrecha y alta, los recibió una sala fresca, inmensa y alargada que daba paso a diferentes pasillos que se evaporaban en su propia negrura.

Unas vasijas de diversos tamaños, que dedujo de épocas muy antiguas, se repartían a cada lado de todas las puertas. Observó con interés las paredes en penumbra, mostraban pinturas que tal vez fueron exquisitas pero ahora estaban ya en parte borradas.

«Estoy entrando a un mundo del que nada sé, tras un desconocido que ni sé adónde me lleva. Es imposible que mi tía y la señora Cleo hayan podido llegar hasta aquí. Desde luego, si estuvieran dentro ya habrían salido a decirme algo.» La atmósfera albergaba un silencio agazapado como un animal poderoso. Aceleró el paso.

El pasillo que recorrían se adivinaba largo y recto. Ni una mínima luz dejaba apreciar nada en todo el recorrido. «¿En qué siglo viven estos hombres?», se preguntaba con el estómago encogido. El monje abrió la puerta de doble hoja de una pieza más humilde pero muy bien iluminada con lámparas de aceite y cera. Bajo ellas un reducido grupo de hombres, en actitud de meditación, permanecían sentados frente a unas sencillas mesas, con el rostro oculto.

«Aquí están», pensó impresionado.

Uno de ellos, cuyo cuerpo doblado y frágil delataba mucha edad, volvió hacia él la cabeza.

El monje que acompañaba a Alicia le habló al oído de forma tan breve que le pareció que ni había hablado.

—Nuestro padre prior agradece que aceptes nuestra hospitalidad y que nos acompañes en la cena que estamos a punto de tomar y en el descanso de la noche. Mañana, con la mente y el cuerpo recuperados, él escuchará lo que quieras decirle.

—Encantado, muchas gracias. —Se inclinó sin saber exactamente a quién se lo tenía que agradecer.

«¡Este es el refectorio!», confirmó emocionado por la intimidad de aquella escena.

Con las mismas ropas míseras que todos los demás, dos monjes acababan de distribuir los vasos y los cuencos. El frágil anciano ocupaba una silla, de madera tosca, en el centro de una de las mesas más grandes. Todo el grupo estaba en

completo silencio. Entraron aún unos monjes rezagados. Habían dejado una silla vacía, contigua al padre prior, y comprendió que era para él. Tras quitarse la maleta de la espalda, se sentó tan en silencio como su estómago era capaz de permitírselo.

«La gente es extraña, como extrañas son las circunstancias de cada uno —se dijo a sí mismo—. Tendré que dejarme llevar por el ritmo de estos hombres».

Mientras se servía una sopa, sin nada en ella sólido pero espesa y sustanciosa, un monje empezó a leer de un libro en una lengua extraña. Sentía que estaba en otra realidad que nunca hubiera imaginado.

Disfrutó del caldo como si fuera el más sabroso de los manjares y, considerando sin importancia nada de lo que pudiera ocurrirle, su cuerpo le pidió descanso.

Y aquellos rostros ocultos le brindaron una cama en un angosto aposento con una ventana minúscula.

Justo cuando se rendía al sueño pensó en Ella y esa noche durmió reconfortado y tranquilo.

Un latido de bronce sonó sobre el monasterio. Igual que una madre, recorrió los pasillos y las celdas llamando a levantarse. Entreabrió los ojos y consultó su reloj. Era medianoche. Dio media vuelta en el estrecho camastro zambulléndose de nuevo en el cálido baño del sueño ya conciliado. Los cenobitas se dirigían en silencio hacia los maitines. Al amanecer volverían a abandonar sus duras camas para reunirse a rezar de nuevo.

Apenas hablaban entre ellos. Aunque ninguna norma les impedía hacerlo, evitaban las conversaciones innecesarias. Habían aprendido que era muy poco lo que se necesitaba decir. Solo en contadas ocasiones los menos viejos se entregaban a alguna charla pero normalmente se entendían apenas con gestos y todo el monasterio de El Fin del Mundo estaba sumergido en el equilibrio de ese silencio.

De modo que la palabra tenía mucha importancia.

A las cinco de la mañana la actividad dentro de esas gruesas murallas estaba en marcha. Cada miembro de la comunidad tenía alguna tarea de la que ocuparse en los huertos, en la cocina, en las calderas, en los talleres. Y en el estudio de los textos, en la traducción de los escritos, en el mantenimiento y restauración de los volúmenes y manuscritos. Ese era el objetivo en común, la verdadera razón de su existencia: la biblioteca.

A esa hora se despertó de forma brusca. Un chirrido de cuerdas y cadenas le

arrancó del sopor de un sueño denso. «¿Ya es de día o se trata de una tarea nocturna a la luz de la luna?», se preguntó antes de mirar al exterior por la ventana. El hormigueo de siluetas por los huertos le convenció de que la jornada había empezado.

Mientras se calzaba sus estropeados zapatos, se planteó por primera vez la conversación con el prior. «Debería tener un plan pero como siempre, no tengo nada de nada. Descartado que estén aquí esas dos mujeres, ¿cómo haré para saber si siguen aquí los documentos? Y si fuera así, como me temo, ¿cómo voy a hacerlo para encontrarlos y salir corriendo con ellos en el menor tiempo posible?»

Le gustaba improvisar pero dudaba si esta vez le saldría bien. Buscó un espejo donde mirarse pero no lo encontró.

Al salir de la celda titubeó, no recordaba por dónde había llegado la noche anterior. «Este monasterio debe ser inmenso y lleno de pasillos oscuros.» Se decidió por la derecha por aquello de que en la diestra se encontraba el ángel bueno. Él le guiaría.

La primera luz del día se filtraba algonada a través de los portones agrietados. A lo largo del pasillo creaba una atmósfera de borroso universo flotando dentro de un espacio irreal. Hubiera podido creer que se encontraba en un lugar mágico.

Continuó avanzando con el corazón en calma, encantado; bajando cada vez que encontraba una escalera, aunque no recordaba que la noche anterior hubiera subido ninguna. La ensoñación se le fue transformando en una inquietante idea de estar moviéndose dentro de un complicado laberinto, y el miedo, escondido en la penumbra, le tocó la espalda con una aguja fría.

Fue entonces cuando creyó ver un hábito furtivo detrás de él. Se le aceleró el corazón y el espanto le empujó y le hizo resbalar hasta un portal abierto al exterior, salvándole en el último minuto.

La claridad del amanecer apareció ante sus ojos. Sopló recuperando la postura con rapidez y, simulando tranquilidad, caminó tan lento como pudo. Tal vez incluso demasiado lento, temió. Un par de monjes cargados con cestos de junco cubrieron sus cabezas a su paso.

—Buenos días, hermanos: ¿tendrían la amabilidad de indicarme dónde puedo desayunar un par de humildes huevos fritos? —les preguntó muy protocolario.

No le respondieron ni con un gesto. Como dos grandes caracoles, con los cestos sobre sus hombros, siguieron su camino. Sin darle tiempo a lamentarse, su estómago pegó un gruñido.

Desde un extremo del huerto un monje de cuerpo recio le hizo un ademán con la mano.

Parpadeó escéptico. «No sé si se dirige a mí o es alguna clase de bendición monástica.»

El monje, cuyo rostro se ocultaba también bajo la seguridad de su capucha, volvió a repetir el gesto señalándole, además, con su dedo índice.

«Está claro que me está llamando —se alegró—. Espero que el desayuno sea contundente. Si trabajan tanto, deben comer bien».

De entre las cañas apareció un gato rubio, de rayas tostadas, que se acercó a él y se frotó contra sus piernas.

—¡Vaya! Al menos los gatos sois normales.

Se agachó para rascarle con suavidad entre las orejas, el felino cerró los ojos y levantó la cola con un leve ronroneo. Aquello le pareció una buena señal. Echó a andar animado, con el gato enredando entre sus piernas, hasta donde el monje le esperaba.

—El padre prior puede escucharte ahora —le dijo y también se inclinó afectuoso para acariciar al gato que, sentado sobre sus patas traseras, se lamía concienzudamente una manita—. Aquí, como ellos, usamos la voz en muy contadas ocasiones. Solo cuando es estrictamente necesario. Los hombres perdimos esta antigua sabiduría y empezamos a abusar del don de la palabra que nos fue dado.

Se incorporó y empezó a andar. No entendía qué había querido decir. «¡Para hablar tan poco, dicen cosas muy extrañas!», concluyó mientras le seguía.

El monje de complexión fuerte le condujo hasta una pequeña sala, donde un cuenco de leche y un pedazo de pan oscuro le esperaban sobre una mesa vacía, bajo la tenue luz de una ventana. Sintió frío al ver aquel desayuno, y sus tripas, que habían albergado esperanzas, se echaron a llorar desconsoladas en cuanto se quedó solo.

«¡Moriré inevitablemente antes de conseguir nada!», sentenció con el peor de los presentimientos.

Se sentó ante el cuenco y sobre el banco vio un áspero saco con aspecto de hábito.

—¡Dios mío, quieren hacerme monje! —exclamó horrorizado en voz alta ante el descubrimiento.

Pensó en salir corriendo de inmediato, casi echarse a volar hasta la bahía donde le esperaba el velero. Pero tenía tanta hambre que decidió comer primero.

En cuanto terminó, en cuestión de segundos, la puerta se abrió y dos monjes entraron; uno ayudaba al otro. El más encorvado y frágil se sentó a su lado y echó hacia atrás la capucha, dejando al descubierto su rostro.

Su tez era tan blanca como un puñado de harina, cuatro pelos como hilos de nieve

congelada formaban su barba bajo unos labios pálidos que dibujaban una leve sonrisa. Alicia pensó que aquel anciano debía tener muchos años. Su cabeza era pequeña y sus ojos tan intensamente claros casi deslumbraban al mirarlos.

Su acompañante se retiró con paso ligero y se quedaron solos.

—Acércate, muchacho. No veo ni oigo ya casi nada —dijo alargando su mano hacia él.

—¿Habla mi idioma? —preguntó asombrado mientras se ponía a su lado.

El anciano rio halagado.

—Hablo incluso lenguas que ya nadie habla. Eres muy joven; es extraño que hayas decidido venir a este lugar.

—Yo también estoy sorprendido de haber venido aquí —contestó mientras desviaba la mirada, se sintió desnudo tan cerca de aquellos ojos

—Así es la juventud. Has llegado por tu propia voluntad y aun así no estás seguro de si es esto lo que quieres. —Buscó con su mano la mano de Alicia sin borrar aquella amable sonrisa. —Pero seguro que hay un buen motivo —prosiguió con lentitud—, ya que nuestro Creador aquí te ha traído.

Y entonces cerró los ojos como si los descansara un poco, aunque al chico le pareció que igualmente podía verle.

En su cabeza giraba un torbellino de ideas que le parecían a cual peor; no sabía qué responderle. Como no había preparado ninguna estrategia debía escoger una, una que fuera lo bastante buena para estar allí sin necesidad de ponerse ese hábito que había visto sobre el banco.

—Hasta aquí —interrumpió su búsqueda el anciano— algunos han llegado porque quieren estudiar o dedicarse a la oración. Otros solo pretenden olvidar y unos pocos llegar a ser olvidados. Aun así, sea cual sea el motivo que los ha traído, son aceptados porque todos escogieron libremente estar en este monasterio. Cada uno de ellos es libre de profesar o no en esta orden, pero sí es condición obligada que todos respeten las normas de la hermandad, y así ellos son también respetados.

—Yo quiero leer libros —soltó desde el corazón y sin pensarlo.

Con tranquilidad, el monje retiró su mano y luego la reposó cerca de su corazón, otorgándose un tiempo antes de preguntarle con interés:

—¿Cuántos quieres leer?

—Todos —aseguró con convicción. «He acertado con la estrategia.»

—Eso te llevaría muchos años. Toda tu vida no bastaría para leer los libros que hay aquí. —Y todas sus arrugas parecieron divertirse.

Alicio urdió un nuevo plan de emergencia en décimas de segundo, en eso sí era un auténtico maestro. «Vas bien. Le pides ver el índice de los libros de la biblioteca para poder escoger cuáles son los que te interesa leer y con este pretexto buscas el pergamino egipcio de Monsieur Clardin, y ya solo te quedaría encontrarlo y ocultarlo para llevártelo a casa. ¡Vas bien!» Tendría tiempo de mejorar su plan y organizar su ejecución, así que respiró animado.

—Pues entonces deberé escoger algunos. Soy muy eficiente y no molestaré a ningún hermano mientras los selecciono.

—Así que has venido hasta aquí porque quieres entrar en nuestra biblioteca — aclaró con una extraordinaria calma.

—Sí.

—En este caso, lo primero que deberás hacer es averiguar si tu deseo es verdadero. Ya que si entras en ella te obligarás a vivir para siempre en el monasterio. Si cuando lo hayas meditado bien, tu decisión sigue siendo firme, yo mismo te llevaré.

Al tiempo que la puerta se abrió y un monje acudía rápido a su encuentro, el anciano se levantó con extrema lentitud y con un pequeño ademán de sus dedos le bendijo. Cubrió de nuevo su blanco rostro y se agarró al brazo de su ayudante.

Mientras, Alicio, atónito, tomaba consciencia del giro inesperado de su plan.

«¿Qué norma es esta de tener que quedarse a vivir aquí para entrar en una biblioteca? ¿Y si le miento y le digo que acepto? ¿Cuánto me hará esperar? ¿Voy a tener que hacerme monje primero?» No era ese su plan perfecto. Pensó en Ella. ¿Cuánto tiempo aquellas velas de color tierra podrían ignorar el constante soplo del viento?

Cuando se cerró la puerta tras los dos monjes se sintió más solo que nunca. Angustiado miró por la estrecha ventana aquel paisaje de rocas oscuras. Por un momento creyó haberse convertido en estatua de sal oyendo imaginarias puertas de hierro que se cerraban pesadamente a su alrededor.

Cierto que toda la isla, negra y seca, era una fortaleza. Lo estaba empezando a comprobar. Y la única salida dormía inquieta sobre el tranquilo mar.

Sintió el mismo vértigo que al filo de un abismo. Debía pensarlo bien. «Esto es mucho más serio de lo que te puede parecer. Te has metido en un buen lío, héroe de pacotilla», le recriminó su lado conservador.

Capítulo 15

Aunque se sentía como un ratón dentro de una jaula, no descartaba seguir adelante con su plan. Encontraría el modo de hacerlo rápido y escapar luego.

—Está claro que mi tía no ha llegado a entrar aquí, así que los manuscritos tienen que estar todavía en la biblioteca. De momento, yo tengo la posibilidad de conseguirlos —le replicaba a su prudencia natural que le pedía renunciar—. No me va a desanimar un anciano con sus inquebrantables y absurdas normas monásticas, por muy respetable que sea. Si es necesario decir una mentira, pues lo hago y punto. Nadie regala nada.

Durante los días que siguieron a esa primera entrevista hablaba a todas horas consigo mismo. Se convencía, se desanimaba, dudaba y se asustaba. Nadie se acercó a él, ni siquiera aparentaban prestarle atención. Simplemente le dejaban estar sin pedirle nada. Las horas pasaban lentas y la acuciante prisa que tenía al principio fue dando paso a una resignación más llevadera.

A veces sorprendía algunas palabras entrecruzadas en los huertos. Oía pequeñas conversaciones en lenguas extrañas y se acercaba a los monjes intentando entablar algún tipo de relación que le ayudara a ganarse su confianza, pero le rehuían.

Lo peor eran las comidas, tan frugales y solitarias que le dejaban cada día sobre la mesa de su celda. Le costaba mucho soportar el hambre, se sentía desfallecer durante el día, y las noches se le hacían muy difíciles de sobrellevar. «Si esto continúa así, voy a debilitarme sin remedio. Me pondré enfermo en dos días; sin fuerzas ni salud mi estado físico será irreparable», se lamentaba en su celda mirándose la oquedad de su estómago. «Acabará teniendo el mismo aspecto que estos hombres», se decía a sí mismo haciendo bailar el cinturón.

Merodeaba curioseando los trabajos del huerto, cogía alguna hortaliza a escondidas para comérsela durante la noche. Por puro aburrimiento y casi sin pretenderlo empezó a interesarse en las constantes rutinas monásticas. A qué horas se levantaban una y otra vez de sus camas cada noche. Cuántos iban o venían, si se reunían o si trabajaban en los talleres o en el corral. Le asombraba ese modo de vivir anclado en una época sin tiempo.

«Debo recabar toda la información posible. Cuanto más sepa sobre el funcionamiento del monasterio y las costumbres de sus habitantes mejor lo tendré para elaborar una operación perfecta y mi posterior huida. De un modo u otro, todo lo que

vaya conociendo me ayudará a continuar adelante con la misión.»

Empezó a comprender que eran sus ropas y su rostro al descubierto lo que le convertía en un forastero que no podía ser aceptado y, a regañadientes, decidió un día quitarse el reloj y ponerse aquel saco tan antipático y mísero que le esperaba sobre su silla.

La miraba continuamente. La torre se encontraba en medio de todos sus pensamientos. La sólida y alta torre que protegía la biblioteca en su interior le producía una impotencia que le sublevaba. Desde una prudente distancia tomaba nota cada día de los monjes que entraban en ella y deducía de sus movimientos que todos eran mayores o incluso muy mayores. Con toda seguridad no había otro tan joven como él en aquel cenobio. Entretenido en sus pensamientos, una voz quebró el silencio al que ya se había acostumbrado.

—Si quieres, puedo ayudarte a ver.

Procedía de un monje que se había sentado no muy lejos de él. Instintivamente miró a su alrededor sin acabar de creer que le estuviera hablando a él.

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó temiéndose una posible alucinación auditiva. Tampoco había comprendido qué era lo que le había dicho.

—Sí, ver mejor lo que quieres ver —aclaró el monje sin mover ni un músculo de su cuerpo.

—Ver mejor, ¿para qué? —seguía sin comprender; temió que fuera una especie de espía del prior y pretendiera averiguar sus intenciones.

—Para aprender. —El asceta inclinó la cabeza.

Se acercó un poco más al monje. Su cuerpo siempre le traicionaba cuando escuchaba esa palabra.

—¿Te interesa aprender? —preguntó el cenobita—. Llevo observándote desde que llegaste. Me parece que no alcanzas a ver aún lo que quieres.

—Creo que se equivoca —contestó desconcertado por aquella extraña conversación.

«Estaba en lo cierto cuando pensé que estos monjes debían de estar locos. Vale que yo sea invisible para los demás, me ha ocurrido desde que recuerdo, pero que ahora venga alguien y me diga que el que no ve bien soy yo, por ahí no paso. Seguro que pretende meter las narices en mi misión secreta.» Volvió a apartarse un poco.

—Estudio los astros y el movimiento del universo. La influencia de estas energías sobre la vida de los hombres.

Su ingobernable curiosidad brincó de nuevo ante aquel interesante anuncio. Siempre le había gustado que le explicaran cosas sobre las estrellas y el monje debió notarlo porque continuó hablando:

—La vida es una fuerza cíclica que nunca cesa. Todo recomienza una y otra vez, eternamente. Aquello que puedes imaginar en tu mente está ya determinado en su lugar. Al igual que también lo estás tú, aquí y ahora.

Se acercó más de nuevo, era irresistible aquella tentación.

—Todo sigue un plan concreto de forma que nada sale de lo trazado. —Y con un dedo señaló hacia el cielo—. El cosmos es una máquina perfecta y tú formas parte de ella.

—Entonces, ¿puedo saber lo que va a suceder conociendo el movimiento de los astros? —preguntó sin saber si hacía bien mostrándose tan entregado.

—Todo lo que somos está marcado en nuestro nacimiento. No es más que una sucesión de causas y efectos. Simplemente.

—¿Y nada puede ser cambiado?

—Sí, claro. Si conoces mejor las oportunidades que tienes en lo que está trazado para ti, si decides conocerte a ti mismo.

Alicio se sintió decepcionado. «Vaya complicación. No tengo costumbre de ponerme a meditar sobre mí mismo y mucho menos empezar a sacar conclusiones de lo que sé o no sé, de lo que debo o no debo cambiar.» Aquella respuesta no le satisfacía en absoluto.

Miró hacia los huertos con un silencio incómodo. No tenía nada clara la intención del monje misterioso que estaba sentado a su lado, pero tampoco quería desaprovechar la oportunidad de poder charlar con alguien que entendía su idioma.

—¿Tú quieres ayudarme? —le preguntó tras una pausa. Debía averiguar más sobre su verdadero propósito.

—Si quieres mi ayuda, sí —confirmó el monje.

Por un momento estuvo tentado de confiarle su estado de ánimo a ese desconocido tan amigable. Extrañamente se acordó de que los verdaderos héroes, aquellos que triunfaban en sus misiones, no mostraban nunca su debilidad ante los demás, aunque se sintieran tan abatidos como él. Se mordió las ganas. «De todos modos, me iría muy bien tener un amigo que me ayudara, lo necesito tanto como una flor necesita la luz.» Se sonrió con ese pensamiento. A veces le sorprendía el poeta que llevaba dentro.

Decidió relajarse un poco y sentirse más cómodo con el monje que estudiaba el universo.

—Lo que me sucede es que estoy cerca de lo que quiero y a la vez muy lejos de poder conseguirlo —dijo formulando su problema pero con mucha prudencia. Como un buen jugador colocando las piezas en un tablero.

El monje se quedó callado, parecía que analizara el movimiento. Luego, como si avanzara un caballo sobre una casilla de ajedrez, le respondió.

—Ya sabes que no disfrutarás de alcanzar un deseo si no te ha exigido un esfuerzo llegar a él.

—Esfuerzos he hecho. Persiguiendo mi deseo he abandonado mi tranquila casa en un valle soleado. He viajado a ciudades ruidosas, he estado con gente indeseable y hasta he recibido pedradas como si fuera un indigente. He perdido todas mis pertenencias y he renunciado al verdadero paraíso con la mujer más bella del mundo. ¿Qué más esfuerzo se me podría pedir para alcanzar lo que deseo? —le argumentó con frustración. Y en voz más baja prosiguió con su media verdad—: Queriendo lo que quiero he decidido llegar aquí, al último lugar adonde un hombre joven se le ocurriría ir. Y aun después de verme rechazado por hombres vestidos con sacos que ni me hablan ni me miran, sigo en mi deseo.

Temió haber hablado demasiado. Siempre le ocurría, ni ejemplos de héroes ocultando su debilidad ni nada. Era un perdedor.

El monje levantó las manos hasta su capucha y la hizo caer hacia atrás, sobre su espalda, mostrando por completo su rostro y su cabeza.

—Mi nombre es Fedor —se presentó mostrando una mirada franca—. Esta ropa no es un saco sino un hábito.

Sus cabellos oscuros y enmarañados coronaban una frente ancha y unas facciones rectas que contrastaban con sus ojos pequeños y brillantes, negros como la noche. Su mirada tenía un aire ágil como la de un animal rápido. Cerca de los delgados labios se delataba una edad madura.

Los monjes cercanos interrumpieron sus conversaciones y les miraron.

—Cuánto esfuerzo más necesitarás, solo tú podrás saberlo. Pero si quieres un amigo para ayudarte en algún momento, ya lo tienes. Vamos a dar un paseo y te cuento cosas de este magnífico huerto.

Y lo propuso como si su voz fuera un soplo de aire en medio de aquel sopor. El reflejo del sol sobre el agua de los canales dio un pequeño brinco ante ellos.

Con paso tranquilo recorrieron las plantaciones mientras Fedor iba explicando qué cultivos eran o cómo se llamaban algunas de las flores de tan vivos tonos. De qué modo algunos comerciantes les hacían llegar las semillas, las herramientas y

materiales que necesitaban. Alicio le escuchaba encantado. El monasterio tenía por regla pagar siempre con especias, hierbas medicinales y trabajos de artesanía, nunca con dinero. Y le advirtió sobre otra prohibición sagrada: bajo ningún pretexto podía salir de El Fin del Mundo un solo texto, libro o estudio que perteneciera a la biblioteca del monasterio. Y ambas reglas se habían cumplido por los siglos.

—¿Y por qué esas prohibiciones? —preguntó con una sensación desagradable en el estómago. Temía que su recién estrenado amigo hubiera adivinado sus intenciones.

—Porque tanto el dinero como el saber en manos de algunos hombres traen desgracias. Aquí cuidamos de que eso no ocurra, asegurándonos que no entre el primero y que el segundo no salga.

—Pero la desgracia la trae la ignorancia —rebatía con la total seguridad de quien lo había escuchado decir cientos de veces en las reuniones intelectuales de su tía Chuchi.

—El conocimiento no siempre se usa para el bien. El peligro llega cuando se utiliza para conseguir poder sobre los demás. A lo largo de la historia se repiten una y otra vez los mismos errores sin aprender de los que ya se cometieron antes. Por eso aquí nuestros libros están protegidos.

—Pero ocultando el saber no dejará de existir el mal —sentenció el joven dejando claro que eso no le convencía.

Fedor no contestó. Pero le gustaba reencontrarse con la terquedad de la juventud empeñada en defender utopías.

Luego los dos subieron a lo alto de la muralla por una estrecha escalera y se quedaron allí, mirando en silencio al horizonte.

Despierto, en medio de esas largas noches, pensaba en el velero y sentía ganas de bajar hasta la playa para volver a verlo. Una vez que lo había intentado, la absoluta oscuridad de la isla le había paralizado las piernas bajo la imponente arcada de la entrada. Esa noche se prometió cruzarla.

Cuando estuvo seguro de que los monjes estaban en sus celdas, bajó las escaleras hacia los huertos. Sin mirar atrás empezó a acelerar el paso. Con los ojos bien abiertos y el corazón en un puño cruzó los mansos cultivos y llegó hasta el portón, que se mantenía siempre abierto.

Procurando no hacer ruido se detuvo a escuchar en busca de algún sonido que le alertara de peligros. Solo oyó chirridos de grillos nocturnos, su pulso acelerado y el corazón, que no dejaba de golpear su pecho bajo el hábito.

Antes de cruzar la bellísima arcada sintió aquel vértigo inaguantable que le producía la oscuridad del otro lado. Como si se asomara a un infierno nocturno del que nada sabía. Levantó el rostro hacia el firmamento. La luna sería su aliada secreta para conseguir aquella proeza. La miró y dio el paso.

El sendero se iba mostrando poco a poco con más nitidez gracias a esa luz azulada de la noche que reflejaban las piedras.

Casi no se atrevía a llenar los pulmones de aire, estaba aún muy lejos de la playa pero ya demasiado avanzado para volver atrás. Dudó. Se giró hacia el monasterio con temor y lo vio allá arriba: negro y grande como la silueta de un gigante en mitad de la noche.

De repente se imaginó fugándose de algún penal y echó a correr, sin pensarlo, hacia abajo. Resbaló un par de veces enredándose con el largo faldón, pero no se detuvo porque el centelleo de la luna sobre el agua del mar le daba la clara sensación de estar a punto de tocar la libertad con sus dedos. El corazón le bombeaba litros de valentía.

Corrió y corrió nervioso escapándosele incluso alguna risa; quería gritar pero se contuvo en un alarde de autocontrol que aún le hizo sentirse mejor.

A unos metros de distancia, en el solitario faro, alguien sí le oyó reír. Se incorporó y miró hacia el exterior, localizando al instante al causante de tanto ruido. Ya no le perdió de vista.

Alicio saltó sobreexcitado a la arena astillada y oscura de la playa. Allí delante, quieto y bello, dormía el velero sobre el mar tal y como lo había imaginado.

«Y dentro está Ella. Esperando, sí.»

Se quedó inmóvil, respirando acaloradamente entre escalofríos de emoción. Como el protagonista de alguna película romántica, estaba ebrio de sentimientos. El silencio volvió a cubrir la noche y escuchó el arrullo de las olas arrancando, en su acompasado vaivén, caricias de la orilla. Se sintió profundamente conmovido.

Escondido en la oscuridad alguien le observaba con absoluta atención. Esta vez no. No lo permitiría.

Alicio se sentó sobre la arena húmeda para seguir disfrutando del mágico momento, recogiendo sus piernas con los brazos.

«Debo pensar en lo que quiero hacer de verdad, tal y como me pidió el viejo prior a mi llegada.» Tenía a su alcance subir al velero y volver a casa.

—Podría acabar con toda esta locura, sin pies ni cabeza, y regresar a mis cosas de nuevo. A lo conocido. Pasear por el valle sin preocupaciones y recuperar mi salud

antes de que sea demasiado tarde. —Se imaginó sentado otra vez junto a su ventana mirando los caminos a través de los cristales para seguir jugando a inventar aventuras que tan buenos ratos le hacían pasar—. Podré leer tanto como quiera y sin normas descerebradas que me prohíban o me obliguen a nada. Volveré a peinarme correctamente y a vestirme con elegancia y sobre todo podré olvidarme para siempre de manuscritos y pirámides y monasterios. Podré borrar de mi memoria a todos los chiflados que he ido conociendo. Para lunática ya tengo a mi tía, que seguro ya estará en casa y bien feliz de que yo vuelva. Me ahorraré un montón de situaciones desconocidas e incómodas que aquí me tocará soportar. Si subo al velero y me marcho, no tendré que exigirme tanto esfuerzo que al final acabará siendo inútil. Porque esos papeles, tan bien guardados e inalcanzables, no podré llevármelos. Si subo al velero se acabarán ahora mismo los miedos. Dormiré esta noche junto a Ella, en una confortable cama y, sobre todo, volveré a comer.

Solo tenía que saltar al agua y nadar. Pero había una minúscula vocecita en su cabeza. Se movió incómodo. La vocecita no quería callar.

«Si fueras sincero, todo lo que ahora recuerdas de tu vida anterior no te parece tan interesante.»

Volvió a removerse inquieto.

«Si regresas a casa sin nada, ya no conseguirás sentirte bien como lo hacías antes. No te valdrán los personajes ficticios sabiendo que una vez estuviste en una aventura real y la abandonaste cobardemente.»

Se agitó fastidiado. «¿Echarás por la borda todo lo hecho? Has conseguido llegar hasta aquí por tus propios medios, no lo olvides. Esto era inconcebible solo un tiempo atrás cuando soñabas despierto en el porche de tu casa. ¿No quieres saber si serás capaz de llegar hasta el final de tu aventura?»

La vocecita se calló. Jugueteaba nervioso con la arena entre los dedos mientras el velero se mecía ignorándole. No sabía qué hacer, o tal vez sí.

La sombra estaba preparada, calculaba el salto si avanzaba un solo paso hacia el mar.

Alicio se levantó y lanzó con la mano un beso, lo imaginó flotando sobre el agua y en una espiral de aire subir y subir hasta caer sobre la pulida madera de la eslora. Lo imaginó colándose por una pequeña rendija y posándose, justo, sobre aquel precioso cabello rojizo y, gracias a un estremecimiento de Ella, resbalar hasta su sien y quedarse allí toda la noche. Se prometió bajar más veces para besarla del mismo modo. Entraría en la biblioteca y conseguiría su objetivo.

Los ojos ocultos se centraron en un estado de alerta máxima. Esperando el momento exacto.

Se recogió el hábito y emprendió la vuelta al monasterio. Subió ágil y silbando muy bajito, como solía hacerlo en el valle. Ya no quería mirar más hacia el velero. Ella le seguía esperando. Ahora se sentía grande y extrañamente fuerte. Sí, viviría esa aventura hasta el éxito final.

La imperceptible sombra también empezó a subir tras él, acercándose temerariamente, quería olerle. No había olvidado ni siquiera eso. Una raíz seca crujió bajo sus cautelosos pies obligándole a quedarse inmóvil, como una roca más de aquella isla.

El sonido de aquel crujido sonó tan nítido y tan cerca que Alicio sintió un pinchazo en el mismo centro de su vientre. Se giró instintivamente y ya no pudo evitar que la mano del Miedo le agarrara por la garganta y le apretara con fuerza quitándole el aire. Se le dilataron las pupilas queriendo identificar el peligro invisible. Silencio.

—Son los pequeños animales nocturnos —se dijo, pero eso lejos de tranquilizarle le obligó a subir mucho más deprisa.

Ya no dejó de oír crujidos por todas partes y hasta le pareció que algo o alguien corría tras él.

Ahora la fortaleza de El Fin del Mundo se le aparecía como el único sitio seguro, y cuando al fin cruzó la arcada, miró hacia fuera como quien se salva por los pelos de una terrorífica bestia.

Cruzó los huertos y los canales con prisa procurando no provocar ni el más mínimo ruido. Subió rápido por una de las escaleras y recorrió los pasadizos con el corazón ya en la boca. Abrió la puerta de su celda y se introdujo en la oscuridad. Solo cuando estuvo bajo la manta, cobijado por la luz que la luna derramaba sobre su cama, solo entonces, supo que estaba a salvo.

Cada vez que sonaba la campana de bronce, Alicio recordaba su odioso despertador. ¿Por qué hasta en los confines del mundo tiene que existir este castigo?

El amanecer los observaba desde lo alto de la ventana como si fuera un turista en un lugar que le es ajeno. Pero aquel día eso iba a cambiar. Estaba decidido, daría los pasos necesarios para acceder a la biblioteca. Ese era el único motivo por el que estaba allí y ya era tiempo de empezar. Él también tenía una labor.

Iba a hablar con el prior. Animado por este impulso no desaprovechó ocasión cuando, a la hora de la escueta comida, por fin le vio, solo por entre los canales. Se

acercó a él y le comunicó su decisión ya innegociable.

El anciano sonrió satisfecho y se sentó, invitándole a hacerlo a su lado.

—Entonces entrarás en la biblioteca y accederás a los libros, a cambio de tu labor como ayudante del maestro bibliotecario —le dijo con aquella voz frágil que, contradictoriamente, le confería tanta potestad—. Esto sucederá tan pronto como dejes partir de Τείχος a quien te espera en la bahía.

Quiso protestar pero el prior no le dio opción.

—Así, guiado por un maestro, podrás aprender de los libros al tiempo que conocerás el oficio. Nuestro Creador te ha mandado para ayudarnos —concluyó el cenobita mientras señalaba la torre con mucho respeto.

Alicio sintió todas sus Dudas tirando de él para marcharse de allí cuanto antes. Levantó la vista hacia la torre y notó el poder de su atracción.

«¿Tengo que quedarme también sin Ella?» Se quedó noqueado en el silencio que se hizo tras aquellas palabras.

El prior se incorporó dispuesto a reanudar su paseo por el huerto, apoyándose en una vara que nunca antes había visto. Antes de alejarse añadió, señalando a los monjes que trabajaban en los huertos:

—Ellos pueden volver al mundo cuando quieran pero nosotros, los que accedemos a los libros, no. Por eso tu decisión adquiere un carácter de compromiso irrevocable.

—Entonces, ¿ya me habéis aceptado? —preguntó con un desconcierto casi infantil.

—Quedaré aceptado por los dos tan pronto como hagas lo que debes hacer —respondió. Y apoyando su liviano peso en la estaca fue alejándose con pasos cortos.

Él se quedó allí sentado, quieto, no acababa de entender qué le estaba sucediendo. Miraba a su alrededor y le parecía que todo lo veía, de golpe, bajo otra percepción. Como si por primera vez viera en su absoluta y verdadera dimensión ese lugar. Como si estuviera entrando en un mundo y en un tiempo desconocidos.

El resto del día prefirió continuar solo. Buscó un rincón en lo alto de la muralla y miró el mar, el horizonte y las gaviotas que flotaban suspendidas en las corrientes de aire. No quería renunciar a la firme decisión que había tomado por mucho miedo que tuviera. «Esta figura tiene que valer mucho la pena —pensaba una y otra vez—. Pero hay que reconocer que todo me será mucho más complicado sin la ayuda de Ella. ¿Cómo voy a pedirle que se marche? Está claro que tendré que hacerlo solo. Esta es mi aventura.» Estaba asustado pero tomó aire. Observó las nubes que se formaban en el horizonte y cómo se llenaban con los colores del crepúsculo. Escuchó soplar al viento de la isla.

—¿Qué te había dicho tu amigo monje sobre el esfuerzo? —le preguntó su sarcástico ego al oído.

La cabeza le daba vueltas, sentía náuseas. Le aterraba la idea de quedarse allí sin saber ni cuándo ni cómo volvería al mundo.

Capítulo 16

Después de la salida del sol, cuando los monjes acabaron sus rezos de la hora prima, fue en busca del prior.

Le encontró entre las hortalizas comprobando con otro monje el resultado de los últimos abonos que habían utilizado. Se mantuvo a una distancia prudente hasta que el anciano se dirigió hacia él alargándole la mano.

—Ven aquí, hijo, mira qué hermosas hojas. ¡Qué inmensa es la generosidad de la tierra! —le dijo con una alegría viva en la voz.

Alicio asintió, no muy entusiasmado por la horticultura. El prior se agarró a su brazo y echó a andar.

—Estos frutos son la prueba de que siempre vale la pena el esfuerzo.

Ya no se extrañaba demasiado de que aquel anciano intuyera sus cavilaciones.

—Padre, bajaré hoy a la playa para pedirle que se marche —le anunció sin preámbulos—. Quiero trabajar cuanto antes en la biblioteca.

El prior clavó su bastón en la esponjosa tierra y avanzó con paso corto.

—Tu decisión ya no podrá ser rectificada —le recordó para comprobar si se quebraba mínimamente su firmeza.

—¿Cuándo empezaré? —No quería ni oír hablar de ese futuro problema.

Apenas podía ver el rostro de aquel muchacho que el azar le traía. Se detuvo y se agachó torpemente hacia las hortalizas para comprobar su estado.

—Cuando haya zarpado quien te espera, entonces yo mismo te llevaré a la biblioteca.

«¡Ya está!» No sabía hacia qué resultado estaba dando el paso, pero lo había hecho. Esas cosquillas detrás del estómago le recordaban que no todo estaba tan claro dentro de él pero ya no iba a echarse atrás. Se sentía intranquilo y muy nervioso.

Acompañó al anciano hasta la capilla y allí le dejó entregado a sus oraciones privadas.

Bajo el arco de la entrada que llevaba a las cocinas vio a Fedor que, retirándose la capucha, le saludó con una mirada abierta.

Sobre ellos, el cielo empezaba a cubrirse de compactas nubes grises. Con un valor que ignoraba si realmente tenía cruzó el portalón.

—Lo haré. Cuanto antes, mejor —anunció con cierta inseguridad en la voz.

Su amigo, desde la distancia, sonrió. Una fuerte ventisca creció y levantó la tierra a

su alrededor.

Alicio buscó en su imaginario un héroe de la Antigüedad que le sirviera de ejemplo en medio de tanta incertidumbre. Pero lo único que pudo ver claro fue un cielo que se oscurecía cada vez más.

Fedor esperó un poco y luego salió tras sus pasos, sujetándose con ambas manos la capucha para protegerse de ese viento de la isla que a veces soplaba con tanta furia que podía traer desgracias. No tenía dudas sobre el coraje del chico pero tendría que ir a visitar al solitario farero.

A medida que Alicio descendía por aquel estrecho sendero las Dudas fueron tomando cuerpo. Una a una se interponían en su camino, intentando detenerle, transformándose en Pensamientos amenazantes. No los quiso escuchar. Le fue mucho más difícil ignorar a las Náuseas en la boca de su estómago porque sabía que ellas anunciaban siempre a quien más temía: su Miedo.

Tenía la opción de usar su táctica infalible: desmayarse, aunque fuera por última vez, y evitar encontrarse con él. Pero decidió no dejarse dominar por ese deseo, hincó sus piernas contra el viento y se apoyó en una roca. Miró hacia atrás y le pareció ver a su amigo, unos metros alejado.

Continuó adelante.

No estaba resultando fácil descender por aquel tortuoso camino a la vez que taparse el rostro para evitar las minúsculas astillas que llevaba el viento. Titubeó buscando alguna Fuerza con la que ayudar a su Voluntad, pero en su lugar surgieron tan rápidas como siempre sus mil Excusas, las que nunca le fallaban cuando las necesitaba.

—Bueno, ¿vas a desmayarte o no? —le interpeló el Miedo, sentado sobre una roca de aquel sendero, mientras sonreía burlonamente.

Sintió el impulso de correr. Acorralado, miró hacia atrás y luego hacia adelante: «¿Por dónde escapar?».

—¿Qué decides? —le alzó la voz aquel cruel dominador, como si esgrimiera ahora una espada temible.

Inclinado contra el viento que le lastimaba el rostro sin compasión, se lo protegió con las manos, boqueando como un pez fuera del agua.

—¡No seas ingenuo! —le aconsejaba ahora, bien cerca de su oído, la Cobardía—. Tú no puedes ser un héroe, déjalo ya. Es muchísimo más seguro no ser valiente.

—¡Me ahogo! —exclamó con la respiración entrecortada.

—¡Haz lo que quieras pero hazlo pronto! —exigía la impaciente Ansiedad, agitándole con el apretón de su mano.

Alicio dobló las rodillas, cerró los ojos y se dejó caer sobre la tierra. Todo su cuerpo se contrajo en un fuerte dolor, que le nacía en el centro mismo de su estómago. Y, plegado sobre sí mismo, empezó a expulsar en un incipiente vómito los indestructibles hilillos con los que suele apretar la Asfixia. Cogidas a ellos salieron varias Pesadillas de distintos tamaños, las mismas que acostumbraban a acompañarle, bien agarradas a sus entrañas, allí a donde iba.

Una fuerte arcada creció desde el vientre y le hizo abrir la boca de nuevo, con una punzada intensa. En ese espasmo salió la gran Dificultad, con mucho esfuerzo sacó su enorme cuerpo dejándole una sensación de vacío. Apenas pudo tomar aire antes de doblarse en varios estremecimientos más. Con cada uno de ellos fue saliendo una Frustración, de las muchas que vivían enroscadas a su corazón. Sin casi aliento y sin ningún dominio sobre la situación, sus Temores se precipitaron hacia el exterior, unos sobre los otros. Todos revueltos entre sí. Abrió los ojos en busca de un poco de descanso y entre la neblina de sus doloridos párpados aún llegó a verlos rodar camino abajo, bien saciados tras consumirle por dentro.

En medio de aquel trance irguió la cabeza y miró a su alrededor: el viento arrastraba una Angustia que en ese momento se desprendía de su cuerpo. Aún sintió resbalar de sus labios, despacio, a la Debilidad. Instintivamente escupió una y otra vez las Inseguridades que aún quedaban dentro de su boca y, al fin, agotado como un animal herido, se derrumbó exhausto.

Cuando abrió los cansados ojos, se oyó a sí mismo en un siseo que se le escapaba de entre los dientes:

—Lo haré, lo haré.

Era él quien hablaba mientras sus Ganas, todas a una, le ayudaban a incorporarse del suelo.

Ya de pie miró con recelo hacia la roca desde la que le había hablado su Miedo y no le vio. Se limpió la boca con la tela del hábito y continuó el descenso. Deseaba no volver a encontrárselo.

El astrónomo observó cómo el chico reemprendía la marcha, luego miró la negrura del cielo y pensó que aún le quedaba la tormenta. Ya no le siguió, ahora tendría que ayudarle de otro modo. A paso rápido se encaminó al viejo faro mientras le veía desaparecer por el pedregoso sendero, hacia la playa.

Allí, zarandeado por el cada vez más embravecido mar, bailaba el velero que todavía le unía al mundo. Se agitaba como una débil cascarilla a merced de las olas, se levantaba y se hundía, desaparecía y volvía a aparecer en una ilusión óptica

estremecedora.

Alicio saltó a la playa.

—¡Daria! —gritó juntando sus manos alrededor de la boca, pero el viento se llevó el nombre tan aprisa como si no hubiera sido pronunciado.

Con un coraje que jamás como entonces había sentido, arrimó a la orilla la pequeña embarcación que Ella había dejado varada en la arena y subió para remar, con todo su ímpetu, hacia el velero.

Fedor llegó al faro antes de que Alicio llegara a la playa y, al comprobar que el fuerte viento y la negra tormenta habían sido por esta vez sus aliados, cerró la puerta tras él, agradecido.

Cuando un poco más tarde miró hacia la pequeña bahía, pudo distinguir entre las agitadas aguas aquella barquita que le pareció demasiado frágil sobre el abismo del mar. El monje juntó las manos sobre su boca en un ruego.

—Confíemos —susurró.

Tan oscuro como el cielo, el mar parecía querer sacudirse de su espalda a los dos extraños que se aferraban a ella. Inexorable, se alzaba contra ellos y los lamía para soltarlos inmediatamente, retrasando, tal vez, el momento de engullirlos.

Remaba sintiendo cómo crecía la fatiga pero sin darse por vencido aunque casi no avanzara. Por primera vez en su vida no contemplaba otra opción que la de ganar.

No podía dejar de pensar en Ella, en verla. Fijaba su mirada en aquella débil luz del velero y no le preocupaba el dolor de sus extremidades, le preocupaba no volver a besarla.

El gélido viento traía olor a lluvia y una emborronada cortina empezaba a desdibujar el horizonte. Debía darse prisa.

Como si fueran dos titanes cómplices en un despiadado juego en común, el cielo se aliaba ahora con el mar. Y en medio de aquella conspiración, del hinchado vientre de las nubes una fisura se abrió y un ensordecedor trueno anunció el inicio de la tempestad.

Las primeras gotas furiosas salpicaron el rostro de Alicio. Un frío intenso empezó a calarle hasta los huesos.

«No cederé, esta vez no voy a perder.»

Estaba ya a pocos metros del velero cuando un golpe de agua le cubrió por entero, le quitó los remos y le tiró de la barquilla en medio de un torbellino de miles de burbujas que huían de su cuerpo hacia arriba. Metido en la vorágine, abrió los ojos y miró hacia abajo; el mar abría su boca sin ninguna piedad, tan negra y tan profunda.

Con los brazos y las piernas trató de escapar de la terrible dentellada. El agua oscura pesaba sobre él igual que una tenebrosa lápida. «Este no puede ser el fin», pensó en medio de su pánico.

Un resorte en su cuerpo desesperado le empujó hacia arriba, pareció que el mismo mar se abría dejándole salir del profundo abismo. Y la Esperanza volvió.

—¡Ahora! —le ordenó su Vida—. ¡Cógete ahora que el mar duda o será demasiado tarde!

Allí mismo se inclinaba el velero, ya a un costado ya al otro. Braceó hacia él a pesar de que su cuerpo era un enorme lastre que no podía abandonar, superó el par de metros y alargó la mano. Cogió la fuerte soga que retenía sujeta al ancla aquella preciosa y, ahora tan frágil, embarcación.

Extenuado y tan débil como la misma luz del día.

«Un esfuerzo más —le exigía su Vida—. Antes de que se anquilosen tus músculos, no te quedes agarrado a la cuerda».

Cruzó sus piernas sobre ella y con los brazos tiró de su cuerpo para arrancarlo del agua, trepando igual que una rata movida por el instinto de supervivencia. Aún el mar alargó sus fuertes dedos pretendiendo recuperar su juguete, se sacudió furioso contra el vientre del velero, violento como un niño con ira. Cada tirón parecía desgarrarle los brazos. Se balanceó la soga, haciendo aún más difícil la escalada.

La cubierta del velero quedaba ya a pocos centímetros. Un golpe de viento ladeó la embarcación. Pero aún se agarró más fuerte y el propio velero le arrancó de las fauces marinas abiertas cuando estaban ya preparadas para tragarlo. Alargó un brazo hasta la pequeña baranda y alzó a pulso el resto del cuerpo. Se dejó caer sobre la cubierta, totalmente agotado. Abajo el mar rugía derrotado.

Tenía las palmas de las manos abrasadas, en carne viva. Sus dedos no respondían. Era tan intenso el frío dentro de su pecho que pensó que el mismo viento había penetrado en él y ahora soplaba ciego sin encontrar la salida.

Gateó hacia el camarote del que se escapaba una salvadora y cálida luz. El más pequeño movimiento requería de una gran voluntad. Podía sentir el asustado palpitar de la madera con la misma nitidez que el de su corazón.

Cuando llegó ante la pequeña puerta, la golpeó una y otra vez durante unos momentos en los que pensó cosas terribles y gritó con el resto de su escasa fuerza:

—¡Soy Alicia!

—¡Alicio! —oyó su voz asustada mientras le abría tan aprisa como le era posible.

Una luz saltó rápida hacia su cuerpo maltrecho ante la mirada sobrecogida de ella.

Tiró de él arrastrándole hacia dentro.

«¡Lo he conseguido! He llegado. ¡Estoy con ella!» Y el solo hecho de sentir sus manos sobre la cara hacía que hubiera valido la pena.

—Quítate estas ropas mojadas, rápido. Al alba, cuando calme el mar, partiremos — le dijo abrazándole emocionada y con los ojos llenos de lágrimas.

No deseaba decir nada ahora, solo quería estar a su lado una noche entera.

A solas, en el pequeño baño del camarote, se limpió con cuidado las heridas de las manos y de los brazos y se miró en el espejo. Había adelgazado más aún de lo que había supuesto. Se buscó en la imagen que devolvía aquella superficie de cristal pero solo encontró vagos reflejos de lo que recordaba de sí mismo. Se palpó la barriga incrédulo, como quien se descubre en un cuerpo ajeno. Su pelo era caótico, parecía un completo desconocido.

Se lavó con agua caliente. Cuando terminó le pareció que fuera, como su propio ánimo, el mundo empezaba a tranquilizarse.

—Tendrás hambre. —Ella le dedicó un gesto de admiración apoyada en la pequeña puerta.

Envuelto en la toalla, recuperó una agradable sensación ya casi olvidada.

—Esto lo tenía reservado para cuando volvieras. —Señaló la excelente mesa que les aguardaba con algunas viandas.

«¡Comer y beber!» Solo deseaba disfrutar al máximo de lo que, sin duda, sería su último recuerdo con ella durante mucho tiempo por venir.

Y por eso, cuando el vino les invitó a entrar en ese estado tan dulce, le hizo el amor con verdadera pasión. El viento y el mar, calmados, también descansaron.

Acarició las sábanas suaves y alargó sus dedos hasta tocar su cabello, desenredándolo con ternura. Ella, con los ojos cerrados, le buscó de nuevo.

«Nada puede igualar este instante.» Y la tomó en sus brazos.

Fedor observaba el velero. Había pasado la noche entera en el faro aguardando la decisión final de Alicio. El viento y la lluvia le habían ayudado, con su absoluto desamparo, a mantener dentro de esas paredes al nervioso guardián y evitar así que pudiera ver al muchacho remando hacia el velero. Aquellos parajes yermos y oscuros, bajo el frío aliento que mandaba el cielo, a veces le parecían una visión irreal. Pero ahora ya el sol pronto aparecería, separando de nuevo el cielo del mar. Le gustaba presenciar ese milagro de cada día.

Se había despertado muy temprano, abrazado a ella. Escuchar su respiración acompasada y suave le templaba el peso de su corazón, al que sus pensamientos habían acorralado de nuevo.

«Con todo lo que he conseguido y estoy tan triste. ¿Es así cómo se sienten realmente los héroes? ¿Les sucederá a ellos también que tengan que renunciar a lo que más desean? Ahora que por fin soy capaz de cualquier cosa, tengo que hacerla marchar sin saber si algún día volveré a saber de ella.» La besó poniendo en ese beso toda su alma. Ella retiró los mechones de su trenza hacia un costado.

—¿Preparamos un desayuno antes de zarpar? El mar vuelve a estar en calma, debemos aprovechar el buen tiempo.

Alicio no dijo nada, solo cerró los ojos.

—¿Qué te pasa? No has abierto la boca desde que llegaste. ¿Qué ha sucedido? ¿Lo has conseguido? ¡Cuéntame!

Se sentó a su lado al borde de la cama y le peinó hacia atrás el pelo.

—Habré cogido la rara costumbre de esos hombres locos de allá arriba. Casi no hablan —bromeó él empezando a hacerle cosquillas—. ¡Tengo mucha hambre! ¡Vamos a preparar ese monumental desayuno! —Y tiró de su brazo con alegría.

—¿Sin vestirnos?

—¡Vale! ¡Sin vestirnos! ¡Aprovecharé para mirarte sin parar!

Entre risas y caricias tomaron el desayuno en la cubierta. Se sentía extraño, fuerte y grande. Y sin retrasarlo más lo dijo:

—Tendrás que irte de aquí sin mí.

Ella le miró asombrada.

—No he terminado lo que vine a hacer. Mejor dicho, aún no he podido ni empezar —le explicó sentándose más cerca y cogiéndole las manos—. No me dejan entrar en la biblioteca mientras haya alguien esperándome. Perdóname por hacerte volver sola. Pero tengo que pedirte que lo hagas. Conseguiré lo que busco si el velero no sigue aquí.

—¿Por qué? —preguntó con extrañeza.

—Allí arriba —dijo señalando al invisible monasterio— no solo protegen los libros que poseen dentro de unas enormes y altas paredes, sino que también lo hacen asegurándose de que quien tenga acceso a ellos se comprometa a no marcharse nunca. ¿Entiendes? Si quiero entrar en la torre, debo hacerles creer que renuncio a volver a casa.

Ella alzó los ojos en dirección a El Fin del Mundo.

—Pero cuando haya conseguido encontrarlo, volveré contigo. Te prometo que volveré —le dijo con extraordinaria convicción.

Y así, después de besarse muchas veces, Alicio volvió a nado hasta la orilla de Τείχος y ya en la playa se quedó inmóvil, viendo desplegar las velas de color tierra al suave viento. Y esperó para acompañarlas con la mirada mientras se alejaban mar adentro, seguidas por un bullicioso vuelo de gaviotas.

Capítulo 17

Daniel tomó el fardo con cuidado, no pesaba. Palpó debajo de aquella impermeable protección que lo envolvía como una piel y adivinó la forma de un estuche cilíndrico. Con las yemas de los dedos tanteó otra pequeña forma que bien podría tratarse de un libro o tal vez un cuaderno de notas y calibró el peso de la responsabilidad de aquel liviano bulto que ahora estaba a su cuidado.

Rememorar el recorrido que hizo aquel lejano día, desde el calefactorio hasta la entrada a su sala privada de la biblioteca, le trajo un sabor agrisado a la boca.

Aquellos monjes que estudiaban y trabajaban en el *scriptorium* de la biblioteca le vieron pasar con el pequeño cuerpo reposando sobre sus brazos como si llevara un niño dormido. Esa fue la imagen que quedó en sus retinas del día en que llegó el manuscrito sobre el Danzarín de los dioses.

Todos conocían que de vez en cuando alguien depositaba allí alguna nueva pieza para ser consultada y conservada. Aquella biblioteca era un buen refugio para el saber y, a lo largo de los años, iban llegando más ejemplares que hacían aumentar el valioso patrimonio del cenobio. Daniel traía ahora uno más, no habría curiosidad ni preguntas, como de costumbre. La biblioteca crecía y eso era lo único importante.

Cuando cerró la doble hoja de la puerta que separaba el espacio de trabajo de los monjes de su sala privada y depositó con suma delicadeza el fardo sobre su mesa, se sentó y se tomó un tiempo para recapacitar.

Sentía una intensa emoción y a la vez un profundo respeto por la historia que acababan de confiarles y, aún más, por el encargo que habían aceptado. Pero no podía dejar de pensar que estaba ante un manuscrito formidable, digno de ser estudiado. El destino le traía una prueba más de lo que, con sus investigaciones, estaba develando. Lo que tantas veces deseara había sucedido aquel día. Le había llegado otro testimonio, otro suceso demostrable. Él quería hechos irrefutables y aquella terrible maldición que acababan de traerle era una cata más. Sin embargo, no podía leerla.

Las conclusiones de sus estudios le estaban llevando a la Verdad: era la palabra el más grande poder que nos había sido dado. Cerró los ojos y dio gracias por aquel espléndido día.

Luego recogió el paquete con mucha serenidad en su espíritu y subió las escaleras hasta el séptimo nivel, allí donde se guardaban los volúmenes que debían permanecer aún más protegidos. Aquel sería su lugar, allí se cumpliría lo acordado, porque al

séptimo nivel no accedía nadie más que el maestro bibliotecario, el único responsable de lo que se depositaba en aquellos estantes desde los más antiguos tiempos del monasterio.

Recordó la ligereza de sus pasos aquel día al subir los escalones.

El séptimo nivel era, a plena luz del día, una pequeña sala en semioscuridad, en la parte más alta de la torre de la biblioteca. Un par de pequeñas ventanas muy estrechas apenas permitían la entrada de una claridad que se difuminaba sobre el orden que reinaba escrupulosamente en aquel lugar sagrado.

Muchas veces Daniel había imaginado a los soldados apostados en aquellas minúsculas aspilleras, cuando ese edificio era un bastión militar. Ahora en cambio, el centinela vigilaba el interior de aquella misma torre, ahora no había armas de fuego para ser disparadas contra el enemigo sino una hermética quietud protegiendo textos que contenían un poder mucho más devastador si caían en manos equivocadas. Aquellas dos ventanas, como dos ojos, seguían observando, hacia el mar y hacia el interior, lo de dentro y lo de fuera, reflexionaba Daniel.

Depositó con cuidado el fardo sobre la única mesa, retiró unas plumas de escritura, un tintero y el candil. Comprobó la tensión de los nudos del embalaje y se alegró de la buena decisión de Monsieur Clardin. Hoy llegaban a El Fin del Mundo aquellos manuscritos para descansar y ser olvidados.

Retiró la silla sin hacer ruido y pensó en quienes escribieron aquellas palabras que ahora se mantenían amordazadas bajo las firmes cuerdas.

Los estantes del séptimo nivel no llegaban a alcanzar los dos metros de altura. Se concentraban, formando filas paralelas, en la parte central de aquella sala circular, separados entre sí por unos estrechos pasillos. Casi eran tan viejas aquellas baldas como las gruesas paredes de la torre que las protegían de la humedad y el calor. Allí la temperatura se mantenía casi constante, acogedora para el monje que, cuando recorría los pasillos para mantener limpio el lugar o revisar el buen estado de conservación de los libros y rollos, incluso podía asegurar que la sala respiraba plácidamente en su aislamiento.

Le gustaba dar un tiempo de adaptación cuando llegaba alguno nuevo a la sala. En los quince años que llevaba como bibliotecario habían entrado muy pocos ejemplares para ser custodiados en el séptimo nivel. Este era el tercero que le entregaban, pero siempre había respetado minuciosamente el ritual de dejarlos reposar sobre la pulida mesa durante un tiempo, tiempo que consideraba necesario para que el recién llegado y la sala se vincularan uno al otro. Mientras tanto a él le gustaba reflexionar sobre el

recorrido del texto entregado y su contenido, sobre todo para analizar las enseñanzas que le ayudaran a crecer en su labor.

Consideraba aquel lugar como un mitológico jardín de flores extrañas, algunas tan delicadas y sutiles como un imperceptible brillo fugaz y otras tan feroces como el zarpazo de una fiera acorralada. Pero todas incalculablemente valiosas porque eran joyas escondidas.

Miró al recién llegado: sin ninguna duda, pertenecía al grupo de los muy peligrosos.

En esos quince años había repasado los títulos de cada uno de los volúmenes y pliegos allí custodiados, elaborando un sistema para localizar aquellos mudos tesoros. Así había encontrado textos cuya existencia se negaba a la humanidad, pero Daniel sabía que ni estaban perdidos ni destruidos ni eran invenciones de los historiadores antiguos. Algunos dormían allí, bajo su mirada.

Sin embargo, los manuscritos sobre el Danzarín de los dioses no los leería.

Justo antes de la puesta del sol, como cada día, los monjes ordenaron sus materiales e instrumentos y los dejaron sobre sus mesas. Daniel, como cada día, recogió los libros y los fue depositando en sus lugares de descanso. También los cenobitas artesanos y los horticultores, como cada día, limpiaron sus utensilios y los fueron guardando bajo techo. Todos se dispusieron, como cada día, a acudir a la capilla para los rezos de vísperas.

Pero aquel atardecer, cerca del gran portón, un monje vio en la pila de agua bendita un cuerpo casi volcado dentro de ella, bebiendo ávidamente. Al sentirse descubierto, el desconocido se asustó y se escurrió tan rápido como una lagartija hacia el amparo de un escondite.

La noticia llegó al prior y, tras las oraciones, acudieron a localizar al inesperado visitante.

Quieto, bajo las pilas de delgadas cañas encontraron a un sucio y extenuado adolescente, acurrucado como si se tratara de un pequeño animal.

No podían salir de su asombro y unos a otros se preguntaban cómo podía haber llegado allí un niño y en aquel estado de desnutrición. Sin duda, se decían, tenía que haber desembarcado en la playa al mismo tiempo que el visitante francés.

Temieron entonces que hubieran partido sin él y supusieron que volverían a buscarlo tan pronto como se dieran cuenta de su ausencia. Con esta perspectiva, le acogieron y le cuidaron.

Pero los días pasaron y el barco no volvió. Nunca supieron si aquel adolescente había sido abandonado o tal vez él mismo había decidido quedarse en Τείχος.

La desconfianza y la fuerte agresividad que mostró desde el principio les dificultaron hablar con él. Era árabe y entendía muy bien el francés y el inglés.

Al fin pudieron saber su nombre, Totmés, y que tenía no más de dieciséis años.

Capítulo 18

Cuando emprendió la subida hacia el monasterio, Fedor salió a su encuentro.

El sol calentaba ya las negras rocas y el creciente calor reinante hacía lenta la ascensión. De vez en cuando Alicio se giraba hacia el mar y observaba el velero en la distancia como a una fugaz mariposa a la que no quisieras ver alejarse.

Tras cruzar el portón, el astrónomo mojó sus dedos en la pila del agua bendita. Otra vez la imagen de los huertos y el arrullo del agua en los canales invadieron sus corazones con una sosegada paz fuera del alcance del mundo.

A unos metros aguardaba el prior y al oírlos llegar extendió su brazo en busca de su presencia.

—Ven conmigo, hijo —le ordenó con alegría—. Hoy mismo entrarás en la torre de la biblioteca. A partir de hoy la sabiduría reunida aquí se irá abriendo poco a poco ante ti.

Alicio le siguió hasta un corredor oscuro mientras seguía pensando en Ella, y el anciano tocaba y recorría con su mano la pared como si leyera un mapa. «No entra ninguna claridad aquí. ¿Adónde vamos?» Entonces palpó él también las paredes húmedas y notó que un aterciopelado musgo crecía en la oscuridad.

—¡Una de las muchas maravillas que se obran en la vida! —le sorprendió el prior adivinando una vez más su pensamiento—. Me gusta acariciar este musgo ciego y sentir el suave tacto que me concede.

No podía verle pero oía sus pasos delante de él arrastrando los pies.

De pronto el corredor se bifurcaba y se abría a un patio interior circular. La cegadora luz le obligó a cerrar los ojos de inmediato.

—Bien, muchacho —dijo el prior orgulloso—. Este es el árbol de Τείχος. Nuestro Árbol. Un auténtico milagro de vida.

Tal vez al abrir los ojos tendría que haber dicho algo, pero no podía creer lo que estaba viendo: un magnolio de enorme tronco liso ocupaba, casi en su totalidad, el pequeño patio. Era un ejemplar monumental, cuyas gruesas raíces se agarraban, cual cera derretida que se hubiera consolidado, a la gran roca de la que brotaba majestuoso. Parecía una ilustración sacada de un libro antiguo. Un vigoroso ser vivo cuyo cuerpo hubiera crecido de una manera sobrenatural. Cada una de sus ramas podía ser un pequeño árbol y entre todas conformaban un singular bosque recogido en un único tronco central. Miró las hojas que brillaban a la luz y descubrió algunas

flores blancas que emanaban un agradable olor. Creyó que el tiempo se le mostraba en una dimensión distinta, como si esa criatura, sentada sobre su poderoso trono, observara y esperara con paciencia a que terminaran los insignificantes instantes de sus vidas.

Entonces se fijó en el patio y vio que, en un lateral, unas arcadas cargaban el peso de la torre elevándola sobre ellas. Allí, junto al gran árbol de Τείχος, estaba la biblioteca de El Fin del Mundo.

Unas escaleras bajo aquellos arcos llevaban hasta el primer piso de la torre, cuyas grandes ventanas ojivales iban decreciendo en tamaño hacia arriba, en cada uno de los siete niveles que contó.

Alicio se sintió embrujado por el lugar, ni en sus más inconcebibles ensoñaciones podría haber imaginado aquel rincón ni los colores que contenían sus piedras: grises, ocres y rojizos en cientos de matices se intercalaban como en un mosaico cuidadosamente elaborado. Aquel patio era una obra maestra del tiempo.

El éxtasis fue roto por el prior:

—¡Hace más de setenta años que visito este patio y cada vez aún me sobrecoge este ser de tan paciente vida! —Se acercó respetuoso a él y acarició una de sus gruesas raíces que, bajo el contacto de su arrugada mano, pareció estremecerse—. A causa de nuestra corta existencia no disponemos de tiempo para entender. ¡Vivimos tan de prisa los hombres! ¡Cuán equivocados estamos creyéndonos tan sabios! —Se inclinó sobre el magnolio y apoyó la mejilla en su tronco—. Escucha la profunda voz de este árbol y entenderás nuestra efímera vanidad. Toda mi larga vida no es más que un momento para él, que seguirá aquí después de mí, testigo del mundo, guardián de la memoria, más innegable a cada vida nuestra que caiga a sus pies como cae una simple hoja de una de sus muchas ramas.

Alicio contempló entonces a dos seres fundidos en un abrazo y sintió un pequeño vértigo que duró tan solo el corto espacio que dura la conciencia de otra dimensión.

El prior se incorporó con dificultad y, haciéndole un gesto con su vara, se adentró bajo las arcadas. Acudió rápido tras él, aunque se sentía flotar en un mundo irreal. ¿Estaba, acaso por un sortilegio inexplicable, dentro de uno de esos libros de seres fantásticos que tanto le entusiasmaban?

—¡Ven!, vas a conocer a quien te enseñará a partir de hoy tu nuevo oficio. —Y, apoyándose en el hombro del joven, subió el primer peldaño con gran esfuerzo.

La emoción se convirtió en nervios. «¡Es el momento que tanto he esperado! Estoy a tan solo unos pasos de entrar, por fin, en la biblioteca», se decía lleno de satisfacción.

Por una vez en su vida estaba consiguiendo su sueño. El orgullo de ese instante le hizo inspirar profundamente. «Soy el escogido para llegar al manuscrito del Danzarín de los dioses, tan especial y único como el mejor protagonista de una gran historia épica.» Se arregló el pelo bajo la capucha lo mejor que pudo. «Para ser tu momento estelar, llevas un deplorable aspecto; no es así como te había imaginado en un momento tan importante de tu vida», le reprochó con desagrado su ego. Pero lo ignoró.

En su parte central los peldaños de la estrecha escalera mostraban un gran desgaste. No quería perderse ni un detalle de aquella entrada que, en las semanas que llevaba en el monasterio, no había ni intuido que existiera. Una entrada oculta, desde otro lado, para acceder a la biblioteca.

Llegaron a un pequeño vestíbulo en el primer nivel de la torre, donde el prior le condujo hasta una puerta ojival de madera, con unos relieves policromados tan bien conservados que Alicio no pudo evitar tocarlos para asegurarse de que eran reales mientras cruzaba el umbral.

El prior empujó el batiente con suavidad y la puerta cedió sin esfuerzo. La sala que quedó a la vista era una larga y estrecha nave de forma semicircular sobre la que en ese momento el sol derramaba una claridad perfecta a través de sus altas ventanas. Sus rayos oblicuos caían sobre las tablas de madera donde trabajaban una docena de estudiosos monjes. Todos ellos, encorvados sobre sus trabajos con las cabezas descubiertas. Algunos las levantaron para observar al joven. El superior levantó la mano y les sonrió a modo de saludo, tras retirar su capucha, y le pareció al muchacho que todos volvieron a sus quehaceres. Un par de ellos recogieron sus papeles mostrándose intranquilos.

El anciano hizo un gesto al chico para que le brindara su brazo y así, apoyado en él, avanzaron los dos en silencio.

Al pasar junto a las tablas oscuras de las mesas, se fijó en los instrumentos de trabajo: plumas y pequeños estiletes de distintos colores, textos a medio escribir, papeles en blanco de diferentes texturas, libros abiertos y cintas, lentes de aumento, reglas y compases, minas y tinteros, entre otros objetos que desconocía. «¡Me encanta esta atmósfera! ¡Estoy en la más increíble biblioteca que jamás veré!»

Un monje de tez morena y cabeza calva salió a su encuentro. El prior se detuvo, y el hombre acercó con respeto su oído a los labios del anciano. Alicio percibió la frialdad de la mirada fugaz que le dirigió.

Caminaron los tres hacia una amplia mesa al fondo de la sala donde descansaban,

en ordenada disposición, unos volúmenes encuadernados en fina piel.

—Chico —dijo entonces el venerable anciano en voz muy baja—. El hermano Erugrul es el responsable de la biblioteca y a partir de ahora será también tu maestro.

Erugrul no le miró. Como una impasible esfinge, no movió ni un solo músculo de la cara.

—Es un gran bibliotecario y un excelente organizador. Lo conoce todo acerca de nuestros libros, su lugar de origen, su edad, la historia de casi todos los volúmenes y cuándo llegaron aquí, por eso tiene nuestro máximo agradecimiento y respeto. Solo una gran dedicación llena de amor por este recinto puede conseguir una proeza como esta —le explicó dando unos golpecitos sobre la mano de Alicia para llamar bien su atención—. Tú también amas los libros, por eso aprenderás el magnífico oficio de su cuidado. Tus ojos y tus manos son tus herramientas de trabajo, herramientas que aún son jóvenes y en consecuencia demasiado impulsivas. Por eso te formarás ayudando a tu maestro, como él hizo con el suyo, hasta que llegue el momento en que nuestro Creador, que todo lo decide, quiera.

Alicio observó a Erugrul nada animado. Sus facciones delataban una edad avanzada aunque su delgado cuerpo se mostraba aún fuerte y ágil. Lo que más le cohibía eran sus ojos. Unos ojos negros y rasgados que brillaban como una navaja a la luz de la luna. Eso fue lo que sintió cuando, de nuevo, volvió a cruzar la mirada con él.

En una lengua extraña, que el joven no pudo entender ni reconocer, el prior se dirigió al monje bibliotecario.

—No veas en él solo la inexperiencia, nos trae la fuerza de la continuidad. Erugrul, deseo que aprenda y que lo haga de ti.

Sin añadir nada más se levantó y, apoyándose en su vara, se fue alejando despacio. Erugrul permaneció inmóvil.

«¿Dónde están los cientos de libros?», se preguntaba Alicia mirando a su alrededor, y de pronto se sintió fuera de lugar y asustado. Miró sus manos lastimadas. «¿Dónde me he metido?»

Erugrul le había estado observando desde el día en que llegó al monasterio. Tenía más que suficiente con lo que había visto para saber con toda seguridad que no le gustaba. Le parecía un muchacho banal y poco de fiar, demasiado parecido a alguien a quien no quería recordar.

Recogió unos pequeños volúmenes y desapareció tras una tosca puerta que daba acceso a su sala privada. Anduvo ocupado en su trabajo, entrando y saliendo, yendo y

viniedo, ignorando, tanto como le fue posible, aquella desagradable presencia.

Desde siempre había tenido una gran facilidad para observar hasta el más pequeño movimiento de cada uno de sus libros. Cuando algún monje alzaba la cabeza, él aparecía, rápido y silencioso, adivinando lo que le sería solicitado. Le gustaba acariciar los libros mientras reposaban entre sus manos. Se movía ágil como un gato entre las mesas y sus pasos no producían ni el más leve sonido que pudiera perjudicar el trabajo que allí se llevaba a cabo.

Ese muchacho torpe, pensó, no serviría jamás para esa labor.

Se sentó al fin a una mesa y cogiendo un largo lápiz negro se dispuso a seguir con él lo que parecía una lista. El muchacho, cansado de su espera, se aproximó en un intento de empezar su deseado aprendizaje. Pero el bibliotecario retiró con brusquedad el papel escrito del alcance de su vista.

—No me gustan los extraños —le dijo sin apenas levantar la voz—. Suelen perturbar el equilibrio allí donde van.

Los monjes les miraron.

Erugrul se sentía incómodo, sabía que esta nueva situación alteraría el trabajo si no se solucionaba rápidamente. No estaba de acuerdo en aceptar a ese intruso. No le gustaba, algo en él le provocaba un mal presentimiento y haría todo lo posible para demostrarle su rechazo. Provocaría que desistiera de su capricho, y el prior tendría que ofrecerle otro oficio.

Cuando la jornada terminó y los monjes cerraron sus trabajos y acudieron a la llamada del rezo, él, como siempre, recogió el *scriptorium* y cerró con llave las puertas de su sala privada. Pero aquel chico terco no se había movido aún de la banqueta en la que llevaba sentado desde que había llegado.

No quiso ni mirarle.

Allí le dejó, en la sala vacía. La biblioteca estaba bien cerrada y segura. Ya se marcharía cuando quisiera. No le quería en la torre ni le enseñaría sus secretos.

Pero en toda la noche no consiguió hacerlo marchar tampoco de su mente. Una desazón se removía dentro de su corazón sin poder aquietarla. Lo imaginaba tan cerca de su amada biblioteca, paseándose a su antojo entre las tablas de las mesas, profanando con sus dedos los blancos papeles, tocando sin cuidado las plumas de tan bellos colores y cada una de las pequeñas maravillas que permanecían en aquel lugar desde hacía tantos años. Manoseándolo todo como si se tratara de simples cachivaches.

Su cuerpo se revolvió en el camastro.

Lo imaginaba sentado en los bancos, en los que hombres sabios habían investigado y escrito con absoluta devoción. Donde también otros, tortuosos y oscuros, habían intrigado y traicionado, y donde, desde hacía muchos años, ya nada peligroso sucedía. Y ahora le imponían a un extraño.

Se le removían sentimientos del pasado; sabía que aquel desconocido no tenía buenas intenciones. Tal vez mañana ya no regresaría. Quiso convencerse de ello pero continuó intranquilo.

Durante los días que siguieron permaneció en su firme actitud de rechazo. Los monjes acudían al clarear el día y el chico llegaba con ellos y se sentaba en una banqueta mientras los cenobitas se dedicaban a sus menesteres. Algunos traducían textos de lenguas muertas a lenguas vivas, otros decoraban láminas con exquisitas miniaturas o restauraban con cuidado alguna cubierta, otros leían o estudiaban tomando notas y haciendo cálculos, pero también todos parecían ignorar la presencia del joven. Ese conflicto no era de ellos.

Sabían que Erugrul pretendía que la esperanza de aquel muchacho se estrellara una y otra vez contra la roca de su indiferencia, tan dura como la misma isla, hasta que al fin se resquebrajara. Sospechaban que no iba a ablandarse.

Aguardaban cada mañana el momento de abrir las puertas y ver si el chico se había dado por vencido y al fin no se presentaba. La victoria sería para el más inquebrantable.

Fedor observaba desde su mesa con respeto por el bibliotecario pero no podía evitar animar al chico con alguna mirada cómplice.

Aquella tarde, tras la marcha de los monjes y mientras recogía los últimos tomos de las mesas, Alicia se acercó y puso la mano sobre el libro que Erugrul iba a recoger.

—¿Por qué crees que yo no sirvo para aprender? —preguntó con cierta rabia e impotencia.

El monje le arrebató el libro, tomó asiento y le miró con apatía.

—¿Tan poco ha durado tu paciencia? —cuestionó dibujando una sonrisa débil y deformada, extraña e inexpresiva porque pocas veces brotaba de su boca—. Quieres que te hable con franqueza. Bien. —Inclinó su cuerpo hacia delante en busca de los ojos, ahora asustados, del muchacho—. Me molesta tu prisa, esa ansiedad que tienes por revolverlo todo. Por poseer las cosas solo por puro capricho. No tengo ni ganas ni tiempo de rectificar torpezas de los demás. Demasiado me llevaría enseñarte a comprender la fuerza que se oculta tras esa pesada puerta. No me gustan las

improvisaciones.

»He vivido muchos años entre estos libros. Casi toda mi vida. Y en su compañía me he sentido colmado siempre. Una sola frase es suficiente para reflexionar durante largo tiempo. Una sola línea de esos libros puede influir y cambiar los pensamientos de los hombres que la leen. Esos textos que poseen cientos de años aún continúan su labor.

»Mi oficio solo se aprende pausadamente y con mucho tiempo de dedicación. Y solo tengo que observarte para ver que tú no lo harás. Este es el motivo por el que yo creo que tú no puedes aprender —pronunció las últimas palabras con fuerza, como si las estuviera esculpiendo.

Luego, con su rostro impasible, se levantó llevándose los volúmenes tras la puerta de su sala privada. Seguro de que aquel chico estaba a punto de ser vencido.

Cuando regresó y, tras un largo rato colocando los libros en sus respectivos estantes, pasó cerca del muchacho, este alargó el brazo y le retuvo con su mano.

—¡Entonces enséñame a aprender! —pidió incansable como un niño.

—Márchate de aquí —le ordenó con voz seca y amarga—. Tú volverás a traernos la desgracia.

Y, como cada noche, cerró la puerta de la biblioteca dejando una estela de silencio.

No podía comprender cómo resistía tanto en aquel absoluto vacío. ¿Tendría que verse obligado al final a utilizar otros métodos menos ortodoxos? Si fuera preciso estaba dispuesto a ponerlos al servicio de su objetivo; proteger la biblioteca era lo más importante.

La noche siguiente, cuando todos estaban ya en sus celdas tras las laudes, Erugrul empujó la gran puerta de policromados relieves. Tal como había intuido, encontró al chico durmiendo sobre una banca, desafiándole como en los últimos días, permaneciendo allí la noche entera.

Al pasar junto a él, el bibliotecario se detuvo un momento y le observó con atención. El paso de un recuerdo ensombreció su rostro, inmediatamente lo expulsó de su mente y recuperando sus anteriores planes se dirigió sin perder más tiempo hacia su sala privada. Tenía que conseguir alejarle de allí, debía presionar aún más. Distráido en sus pensamientos, se dejó la puerta abierta. En la silente oscuridad encendió un candil y empezó a buscar algo.

Entonces fue cuando oyó desde el umbral de su sala:

—Erugrul, ¿eres tú?

La luz de su candil vibró con ese sonido inesperado y por el rabillo del ojo

percibió el movimiento de una sombra furtiva. Se giró violentamente. No podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Aquel muchacho irrespetuoso se había introducido, tan rápido como una culebra, dentro de su sala y allí estaba, traspasada la frontera de su mundo.

A la tenue luz Alicio entrevió una inmensa sala, repleta de objetos. Ánforas, atriles, vasijas antiguas y otras muchas reliquias en cuyo centro reinaba un antiquísimo y fabuloso globo terráqueo, junto a mesas llenas de manuscritos y libros perfectamente alineados, matraces y otros extraños instrumentos aquí y allá. La velada claridad de la luna colándose por las ojivales ventanas ayudaba a aumentar ese ensueño.

Apenas visibles, unas columnas acababan en un pequeño ábside sobre sus cabezas con bellos motivos ahora imperceptibles. En medio de todo aquel universo, paralizado, vio a Erugrul. Formando parte de la enorme perfección de un sublime desorden privado. Sorprendido en su intimidad, Alicio pudo captar por unos segundos la atmósfera de un lugar secreto expuesto abiertamente.

—¡Fuera de aquí! —gritó Erugrul, transformada su sorpresa inicial en ira y avanzando con furia contra aquel peligroso insolente—. ¿Cómo te atreves?

Detrás del monje vio la entrada al inicio de unas escaleras. «¡Es por allí por donde se sube a la biblioteca!»

—Vi la puerta abierta... —balbuceó—. No sabía lo que ocurría, yo no...

Erugrul alzó entonces un dedo y, señalando con determinación hacia la puerta que permanecía abierta detrás del joven, pronunció con fuerza unas palabras extrañas. Y como si se tratara de una orden, un golpe seco y rotundo cerró la entrada de la sala privada. Alicio se encogió contra la pared.

—¿Quién te crees que eres? —le requirió ahora ya en su idioma—. ¡Con tan solo pronunciar mi deseo puedo fulminarte!

Se sentía lleno de hostilidad y, desafiado por aquella situación, dirigió toda la fuerza de su mirada sobre la de aquel incauto que ahora, con su alma prendida por sorpresa, ya solo podía rendirse a la merced de su poder. Le buscó la voluntad en el fondo de sus ojos y la capturó rápidamente mientras pronunciaba palabras que solo conocía él. Lo inmovilizó igual que a un insecto antes de ser diseccionado.

Erugrul supo que había cruzado la línea prohibida, pero no había vuelta atrás. Estaba utilizando esa arma contra la que no existía defensa posible. Hubiera preferido evitarlo pero no le había dejado otra opción. Una imprevisible desgracia.

Si hubiera podido moverse, hubiera huido de allí, pero Alicio sintió que no tenía decisión sobre su cuerpo. No podía reaccionar, no encontraba pensamientos.

Toda la sala empezó a ser absorbida en una oscuridad insondable y en su lugar avanzaba, invadiéndolo todo, un vacío. Su vacío.

Sabía bien de la desesperación que estaba sintiendo el chico bajo el brillo que pronto se apagaría en sus ojos. También adivinaba la muda voz que había quedado atrapada en su garganta y la inerte fuerza de su cuerpo que no podía responder a un cerebro que ya no generaba órdenes. Podía llegar a oír, incluso, su corazón agitado en una lucha por sobrevivir, con latidos a punto de detenerse.

Pero no habría piedad y sus ojos seguirían engulléndole la vida, perdidas las miradas de ambos, una dentro de la otra, en un infinito reflejo. Víctima y verdugo.

Aguantó aún el tiempo necesario y al fin sintió que había dejado de respirar, que ningún miembro de aquel cuerpo presentaba combate. Presenció atento la salida del último hálito a través de las pupilas dilatadas y supo que llegaba la muerte y ya no podía, pero tampoco quería, hacer nada para evitarlo.

Seguramente el chico se mantenía aún erguido solo gracias a la fuerza con la que él le penetraba; en cuanto él cerrara los ojos caería desencajado y roto, como un muñeco de trapo a sus pies. Esperó unos segundos más y luego le dejó caer.

Sintió un enorme peso sobre su espalda que le dobló. Agotado por el esfuerzo, puso su mano ante la boca y la nariz del joven. Después le cerró los ojos abiertos y se sentó a su lado. No sabía si satisfecho o desesperado.

La realidad regresó de golpe. Pronto llegarían los monjes. Debía moverse.

Se levantó pesadamente, permaneciendo unos instantes aún junto al cuerpo inmóvil del intruso. Apagó el candil, lo puso sobre la mesa y se dirigió a su diaria tarea. Al cerrarla tras él, la puerta resonó en su corazón igual que un eco lejano.

Salió a la sala de estudio para abrir los postigos de las ventanas, como tantos años llevaba haciendo. En poco tiempo la luz del día llegaría. El peso de la fatiga iba quedando atrás. Lo sucedido pronto sería apenas una sombra que le seguiría entre las mesas.

Fue dejando sobre los tableros, los libros y las hojas que cada uno precisaría cuando se sentara, respiró lentamente sintiendo recuperada la estimada tranquilidad de su biblioteca. No pretendía que nadie comprendiera sus motivos, de hecho pretendía que nadie los supiera nunca.

Antes de abrir el hermoso portón policromado echó una rápida mirada hacia la puerta de su sala privada y eliminó de la mente cualquier huella de lo vivido dentro. Con austera satisfacción dio paso a los primeros monjes para empezar otro día más. De nuevo todo estaba en orden.

Fedor le buscó para entregarle el cuenco que cada mañana desde que empezara a quedarse a dormir allí le traía, pero no le vio. El bibliotecario se acercó a él y tomó el cuenco para llevárselo.

—¿Hoy no ha dormido aquí? —le preguntó el astrónomo en un susurro.

Los ojos de Erugrul no le miraron y, aunque en voz baja, le contestó con firmeza:

—Ya se acabó. —Y se marchó con el cuenco, depositándolo unas mesas más allá para luego proseguir con su tarea.

Él, mejor que nadie, sabía qué era perder a alguien querido. Podía llegar a comprender la inquietud de Fedor pero no podría entender nunca por qué solo él veía los peligros.

Entró a la sala privada y con su cotidiana normalidad se dirigió a las escaleras interiores para subir hacia la biblioteca en busca de los libros que le habían pedido. Ni tan siquiera miró el cuerpo del chico.

En medio de aquella compacta oscuridad, una insignificante fisura se abrió de pronto. Como una diminuta línea de agua danzando al sol, fue creciendo en el mismo corazón de aquella infranqueable negrura. Igual que una imprevista señal indicando el camino de regreso. Como una puerta mal cerrada por donde escapar, como un puente escondido entre la maleza que podría llevar hacia la otra orilla.

«Tal vez ya no existo.» Se encontraba fuera de sí mismo y no alcanzaba a comprender ni dónde se hallaba ni si podría soportarlo más tiempo.

Un sonido le llegó como un eco lejano y le produjo un dolor punzante en algún lugar de su cerebro. Flotando, en medio de la nada, aquella línea de luz ardía. Ahora alejándose, ahora acercándose. Comprendió que estaba en el borde mismo de algún desconocido precipicio pero aún no había caído. Debía agarrarse a la sutil hebra de luz que tintineaba dentro de él casi a punto de apagarse.

Como si la vida le soplara sobre la frente, percibió una suave exhalación de aire, y una desconcertante percepción de todos sus sentidos le envolvió desde otro lugar fuera de él y, de repente, igual que la mañana entra por una ventana, la pequeña luz que veía brillar se expandió dentro de esa oscuridad, desintegrándola.

De una forma violenta, una bocanada de oxígeno llegó a sus pulmones y los llenó. Escuchó con una excepcional nitidez el rumor apagado de los pasos de los monjes en el *scriptorium* arrastrando algún banco, y aquel hilo de sonido tiró de él y le devolvió la conciencia de estar de nuevo allí. Se le abrieron los ojos y vio pasar la borrosa figura de Erugrul.

Su cerebro recomponía el orden dentro de aquel caos.

Claro que comprendía que ella le sustituiría por otro algún día. Erugrul sabía que tendría que dar la bienvenida a quien le sucediera en su labor, pero aún no había llegado el momento ni aquel muchacho era la persona. Lo sabía bien.

Nunca antes había utilizado contra nadie ese conocimiento oculto y prohibido de los sonidos, porque cuando lo aprendió juró usarlo solo en defensa de la torre. Así que ahora a nadie le debía explicaciones sobre lo sucedido, salvo a sí mismo.

Mientras localizaba los libros encargados, advirtió que una duda se enroscaba entre sus pensamientos. ¿Y si no había calculado bien? ¿Y si había mucho más coraje del que había estimado en el corazón de ese necio? Y la incertidumbre empezó a crecer. Quizás había pecado de exceso de confianza. Aquella precipitación con la que había tenido que actuar no le había permitido tener en cuenta todas las posibilidades. Fedor también formaba parte de ese margen de error no calculado. No era así como le hubiera gustado hacerlo. No eran esos los planes que había previsto.

Cargado con los textos y manuscritos en sus brazos, empezó a bajar. ¿Sería posible que el destino, con alguna intención incomprensible, se torciera ante lo inevitable? Quiso eliminar esa sospecha de su mente pero supo que ya había tomado cuerpo en la realidad. Irrumpió en la estancia preparado para aquella visión. De pie ante él, el chico respiraba, fatigosamente, de nuevo.

Se quedó inmóvil. Quería negarse a creer que la fatalidad decidiera devolverle a aquel muchacho. ¿Qué había hecho mal? Presentía que la biblioteca corría el riesgo de ser traicionada. ¿Por qué se le obligaba a aceptar que eso ocurriera?

Apretó los textos contra su pecho, aferrándose a ellos con un dolor sincero.

—¡Vete de aquí! —pronunció casi como una súplica, pálido y dejando escapar por sus ojos fríos el temor que le consumía esperando su renuncia final.

Pero el muchacho ni siquiera parecía oírle.

Comprendió que tendría que cambiar de estrategia. Conseguirlo de otro modo.

—Aun después de lo que has experimentado ¿quieres ser mi ayudante y seguir trabajando en este lugar?

—Sí —logró pronunciar Alicio apenas en una exhalación. Estaba aterrado.

—De acuerdo. Ahora sé cuán grande y firme es tu deseo. —Erugrul, abrazado a sus libros, se acercó hasta casi rozar con su hábito el del joven—. Si no lo hubieras podido superar por ti solo, yo mismo te habría recuperado de la muerte y eso habría

supuesto tu renuncia inmediata y obligatoria. Sin más, continuaría yo solo con mi labor. Porque esta es una de las muchas bibliotecas invisibles que existen en la humanidad, donde hay libros de todas las ciencias, letras y artes que puedas imaginar. El saber en su forma más genuina, sus principios y sus causas, buenas y malas. Por eso los hombres que accedemos a todo ello hemos de tener fuerza en nuestra convicción, nuestra mayor responsabilidad es proteger las grandes Verdades.

Desvió su mirada y, con ella, recorrió la sala.

—Ahora debo aceptar que me ayudes. —Una amarga tristeza se le desprendió de la voz y pareció cogerse a esa última palabra. Le entregó los textos que debían repartirse—. Apresúrate, ya deberían tenerlos en sus mesas.

La debilidad con que soportó el peso de los libros le recordó a Alicio el peligro que había corrido su vida. «¿Qué es lo que me ha sucedido? ¿Y qué me sucederá en el futuro? ¿Qué inexplicable locura ha sido esto? ¿He soñado o ha sido cierto? ¿En qué mundo me he metido?»

Cuando el chico salió, el bibliotecario se sentó entre sus cosas y musitó para sí mismo:

—Me ayudarás a cerrar el círculo.

Capítulo 19

*L*as oscuras escaleras subían en espiral. Cada quince escalones, un estrecho pasadizo daba acceso a cada uno de los siete niveles de la torre.

Para moverse dentro de cada planta y por sus diferentes compartimentos había que aplicar el alfabeto griego. Solo así podía saberse en qué nivel y, dentro de cada uno de ellos, en qué lugar exacto se encontraban los textos que le solicitaban.

A los considerados especiales, en el séptimo nivel, solo Erugrul podía tener acceso. No iba a permitirle tanto.

Era innegable que ese chico disfrutaba entre los libros. Muy a menudo, cuando le mandaba a por uno, tardaba más tiempo de lo necesario en bajarlo. Muchas veces había subido con pasos silenciosos para observar en qué se entretenía tanto y siempre le encontraba recorriendo con la mano los lomos de los volúmenes, mientras pronunciaba sus títulos. En ocasiones le reprendía con severidad; otras, simplemente, le espiaba con desconfianza y resentimiento.

Seguía pensando que tras ese gesto absorto había algo que quería ocultar. Aunque pareciera inofensivo, él no bajaba la guardia.

Entonces Erugrul miraba con desasosiego a los monjes en sus escritorios. Cada día desde hacía cuarenta y seis años les había atendido con la máxima dedicación, con la misma atención que se dedica a los pequeños músculos que mueven a un órgano vital. Sus trabajos eran la energía imprescindible para mantener la buena salud de la torre.

Los cenobitas habían aceptado bien al muchacho en sus nuevas funciones pero Erugrul no le permitía hablar con ellos salvo si, más allá de su tiempo de trabajo, alguno permanecía aún allí. Cuando eso sucedía, se disgustaba ya que consideraba que, siendo como eran hombres de gran sabiduría, poseedores de una extraordinaria capacidad de reflexión, estaban obligados a darse cuenta del peligro que representaba aquel intruso en la biblioteca. Filósofos, matemáticos, zoólogos, astrólogos, filólogos o expertos en distintas artes, todos tenían una completa formación y a pesar de ella ninguno parecía prever el desastre.

Entonces se le avivaban los rescoldos de un rencor viejo. De nuevo le crecían espinas en aquella amargura que había creído dormida. Y recordaba su juramento.

Cada mañana, después de recoger los encargos por las mesas y repartir los materiales necesarios a cada uno, ordenaba al intruso las labores menos agradables, como eran el lavado minucioso de los instrumentos o fregar los suelos y limpiar las

ventanas, con el fin de apartarle el máximo tiempo posible de los libros. Pero el chico acababa los trabajos con premura y con una sorprendente eficacia y aún conseguía tener algún momento libre para sentarse a disfrutar de la lectura de alguno. Solo le permitía leer aquellos textos que le depositaba sobre su mesa, cerca de su vigilancia, mientras él se entregaba a complicados cálculos o apasionantes cábalas, al tiempo que era testigo del voraz apetito del falso aprendiz, que parecía no saciarse nunca.

Con el paso de los días se dio cuenta de que había algo que, como una minúscula astilla clavada bajo la piel, no dejaba de llamar la atención especial al joven: el séptimo nivel de la torre, al que le estaba prohibido subir.

Leía en su mirada un cierto temor y, al mismo tiempo, una poderosa curiosidad cada vez que nombraba aquel lugar, y ese interés malsano, pensaba, si lo usaba bien podía brindarle el camino ansiado para terminar con su presencia amenazadora.

Así que con mucha destreza, y en pequeñas dosis, fue alimentando un poco la curiosidad y otro poco el temor. Explicándole que allí arriba se encerraban, como criaturas únicas, deformes, libros muy valiosos llenos de maldad ansiosos por apoderarse del alma de algún incauto y poder regresar al mundo. Y, cuando lo tenía muy absorto en el relato, en ocasiones dejaba caer un libro sobre la mesa provocando un impacto inesperado que le develara cómo iba creciendo la inseguridad de espíritu de ese intruso. Le miraba entonces con más desprecio. ¿Quién podía pretender ser maestro bibliotecario teniendo miedo de los libros? No consentiría otro error.

Aquella tarde estaba prevista la llegada de un pequeño barco a la isla. Traía harina, arroz, azúcar, aceite y alguna herramienta a cambio de varios sacos de especias y hierbas aromáticas cultivadas en el huerto del monasterio.

Los monjes más fuertes bajaban hasta la playa cargados con los sacos y luego ayudaban a descargar las mercancías para subirlas hasta El Fin del Mundo. La juventud de Alicio era una gran bendición para esa tarea, iría con ellos.

A Erugrul le hubiera gustado que ese barco se llevara al muchacho de regreso a su casa, pero no había llegado en su justo momento.

Después de la oración y de los cantos de la hora nona empezaron a cargar los sacos. Siempre les resultaba ajeno ir a encontrarse con el mundo que venía de más allá del horizonte. Y empezaron a descender, habiendo avisado antes al joven aprendiz de la prohibición de hablar con aquellos hombres bajo ningún concepto. La brisa soplaba cálida.

También el bibliotecario estaba en el grupo de porteadores. Sabía que, como

siempre que bajaban a la playa, él aparecería para vigilarlo todo y, esta vez, Erugrul tenía especial interés en verle para asegurarse de que sus planes, tal y como los había trazado, podrían llevarse adelante. Continuaron bajando por el estrecho sendero entre las piedras, lentos como el transcurrir del tiempo en la isla, y cuando pasaron cerca del faro, se movió una sombra entre las rocas. Erugrul la vio.

Implacable, el sol golpeaba las negras piedras. Se había vuelto tan denso el aire que quemaba al respirarlo, solo la comitiva de seis monjes encapuchados daba fe de que existía algo vivo en aquel lugar.

«No me hubiera imaginado nunca transportando sacos arriba y abajo por caminos de cabras. No sé cómo logran ver por dónde andan con el resplandor de esta luz quemándonos las retinas», se quejaba Alicia en un murmullo. Entrecerrando los ojos buscaba la forma de un barco y no la podía encontrar.

Fue entonces cuando, de forma inesperada, una figura sucia y delgada saltó al camino, saliendo al encuentro de los monjes.

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí! —gritaba en una lengua extraña señalando con movimientos nerviosos el horizonte.

Una mancha oscura, hasta entonces imperceptible por el deslumbramiento de la luz sobre el mar, flotaba en la línea lejana.

Erugrul desvió la mirada hacia el chico, que se había detenido sobresaltado por aquella presencia,

«¿Quién es este hombre tan mísero?», se preguntó Alicia alarmado por su propia fantasía desatada: creía estar viendo un espectro nacido de las narraciones de su maestro.

—¡Ya están aquí! ¡El barco! ¡Ya llegan! —les avisaba como un perro enredando con sus brincos, uno a uno.

Los monjes le dedicaban un gesto, un suave palmoteo en su espalda o una sonrisa. Sin detenerse ni un momento el desconocido tiraba de los hábitos con nerviosismo. Cuando llegó a la áspera tela que cubría al muchacho, los dos pálidos ojos de aquel rostro sucio parecieron incendiarse y su mano se retuvo y luego se contrajo.

Erugrul no perdió detalle de ese encuentro. Porque en la mirada del viejo Totmés se encerraría la única posibilidad de su éxito. En la reacción de su oscuro y reseco rostro sabría de la oportunidad de su plan. Sobre ese cuerpo consumido y maltrecho caería la necesaria colaboración para proteger su juramento.

El viejo empujó violentamente hacia atrás el cuerpo del chico y echó a correr tras los pasos de los monjes, gritando palabras ininteligibles mientras le señalaba presa

de una gran excitación.

Alicio, más asustado aún, viendo que los demás continuaban descendiendo sin detenerse, reanudó el paso porque lo último que quería era quedarse solo en aquel lugar. Lleno de agitación y consciente del peligro, la adrenalina le empujó tras ellos.

Erugrul la había visto, sí. Existía la necesaria chispa del vértigo en ambos. Estaba convencido de ello. El odio y el miedo. Los dos componentes imprescindibles para hacer arder cualquier situación. El viejo Totmés se lo acababa de confirmar. Esa lejana historia abriría su oscura boca si él no lo impedía cuanto antes.

Cuando llegaron a la caliente arena de la playa, los monjes se dedicaron a colocar los sacos mientras esperaban que arribara el barco. Uno de ellos se acercó hasta el viejo, que no cesaba de señalar al muchacho, pretendiendo tranquilizarle.

Aunque no sentía lástima por él, el bibliotecario se obligó a aproximarse a Alicio, que se mantenía a una prudente distancia de todos, desconcertado.

—No le temas —le aconsejó mostrando un rostro inexpresivo—. El viejo Totmés es inofensivo aunque su cabeza está trastocada desde que llegó a Τείχος.

También Fedor, que había bajado con ellos, aprovechó para explicarle algo más sobre el loco solitario que vivía refugiado en el faro:

—Para Totmés, el pasado sigue existiendo como si fuera el presente. Vive aferrado a un tiempo que le atormenta, sin poder librarse de la locura que un día cegó su cabeza. Pero es solo una pobre criatura cuya mente mezcla y confunde las gentes y los hechos. Nosotros solo podemos tratarle con compasión, no temas.

Miró con reparo a esa vieja criatura casi inhumana. «No sé si me veo capaz de encontrar, aunque la busque, ninguna compasión cristiana con la que tratar a este desquiciado. Preferiría evitarle, si es posible», pensó lleno de espanto y asco. Siempre le habían dado mucho reparo los dementes.

«Dios mío, a ver si voy a acabar mal al final.»

—Te aseguro que nunca ha hecho daño a nadie —agregó el monje astrónomo, como un padre que intenta tranquilizar al hijo tras una pesadilla—. Se morirá tal como ha vivido, persiguiendo sombras de sus recuerdos que se deshacen al punto que cree tocarlas. Tú eres nuevo en nuestra comunidad, te has introducido en su vigilada isla, no es nada más que eso. A ello se debe su reacción contigo.

Aunque sabía que Totmés siempre se agitaba mucho con las llegadas y partidas de los barcos, nunca le había visto reaccionar así ante un recién venido al monasterio. Tampoco la actitud con que Erugrul le escuchaba le parecía normal. Fedor se sentía intranquilo, pero no iba a demostrarlo.

El bibliotecario se dobló sobre la caliente arena y hundió los dedos en ella. Le esperaba saber que ahora al chico le brotarían con rapidez vertiginosa un sinfín de preguntas nacidas de la fértil tierra de su curiosidad. Y eso, pensaba, favorecería sus planes. Ese viejo lastimoso era una víctima, como él. Los dos habían sufrido demasiado.

El barco ancló en la calmada bahía, y una barquichuela cargada con varias cajas y sacos se fue acercando a remo hasta la orilla. Tres monjes ayudaron a vararla playa adentro. Un par de hombres fuertes y tostados por el sol les saludaron mientras hacían bromas entre ellos. Las risas de esos marinos sonaron estridentes y molestas.

Alicio notó angustia en la boca de su estómago pero se puso a faenar. Aquellos hombres les tiraban los sacos como si trataran de tumbarlos, igual que a muñecos en una feria. Entonces el malestar se le transformó en enfado. Se acercó a ellos retirándose la capucha, mientras extendía los brazos hacia el próximo fardo con gesto desafiante. Los marineros frenaron sus risas para mirarse con sorpresa. El que tenía el saco decidió lanzarlo contra otro de los monjes y esa reacción inesperada provocó que ambos volvieran a reírse con más fuerza aún, acompañando la risa con invitaciones obscenas dirigidas al joven monje que les retaba.

Justo en el mismo momento en que Alicia se acercó a ellos, resuelto a iniciar un altercado, el viejo Totmés, como un poseído, salió de las rocas donde se había cobijado y corrió a interponerse entre la barca y el joven. Se plantó ante él y le escupió con odio. Luego, con un dedo trémulo, le señaló al corazón y pronunció, alto y fuerte, unas palabras cargadas de vehemencia.

Los marineros enmudecieron de inmediato. Estibaron a toda prisa los sacos de especias y empujaron la barquichuela tan rápido como les fue posible hasta el agua. Subieron y empezaron a remar con prisas en dirección al mundo.

En cuanto la pequeña barca se adentró en el mar Totmés se apartó. Desapareciendo por entre las rocas, tal y como había llegado. Amortiguadas por el rítmico sonido de las olas, llegaron los ecos de unas risas que se alejaban.

En completo silencio los monjes cargaron los sacos y los paquetes traídos desde el otro lado del horizonte y, como si nada hubiera ocurrido, emprendieron el regreso al monasterio.

Pero Alicia permanecía allí, en el mismo lugar, completamente desconcertado. Los monjes no le miraron siquiera. Pretendía reaccionar y limpiarse el esputo del viejo que tenía sobre la ropa, pero no podía. Sentía las náuseas en su abdomen, y no quería aceptarlo pero había vuelto el Miedo.

—¿Qué me ha dicho este loco? —preguntó a los monjes en cuanto recobró un mínimo de valor. Poniéndose el saco a la espalda, apresuró el paso para alcanzar la fila.

Nadie le respondió, ni siquiera Fedor le dijo nada. Caminaban cargados como si no hubieran oído ni visto a los marineros, ni al viejo ni al muchacho. Igual que si de un espejismo se hubiera tratado. Y continuaron subiendo, en absoluto silencio, por el estrecho sendero que los devolvería a El Fin del Mundo.

Alicio miró receloso a sus espaldas, no estaba seguro de que no los siguiera Totmés. Sobre el mar las gaviotas ya volvían a la isla, abandonaban un corto galanteo a una barca sin ningún fruto recogido. Y le pareció, por un instante, que volvían a reírse de él.

—Pero ¿qué me ha dicho? —repitió de nuevo, cogiendo un bulto más a uno de los monjes que subía demasiado cargado.

No comprendía aquel silencio ante sus preguntas, le molestaba, le impacientaba, le irritaba que no le respondieran. A la pesada carga que llevaba le pareció que se le había añadido el peso de esas palabras que no había entendido.

—¡Tengo derecho a saber qué me ha dicho ese viejo! —reclamaba a los más lentos de la comitiva.

—No debiste descubrir tu rostro ante ellos —le recriminó Fedor.

—¡Lo sé, me equivoqué! Pero me indignó que siguieran burlándose de vosotros.

—¿De nosotros? ¿O de ti? —le objetó el monje que era su maestro. Todo estaba saliendo como había deseado. Era evidente que el chico estaba alterado—. ¿De veras quieres saber qué te ha dicho?

El bibliotecario se detuvo con su carga. Fedor le miró pero continuó caminando junto al resto de los monjes, dejándolos atrás.

—Sí —confirmó Alicio revisando con la mirada las rocas, quería volver a ser valiente.

—Son palabras necias pero, aun así, tú quieres oírlas. Pues bien, te las diré. Te ha amenazado con palabras de venganza. —Recogió el saco y lo cargó de nuevo a su espalda reanudando el paso—. Ha pronunciado un juramento egipcio.

Alicio estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Un juramento egipcio? Pero... ¿por qué? —Aterrado, volvió a mirar alrededor.

—Totmés es egipcio y en esa lengua habla, insulta y amenaza cuando está excitado. Y ahora que ya sabes lo que querías saber, reserva tus fuerzas para llegar hasta El Fin del Mundo —le ordenó sabiendo que había echado el abono suficiente para hacer

crecer una quimera.

—¡Una maldición egipcia! ¿Cuál era su significado? ¿Qué ha dicho exactamente? — preguntó Alicio con un mareo asfixiante.

Pensaba en Neferkera y Her-Khuf, en Yves y Monsieur Clardin, y un torbellino que quemaba subió violento hasta su mente y sintió cómo arrasaba, a su paso, hasta la médula de sus huesos.

Le temblaron las piernas de espanto mientras imaginó sobre él un terrible maleficio.

Con la puesta del sol llegaron unas nubes anunciando tormenta. Una lluvia casi imperceptible empezó a caer sobre la isla de Τείχος.

A Erugrul aquel cielo negro se le antojaba como un ser que había acudido a su llamada. Enviado para ayudarle en su estrategia contra el chico, el cual desde que había subido de la playa se había refugiado en la sala de la torre, donde tal vez creía estar protegido. Tal vez imaginaba que las paredes, tan fuertes y tan compactas, le resguardarían del dedo de Totmés.

Volvió a mirar hacia las nubes y movió la cabeza. Era evidente que solo tenía que colocar las piezas en su justo lugar y en el momento preciso y todo ocurriría por sí solo. Ahora el cielo empezó a rugir sobre la tierra. Se acercó al muchacho y le miró la Angustia.

—Solo tú puedes aliviar ese mal —le dijo descubriéndole encogido en su asiento—. Ya te advertí que no todos pueden cuidar de ella. —Y señaló hacia las escaleras de la biblioteca que ascendían a la torre.

Luego encendió un candil y se sentó frente a su atril sin mostrar más interés por su discípulo.

—¿Son las palabras las peligrosas o lo son los hombres? —preguntó Alicio por sorpresa, con un hilo de voz, realmente interesado en la respuesta que le podía dar Erugrul.

Este levantó la vista y le miró con desconfianza.

—Ambas cosas lo son —contestó buscando mantener viva la brasa ya encendida—. El fuego existe gracias a lo que quema, él por sí solo no puede arder y no por eso negamos su poder. ¿Cierto?

—Pero ¿es posible no quemarse? ¿Puede dominarse esa fuerza? —Se incorporó hacia su maestro. Recordaba cómo aquel monje había cerrado la puerta con solo pronunciar unas palabras. Recordaba, apenas con claridad, cómo su vida había estado cogida por su voluntad.

—Sí. Se puede. Solo que se necesita tiempo, mucho tiempo, cosa de la que tú parece que no dispones —le respondió enfadado—. Quieres ir deprisa, sin respetar las pautas, atropellando la normal enseñanza de los conocimientos. Así no podrás dominar nunca nada.

Lleno de desprecio, entreabrió la puerta de la sala de estudio para observar si alguien le solicitaba. Todos trabajaban. Volvió a cerrar. También él tenía prisa. No era su intención intensificar su enseñanza, ni siquiera empezarla, no iba a dejar que un falso aspirante aprendiera nada y, mucho menos aún, que adquiriera seguridad antes de enfrentarle al séptimo nivel. Su venerable oficio solo se lo enseñaría a un auténtico aprendiz.

Fuera, la lluvia empezó a caer con más fuerza.

Alicio se esforzaba por sacar a ese chico valiente y decidido que tenía en algún lugar, dentro, escondido. Se esforzaba por pensar en los consejos de Fedor en su primera conversación. Todo depende de lo que conozcas de ti mismo, le había dicho. «Ahí tiene que estar la clave.»

—¿Por qué me siento atrapado en algo que no entiendo? —se atrevió a preguntar al monje cuando este volvió a sentarse.

Habían pasado muchos años pero Erugrul tampoco había olvidado. La postura en la silla y la impaciencia en el gesto. Arrugó, en silencio, el papel sobre su mesa.

La tormenta llegaba cogida de la noche, y su oscuridad se fue adentrando en la sala. Alicio se incorporó de su silla en una búsqueda de control sobre sus temores. Fedor, días atrás, le dijo que el Mal solo podía entrar en él si su corazón sentía miedo. Y el Mal buscaba ver. Intentó recordar bien las palabras de su amigo la tarde en que pidió permiso para quedarse con él en los huertos. Esa tarde en la que Erugrul los había observado, receloso, desde una ventana de la sala de estudio.

Fedor le había explicado que los peligros no estaban en los libros sino en las mentes de los que leen, que los monstruos solo los crean los delirios de los hombres. Aquella tarde le había insistido que el Bien y el Mal no eran cosas separadas una de la otra, sino dos rostros ciertos de una misma verdad. Solo había que escoger la cara con la que querías trabajar.

Aquella tarde, Erugrul, mirándolos desde la ventana, supo muy bien lo que Fedor le estaría explicando sobre el poder de los libros. Podían ser venenosos o volverse inofensivos según el sentimiento del que se apoderaran, porque no podían hacer daño si no se creía antes en ese daño. Aunque no solo en eso radicaba su verdadero peligro. Sabía muy bien que Fedor deshacía los nudos que él iba tejiendo. Por esc

también tenía prisa.

Aun repitiéndose las palabras de su amigo, Alicio no lograba sentirse a salvo. Luchaba contra él mismo, encogido en su rincón, quería protegerse en ellas pero ahora no le eran suficientes.

El Mal, que tenía una parte de su cuerpo encerrado en lo más alto de aquella torre, intuía, calculaba y esperaba ansioso su liberación. «¿Cómo voy entonces a conseguir el Danzarín de los dioses?» Cerró los ojos en un intento de cerrarse al Miedo. «Voy a fracasar sin remedio.»

Fuera, la tormenta bramaba.

—¿Qué le sucedió a Totmés cuando llegó a Τείχος? ¿Por qué ha reaccionado así al verme? —insistió.

Con un movimiento seco, Erugrul se giró hacia el joven.

—¡Todo lo que empieza tiene algún día un final! El destino se encarga siempre de ello.

—¿Qué relación tiene lo que me dices con lo que pregunto?

—Puedes estar seguro de que no hay mano más justa ni implacable que la que extiende el tiempo.

El monje se perdió en sus cavilaciones mientras Alicio preguntaba cosas que él ya no escuchaba.

«Y no obstante y, a pesar de ello, la biblioteca le permite estar aquí —reflexionaba ensimismado, observando caer la lluvia al otro lado de la estrecha ventana—. Ella sabe que vuelve a estar en peligro, y sin embargo mi preciosa dama, igual que todas las hembras, se deja desear. —Mezclaba en su pensamiento un amargo sabor triste—. No volverá a suceder.»

—¿Por qué? —oyó entonces preguntar a Alicio.

Le pareció muy asustado. La campana de bronce sonó como una voz conocida en el umbral de la puerta. Erugrul miró al exterior una vez más.

—Tú eres mi maestro. Debes explicármelo para que la biblioteca siga en buenas manos y pueda impedir que nadie le haga daño.

—¡Es hora de oración! —dijo con desprecio y una arrogante mirada de advertencia.

Todas las quejas y preguntas que aún estaban por salir se quedaron ahogadas en su garganta. Salió a recoger los libros que los monjes, prestos a marcharse, dejaban ya sobre sus mesas. Pero no cesó de enviarle miradas suplicantes, no cesó de pedirle en silencio las anheladas respuestas que necesitaba, mientras ambos devolvían a su lugar los preciados tesoros.

Erugrul volvía a ser de roca negra, negra como la isla.

Capítulo 20

—¡Albu Yves! —suplicaba con desesperación a unos monjes que no lograban calmarle.

En la más desconsolada noche de su vida, Daniel volvió a recordar a ese niño de apenas dieciséis años que no dejaba de exigir, incluso con fiereza, que le devolvieran el corazón de Yves.

Le dieron alimento y un lugar donde descansar cuando, al fin, lograron hacerle entrar en el monasterio. Pero lejos de tranquilizarse, el adolescente continuó rechazando con brusquedad cualquier muestra de atención mientras lo escrutaba todo a su alrededor con mirada impaciente.

Ahora, diez años después, Daniel volvía a revivir las primeras horas de Totmés entre ellos, cuando todos en El Fin del Mundo creían que el barco regresaría a por él. Volvía a revivir esa noche en la que el extraño recién llegado no dejó de suplicar ni de golpear, impotente, contra la puerta que se vieron obligados a cerrar.

Inclinado sobre su humilde camastro, el monje evocaba el preciso momento en el que fue plenamente consciente de que la historia del Danzarín de los dioses, que pretendían dar por cerrada, aún no había finalizado. Cuando comprendió que el reto era mayor de lo que habían supuesto y de que, a buen seguro, ni el mismo Monsieur Clardin era conocedor de ello.

Ese absoluto convencimiento que tuvo aquella lejana noche ya lo había experimentado alguna otra vez a lo largo de su vida. Si hubiera tenido que describírselo a su aprendiz, como cuando le develaba otras sutiles nociones de las Ciencias, lo hubiera comparado a una luz clara que indica, sin ninguna duda, el único camino posible.

Así fue como se le reveló la verdadera labor que el destino le tenía encomendada en ese asunto. Si no resolvía la causa del sufrimiento que afligía a aquel niño no podría sellar para siempre la historia del Danzarín de los dioses, tal y como había prometido. Entonces vio en aquel desventurado muchacho la luz y también las sombras.

Ahora, con el alma llena de dolor, Daniel rememoraba esa larga noche en la que supo que, aunque no podría ni leerlos ni desentrañar los misterios de su contenido, sí tendría que trabajar sobre esos manuscritos.

Recordaba muy bien lo desconcertado que quedó ante aquella contradictoria

situación. Sin embargo, decidió aceptar el desafío de hallar la solución válida. Añadiendo esa tarea a la responsabilidad inapelable de proteger al mundo del poder de aquella maldición.

La campana de bronce sonó en medio del silencio y la mente de Daniel regresó a su pequeña estancia. Escuchó el tañido llevado por el aire. El sonido.

Ese había sido el gran hallazgo de su vida. Los sonidos encerraban el secreto de todo. Ni siquiera ahora, en la oscuridad que le envolvía sin esperanza, renegaba de sus largos años de estudios ni de su fe en los conocimientos encontrados.

Sabía que estaba en lo cierto. Los sonidos, ocultos en las palabras, dirigían el orden o el caos de la vida sin que casi nadie lo apreciara siquiera. Pero ¿dónde había errado?

Cerró los ojos y volvió a sus recuerdos.

Durante los primeros días dedicaron mucha paciencia y esfuerzos a mejorar el estado del muchacho. Desnutrido y sucio, apenas comía ni dormía, casi no lograron que se aseara y fue muy difícil convencerle para que se dejara mirar alguna vieja llaga mal curada. Más parecía un animalillo salvaje al que nunca nadie hubiera cuidado que un joven a punto de ser hombre.

Su rostro, enmarcado por un ensortijado pelo negro, reflejaba las huellas de la soledad y las penurias. Daniel recordaba bien esos ojos intensos, grandes como dos lunas llenas en una noche de melancolía. Durante semanas el padre prior intentó conocer su historia pero el arisco adolescente solo repetía una y otra vez, señalando hacia el mar, la palabra «ladrón» en un francés perfecto que mezclaba con palabras árabes. Lo que le hizo suponer que podía ser egipcio y estar relacionado con los manuscritos que había traído el eminente profesor y que esa, y no otra, fuera la causa por la que el barco había zarpado sin él.

Día tras día, durante mucho tiempo, el chiquillo no dejó de reclamarles conocer el lugar dónde estaba *al alb*. Cual si fuera una jaculatoria fervorosa, escuchaban el nombre de Yves salir de sus labios mientras recorría el monasterio y, como si de encontrarlo dependiera su propia vida, le veían abrir armarios y puertas e incluso golpear con frustración las gruesas paredes en busca de algo tan incomprensible como un corazón robado.

Por ese motivo, el prior pidió a Daniel que cerrara con llave la puerta por donde se accedía al *scriptorium* de la biblioteca. Solo, le dijo, hasta que consiguieran encontrar una mejor solución al problema.

Los monjes le veían vagar durante el día como un alma en pena y cuando,

silenciosos, acudían a los rezos de la noche, reconocían su silueta nerviosa junto a la entrada del monasterio, como si de un fiel celador se tratara.

Y de esta forma la esperanza que en las primeras semanas habían mantenido, de que aquella conducta insana curaría, se fue desvaneciendo con el paso de los meses, poco a poco.

Una mañana, después de un largo tiempo de incertidumbres y aun sabiendo del grave peligro que podría suponer para la seguridad de la biblioteca, el prior tomó una decisión. Quiso así remediar también el desasosiego instalado en la vida de los cenobitas. Le dijo al joven que podía quedarse allí a vivir, sin obligación de formar parte de la orden religiosa, hasta que decidiera marcharse. Pero a cambio debería mostrar un comportamiento respetuoso con las normas del monasterio y aceptar un trabajo del que ocuparse.

Para entonces Daniel ya sabía que Totmés había llegado a la vez que los manuscritos del Danzarín de los dioses para quedarse, para siempre, en El Fin del Mundo. Fue él quien propuso a la comunidad adjudicarle una pequeña porción de tierra en un lateral del huerto, donde le enseñaría a cultivar rosas. Así consiguió, con mucho tiento y firmeza, acercarse al muchacho mientras le iba instruyendo pacientemente en los secretos del delicado arte de crear bellos rosales. Y desde aquellos primeros días siempre le aseguró que cada rosa que hiciera nacer sería el corazón de Yves en sus manos.

Aquel lugar se fue convirtiendo en su absoluto refugio. Allí, junto a las rosas, Totmés comía del cuenco que cada día le traían los monjes y allí, protegido por unas mantas bajo las cañas, dormía prestando atención a cualquier ruido de la noche.

En los diez años transcurridos desde entonces no había dejado nunca de ser un joven solitario, brusco, desconfiado y siempre ausente. Tampoco en todo ese tiempo le había visto nunca sonreír. Sin embargo, sí había tenido ocasión de observar sus gestos, sumamente cuidadosos, cuando cortaba una rama demasiado larga o acariciaba la textura de un pétalo. Había podido advertir más de una vez el frágil destello que se escapaba de su mirada cuando, justo antes del amanecer, se acercaba a inhalar el perfume que le brindaban sus flores.

Sintió una punzada de tristeza atravesando ese hermoso recuerdo. ¡El indescriptible aroma de las rosas, ahora perdido!

La comunidad se fue haciendo a la idea de que ese pobre chico había sido abandonado en la isla de Τείχος por culpa de una extraña enfermedad mental. Tal vez por eso le trataban siempre con bondadosa compasión y acabaron por aceptar sus

desmanes, sus conductas desconcertantes y su falta de sociabilización.

Desde su pequeña rosaleta, mientras cavaba la tierra y aireaba las profundas raíces, Totmés miraba a la torre inaccesible. Ya hacía mucho que había dejado de nombrar al ladrón, ya había dejado de pedir que le devolvieran el corazón robado y ni siquiera le oían ya murmurar aquel nombre sagrado. Pero dentro de su pecho, oculto, seguía viviendo su férreo deseo. Daniel lo sabía.

Le observaba desde la pequeña ventana de la sala de estudio, donde dedicaba todo el tiempo que le era posible y todos sus más profundos conocimientos a cumplir con su tarea: encontrar la reparación a aquel sufrimiento para honrar la palabra dada.

Solo cuatro años después de la llegada del egipcio a la isla logró la respuesta a su pregunta. Consiguió encontrar la clave que se necesitaba para cerrar bien aquella historia. Gracias a lo aprendido del análisis sobre las palabras, lograba obtener los sonidos esenciales que se contenían dentro de los hechos y en los nombres que conocía de la historia del Danzarín de los dioses y, tras muchas y largas pruebas y cálculos cabalísticos, permutarlos en el orden exacto para crear nuevas palabras con ellos y así llegar a una revelación completa. La correcta.

Al fin tenía la respuesta, que se mantenía invisible para quien no estuviera iniciado en aquel conocimiento. Pero a él le fue mostrada la única solución que pondría fin a toda aquella cadena de dolor, cerrando para siempre el asunto de la figura dorada. Devolviéndolo todo a su lugar preciso.

Fue entonces cuando, tras reflexionarlo a la luz de sus notas, un día decidió hablar con el joven y confiarle que en un tiempo aún por llegar alcanzaría su sueño, con toda seguridad. Aunque Daniel sabía que una promesa sin fecha, lejos de quitar la pena, la hace aún más difícil de soportar.

Ahora, al recordarlo, reconoció perdida para siempre aquella luminosa mañana.

Tres años después de la esperanzadora revelación, Erugrul llegó a Τείχος.

Un joven muchacho turco, de cuerpo ágil y mirada inquieta, que había pedido ingresar en el monasterio huyendo de una difícil circunstancia en su familia.

Se convirtió en un novicio a la temprana edad de quince años, mostrándose muy juicioso y diligente en todo lo que hacía. Daniel le enseñó a leer y a escribir. Le habló del cosmos y del orden de la vida, de la filosofía, de la historia, de las religiones y del arte, de la música y las matemáticas y del sentido de las cosas.

Aprendía con entusiasmo, recordando sin esfuerzo todo lo que le explicaba. Era tanta la afinidad que fue creciendo entre ellos y tanta capacidad mostraba para la

memoria y el trabajo bien hecho que, dos años después, Daniel le propuso para que fuera su ayudante y aprendiz en el importante oficio del cuidado de la biblioteca. Fue una decisión acertada, no tenía duda de ello.

Ni un solo día había pasado desde entonces en el que no le enseñara algo nuevo al voluntarioso Erugrul. Ni un solo día en el que no recibiera la gratitud de aquel chico, a través de su conducta, por aprender lo que le era desconocido.

Esos años habían contenido la mejor parte de su vida: sus estudios y sus dos pupilos, Totmés y Erugrul.

Pero entonces aún no sabía que algo malo, muy malo, estaba a punto de suceder y que, como ocurre cuando una caudalosa corriente crece subterránea y no puede ser contenida, un día se desbordaría arrasando a su paso lo hecho hasta entonces y destrozando sus esperanzas, sin dejar nada de ellas.

Habían regresado los desgarradores gritos y los golpes de rabia de ese niño que ahora era hombre. La impotencia que durante años fue conteniendo en su pecho había escapado con más exasperación y fuerza que entonces. Ahora, diez años después de la llegada de Totmés, el Tiempo le devolvía al punto de partida sin comprender dónde había errado. Y esta vez se derrumbaba también él, con toda su honorabilidad.

Capítulo 21

—*M*etal, fuego, agua, tierra y madera; cada uno de ellos controla a otro y juntos forman una perfecta armonía.

»El metal es dominado por el fuego, que le da forma a su voluntad. El fuego no es por ello más poderoso, ya que el agua puede acabar con él. Sin embargo, el agua, para ser útil, necesita de la tierra. Y esta se protege y se sujeta por la madera, que con la fuerza de sus raíces la sostiene. La madera, gracias al golpe del metal, se transforma para lo que se precise de ella. Y así ninguno es inferior al otro. Forman una perfecta cadena en la que todos dependen de todos y no hay entre ellos supremacía alguna. Cada uno posee su justo valor, su lugar y su función.

»Cuando esto es así, están equilibrados, y el mundo, que no es más que un sutil y delicado reloj, funciona perfecto. Todas las fuerzas trabajan juntas y el intrincado mecanismo funciona en tan maravillosa conjunción que produce la energía justa para todo movimiento en el espacio y en el tiempo.

»Sin embargo, cuando se perturba alguna de las dos fuerzas, la positiva y la negativa, el caos conmueve al mundo y provoca la destrucción.

Alicio levantó la cabeza y le miró perplejo.

—Esta es la verdad entera. Tan compleja y tan sencilla —siguió hablando el anciano inclinado sobre el papel de su manuscrito—. Y por eso es tan vulnerable. Tan sutil que se escapa a la comprensión y tan solo se muestra cuando se desarrolla el arte de la reflexión.

—¿Por qué me dices esto?

—Para que entiendas el curso de los acontecimientos. Lo que puede parecer un golpe es, en realidad, un hecho que puede ayudar si lo sabes interpretar. No luches contra la corriente. Déjate llevar por ella y, si sabes utilizarla a tu favor, ella misma te salvará. Cuando sopla fuerte el viento, ¿no has visto que los juncos no se oponen sino que se doblan? El viento pasa y ellos quedan. ¡Eso es sabiduría! —contestó el anciano sin apenas moverse.

—¿Me aconsejas conformarme?

—¿Por qué los hombres confundimos tan fácilmente la virtud con la cobardía?

Alicio descubrió a Erugrul en un extremo de la sala y sus miradas se cruzaron.

—Aprende de la sensata naturaleza, hijo. Usa a tu favor lo que sucede —murmuró el viejo dando por acabada la conversación.

El muchacho recogió los libros ya utilizados y volvió a su quehacer.

—Lo intentaré —susurró.

Y la tristeza pareció que se le volvía un poco más ligera.

Como todas las noches, Totmés miraba a El Fin del Mundo con sus ojos desgastados.

Reunía sus huesudos miembros en un apretado ovillo, entrañable postura que le proporcionaba el único calor humano que durante años había sentido.

Ya no recordaba aquel tiempo en el que compartía un jergón con sus hermanos. Aunque alguna vez se le metía en el cuerpo un sentimiento confuso, un finísimo pinchazo en su memoria de haber tenido una familia y de haber vivido en otro lugar. Pero al instante se le desvanecía y ni tan siquiera le quedaba la estela de esa vaga evocación. Tan inmensa y completa era su soledad.

En otro tiempo había sido un niño alegre y, aunque siempre vivió en la pobreza, había disfrutado de la inadvertida riqueza de la libertad. Deambulaba, con sus pocos años, llevando turistas y curiosos por los barrios del Viejo Cairo a cambio de unas monedas que compartía satisfecho con su numerosa familia.

Totmés, que entonces tenía los ojos vivos y las palabras fáciles, se llevaba sin ningún esfuerzo la moneda a su mano y cuidaba de que su cliente tuviera el Nilo y sus inmemorables tierras a sus pies.

Pero ya no recordaba los colores del atardecer sobre el río, ni el bullicio de aquellas callejuelas por las que discurría su infancia con tanta intensidad. Aquella ciudad donde los olores se confabulaban para prenderse en el alma, quedándose por entero y para siempre.

Pero aun así, sin poder acordarse, dormido en su corazón permanecía el momento en que avistó a ese elegante joven francés de ropas tan blancas como su alegre sonrisa. Y corrió en medio del tráfico hacia él y se colgó de su fresca americana de lino y se convirtió en su inseparable sombra y ya nunca más regresó con los suyos.

Yves le pagó un baño, le compró unos zapatos y le llenó el estómago. Y lo hizo tantas veces como necesitó durante dos años. Él, a cambio, le brindó su vida incondicionalmente.

Habría sido mucho mejor que su mente hubiera borrado aquellos tiempos, porque no existió muchacho más feliz ni momentos más intensos que aquellos en los que, junto a su protector, recorrió el misterioso Egipto. Ni cielos tan encendidos, ni noches más hermosas como las que contempló durante aquellos viajes.

Su memoria empezaba justo con el viento que le trajo la voz de Yves: «¡La he encontrado! Pequeño diablillo. ¡La he encontrado!», cuando corrió hacia él loco de alegría y ambos saltaron y giraron entre risas y alboroto.

Y si intensos fueron los años que duró la búsqueda de aquella figura, más intenso fue luego el dolor de la pérdida de Yves. Esos recuerdos fueron los que acabaron por borrar a los otros.

Sin poder entender lo que sucedía fue testigo de un extraño mal que invadió a Yves en poco tiempo. Su cálida risa, tan generosa, fue apagándose hasta desaparecer. Su mirada, antes limpia y brillante, languideció día tras día, y otra desconocida, dura y cruel, acabó sustituyéndola.

Poco a poco, tan silenciosamente que apenas uno podía darse cuenta, dejó de llamarle y de hablarle. Aún ahora no lograba entenderlo. Creyó al principio que aquella actitud era un síntoma de fatiga. Y se obligó a no perder las esperanzas ni aun cuando empezó a gritarle y a amenazarle. Nunca se planteó marcharse de su lado. Al contrario, permanecía junto a él vigilando su sueño, proporcionándole alimento y abrigo sin esperar ya un gesto de agradecimiento. Comprendió que estaba muy enfermo cuando dejó de reconocerle.

En sus largas horas de soledad, mirando a El Fin del Mundo, pensaba en la mañana en que le vio envolver la pequeña figura de oro.

Hacía tiempo que Yves desconfiaba de ese niño sucio que le acechaba para arrebatársela cuando, exhausto, no pudiera evitar dormirse. Así que decidió esconderla de nuevo, ocultarla para que solo le perteneciera a él.

Envuelta en unos trapos sucios, la tomó entre sus brazos y cuando Totmés se prestó para acompañarle, le apartó de él violentamente. Aún resonaban en su mente las palabras que tanta tristeza le provocaron:

«Eres tan codicioso que serías capaz de matarme en la próxima esquina para robarme mi propio corazón.»

Aún le dolía cuando revivía su desprecio mientras con sus manos febriles aferraba el bulto contra su pecho.

Temeroso, comprendió que en aquel fardo llevaba la poca vida que le quedaba y sintió tan claramente el espanto y la desesperación que movían a Yves a proteger aquella figura que temió que pudiera perderla.

Pero retrocedió y le dejó marchar solo, deseando que consiguiera guardarla bien y regresara con la salud que le quedara a salvo.

Al cabo de no muchos días volvió, subiendo a duras penas la estrecha callejuela.

Sus piernas cargaban un cuerpo doblado y envejecido. Corrió a su encuentro, calle abajo, lleno de confianza y le rodeó con sus brazos.

—Yo te ayudaré. Ya estás en casa, *al hamdullilâh!*

Pero Yves no le miró, ni siquiera con su mirada dura y desconfiada. Ya nunca más le miró.

Los días se sucedieron sin recuperación alguna. Echado en su cama, temblaba en sueños y ya no comía. Totmés sufría en la soledad de sus vigiliass y se decía que debía hacer algo pronto. Impotente y triste, se negaba a aceptar que aquello fuera el final. Pero ni una sola lágrima asomó a sus ojos, arrasados como un desierto.

Recogió todas las pertenencias y retiró con cuidado, del lado de Yves, su pequeña y manchada libreta, en la que siempre escribía, y aquel cartucho con el viejo manuscrito dentro. Y lo envolvió todo bien protegido en un único paquete que guardó en el escritorio de su amigo. Cubrió el sudoroso cuerpo con las mejores ropas que tenía y lo cargó con absoluta decisión hasta el hospital más cercano.

No le permitieron estar junto a él, pero aguardó en los pasillos durante el tiempo que Yves se debatió en su agonía, confiando firmemente, incansable, en que sanara, que le reconociera de nuevo. Esperando solo un pequeño gesto que le hiciera entender que todo volvería a ser como antes.

Pero Yves murió una calurosa madrugada, mientras Totmés soñaba. Y cuando el frío cadáver pasó junto a él y observó su rostro dormido, el dolor que vino fue tan intenso que tras él ya no quedó nada. Y allí se vio abandonado, descalzo sobre los añicos de su esperanza.

En el sobrio funeral que tuvo lugar en la capilla del hospital, un extraño lloraba en silencio. Totmés le observaba desde su aprendida distancia. Recordaba haberle visto junto al lecho de Yves durante los últimos días.

Un miedo atroz le asaltó de pronto. Fue como si alguien le asestara un golpe. Y cuando finalizó la breve ceremonia corrió con todas sus fuerzas, angustiado por una sospecha, hasta la húmeda habitación del hostel donde habían vivido tanto tiempo.

Corrió enloquecido, atropellando lo que encontraba a su paso. Comprendiendo que tal vez ya era tarde. Presentía que le habían quitado lo único que le quedaba de Yves: sus papeles amados. Por sus mejillas corrían también, amargas y rabiosas, las lágrimas. Las últimas de su vida.

La patrona dirigía a un par de muchachas que limpiaban la habitación.

—¡Todo limpio y desinfectado! Esto es un nido de ratas. Debí echarlos a la calle el mismo día que llegaron.

Totmés se quedó en el umbral recobrando el aliento.

—¡Ah! *Allah yichrib betû!*, ¡que Dios arruine tu casa, asqueroso mendigo! —le gritó la mujer.

Totmés apartó con brusquedad a las mujeres y buscó el paquete con las pertenencias de Yves en el escritorio.

—¿Cómo te atreves, sinvergüenza, a volver a poner tus pies aquí? —seguía vociferando la mujer—. Suerte has tenido de que llegara aquel distinguido señor y pagara vuestras deudas y desperfectos.

—¿Ha permitido que se llevara nuestras cosas? —gemía Totmés.

—¡Vago desagradecido! —ladraba la patrona.

Corrió calle abajo, lleno de desesperación, de nuevo hacia el cementerio. Debía encontrar a ese ladrón que se llevaba los papeles de Yves. Donde él había escrito el lugar en el que escondió su corazón.

Mr. Clardin nunca le vio. Jamás supo de la existencia de aquel adolescente que, a una silenciosa distancia, seguía todos sus pasos.

Totmés sobrevivió por las calles de París, espionando las entradas y salidas de aquel que, sin duda, le llevaría un día hasta la soñada figura. Acostumbrado a esperar, se convirtió en una sombra más.

Cuando Monsieur Clardin partió hacia Τείχος, igual que lo hizo la vez anterior desde El Cairo, Totmés embarcó en el último minuto como grumete, y ayudando en las faenas de peor labor, logró llegar a El Fin del Mundo, donde, junto a los documentos custodiados en la torre de la fortaleza, se convirtió también en un prisionero de aquella isla.

Antes de cerrar los ojos volvió a levantar la vista hacia el monasterio una vez más. Como siempre hacía antes de dormirse. Como cada noche durante tantos años, la luz del faro se reflejó sobre él y, en esos segundos llenos de paz, su arrugado rostro recobraba, sin que nadie lo apreciara, un aspecto aniñado y dulce.

Capítulo 22

La pesada lengua de bronce aún no había sonado y todo permanecía bajo el equilibrio sereno de la noche.

Paseando entre los huertos generosos y los canales de agua mansa, se preguntaba cómo podría retener dentro de él ese instante que pronto se desvanecería. Uno de esos momentos en que se podría sujetar, por las puntitas de las alas, a esa mariposa dormida que es la quietud. Se detuvo y respiró profundamente la fresca humedad que le envolvía.

Un soplo de aire le erizó la piel y le vinieron ganas de silbar, aunque fuera bajito, una canción. Se acordó de su valle.

Se había sentido muy solo, pero ahora, contra todo pronóstico, volvía a tener ganas de superar las dificultades con las que se encontrara.

«Haz caso del consejo que aquel monje te ha dado. Como las hojas que, aun habiendo caído del árbol, siguen bailando gracias a los inevitables remolinos del viento. Como ellas, aprovecha lo que te llega», le arengaba su ego inflamado.

El badajo golpeó la campana y extendió el tañido por la isla entera, como una mano temprana que espabila del profundo sueño.

Acompañado por estos pensamientos, Alicia se cubrió la cabeza y regresó al monasterio.

Erugrul lo percibió con tan solo verle llegar. Le observó durante toda la mañana mientras repartía los libros y ordenaba papeles y no precisó más para saber que ya estaba todo listo.

—El próximo paso te exigirá la vida —le dijo con voz seca, sin mover la vista del libro que leía.

«Pretende asustarme.» Pero ni un Miedo se le movió.

El bibliotecario pasó la página del libro y siguió con su lectura.

—Nada exige la vida si uno no quiere entregarla, maestro —le objetó mostrando despreocupación mientras con el índice seguía las iniciales de una lista de libros sobre su mesa. Estaba seguro de que si el bibliotecario le hubiera mirado en ese momento, se habría dado cuenta del aire de vencedor que desprendía.

Pero el monje no le miró. No le hacía falta para saber de la necedad de aquel gesto.

Solo dibujó una media sonrisa cercana a una mueca de asco que borró de inmediato, sin que nadie más la apreciara.

—Entonces, tendrás que dar el paso.

Cerró el grueso libro con sumo cuidado y luego se pasó las manos por el rostro. Con agilidad se incorporó y, dejando la puertezuela abierta tras él, desapareció escaleras arriba.

Alicio sabía que no debía consentírselo, pero la curiosidad le arrastró, y se dejó llevar por ella hasta el atril del bibliotecario. Miró la cubierta del grueso volumen y las letras doradas que formaban un nombre: Χάρων, Charon.

Abrió el libro por donde Erugrul había dejado la cinta sedosa y ante él apareció una fabulosa ilustración. Personajes y letras describían una escena alegórica. Y aunque la gramática latina le producía un intenso sopor, leyó algunos de aquellos nombres que no le sonaron del todo desconocidos. Su tía Chuchi, gran apasionada de las historias antiguas, a veces le había contado cuentos a los que ella llamaba mitos.

En la parte superior de la lámina aparecía Pluto, señor de los infiernos, sentado majestuoso con una de sus manos apoyada sobre la cabeza de un ser mísero. A su derecha, una bella mujer cubierta con un manto de vivos colores, y bajo ella un nombre, Proserpina. Su rostro triste se dirigía hacia el centro de aquella escena, donde un barquero apoyado en un largo remo, clavado en aguas oscuras, esperaba en una orilla. Charon era su nombre, y volvió a mirar el título del libro.

Otras figuras y sus descripciones aparecían alrededor de las tenebrosas aguas. Ixion, un hombre semidesnudo atado a una rueda que giraba sin fin. Sisiphus, se leía cerca de otro personaje que arrastraba una enorme piedra por una ladera extremadamente inclinada. Tantalus era el hombre esquelético que alzaba la mano pidiendo alimento.

Un grupo de mujeres, bajo las cuales podía leerse Danaides, llevaban cántaros sobre sus cabezas cuyo contenido echaban en una gran tinaja sin fondo. Dos ágiles muchachas danzaban y sus cabellos eran serpientes: las Furiae, leyó fascinado por la minuciosidad del dibujo.

Un perro con tres cabezas guardaba las puertas de ese infierno, y Nemesis, mujer con ojos vengativos, e Hypnos, un muchacho alado portador del sueño que parece la muerte, transportaban un cuerpo lánguido hacia la barca donde esperaba Charon.

Alicio miraba boquiabierto aquella escena fantástica y pensaba en lo que representaba: la entrega de la vida. Justo lo que Erugrul le acababa de decir hacía unos minutos. Y se preguntó si cada uno de aquellos personajes tendría su equivalente

en aquel monasterio.

Volvió a cerrar el libro tal y como el turco lo había dejado sobre su mesa y miró por la ventana el venerable magnolio. Se encaminó de nuevo hacia la puerta de la sala y observó a los monjes que trabajaban sin terminar jamás. Dudó. Ahora la Curiosidad tiraba de él hacia arriba, tras el bibliotecario. Ajustó la puerta entreabierta que daba al *scriptorium*, se dirigió al otro extremo de la sala privada y se dejó llevar por una clara idea en su mente: Erugrul le esperaba en el séptimo nivel.

«Él es el barquero y ya es hora de que me deje llevar a ese reino oscuro.»

Siempre que subía por las estrechas escaleras observaba los corredores que dejaba a su paso. El olor del papel añejo que se desprendía de esas estancias se le antojaba como el aliento de muchos seres allí dormidos. Era el olor que se desprendía del poso exhalado por los manuscritos durante muchos años lo que impregnaba aquella torre de ese aire distinto.

A medida que subía, se sentía empujado por una fuerza que no sabía si era realmente suya. Volvió a mirar el intemporal árbol de la isla, que desde las pequeñas ventanas le parecía aún más soberbio.

Se hallaba tan cerca de lo que tanto había deseado que ahora sentía no apreciarlo como debía. El cuerpo se le embriagaba por una atracción nerviosa e impaciente y su mente le mantenía suspendido dentro de ese anhelo. Los más de cien peldaños parecían no tener final. Eran sus pasos los que sonaban en su cabeza como el goteo del agua dentro de una profunda caverna.

Al llegar al último piso percibió una débil luz en la sala y se detuvo. Sintió un profundo respeto ante La Puerta Prohibida que se mostraba abierta.

La luz se movió y comprendió que Erugrul la agitaba. Le creció un temor desconocido al mismo tiempo que la atmósfera se enrarecía.

«Ser valiente no es tan fácil», le protestó a su atrevido ego.

En la semioscuridad del interior creyó vislumbrar al monje apoyado en un largo remo. O tal vez era Charon en persona.

—¡Entra! —le ordenó Erugrul y levantó el candil para iluminar la puerta.

Cada latido golpeaba furioso contra su pecho. «¡Estoy solo a un paso! ¡Lo inalcanzable está delante de mí!» Y pensó en las palabras de Fedor y evocó la paz del huerto justo antes de despertarse el monasterio y recordó el velero en la bahía y revivió el instante en que Ella le dio un beso y, como por arte de un talismán mágico, la invisible mano negra que le quería sofocar el corazón retrocedió.

—La torre te permite entrar donde se ocultan los conocimientos a los que quieres

llegar.

Alicio avanzó bien erguido con los ojos abiertos de par en par.

—¡El Danzarín de los dioses! —musitó al entrar.

Y el eco de esas palabras escapadas de su boca resonó hondo contra las paredes oscureciendo el rostro del bibliotecario.

—Bien. La espera ha concluido —dijo girando su brazo con un movimiento suave y señalando a su alrededor.

Luego se acercó hasta el joven y miró dentro de sus ojos como si se asomase al interior de un recipiente. Alicio temió que volviera a querer atraparle con sus extrañas artes.

—Ahora tengo que hablar con el prior.

Y se marchó con premura, dejándole el candil sobre una solitaria mesa ennegrecida.

Quedó en el silencio de aquella estancia y se sobrecogió.

«Ya todo es posible. Tengo al alcance el deseado pergamino egipcio de Monsieur Clardin. Estoy a un paso del final de la búsqueda. En cuanto lo encuentre puedo volver a casa con todo el éxito de la misión imposible. Con toda la gloria de la mayor proeza imaginada, tal y como había soñado me habré convertido en el más audaz aventurero.» Tuvo ganas de reírse pero, consciente de la densidad de aquella atmósfera, se contuvo.

«Puedo acceder a tantas informaciones secretas y poderosas que me convertiré en un hombre magnífico y admirado cuando esté de vuelta en el mundo. Conoceré las claves que otros escondieron y casi nadie sabe, encontraré las mayores riquezas y disfrutaré al máximo de la vida.»

Contempló aquellas baldas repletas exultante de felicidad, no parecían tan terribles como había imaginado en sus pesadillas. Le sorprendió una leve risa, y giró inmediatamente sobre sí, pero se tranquilizó al reconocer que era él mismo quien había reído. Alzó el candil con cuidado a la altura de sus ojos y enfiló los estrechos pasillos que los propios estantes formaban. Aunque el corazón le latía con fuerza, no reconocía al Miedo en ninguna sombra. Solo alguna Desazón inquieta le apretaba el pecho. Y cogido de la mano de un silencioso Respeto, se adentró por ellos.

Aquellos libros, lejos de ser monstruos torturados, parecían tesoros dormidos. Todos desprendían una atracción mansa que jamás hubiera sospechado. Incluso la temperatura que los envolvía era agradable.

Dormitaban apretados, los unos contra los otros, en las ajustadas repisas. Despacio fue subiendo y bajando la luz del candil, admirando aquel extraordinario e inaccesible

lugar.

«No entiendo aún cómo lo he logrado pero ya lo analizaré más tarde.»

No pudo refrenar el deseo de acercarse su mano y tocar con mucha delicadeza la piel de alguna cubierta, y el tacto en la yema de sus dedos le produjo auténtico placer. Entonces entendió que era la piel más íntima de la torre la que estaba acariciando y se sintió muy complacido.

Tejía las coordenadas sobre el detallado planisferio ayudado por su compás, en el que nebulosas, galaxias, constelaciones y hasta las estrellas de quinta magnitud podían observarse. Fedor no lograba concentrarse en los cálculos matemáticos de tan imprescindible precisión. Si leía en el cielo los acontecimientos cercanos, la exacta posición de los astros pronosticaba sucesos importantes. El monje observaba y medía, a través de su astrolabio, las elipses y las comprobaba en el atlas celeste.

Pero su mirada escapaba hacia la puerta cada vez que esta se abría. Aguardaba la figura de Alicio con una pesada carga de libros entre sus brazos, pero una y otra vez era Erugrul quien entraba o salía, y entonces devolvía su mirada hacia las eclípticas celestes.

Cuando los monjes fueron abandonando sus bancos, él aún esperó. La campana llamó a las vísperas, y los que todavía permanecían absortos sobre sus trabajos cerraron los libros y en silencio se marcharon.

Mesa por mesa, Erugrul recogía los libros mientras observaba la presencia del astrónomo inamovible en su banco. Al acercarse a la suya, se inclinó para tomar también los que había allí y Fedor le retuvo la mano.

—No deberías consentir que tu trabajo se viera afectado tan fácilmente —le recriminó Erugrul como respuesta al gesto.

—¡Tú no deberías consentir que nada malo suceda! —le replicó el astrónomo apretando fuerte la mano bajo la suya.

—Es la torre quien le retiene, no yo. Cada noche baja hasta la sala donde le espera un cuenco con comida. Cuatro días lleva en la torre y ahora más que nunca me interesa su seguridad. Jamás tanto como en estos momentos he deseado que encuentre lo que busca. Créeme si te digo que pido para él toda la misericordia de Dios. Clavó sus ojos negros en los de Fedor al tiempo que, con un brusco movimiento, desprendió su mano de la suya.

Recogió los mapas, los enrolló con suavidad y, con el rostro contraído, continuó con su recolecta.

Durante semanas ambos siguieron vigilando con distinta mirada la débil luz del candil que cada noche, desde los huertos, podía verse allá arriba en la torre.

Gracias a su experiencia como aprendiz, Alicia ya conocía el sistema organizativo que se usaba en la biblioteca. Tras días de no encontrarle un sentido a la estructura de archivo del séptimo nivel, encontró al fin un hilo del que tirar y que tenía cierto nexo con esa antigua lengua helénica: el primer volumen de cada estante era siempre un ejemplar en griego y todos los demás guardaban relación con la inicial del primero, aunque estuvieran escritos en otros idiomas. El resto de estantes seguía el orden que lleva desde alfa hasta omega. Así es como estaban ordenados los preciosos tesoros de Erugrul y solo le faltaba dar con el estante que guardaba el pergamino egipcio.

Pero esa tarea se estaba haciendo extremadamente lenta. Algunos de esos libros y códices parecían agarrarse a sus manos, y no tenía más remedio que sacarlos de sus emplazamientos y abrirlos. Y entonces las líneas manuscritas que contenían le absorbían apoderándose de él. Le robaban la voluntad. Olvidaba su verdadera búsqueda y se quedaba absorto durante horas ante los maravillosos dibujos y el misterio de sus entrañas. Y aunque no comprendiera lo que estaba escrito, las palabras querían ser leídas y él las leía. Pero cada vez más tenía la impresión de que era el propio libro quien leía en sus ojos, quien deslizaba las hojas por entre sus dedos, quien se introducía dentro de su mente.

Alicia ni siquiera advertía la presencia de Erugrul cuando cada día subía al séptimo nivel y le vigilaba. Aunque aquella concesión inevitable formaba parte de su plan, no podía evitar que le produjera dolor y celos. Se sentía como un amante desdeñado cuando comprobaba que la torre no oponía ninguna resistencia.

Era una burla cruel que los hilos del tiempo hubieran ido trenzándose, de una forma tan inexplicable, para hacerle revivir de nuevo lo que quería ser olvidado. Observaba al intruso acercándose a su secreto. Que jamás, nunca, sería revelado. Y deseaba con todas sus fuerzas su muerte. Erugrul, entonces, se marchaba despacio y en silencio, pensando los pormenores de su estrategia para encauzar bien los acontecimientos.

Aquella noche bajó por las escaleras con un gran peso en el corazón, mientras repetía una vez más las palabras de su juramento. Si no podía seguir cumpliéndolas, toda su vida no valdría nada.

Su espalda quiso doblarse y sintió que las piernas le flojeaban. Miró la piel envejecida de sus manos y sintió cansancio. Se detuvo unos instantes, solo unos instantes, y luego continuó bajando. Despacio llegó hasta el umbral de la sala y se

sentó ante su mesa, alargó la mano y cogió una hoja en blanco. Recordó cuando muchos años atrás tomó la pluma por primera vez para escribir el relato de su vida. Y cómo los hechos que luego sucedieron tuvieron que ser anotados tal y como se los había narrado su maestro Daniel aquella lejana y desgraciada noche.

Solo él sabía lo ocurrido. Solo él y Totmés.

Se inclinó sobre la hoja para escribir el último capítulo de su crónica. La llegada de Alicia a la isla. La amenaza que se cernía de nuevo sobre la biblioteca y los motivos por los cuales iba a actuar de ese modo.

Durante horas expuso minuciosamente sus pensamientos y razones, y cuando hubo concluido añadió un epílogo a su manuscrito.

«El punto final no lo escribe la mano del hombre sino el impasible Tiempo, el único que siempre supera el talento del más avanzado pensador. Pero yo escribo esto para que la verdad y la mentira queden expulsadas de mi corazón, en los últimos días de mi vida.»

Puso entonces su nombre y la fecha, recogió las hojas y las ordenó. Luego se acercó a la ventana y se quedó inmóvil ante la negrura de la noche, reconociendo una soledad tan amarga como la que ya sufría, desde hacía tanto, Totmés.

Se había quedado dormido junto a los antiguos textos que la humanidad pretendía perdidos o destruidos. Bajo su mano el corazón de la torre latía sosegado.

El bibliotecario entró sigiloso, pasó junto a él y con su mirada recorrió los estantes. Conocía, a ciegas, el exacto lugar donde esperaban las cubiertas que guardaban el relato de cuanto había sucedido sobre el Danzarín de los dioses. Añadió las últimas hojas en silencio y pasó su mano sobre el cuero pulido de la encuadernación con una caricia vieja, tantas veces hecha. Sabiendo que no agregaría nada más a lo escrito.

Erugrul se acercó al candil de la mesa y lo apagó. Alicia se acomodó bajo un leve estremecimiento.

¡Cuántas veces la oscuridad se había apoderado de la estancia y cuántas más aún lo haría! Conocía aquella sala desde su tierna juventud, cuando llegó a la isla huyendo de una condena a muerte que pendía sobre él. Por un delito de saqueo y asesinato. Un asesinato justo, se decía siempre que pensaba en ello, ya que mató al hombre que traicionó a su padre. No dudó en clavarle el puñal con su mano diestra, y la razón, que estaba de su parte, le dio el coraje necesario. Sin ningún remordimiento destrozó y quemó todas las pertenencias de ese ser miserable que vivía corrompido por la avaricia.

Jamás, ni entonces ni ahora, había negado lo que había hecho ni tampoco nunca sintió el menor arrepentimiento. Fue así como recorrió su país buscando salvar la vida, hasta que unos navegantes le llevaron a Τείχος. Un lugar olvidado que abría sus puertas a hombres que, como los libros, se apartaban de la estupidez del mundo.

Ahora esos recuerdos se le agolpaban en el alma y sintió nostalgia: daría todo el saber acumulado por retornar, aun por unos breves momentos, al agua clara de su juventud. Al lado de su maestro. Incluso por volver a su pobre casa de paredes de estiércol y barro. Por poder desprenderse de la amargura que se había prendido en su corazón. Por curar la incurable llaga de ya no poder volver ni tampoco poder olvidar.

Todo lo que debía hacer estaba hecho. Por primera vez tuvo la percepción de ser un indispensable instrumento en la poderosa cadena del Danzarín de los dioses. Sin duda, el único que conocía todos los hechos y todos los personajes sin haber peligrado por este conocimiento. A él se le había encomendado dejar constancia de los sucesos y sus escritos permanecerían por los siglos. Aunque fuera en el más estricto olvido.

Antes de cerrar suavemente la puerta tras él recorrió la oscuridad de la sala con la mirada, con un sentimiento de profunda emoción. Él era quien la seguiría amparando bajo su custodia y su protección. Esa era su más sagrada labor.

Bajó por la ennegrecida escalera sintiendo cada peldaño bajo sus sandalias. Consciente de aquel momento como quien reconoce el sabor de un vino, laboriosamente conseguido, sabiendo que tras beberlo solo quedará el recuerdo.

Capítulo 23

*E*l día se despertó resplandeciente colándose por las aspilleras de la sala prohibida. Suave como una madre, la luz acarició a Alicio, que abrió los ojos perezosamente.

Había tenido un sueño extraño en el que un hombre sin rostro le indicaba, con un largo dedo, un camino estrecho y oscuro cuyo fin no podía verse. Y, aunque recordaba haber corrido con todas sus fuerzas por él, no conseguía avanzar ni un palmo, ya que cada vez que se detenía aquel personaje seguía a su lado señalando hacia el mismo lugar.

Aun así, se despertó sin ninguna clase de desasosiego, más bien al contrario. Se sentía recuperado del cansancio de la noche anterior y con la mente sorprendentemente lúcida.

«Hoy será el día en que lo encuentre, estoy seguro», fue el primer pensamiento que tuvo. Se desperezó con una ligereza inhabitual y observó la claridad que se filtraba en la estancia. «Hasta la luz parece especial, como si fuera una premonición.»

Recogió los libros esparcidos sobre la mesa y con mucho cuidado los devolvió a sus baldas. Después se ordenó el hábito y con los dedos peinó lo mejor que pudo sus cabellos. Y bajó en busca del cuenco que Erugrul debía haberle dejado la noche anterior.

Encontró la sala vacía. El cuenco se encontraba, como de costumbre, sobre su mesa y el mendrugo de pan junto a él. Sorbió de un rápido trago la sopa fría, luego hincó con ganas sus dientes en el chusco y lo reblandeció en la boca antes de tragarlo. Cuando terminó volvió a reparar en la ausencia de Erugrul y, extrañado, se acercó al atril donde solía tener algún libro de lectura. Lo encontró vacío, al igual que la mesa sobre la que normalmente había multitud de papeles y otros utensilios. Todo recogido.

Entreabrió la puerta que daba a la sala de estudio y observó a los monjes ya dedicados a su labor. Tampoco vio a Fedor.

Un monje le hizo una señal y muy gustoso reemprendió su papel de atento ayudante. Tan pronto como Erugrul volvió, comprobó sin cruzar palabra que todo estaba en orden y bien servido, y ambos continuaron con sus funciones en la biblioteca hasta que, en la hora de vísperas y con todo recogido, Alicio subió de nuevo, como cada noche, al séptimo nivel de la torre.

Tan seguro estaba de que iba a conseguirlo que, mientras subía por la escalera, ya solo podía hacer planes para la vuelta a casa. «Tengo que tenerlo todo previsto antes

de que el próximo barco recale en Τείχος, sin levantar ninguna sospecha sobre mi verdadera intención.» Tramaría una huida perfecta.

Empujó la puertezuela y se dirigió a la zona donde había dejado la búsqueda la noche anterior. En la letra griega «Θ».

Ya había revisado sin éxito la balda de la letra inicial del Danzarín, la «X», pero no había encontrado nada. Así que ahora era en esa otra letra donde tenía las esperanzas puestas. En ese estante tenían que estar todos los títulos de los libros que se iniciaran con la palabra «dioses» o la contuvieran; no importaba la lengua en la que fueron escritos, todos estarían allí. Y una de las palabras que había copiado en un papel, tras consultar libros y diccionarios a escondidas de Erugrul, era Θεοί.

‘Ο χορευτής των θεών’, el Danzarín de los dioses.

Descifraba y leía, en voz baja y concentrado, los títulos que enunciaban los apretados tomos. Algunos, al intentar moverlos, crujían bajo sus dedos. Tan viejos y tan oscuros otros que las letras escritas en sus lomos apenas eran legibles y eso le inquietaba mucho. «¿Y si no puedes reconocerlo?», le incordiaba su lado negativo mirando los cartuchos con manuscritos enrollados en su interior. Pero aun con una tarea tan incierta se sentía esperanzado.

Erugrul aquella mañana había bajado de la torre a una hora desacostumbrada. Tras recoger todas sus cosas y dejando atendidos a los monjes en sus trabajos, había abandonado la labor por primera vez en todos sus años de maestro bibliotecario.

Al cruzar los huertos, los hortelanos, sorprendidos, levantaron la vista. Avanzó por entre los canales de agua con paso rápido, traspasó el umbral de la gran puerta de la muralla y salió al exterior del monasterio. Le pareció que la mañana tenía una luz diferente. Se encaminó hacia el tortuoso sendero que bajaba hasta el mar. Sus sandalias avanzaban ligeras.

En un punto abandonó el camino y, sorteando las rocas, se dirigió hacia un lugar ya frecuentado por él en tiempos lejanos: el rincón exacto donde sabía que hallaría al viejo Totmés. Un punto estratégico que a ojos de cualquier otro monje no era fácil ver.

Allí estaba, doblado hacia delante, como siempre. Bajo la sombra que un abrupto pliegue de una roca le proveía. En un largo y poderoso saliente sobre el mar. Formando parte de la misma umbría que le protegía, el mejor lugar para avistar a quien entrara o saliera de aquella isla.

La brisa le trajo el rumor de los pasos de Erugrul, se giró y le olfateó en el aire.

Antes de alzar la voz, el monje se echó atrás la capucha.

—¡Totmés! Hermano —le repitió varias veces hasta que los deslumbrados ojos del anciano pudieron verle mejor.

Pero su interés desapareció de inmediato. Erugrul había sido siempre una compañía no deseada. En el desprecio que sentía por todos los monjes de aquel lugar, era por Erugrul por el que más resentimiento tenía. Cuando le confinaron al faro, prohibiéndole volver a entrar en el monasterio, fue él quien se encargó a diario de llevarle comida y agua. Siempre puso mucha insistencia en ganarse su confianza, ese turco.

Cuando todo sucedió, los dos eran jóvenes. Él le prometió que le ayudaría a cambio de su silencio y le mantuvo engañado mucho tiempo a cambio de que poco a poco le relatara la historia de sus adversidades. La parte desconocida de su participación dentro de la historia del Danzarín de los dioses. Y todo fue a cambio de nada.

Por eso los sentimientos que en Totmés se despertaban, ante la presencia de Erugrul, eran de un odio encubierto. Los disfrazaba bajo una mansa frialdad. Fingía indiferencia para ocultar mejor el deseo de asestarle, algún día, un golpe mortal.

—Totmés, hermano. Quiero hablar contigo.

El viejo alargó una mano esperando algún mendrugo de pan. El bibliotecario rebuscó en su bolsillo interior y extrajo un puñado de frutos secos, guardados en una visita a la cocina. De forma automática, Totmés se los llevó a su boca desdentada y se alejó de inmediato.

—¡Totmés, ven! No te marches. Quiero hablar contigo de la torre —le propuso mientras se sentaba sobre la superficie cubierta de salitre.

El otro le miró receloso, ocultándose tras otro pliegue de rocas. Escondido, mordisqueaba con sus duras encías aquellos frutos, mientras desgranaba lo que acababa de oír.

No quería provocar que le escupiera y que acabara marchándose, así que el monje esperó pacientemente unos minutos antes de volver a insistir.

—No he olvidado la promesa que te hice. Hermano, hoy subirás a la torre conmigo. —Calló un momento dejando que las palabras flotaran sobre el lugar y cayeran sobre el egipcio—. Por fin ha llegado ese día en que la deuda será saldada. El día en que los dos lo pondremos de nuevo todo en su lugar.

Totmés se revolvió nerviosamente. El turco se levantó y se acercó hasta donde se resguardaba el viejo.

—Yo te ayudaré para que puedas llegar hasta el hombre que has estado esperando. Luego callaremos de nuevo, porque el secreto ha de continuar oculto por el bien de la

biblioteca y por el Danzarín de los dioses.

El viejo se agitó al oír pronunciar aquel nombre.

—Totmés, hoy tenemos la ocasión. Al fin ha llegado el día, no hay obstáculos. Nunca antes pude proponértelo, aunque lo haya deseado tanto como tú. Él está allí arriba, otra vez. En la torre —le dijo elevando sus palabras con intensidad buscando provocar la chispa que encendiera el fuego—. ¡Le has visto igual que yo! Sabes que por fin ha vuelto y que esta es la última oportunidad que tenemos. Los dos hemos sufrido demasiado tiempo.

—¡Cállate! —le interrumpió agriamente el viejo. Su consumido rostro reflejaba un dolor intenso y cargado de odio. Y como un animal malherido se encorvó sobre sí mismo, lleno de rabia.

Hacía tantos años que no hablaban de ello que el sufrimiento se le volvía aún más descarnado, con Erugrul hurgando tan bruscamente en él. La boca se le llenó entonces del regusto áspero que se desprende cuando se remueve el poso de mucha amargura.

Erugrul fingió un gesto defraudado.

—Claro, ahora es tarde. Te has vuelto viejo y estás enfermo. La angustia y los años han acabado venciendo. Eres apenas un recuerdo de ti mismo. ¿Cuándo perdiste el firme anhelo por recuperar lo que te pertenece? ¿Cuándo renunciaste a cumplir con lo que viniste a hacer hace setenta años? Debí darme cuenta, para ti ya es tarde. Solo aspiras a morir entre tus tormentos. Al fin, vencido. —El turco sabía que debía pronunciar las palabras correctas, que solo tendría esa ocasión para conseguirlo, y las dijo—: Ya hace tiempo que renunciaste al corazón de Yves.

Totmés se giró bruscamente y con fuerza escupió sobre la cara del bibliotecario.

—¡Sucio! —le gritó y durante largo rato siguió insultándole, pero el monje se sentía satisfecho. Había conseguido despertarle la rabia, estimular las ganas de venganza—. No he olvidado. ¡Nunca!

—Entonces ven conmigo a la torre. —Y sin perder ni un segundo tiró de su cinto y se quitó el hábito, tendiéndoselo al viejo que le miraba con rencor y sorpresa. Debajo llevaba otro—. ¡Póntelo y esta noche subirás hasta El Fin del Mundo! Te aseguro que cumpliré mi promesa y ninguna puerta se cerrará a nuestra tarea.

Le ofreció la ropa como si fuera un triunfo ya conseguido.

—Yves —susurró el viejo en un débil lamento. Su rostro perdió de pronto la rigidez y sus ojos miraron más allá del mar—. ¿Dónde dejé a Yves?

La herida sangraba de nuevo. Sabía que ese nombre no había sido olvidado. Sabía que Totmés se había protegido de la desconfianza de la comunidad gracias a la misma

demencia que le envolvía, mientras los monjes habían ido olvidando el misterio de su historia. Así, esa extraña locura que le confundía con un solitario lunático era la que le había permitido permanecer aún en Τείχος.

Pero también era cierto que, aunque existía un desorden en aquella mente, podría desenredarse si Erugrul no actuaba correctamente. La confusión en la mente del viejo no se refería a los hechos ocurridos sino al tiempo transcurrido desde ellos. Por eso debía ser prudente y actuar rápido al mismo tiempo. Hacerle entrar en aquel delirio y conseguir que no despertara de él hasta que todo hubiera acabado.

La fina línea que separaba el pasado del presente podía aparecer solo por cuestión de un pequeño error. Pero aun así correría el riesgo, con tal de evitar que aquel chico le impidiera seguir cumpliendo con su juramento. El tiempo les ofrecía a ambos, de una forma justa, corregir lo ocurrido.

Totmés tendió sus manos hacia el hábito y lo cogió, se lo acercó a la seca piel de su rostro. Lo olió varias veces y sus ojos parecieron brillar como los de un niño ilusionado.

El bibliotecario le ayudó a ponérselo y le ató el cinto. Le mojó el blanco y desordenado cabello hacia atrás y le cubrió la cabeza con la ancha capucha.

—Te esperaré en el portón después de la llamada a maitines.

Sintió que todo encajaría, aunque iba a caminar sobre brasas. Pero así estaba escrito y nada podía ser cambiado. Era el precio a pagar y no le parecía excesivo.

Capítulo 24

Alicio acarició la pulida piel de aquella cubierta. No se leía en su lomo ni un dato, ni número ni letra alguna. Sacó el libro por curiosidad, recorrió con las yemas de los dedos las tapas y se sorprendió de su finura y pulcritud. A punto estuvo de devolverlo a su sitio pero decidió fisgonear para averiguar por qué estaba en tan buenas condiciones.

Lo abrió con cuidado y tras unas hojas en blanco leyó en turco «Tanrıların dansçı», y más abajo en griego «Θεών η χορεύτρια». Cerró el libro y lo apretó contra su pecho, aguantando la respiración. El corazón empezó a latirle muy rápido.

Desarrugó nervioso el papel donde había anotado los signos griegos que debía buscar y comparó las letras.

—Sí, podría ser el Danzarín de los dioses. Pero no se parece en nada al manuscrito que esperaba encontrar, no lo entiendo —dijo en voz baja desconcertado.

Gracias a la convivencia con Erugrul, y a la curiosidad que sentía por leer a escondidas sus escritos, había aprendido algo de la lengua turca. Pero no la conocía lo suficiente como para leer y, ni mucho menos, entender con fluidez todo lo que allí había anotado. Caminó hacia la pequeña mesa y acercó el candil. Se sentó y volvió a abrirlo, conteniendo la respiración.

Al momento reconoció aquellos rasgos como la letra del bibliotecario y fue entonces cuando sintió el vértigo de una sospecha.

—¿Y si Erugrul ha reemplazado el original por esta copia y oculta el manuscrito, como un vil ladrón?

Pasó las siguientes hojas con precaución, temeroso de dejar huellas o marcas que le delataran en lo que estaba descubriendo. Con mucho interés recorrió las láminas buscando alguna suerte de mapa o dibujo que le brindara una pista rápida sobre el escondite de la figura. Pero en su apresurada pesquisa solo pudo reconocer algunos nombres como Her-Khuf, Yves e incluso Τείχος. Nada de mapas.

Intentó controlar su ansiedad.

«Deberías buscar una interpretación razonable. Como lo haría un buen investigador histórico. Aplica la lógica sin ponerte tan nervioso. ¿Dónde mejor que en este inaccesible lugar podría proteger Erugrul el pergamino egipcio, por mucho que lo haya robado?»

—¡Exacto! —se respondió a sí mismo—. Eso es. El manuscrito tiene que estar aquí. Nadie más tiene acceso a esta sala. En cualquier otra dependencia del monasterio ninguna puerta está cerrada con llave, por lo que sería una locura haberlo sacado del séptimo nivel. ¡Está aquí!

Se levantó empujado por esta convicción hacia el estante y continuó la búsqueda que había dejado interrumpida en el de la letra griega Θ. Aún cabía la posibilidad de encontrarlo.

Pero tras un frustrante y exhaustivo registro no fue así.

Al fin se sentó frente a aquel libro de Erugrul con un sentimiento de inmenso desconcierto. «¿El manuscrito egipcio está aún más oculto que todo lo que se oculta en este lugar? Este ha sido el único motivo por el que el bibliotecario te ha permitido este desvarío, para mofarse de tu pretensión.» No le gustaba escuchar la voz crítica de su conciencia haciéndole preguntas y dándole respuestas. Sintió una creciente humillación que acabó produciéndole una incontrolable rabia. «Te han vuelto a tomar el pelo, como siempre, mientras tú te las dabas de estrategia y valiente.»

Aún tardó un buen rato en conseguir calmarse y ver la situación desde la nueva perspectiva. Le costaba aceptar que el libro escrito por Erugrul era todo cuanto encontraría y que, si realmente quería localizar la figura, tendría que buscar las pistas dentro de ese condenado texto. Miró de nuevo las páginas pasándolas con desagrado.

—Tal vez se trata de una traducción literal de los manuscritos originales y la transcripción de los hechos posteriores. Con todos los nombres y todos los lugares, y con alguna pista secreta del sitio exacto donde Yves escondió la dorada estatuilla. Podría tratarse de la completa y verdadera historia del Danzarín de los dioses, con todas las claves ¡y reunidas en un solo tomo! —se animó con cierto cinismo.

«¡Sí, claro, una ocasión única! Pero tendrás que leerlo entero si quieres saberlo. ¡Listillo!»

—De acuerdo —se autorrespondió insuflándose coraje—. Pues si tengo que leerlo, lo leeré. Estoy más cerca que nunca de saber toda la verdad.

Aunque aún se sentía contrariado, reconoció que traducir aquel libro turco le sería más fácil que traducir un antiguo manuscrito egipcio.

«Sin embargo también esto puede costarte demasiado tiempo. Y además cabe la posibilidad de que Erugrul lo haya escrito con datos falsos para despistar a algún desalmado que, como tú, intente encontrarla. ¿Has pensado en eso?»

Una incipiente desazón le empezó a quemar por dentro. No tenía ninguna seguridad de nada ni tampoco disponía de tanto tiempo si quería marcharse en el próximo barco,

ni aquel traidor le permitiría realizar todo aquel análisis minucioso que precisaba hacer aun en el improbable caso de que, además, fuera capaz de llevarlo a cabo. «Y, para mayor dificultad, tienes que hacerlo todo solo y a escondidas, y sin levantar sospechas.»

Se desmoralizó de nuevo, sintió que su sino tiraba sobre él una red y se lo llevaba al sótano de los perdedores.

Dio un pequeño paseo por la estancia mientras pensaba, se acercó y miró por la pequeña aspillera.

—¡Fedor! —exclamó de pronto esperanzado—. Él conoce mejor que yo esa lengua, puedo pedirle que me ayude.

Cerró el libro y lo introdujo bajo su hábito, se apretó el cinto para sujetarlo mejor contra su estómago. No dejaba de sorprenderle su gran capacidad para encontrar rápidas soluciones a sus problemas.

Cuando se disponía a recoger la mesa y marcharse en busca de su amigo, se dio cuenta de que esa no sería una buena decisión y se frenó. «Si Fedor conoce tus intenciones no podrá permitirte ni lo que pretendes hacer ni tampoco tu fuga posterior. ¿Es que no piensas?» La sonrisa se le evaporó de inmediato.

Hubiera deseado tener ese envidiable dominio de la situación de la que todos los héroes de sus novelas hacían alarde cuando se hallaban ante nuevas contrariedades. Pero en lugar de eso él desarrollaba más torpeza y angustia y un irremediable sentimiento de derrota.

Se sentó abrazándose el vientre, apretando el último obstáculo de Erugrul contra su cuerpo.

—Solo yo puedo traducir el manuscrito turco y además debo hacerlo con el máximo cuidado posible.

«Ahora parece que por fin lo comprendes. Cabe la más que segura posibilidad de que se haya escrito con palabras herméticas de las que usa a veces Erugrul, esas palabras extrañas con tanto poder que solo él conoce, para evitar que nadie sepa el lugar donde está escondido el Danzarín.»

El mundo, a plomo, le caía encima. La más espantosa de todas las malas fortunas le volvía a señalar con su dedo negro. La puerta de la esperanza, que hasta entonces había conseguido mantener abierta, se cerraba sin piedad ninguna.

El golpe retumbó en su oído tan nítido como en sus pensamientos y el candil se apagó bajo el paso de una inesperada corriente de aire. La pequeña puerta del séptimo nivel, que siempre dejaba de par en par por consejo de su prudente temor,

súbitamente se había cerrado, dejándole envuelto en una total oscuridad.

No supo por qué pero rápido, como el mismo instinto, se escondió asustado bajo la mesa. Podía ser que hubieran regresado todos sus fantasmas de nuevo, más fuertes y malvados que antes.

Allí agachado se despreció a sí mismo por no poder impedir que aquellos miedos le hicieran oír, como si fueran reales, unos murmullos provenientes de las tinieblas.

Se obligó a demostrarse que aquello era fruto de su enfermiza imaginación, pero de la sofocante sensación de miedo pasó a la perplejidad al reconocer, sin ningún tipo de duda, la voz segura y seca de Erugrul.

—No temas, encenderemos el candil y terminaremos antes de lo que crees.

Alicio se contrajo aún más bajo la mesa deseando encogerse hasta alcanzar el tamaño de una mota de polvo. «Si sales de tu escondite, descubrirá el libro escondido que llevas bajo el hábito, pero si no sales acabarás siendo descubierto igualmente.» No sabía qué hacer. No le ayudaba a decidirse el creciente temblor de sus piernas, empezó a intuir que iba a abandonarse a un desmayo inoportuno pero inevitable.

Pero la sorpresa de una inesperada respuesta a las palabras del bibliotecario le desbloqueó. Volvió a escuchar esa voz débil y desconocida. El corazón se le disparó a una velocidad insoportable.

Oyó el sonido del roce de unas sandalias muy cerca de la mesa, estaba a punto de soltar un grito que no podía retener. Ahora ya sí deseaba desmayarse pero no confiaba en tener tanta suerte.

Al encenderse la luz del candil, Totmés retiró la capucha que aún le ocultaba el rostro y, poniendo las temblorosas manos sobre su nariz y su boca, se conmovió ante la visión.

Con una mirada rápida, Erugrul rastreó la estancia. El muchacho no podía estar lejos porque sus utensilios de trabajo estaban sin recoger, lo imaginó escondido bajo la tosca mesa.

Allí estaba. Apretando todavía con más fuerza su cabeza contra las ásperas mangas y buscando en su memoria una salvadora oración final.

—Por fin estás aquí, en el mismo corazón de la torre —habló solemne el bibliotecario llenando de intensa emoción cada una de sus palabras—. A quien se le permite tocarlo ya jamás puede abandonarlo.

Totmés permanecía inmóvil. Sus ojos, que apenas podían ver en aquella luz, recorrían despacio los sombríos estantes llenos de pliegos y libros. Ese lugar inalcanzable en el que tantas veces había querido entrar. En su pecho se abría camino,

mansamente, una sensación reparadora. Similar a la que produce sobre una mejilla con fiebre el contacto de un fresco cristal. El peso que curvaba sus hombros pareció aligerarse y su cuerpo se irguió lo suficiente para que se le llenara el alma de una breve calma.

Justo entonces la brisa de la noche se coló, sin darse cuenta nadie, por una de las ventanas y con un suave soplo movió la luz del candil, brindando una ocasión perfecta a las Sombras escondidas en aquel lugar para salir, apenas unos instantes, de sus agujeros y bailar una hermosa danza sobre las paredes, sobre los estantes y a ras del suelo, para el anciano que las miraba.

Profundamente conmovido, Totmés bajó las manos de su rostro y las cruzó emocionado sobre su pecho.

—*Notre prison.* —Su voz, quebrada y apenas audible, pareció rasgar una vieja fisura mal cerrada y unas imposibles lágrimas quisieron brotar de sus ojos, como súbitas gotas de una fuente extinguida mil años atrás—. No me dejaron entrar y me trataron como a un loco. Mentirosos y locos son ellos. ¿Por qué nos hicieron esto? —continuó hablándole en voz baja a alguien que tal vez estuviera en sus propios pensamientos—. Él me lo prometió. Las destrocé y ni eso me quedó. Aquí sin saber nada. Se fue sin mí. Los locos fueron ellos.

Erugrul vio asomar la intensa esencia de un sufrimiento antiguo y supo que debía utilizarla sin perder más tiempo.

Aunque seguía encogido sobre sí mismo, Alicio interrumpió su silenciosa plegaria. Aquella voz sofocada ya la había oído antes y la sensación que le provocaba era de alerta máxima.

Lentamente giró la cabeza hacia su izquierda, no quería hacer ni el más mínimo ruido. Tal vez el corazón acabara delatándole pero miró.

Unos pies calzados permanecían cerca de su escondite. Y, dos pasos más atrás, unos pies descalzos, duros y anchos, sucios y huesudos.

Quiso respirar pero el pecho se negó a hincharse.

Las sandalias de Erugrul dieron un par de zancadas rápidas por la estancia mientras los otros pies seguían inmóviles.

No quería aceptarlo pero empezaba a comprender lo que estaba pasando. «Los dos seres que más mal te desean y a los cuales ningún razonamiento les podrá detener están aquí encerrados contigo. En esta aislada sala de El Fin del Mundo. Donde nadie acudirá a tu llamada de auxilio. Y, con toda seguridad, los dos maquinan algo tan perverso como imposible de evitar.»

—¡Estimado Totmés! Al fin ha llegado el momento que tanto has deseado. Ahora podrás acabar con él y recuperar lo que solo a ti te pertenece —Erugrul siseaba complacido en la perfección de su plan, orgulloso de sus elaboradas maniobras.

El egipcio movió nervioso su rostro, la voz de Erugrul le había arrancado de su abstracción. Sacudió la cabeza, intentando encontrar algún añorado recuerdo.

Al turco le fue fácil captar el fugaz estremecimiento que corría bajo la ajada piel del hombre y supo que debía espolear su odio un poco más.

—Nada podrá evitar la justa venganza por todo lo que has sufrido. Desde las noches en las que velabas la angustia de Yves, sin poder evitarle tanto sufrimiento. Desde la profunda rabia por lo que te fue usurpado perteneciéndote solo a ti. Desde la terrible desolación en la que convirtieron tu vida entre todos. Desde entonces hasta hoy ni un solo día has podido encontrar reposo para tanto dolor que no mereces. Ni aun cuando, paciente y manso en tu propia perseverancia, soportaste la espera que se te impuso en esta maldita isla negra. Ni aun en esos años de esperanza pudiste sentir sosiego. Pero ahora ha llegado el momento de resarcirte de tanta vileza. Porque lo que a ti te fue negado sin esfuerzo se lo llevó un ser embrutecido por la ambición. El cruel engaño del que fuiste objeto, la traición con la que se te pagó. La profunda desesperación que te llevó hasta la locura. El abandono en el que quedaste sumido para el resto de tu vida sin poder saber adónde se llevó el corazón de Yves. Todo lo que has sufrido sin haberlo merecido. Todo será hoy vengado. Porque tienes aquí, en la torre, al hombre que te hizo tanto daño. Por fin, Totmés. Hemos esperado a que él volviera y al fin ha sucedido.

A Erugrul aquellas palabras también le dolían. Tanto como heridas abiertas en su propia carne. Porque tampoco él había podido perdonar el dolor. Ni olvidar la profunda tristeza en la que murió su venerado maestro Daniel. También él había sufrido la insoportable pérdida. Él también había deseado encontrar calma para tanta amargura.

Totmés sintió como la rabia revolvía su estómago. Acudieron a su mente las imágenes de aquel desastre mientras el ladrón corría entre las sombras. Recordó, y el agrio sabor del odio le llenó la boca, aquel pequeño barco alejándose mar adentro mientras él le llamaba y enloquecía en la arena. Y el terrible recuerdo cayó sobre él y le devolvió a la tragedia de su vida.

—La venganza, Totmés, es como un huracán que para aplacarse debe arrasar lo que encuentra —apuntilló su arenga el monje dando los últimos pasos hacia el lugar adonde quería llevar al viejo.

Entonces, de una inesperada patada, hizo volar la tosca mesa que protegía al joven. Cayeron con un estrepitoso ruido los útiles al suelo provocando una reacción de agresiva alerta que removió al viejo.

Alicio gritó asustado y se escurrió rápido contra la fría pared, buscando un inexistente refugio donde ampararse.

—*C'est lui!* —exclamó excitado Totmés fijando con atención su vista sobre la figura que se movía en la penumbra.

Alicio pretendía, nervioso y con urgencia, desenredarse el hábito de entre sus pies para erguirse rápido y poder rectificar la terrible equivocación en la que estaba cayendo aquel viejo. Sus labios dibujaban un no rotundo y completamente mudo. Inútilmente trataba de pronunciar aquel sonido imprescindible, pero su garganta estaba tan rígida que se negaba a ello. Tanto como la despiadada mirada de Erugrul.

Totmés, sobrecogido por aquella presencia, tomó el candil que le ofrecía la mano del bibliotecario y se acercó un paso más. Alzándolo para poder ver mejor el rostro del ladrón que se retorció contra la pared.

El muchacho no pudo impedir palpase de forma inconsciente el libro bajo su ropa al tiempo que, por fin, salía de su garganta un claro no desesperado.

Fue entonces cuando el viejo miró al bibliotecario y luego al joven de nuevo. Su mirada era indescifrable, inexpresiva.

Por un instante Erugrul sintió diminutos cristales rodeando su alma.

—¡No soy quien dice! —se defendió casi sin poder respirar.

—¡Necio! —La fría voz del turco se abrió paso y le llegó poderosa como si viniera avanzando desde los oscuros pasillos—. Entonces, ¿por qué te adueñas de los libros de la torre y los ocultas bajo tu ropa? —le acusó señalando su vientre, abominable como la misma peste.

—Lo llevas aquí —arrastró las palabras Totmés, sin apenas levantar la voz, mirando con rencor la mano del chico apoyada sobre un bulto bajo el hábito.

Fue consciente de cómo se abría una trampa mortal a sus pies que no le dejaría salvación posible. Pero una espontánea ocurrencia le salió de algún recóndito lugar de su mente. «Si te han convertido en un ladrón, aprovecha la circunstancia y vuélcala contra Erugrul, puedes delatar lo que acabas de descubrir.» Jugaría a un juego del que nada sabía.

—¡Sí! —le contestó sorprendiéndose incluso a él mismo por la firmeza con que lo pronunció. Aferrado al hilo que le brindaba, de repente, no sabía qué o quién—. ¡Llevo aquí toda la verdad! Pero no es la que él te cuenta —contraatacó mirando por

primera vez a los ojos del mísero egipcio.

No es tan difícil confiar en cualquier atisbo de salvación cuando se teme por la propia vida y utilizar el curso de los acontecimientos, como le aconsejara uno de esos sabios monjes. Dentro de él crecía un coraje que le permitía de nuevo llenar los pulmones de aire.

El egipcio arqueó las cejas sobre sus gastados ojos y se acercó, cauteloso, otro paso más. Parecía observarle desde un tiempo y un lugar lejanos, distintos a aquellos en los que estaban. Desde una realidad que era solo suya.

—Te recuerdo muy bien —hablaba en un susurro amargo—. ¡Estúpido! Creíste que no esperarías tantos años. No te dejaré marchar. —Se acercó otro paso hacia el ladrón y quedando casi a su altura le señaló con un dedo nudoso—. No te he olvidado, ni un solo día.

—Robaste lo que no te pertenecía, sin piedad, igual que el mar lo hace cuando despoja a la tierra —reforzó con odio Erugrul—. De la misma forma que el sol roba cada día la frágil frescura a las flores, valiéndose de una falsa promesa de vida. Así le robaste, sin importarte lo que dejabas detrás de ti.

El viejo farero dibujó un gesto de repugnancia en su boca e inspiró profundamente el aire que los separaba. Al instante ladeó la cabeza levemente y una mueca de dolor y desprecio desfiguró su rostro.

«Si actúas rápido, podrías sacar el libro y dárselo a Totmés. Si actúas rápido, tendrás la ventaja.» Pero se le adelantó el monje al intuir su intención:

—El libro que ocultas te condena. Eres tan mezquino que has regresado para acabar con el último testimonio que queda del Danzarín. ¡Enséñanos el libro que escondes y sabremos si lo que digo es cierto! —Hizo una pausa para asegurarse de que Totmés prestara toda la atención a sus palabras—. Pretendías llevarte lo que escribí acerca de lo sucedido desde el principio hasta hoy. Pretendías borrar el rastro de tu nombre, hacer desaparecer tu delito y las graves consecuencias de tu infame engaño —le acusó, desafiante y pletórico, con la misma energía con que lo hubiera hecho ante un tribunal.

Pero Alicio no estaba dispuesto a dejarse ganar la partida aunque ignorara las reglas del juego en el que le habían metido.

—Eres tú el despreciable. Has tramado un enredo del que aún no sé qué pretendes pero que sin duda estoy a punto de descubrir. Y cuentas con que él te ayude a conseguirlo.

La mente de Totmés iba y venía del presente al pasado. Sus pensamientos se

enredaban entre las sombras de aquella extraña realidad que apenas podía ver. En la semioscuridad de aquella sala, aquella sala tan inalcanzable, ¿dónde estaba el corazón de Yves?

—¡Vuelves a querer engañarle! Pero esta vez no lo conseguirás —levantó la voz Erugrul enfurecido—. Quieres inducirle a la confusión ganando tiempo para tu propósito. Quieres devolverle a su vida desamparada. Pero olvidas que un hombre cuyos ojos no han dejado de vigilar día y noche, esperándote, no puede caer ahora en tan ridículo truco.

—¡Toma el libro de Erugrul! —exclamó con urgencia Alicio entregandoselo al viejo.

Totmés alargó sus dedos y lo arrancó de las manos del muchacho con un movimiento brusco. De su boca dejó escapar unas palabras cargadas de resentimiento hacia el ladrón:

—Yo cumplí con mi parte del trato.

—Y ahora cumpliremos con nuestra promesa, Totmés —añadió el bibliotecario con voz áspera. Y se dirigió al chico—: Él te ha maldecido durante estos años. El día en que te reconoció en la playa supiste, igual que yo, que estabas condenado. También yo te maldigo por siempre por la muerte de Daniel, y hoy se hará la justicia que se debe en el mismo lugar donde se generó la deuda.

Estaba desconcertado, no sabía de quién le hablaba ni qué significaba lo que le decía, se sentía alarmado por el peligro en el que estaba. Alicio buscaba descifrar el rostro impasible de Erugrul, encontrar una pequeña grieta por donde poder escapar.

Miró hacia la puerta cerrada con un ahogo que le asfixiaba. El manuscrito no estaba en El Fin del Mundo y él se encontraba acusado de unos hechos y metido en una historia que no le pertenecía. Y aunque veía a Totmés como a un hombre débil, inmóvil frente a él, comprendía que, bajo esa cáscara frágil, latía un odio denso alimentado durante décadas, esperando a salir.

Así que en un reflejo de pura supervivencia comprendió que, cuando uno se encontraba cuerpo a cuerpo con la adversidad y no había por donde escaparse, solo quedaba entrar en la peligrosa corriente de agua y nadar a favor de ella. Entendió entonces que la única salida, o lo más juicioso, sería formar parte del golpe. Y ese pensamiento transformó su rostro con la certeza de pelear por su vida.

—Ya veo, Erugrul, que vuelves a tener razón, como siempre. Y además, Totmés, tengo que reconocer que he subestimado tu gran memoria —improvisó metiéndose en el papel de aquel ladrón del que nada sabía, irguiendo su cuerpo tanto como pudo

para infundirse el valor necesario aunque desconociera adónde le llevaría—. No puedo dejar de admirar vuestra extraordinaria perseverancia en la espera. Experto como soy en el engaño, nunca creí que pudierais reconocerme. He logrado obtener todo lo que me he propuesto desde aquel día hasta hoy. Y así espero que siga siendo. Este es mi defecto: mi arrogancia. He creído que ya no te encontraría aquí, Totmés — prosiguió atreviéndose a mirar a los ojos del viejo, buscando en ellos una señal que le guiara, pero no la vio y con el corazón martilleándole el pecho se encaminó hacia el bibliotecario. «Pon todo tu talento de actor en esto. Las escenas que has leído miles de veces ¡cópialas! Sabes hacerlo»—. He alcanzado lo que nadie, ni siquiera tú, ha podido lograr. Sí. ¡Soy yo! Ya lo veis, estoy aquí. Poseo la Magna Sabiduría, destinada solo a los grandes hombres. A los cuales no podrás pertenecer nunca. Como podrás comprobar, he llegado a la más alta Ciencia de la Razón. ¡Puedo conseguir lo que me proponga!

Erugrul, por un instante, sintió volar la absurda duda de que fuera realmente el mismo ladrón de entonces. Su gesto y su voz le hicieron pensar en esa imposible posibilidad. Espantó de su mente el pensamiento antes de que tomara fuerza.

Abriendo los brazos, Alicia se inclinó levemente ante ellos. Qué fácil le era dar rienda suelta a su verborrea desbocada. «Esta es tu verdadera arma, solo cuentas con ella. Así que utilízala hasta el final porque sus caras te están indicando que vas por el camino acertado.» Ahora sí que le ayudaba su ego.

—No soy uno de esos caprichosos eruditos que solo acumulan datos y más datos. Esos no poseerán nunca el poder profundo de un alquimista. —Esa palabra siempre le había gustado. Alargó su brazo al mismo tiempo que retiraba la áspera tela que lo cubría, y lo mostró—: ¡Mírame, Totmés! Fíjate bien. ¡Poseo el conocimiento del tiempo! —Y entonces con un inesperado tirón se quitó el hábito entero—. He dominado la edad de forma tan perfecta que mi piel es la de un joven. ¡Mírame bien!

Totmés miró receloso e inquieto, apartando el libro hacia uno de sus costados para protegerlo mejor.

No le estaba gustando aquella inesperada conducta a Erugrul. Sabía que todo podía escapársele de las manos por un mínimo error de distracción. Debía reorientar sus pasos ante la sorprendente táctica que empleaba aquella alimaña. Ahora más que nunca nada podía fallar, el chico conocía su más oculto secreto.

—Ese pergamino egipcio, que parecía solo una reliquia de la historia y cuyo contenido hubiera podido ser una quimera para soñadores, me llevó hasta la extraordinaria figura de oro —dijo cubriéndose de nuevo con la áspera ropa y, a

grandes zancadas, empezó a pasearse por la pequeña sala como un gran intérprete en el papel de su vida—. La tomé para mí y permaneció día y noche conmigo. Siempre a mi lado. Y el pequeño Danzarín con su contacto me hizo cada vez más y más poderoso.

—¡No alargues con cuentos tu vida! —interrumpió Erugrul poniendo freno a toda aquella locura interpretativa—. ¡El Danzarín no te pertenece!

Totmés apretó el libro contra su pecho.

—¿Y el corazón de Yves? ¿Qué has hecho con el corazón de mi hermano? —preguntó temeroso.

Erugrul observaba molesto el giro de la historia. No estaba dispuesto a consentir que la ceguera creadora de aquel desequilibrado cambiara ni una sola coma de su plan. No le consentiría que llevara al viejo loco hacia otros derroteros que no fueran los ya calculados por él. No malgastaría la única oportunidad de terminar con todo aquello para siempre. De asegurarse el cumplimiento de su juramento.

—¡El corazón de Yves! ¿Quieres saber qué sucedió con él? —se apresuró a entrar en el relato.

Totmés le miró completamente desconcertado.

—A los pocos años de haber robado de aquí el legajo, y después de haber logrado encontrar la estatuilla, me hizo llegar una carta, escrita con la mayor de las vanidades, explicando su éxito y haciendo mención de que, junto a la dorada figura, había encontrado una extraña flor viva. Tan fresca como si hubiera acabado de brotar. Tan roja y cálida que al momento supo que era el Danzarín mismo quien la alimentaba y sintió celos de aquella delicada unión.

Totmés alivió fugazmente la contracción de su mirada. Pero solo fue un breve instante porque de nuevo su rostro volvió a endurecerse, lleno de temor y resentimiento.

Era evidente la intención del monje de cargar las tintas otra vez contra él y Alicio no dudó en tomar la palabra dispuesto a deshacer el camino por el que Erugrul avanzaba.

—Era imposible entender la fuerza de aquel inexplicable sortilegio. Imposible comprender que una flor tan bella se cobijara al amparo de la figura de oro. Sin agua ni alimento y sin embargo cada uno de sus pétalos parecía latir como lo hace un corazón.

Entendió que aquella flor era la clave que le llevaría a salvarse.

—¡Eres joven! —interrumpió Totmés, ajeno a lo que pretendían aquellos dos

hombres, y estiró su temblorosa mano acercándola a la del chico con perplejidad.

Y entonces en un grito acusatorio Erugrul anunció:

—¡La arrancó! Totmés, ¡arrancó la flor y la pisoteó hasta destruirla!

El viejo, con un movimiento instintivo, apresó violentamente el brazo del muchacho y le clavó el odio de sus ojos como un puñal a punto de matar.

—En su carta me contaba cómo así consiguió que el Danzarín de los dioses le diera a él la frescura que ves. ¡La misma que había mantenido hasta entonces al corazón de Yves vivo en esa flor!

Alicio se echó hacia atrás asustado y Totmés se abalanzó sobre él. Con una mano seca y fuerte como una vieja sogá le aprisionó la garganta y, mientras las palabras de Erugrul, aterradoras y desbocadas, sonaban en los oídos de ambos, él apretaba y apretaba.

¿Era cierto que todo había acabado? El viejo sintió en su pecho el dolor de la absoluta desesperanza que ya nunca podría ser aliviado. Las lágrimas que no podía derramar subieron desde su garganta y se agolparon en sus ojos. ¿El corazón de su amigo había sido destruido muchos años atrás, mientras él aún esperaba en aquella maldita isla?

Dejó caer el libro al suelo y Erugrul, sintiéndose por fin cerca del deseado desenlace, se apresuró a recogerlo y justo en aquel instante, cuando el muchacho creía que iba a morir, el viejo egipcio le soltó y, como un animal enloquecido, saltó sobre la espalda del turco. Con una fuerza inaudita tiró de la pulida cabeza del monje hacia atrás con ambos brazos y, mientras sonaba el seco crujido de unos huesos, gritó:

—¡Mentiras!

El eco de ese grito, denso y oscuro, recorrió los estantes como un escalofrío helado.

El bibliotecario cayó al suelo igual que un saco pesado, sin tiempo de nada más. Con la boca entreabierta, por la que parecía querer escapar una última palabra que no tuvo tiempo de ser pronunciada, congelada sobre su lengua, sin ningún sonido que la nombrara.

El viejo gritaba. Era cierto que la venganza se asemejaba a un huracán que no se detiene hasta destruir lo que encuentra. Gritaba contra todas las sinrazones que había vivido, las falsedades e injusticias que había soportado y, sobre todas las cosas, gritaba contra aquel hombre al que odiaba con todas sus fuerzas porque le había ocultado la verdad durante casi toda una vida. Aquel que había permitido su desgracia, manteniéndole en la condena de esperar un imposible. Gritaba por los pedazos irrecuperables de su vida anterior y la vida que le quedara. Por terminar, tan

desgarradoramente, con su única razón de existir.

—Dos veces me has engañado —le acusaba ahora con la voz rota. Con desprecio dejó caer la cabeza del bibliotecario al suelo mientras escupía en su boca muerta, y sin apartarse de él continuó hablándole—: ¿Qué ha sido mi vida? ¿Para qué me has traído entonces a la torre? Crees que soy como un perro asesino y me puedes lanzar contra el siguiente ladrón que te moleste. ¡Sucio!

Alicio sufría un intenso dolor en los músculos rígidos de su garganta mientras miraba espantado la escena, asustado por su propia vida. Un sabor agrio lo impregnaba todo, dentro y fuera de él. Incluso el aire que entraba dificultosamente por su boca contenía un olor extraño que le hacía sentirse culpable. Incapaz de erguirse, incapaz ni tan siquiera de ser.

Y entonces la sala quedó engullida en un denso silencio, del que surgía, casi inaudible, el lamento de aquel viejo extenuado que acariciaba la cubierta del libro aún sujeto por la mano de Erugrul. El libro en el que se explicaba el secreto de Daniel. Aquel lugar y aquel momento eran lo más cerca que lograría estar de su hermano Yves. Y el lamento salía de su alma pareciéndose a un hilo que deshacía el ovillo de su vida.

Y cuando, tras la puerta, sonó la voz inesperada de Fedor, el compacto silencio de la sala se rompió, como un espejo en mitad de una oscura noche, sin poder adivinar ni ver adónde habían ido a parar los peligrosos cristales rotos.

Pero Totmés no se movió, siguió sollozando. El mundo se había apagado y no existía ya para él.

—Alicio, ¿estás ahí? ¿Qué ocurre? La puerta está cerrada, ¡ábrela, por favor!

Oía a su amigo pero miraba a Totmés, que permanecía doblado sobre Erugrul y su libro. Temía moverse y despertarle de aquella abstracción. Aquel extraño sosiego podía volver a transformarse en violenta rabia y acabar con su venganza.

El egipcio arrancó con cuidado, de entre los dedos de Erugrul, el libro y luego giró su rostro hacia el muchacho. Sus párpados enrojecidos cobijaban unos ojos acuosos que le miraban desde un lugar a incalculable distancia de allí. Y con extrema debilidad se incorporó.

—¡Contéstame, Alicio! ¿Estás bien? —reclamaba Fedor.

Totmés no parecía oír aquella voz a través de la puerta, respiraba muy fatigado mientras se encaminaba hacia el ladrón.

—Nada es como yo he creído —le dijo en un susurro cuando llegó a su altura—. ¿Cómo voy a vivir ahora? —Alargó ambas manos y le entregó el libro—. Ahora sé

que él murió igual que murió Yves. No pude ver su mirada en tus ojos. Quieres ser como él, pero no eres él.

Aunque no alcanzaba a comprender aquellas palabras, Alicio alargó las manos para recoger lo que le entregaba.

—Rómpelo, hasta la última hoja.

Y todo cambió con aquellas palabras. Percibió un estremecimiento ante la entrega de aquel libro. Le era confiado junto a una exigencia, y pareció que esta se instalaba en un pequeño pliegue de su alma para impedirle que pudiera ser olvidada. Ahora no podría pensar ni por un momento más en apropiarse del Danzarín de los dioses. Debía renunciar. De verdad, para siempre. El rostro de aquel anciano, apenas iluminado por la débil luz del candil, se suavizó bajo la presencia de un consuelo.

Entonces, con un suspiro débil que escapó de su boca, dobló las piernas y, como una hoja seca que se desprende del árbol, se dejó caer. Sus ojos aún abiertos se volvieron opacos y luego se apagaron.

La extraña desaparición del bibliotecario y la falta de respuesta del chico al otro lado de la puerta hicieron que el prior, que había sido informado por Fedor, le entregara con urgencia al astrónomo la otra llave que guardaba del séptimo nivel y el monje subía de nuevo las escaleras, a toda prisa, con ella en la mano.

Cuando oyó el sonido en la cerradura, Alicio introdujo de nuevo bajo su hábito el libro. Luego se quedó quieto en medio de la semioscuridad mirando hacia la puerta, esperando que el mundo volviera a girar.

Capítulo 25

Aquellas muertes produjeron una gran consternación y mucho desasosiego entre los monjes de El Fin del Mundo. Los estudiosos malgastaban su tiempo y los obreros interrumpían sus trabajos a menudo.

Se hacían conjeturas sobre cómo un hombre tan prudente como Erugrul pudo permitir la entrada del viejo loco en la torre. Las circunstancias que rodeaban los hechos hacían sospechar un asunto turbio y, desde luego, lejos aún de haber concluido. Las escasas explicaciones que les había dado hasta entonces el prior no ayudaban a acabar con esa clara sensación de que el joven conocía la causa de aquella tragedia y su silencio solo reportaría más males y desgracias para la comunidad.

Así las cosas, el anciano prior pasaba largas horas con Alicia esperando que le ayudara a esclarecer el motivo de las muertes. Pero el mutismo del muchacho hacía prever que nunca se sabría más de lo que ya había dicho:

—Entraron juntos y ambos se pelearon, muriendo en manos uno del otro.

Al anciano prior le preocupaba devolver el equilibrio al monasterio y el porvenir de la biblioteca. Quien estaba siendo preparado para cuidar de ella no había concluido aún su enseñanza y tampoco tenía ya la confianza de aquellos a quienes debía cuidar. Temía que les llegara el infortunio.

Alicio no podía explicar lo sucedido en la torre, si lo hacía tendría que devolver el libro, y Totmés, al igual que antes lo hiciera Monsieur Clardin, le había pedido que llevara aquel asunto hasta su definitivo final. Debía continuar con aquel silencio porque su tarea, la de verdad, aún no había sido siquiera iniciada.

Los días de invierno resbalaban con languidez sobre el monasterio mientras el prior dirimía sus preocupaciones. Los monjes en el *scriptorium* precisaban a alguien que les ayudase con los libros. Debía acabar con aquella parálisis que creaba tanta inseguridad: si la biblioteca dejaba de funcionar sus vidas allí no tendrían sentido. Así pues, les reunió en la sala capitular después de la hora prima y les avisó del peligro que corría todo el monasterio si los libros quedaban por más tiempo desasistidos en sus estantes.

Alicio se sentía abatido escuchando aquellos argumentos.

—Quiero saber si estáis de acuerdo, o no, en entregar de nuevo vuestra confianza a quien Erugrul tuvo como aprendiz. A quien él instruyó y aconsejó para ocupar su

puesto. Quiero saber si veis algún obstáculo en darle esa responsabilidad.

Los monjes se removieron en sus bancos.

—¡Esa decisión es arriesgada! —dijo uno poniéndose en pie—. Primero deberíamos entender qué provocó esas muertes y cómo pudo ocurrir aquella tragedia impensable. ¿Podemos asegurar que la presencia de ese chico no tuvo algo que ver en ello? ¿Quién nos garantiza que en un futuro no nos traiga algo peor? ¿Qué nos dice que este joven obró bien?

Algunos asintieron a esas palabras y las opiniones se confundían entre ellas con gran desconcierto. Nadie parecía escuchar a nadie y todos querían ser escuchados.

Fedor observó a Alicia, que permanecía inmóvil con la cabeza baja, y recordó que el terrible suceso que las estrellas presagiaban aún no había concluido.

El alboroto duró unos largos minutos. A la mente de los más viejos acudió el recuerdo del desasosiego que años atrás dominó el monasterio cuando se encontró el cadáver de Daniel, el maestro que enseñaba su oficio a Erugrul. A sus corazones volvía la sombra que, ya entonces, les sobrecogió.

Apoyándose sobre su vara, el prior se levantó y les llamó al orden; supo que la decisión no podía esperar ni un día más.

Dos golpes discretos en la puerta de la celda interrumpieron sus cavilaciones. A tientas buscó el candil y le dio vida, a la vez que permitía entrar a quien se hallaba al otro lado. La débil vista del anciano le permitió reconocer la silueta de quien había hecho llamar.

—Ven, muchacho, pasa y siéntate a mi lado —dijo con calma.

Alicio obedeció. El prior aún se mantuvo en recogimiento un minuto, parecía rezar. Luego alargó su mano y le tocó el brazo.

—Te he hecho llamar porque quiero saber si sigues dispuesto a ocupar el lugar que te corresponde en la biblioteca. —Apenas levantó el rostro.

Alicio sintió un pinchazo en la boca del estómago y buscó durante unos momentos una respuesta adecuada.

—Sí.

No encontró ninguna otra. Desafiaba, al decirla, al niño asustado que se escondía dentro.

El venerable anciano pudo percibir su angustia cuando, levantando los ojos como si buscara algo en el aire, le indicó con un gesto que podía marcharse.

Avanzada la noche, una llamada en su puerta le despertó. La llave que le entregaron

indicaba que debía empezar su trabajo sin más demora a la mañana siguiente.

Se aseó y, sin pensar en nada más, cogió el libro de Erugrul y lo ocultó bajo sus ropas. El alba tardaría en despuntar aún.

Con paso firme cruzó los huertos y los helados canales. Como de costumbre, algunos monjes ya trajinaban bultos hacia las cocinas y un madrugador humo inundaba de olor a lumbre el lugar. Nadie giró las cabezas, pero Alicio sintió sus miradas.

Abrió con cuidado la puerta de entrada de la biblioteca y se introdujo con paso diligente. «¿Cómo haré lo que estoy haciendo?»

Como tantas veces antes, abrió de uno en uno y con meticulosidad los postigos de las ventanas de la sala de estudio, uno tras otro, teniendo cuidado de sujetarlos bien a sus manecillas en la pared. Se le hizo extraño no ver a Erugrul en la puerta.

Recorrió las mesas con el corazón suspendido sobre un vértigo frío, encendió un candil y sacó la pequeña llave que abría la sala privada. Titubeó, pero cogió aire. Al introducirla en la cerradura tuvo la percepción de que la sala le estaba esperando. Hizo girar la llave y la puerta cedió sin esfuerzo. Un aliento cálido le vino a acariciar el rostro, como una bienvenida íntima, y supo entonces que la biblioteca ahora era suya.

Cada rincón y cada sombra de aquella estancia recogida era como encontrarse con una mirada conocida pero nueva. Le reconfortaba. Cada brillo de sus ventanales, cada instrumento y objeto perfectamente ordenado le esperaban a él y le animaban a empezar. Dio un paso adelante, más seguro. Porque, mirase a donde mirase, ella se mostraba enigmática y seductora y entendió entonces que la biblioteca estaba preparada para empezar una vida nueva con él.

La intuía viva en el tacto de sus paredes, inquieta. Y él, que en esos días de ausencia se había sentido desamparado y asustado, se reconoció a gusto en su amparo. Se sintió entrando en aguas conocidas.

Sacó el libro de debajo de sus ropas y lo acarició con respeto y pena, porque era un tesoro condenado a desaparecer. Erugrul lo había escrito, curiosa ironía, para que él fuera su único lector. El único que conocería aquel relato. A partir de ese momento dedicaría todo su tiempo libre a su traducción.

Y fue así como durante muchos meses, en cada uno de los momentos que le quedaban entre las tareas de la biblioteca, fue iniciándose en la gramática y vocabulario de la lengua turca. Estudiaba y aprendía rápido, sin dejar de atender a los monjes con toda la dedicación que les debía. Se sentía empujado por una fuerza

interior que brotaba con la misma determinación con la que brota un río inagotable de entre las rocas. No le importaba nada la desconfianza o la curiosidad con que le observaban durante toda la jornada. «Al fin y al cabo, estos hombres llegan y se marchan. Hacen su trabajo como yo hago el mío», se decía para darse ánimo.

A decir verdad, no le preocupaba ninguno de ellos, excepto Fedor, a quien procuraba esquivar aunque eso le apenara e incluso le avergonzara. El monje respetaba aquella distancia que había creado el joven pero le inquietaba.

Alguna noche Alicia paseaba con el libro escondido bajo su ropa hasta el faro y se sentaba allí donde Totmés había vigilado la isla durante tantos años. «¿Qué fue lo que le sucedió realmente?» Podía llegar a imaginarlo día tras día en su silenciosa desesperación. Volviéndose viejo en aquel lugar. Y se descubría sintiendo culpa y compasión por alguien que hasta entonces le había provocado tanto temor y repugnancia, ese desdichado ser para el que el único descanso posible había sido su muerte.

—En tu nombre, averiguaré el lugar donde duerme el corazón de Yves.

El mar, entonces, parecía respirar más tranquilo, agradecido.

Cuando se sintió por fin preparado, en una de esas noches absolutas de El Fin del Mundo, subió al séptimo nivel. No había vuelto desde aquella terrible noche y al abrir la puerta le invadió un intenso sentimiento de desasosiego. La quietud de aquella sala le sobrecogió. Respiró hondo intentando sofocar la ansiedad. Miró brevemente entre los pasillos oscuros y se acercó a la mesa; en medio del silencio se sentó y sacó el libro. Luego acarició con las yemas de sus dedos la primera página. Con la emoción propia del que empieza una gran empresa. La luz del candil pareció conmovirse porque tembló un instante.

Pausadamente, durante muchas noches y con la ayuda de un viejo diccionario, fue leyendo y traduciendo. Solo tomaba apuntes en su mente, había decidido no dejar nada por escrito para evitar continuar con la cadena. «La historia solo quedará grabada en mi mente, palabra a palabra. Y así el día en que me muera, por fin todo habrá desaparecido. Con el definitivo silencio final sobre este asunto. Tal y como todos desearon siempre.» Se sintió importante.

Las primeras páginas relataban la infancia y la primera juventud de Erugrul en su pueblo natal de Turquía. Los trazos temblorosos de su caligrafía, tan distintos de la elaborada letra de las últimas notas que le había leído, le hicieron deducir a Alicia

que aquellos episodios habían sido escritos muchos años atrás, cuando sería un mero principiante en la escritura, y aquello no habría sido más que un diario de caligrafía en el que practicar. Aun así, el joven Erugrul había dedicado mucho esfuerzo en redactar las circunstancias que le habían llevado hasta el monasterio.

Otro rasgo que le desconcertaba era el tono respetuoso y sensible que Erugrul usaba. Alicia no apreciaba ni un rastro del carácter áspero y amargo que le impregnaría después.

Aquellas hojas iban ganando pasión y parecían más bien una alabanza de vida. En ellas explicaba lo afortunado que se sentía por estar allí. Describía la alegría que le invadió cuando al poco de llegar le propusieron que aprendiera a leer y a escribir, no solo en su lengua, sino también en otras que le eran aún desconocidas. Dedicaba párrafos enteros a explicar lo mucho que disfrutaba aprendiendo.

En los siguientes capítulos Erugrul ofrecía un completo índice de los treinta y dos monjes que habitaban en aquel recinto, sus nombres seguidos de sus edades y lugares de origen. En algunos casos había añadido anécdotas sobre ellos, de las que se ayudaba para describirlos mejor, e incluso se había permitido anotar los motivos que habían traído a algunos hasta aquella orden monástica.

Fuera de la lista, agregado como el número treinta y tres, descubrió el nombre de Totmés, junto a una breve anotación: «Egipcio, veintitrés años. No pertenece a la orden. Aprendiz de jardinero. De él nada más se sabe».

Alicio se sintió desconcertado por aquella información.

Pero sobre cualquier otra cosa, le sorprendió que Erugrul dedicara su mayor entusiasmo a describir con detalle las interesantes conversaciones con el bibliotecario Daniel, mediante palabras que expresaban su total admiración y gratitud. Incluso orgullo cuando describía la honestidad que mostraba siempre aquel monje al que llamaba maestro.

En la silenciosa oscuridad de su habitación, cuando dispuesto a descansar cerraba los ojos, Alicia repasaba en su mente las líneas que había leído esa jornada. Paladeaba la emoción que fluía de ellas.

Descubrir esos sentimientos inimaginables en quien después acabaría siendo un hombre tan frío le intrigaba. «¿Qué habría ocurrido para que cambiara tanto?»

A la vez, iba creciendo en él una ferviente admiración hacia el sabio maestro que tantas cosas le explicó al joven turco. Y a ratos se reconocía, aun a su pesar, envidioso y a la vez enternecido por el amor del discípulo hacia la figura paternal que

Daniel había asumido en su vida.

Por otra parte, en el relato empezó a introducirse, cada vez con más frecuencia, el nombre de Totmés. Un desconocido que padecía un trastorno mental y al que todos procuraban tratar bien, pero poco. Daniel llevaba años enseñándole en un pequeño rincón del huerto a cultivar magníficos rosales.

Esa nueva actividad dentro del monasterio actuaba como un punto de inflexión a partir del cual empezaba un nuevo relato dentro de aquel manuscrito. Con un contenido distinto al que había concebido Erugrul cuando inició la escritura.

«También hay un cambio en la caligrafía. Ahora es mucho más elaborada y de trazo firme», le apuntaba el perspicaz investigador que llevaba dentro. ¡Cuánto echaba de menos un purito en esos momentos!

Acababan de ofrecerle ser aprendiz del importante oficio de Daniel, escribió Erugrul, y había aceptado orgulloso. A partir de entonces su vida tenía el sentido más alto que jamás hubiera podido desear.

Daniel le hacía disfrutar del inicio de cada jornada cuando, abriendo los postigos de la sala de estudio, le señalaba hacia el oscuro firmamento y le preguntaba sobre las constelaciones del cielo de invierno, o sobre las del cielo de verano. Repetían los nombres de las estrellas y de los planetas, Erugrul los fijaba en su memoria y luego, cuando todos ya estaban en sus trabajos, los buscaba en los libros de astronomía para seguir aprendiendo sobre el cosmos.

Cada día le llegaban nociones nuevas que Daniel le desgranaba con paciencia y con seguridad. Animándole a continuar por el camino del conocimiento.

Le mostraba libros antiguos donde se describían las Leyes del Universo y Erugrul se alimentaba de todos aquellos saberes.

Aprendió a ordenar y a organizar las mesas de trabajo de los monjes, mientras en su mente repetía los nombres de los sabios clásicos, las distintas artes y los mitos antiguos y sus significados. Dedicaba el tiempo que le quedaba, tras recoger y limpiar la sala, a estudiar la historia de la humanidad, las distintas civilizaciones, la geografía antigua y nueva del mundo, las artes de las matemáticas y la música, incluso aprendió latín y griego antiguo para adentrarse mejor en lo que aún le quedaba por conocer.

Daniel siempre le dejaba alguna sorpresa sobre su mesa de aprendiz, alguna nota en la que le sugería un nuevo dato que buscar y comprender. Aquel juego de ilustración le hacía estar atento y fascinado.

Alicio imaginaba a Erugrul sentado en aquel lugar. Le podía ver doblado sobre su diario escribiendo esas palabras que él leía ahora o ante un libro repasando con

interés los conceptos aprendidos durante el día.

Pero lo que más le gustaba era imaginar al maestro Daniel de pie, allí mismo. Observando al joven aprendiz con la misma atención con la que observaba a través de la ventana a su otro pupilo, Totmés. Enseñando a ambos a descifrar los misterios de aquello que descubrían. Uno dentro de la biblioteca, en medio de los libros, y el otro en el exterior, en medio de un pequeño jardín de rosas.

Dejó el diccionario y el libro y se levantó empujado por la curiosidad hasta la ventana abierta sobre el huerto.

—¿Dónde está ese jardín de rosas que Erugrul describe? No recuerdo haberlo visto.

Se le despertaba un sinfín de preguntas desde que sabía que Totmés vivió dentro del recinto del monasterio durante varios años.

Volvió a mirar el huerto con mayor atención, pero no distinguió rastro de ninguna rosa. «¿Qué ocurrió con ella?»

Bajó hasta el huerto y recorrió, con minuciosidad detectivesca, la porción de terreno visible desde la torre. Las plantas, verduras y hortalizas cultivadas crecían por todo el vergel en ordenadas hileras cuidadosamente abonadas y protegidas. Todos los verdes en distintas alturas y anchuras se repartían armoniosos entre las acequias, que dibujaban un perfecto entramado en la fértil tierra. Coles, rábanos y cebollas, remolachas y guisantes, lechugas y acelgas, coliflores y zanahorias moteaban el terreno con el color de sus frutos. Madurando sin prisa para ser recogidos por los monjes.

Se acercó a las esquinas de la almunia y continuó buscando. Grandes parterres de margaritas, siemprevivas y flores de albahaca, distintas aromáticas y plantas medicinales o de condimentos.

«Pero si Daniel amaba tanto las rosas como explicaba Erugrul y se las enseñó a cultivar a Totmés, ¿por qué no se ha conservado ni uno solo de aquellos espléndidos rosales?»

Tras comprobar que ya no existían, repasó en su mente lo leído. Contaba Erugrul que Totmés vivía en el huerto sin alejarse nunca de la torre. Le describía unos años mayor que él. Sucio y solitario, con comportamientos ariscos, y aunque muchas veces él se encargaba de llevarle el cuenco con la comida, no habían intercambiado más allá de unas pocas palabras.

Sin embargo, a su maestro Daniel esa conducta ruda no parecía importarle, más

bien al contrario. Le cuidaba de un modo especial. Le hablaba poniendo mucha atención en hacerle comprender y usaba con él palabras peculiares que parecían contener un secreto compartido.

Todo el cenobio reconocía y admiraba la belleza de sus rosas. Sin duda se había convertido en un jardinero virtuoso pero a Erugrul le generaba desconfianza su carácter, su modo de mirar y, ante todo, esa complicidad que unía a su maestro con aquel egipcio tosco e ingobernable.

Aquellos pensamientos de recelo se desvanecían en cuanto Daniel le hablaba de transmitirle todo lo que, en sus años de estudios ocultos, había logrado comprender. Cuando le decía que ahora le tocaba dar los primeros pasos a él.

Erugrul empezó por conocer los libros del Antiguo Testamento. Era necesario estudiarlos para comprender después otros saberes aún más importantes. A esos a los que Daniel quería hacerle llegar. Le habló de los libros históricos, de los libros proféticos y, sobre todo, le habló del libro de Isaías. Empezaron a leer juntos los cinco primeros libros del Pentateuco.

«Y un mundo antiguo y misterioso se abrió para siempre.» Así lo había escrito en su diario. En bonitas letras dibujadas con esmero. Alicio lo repitió literalmente en su mente.

«¡Cuántos libros desconozco! ¡Cuántas cosas quisiera también saber! ¡Cómo me gustaría tener esa misma sensación que conoció Erugrul durante tanto tiempo! ¡Tener un tutor como tuvo él!» Imaginaba al discípulo escuchando a su maestro mientras le mostraba tesoros de incalculable valor y antigüedad. Aquellas historias sagradas que siempre le habían gustado tanto y que hablaban de sucesos casi mágicos, que ocultaban leyes y principios olvidados por la mayoría de la humanidad.

Hacía frío y se acurrucó bajo su capucha. Miró a su alrededor y sintió el peso del silencio en el que debía trabajar. «¡Cuánto me gustaría poder compartir todo esto, charlando con Fedor! ¿Sabrá él lo que ocurrió con Daniel, con Totmés y con Erugrul?»

Tuvo ganas de ir a su encuentro pero se las aguantó. Subió de nuevo a la torre. Guardó y recogió todos los instrumentos de trabajo y cerró las puertas hasta la jornada siguiente.

Capítulo 26

¡Qué daría ahora Daniel por volver a aquel día!

A aquella mañana en la que no lo sabía aún, cuando, sentado en su mesa, cerró con cuidado la excelente copia del *Kybalion* y miró al joven Erugrul.

Este sostenía en sus manos una nota nueva con lo que debía buscar cuando terminara su labor. Empezarían con los libros judaicos que trataban sobre la Qabbalah, que abordaban conceptos muy herméticos que su discípulo ya podía empezar a entender. El bibliotecario acarició el *Kybalion* que tenía sobre su mesa. Ese vendría después.

Aquella mañana en la que los monjes fueron sentándose y le comentaron que un barco estaba arribando a la isla. Como no esperaban ni mercancías ni herramientas, todos sentían curiosidad por saber qué o quién estaba llegando a El Fin del Mundo.

Daniel aquella mañana no sabía todavía, ni tampoco lo supo durante los meses que vinieron después de aquel día, que en aquel barco llegaba la desgracia a Τείχος.

Ahora ya era tarde. Cerró los ojos y escuchó el silencio.

Aquella mañana, hacía solo unos meses, desembarcó en la playa un hombre alto y de constitución fuerte. Cubría su cabeza con un sombrero gastado y su espalda con una mochila sucia. Bien podía parecer uno de esos aventureros de las ilustraciones de antaño. Sus manos eran tan grandes y poderosas como las zancadas con las que recorrió la oscura arena.

Nada más llegar sonrió a los dos monjes que habían bajado a recibirle y les pidió hablar con el prior, a quien se presentó como un historiador interesado en la tradición cenobítica. Un estudioso admirador de la callada labor que realizaban en aquel monasterio.

Dijo llamarse Ciempiés, y se reía explicando con desenfado que le habían puesto ese nombre por sus incansables viajes a lo largo del mundo.

Le explicó que trabajaba en una obra sin precedentes, un libro sobre la historia de los monasterios griegos. Para lo que necesitaba que le concediera el privilegio de convivir con ellos durante un tiempo, como había hecho ya en otros monasterios, y así conocer mejor su organización interna. Colaboraría, a cambio, en las tareas que le fueran permitidas y se marcharía tan pronto como tuviera los datos que venía buscando, preservando en todo momento el derecho de aquella comunidad a su aislamiento.

El prior le escuchó con interés y le acogió con buena predisposición. Luego le

asignó a Daniel para asistirle en la búsqueda de los datos que necesitara para tejer, por entre las huellas del tiempo, la historia de la fortaleza.

En poco tiempo se ganó la confianza de todos, entablando interesantes conversaciones con los más viejos y cultos, que sonreían cuando él les relataba extrañas costumbres de lugares remotos.

Pero no fue hasta que le confió su auténtico nombre de bautizo y reconoció en él todos los sonidos cabalísticos, develados como necesarios años atrás, cuando Daniel acogió su presencia en la biblioteca como una verdadera bendición. Porque al fin había llegado aquel que traía el cierre a la historia del Danzarín de los dioses y el resarcimiento de la herida de Totmés. Fue este el único motivo por el que actuó como lo hizo.

Aún ahora no comprendía qué error había cometido en sus cálculos. Pero, a pesar del dolor infinito que apesaba su alma, no renegaba de la verdad encontrada en los sonidos.

Sin embargo, había sido un idiota confiado y ciego. Y la palabra, con la que prometió cuidar de la biblioteca, había sido rota y, por tanto, su nombre mancillado para siempre.

Ahora pensó en Totmés una vez más y giró el rostro hacia la noche que lo estaría envolviendo en su negrura. Apretó sus párpados apenado, sabiendo que ya no podía hacer nada. Un frío devastador iba invadiendo centímetro a centímetro su cuerpo y su mente. Quedaba poco tiempo.

Al principio, Ciempiés trabajó en una pequeña sala junto al calefactorio. Allí tomaba notas de las explicaciones de Daniel sobre el estratégico enclave histórico de Τείχος en el mar Egeo. Muchas tardes de trabajo dedicadas a describirle con entusiasmo cómo habían ido consagrándose a lo largo de los siglos a una vida aislada y de respeto hicieron que naciera, poco a poco y cada vez más, una confianza plena en la buena intención de aquel historiador. Y así, empujado por la comprobación de que se conjuraban todas sus previsiones, no se sintió reacio a hablarle de la biblioteca cuando Ciempiés mostró interés por los libros que se protegían en la torre. Apartados del mundo.

Cada noche Daniel había revisado y consultado los datos que exigían aquel movimiento. Había comprobado muchas veces que no se equivocaba acercando a aquel hombre a la biblioteca, porque sabía que la solución anunciada radicaba ahí. Y solo entonces aceptó la propuesta del viajero de elaborar juntos un índice de los libros que usaban los monjes en sus trabajos. Sería una memoria que quedaría como

guía en el monasterio, una colaboración desinteresada que el historiador realizaría en gratitud a lo recibido. De ese índex no se harían copias ni Ciempiés se llevaría dato alguno cuando se marchara de El Fin del Mundo.

Claro que sabía que Totmés les observaba cada anochecer cuando salían de la torre. Sabía muy bien que el joven egipcio no comprendía su actitud hacia aquel extraño ni por qué Daniel le permitía entrar al lugar que a él le estaba prohibido. Y por eso quiso tranquilizarle explicándole que, gracias a eso, su deseo se alcanzaría. Claro que sabía que Totmés ya no dejaría de vigilar los pasos de aquel forastero.

Unas semanas después él mismo sugirió al padre prior que le permitiera trabajar al historiador en la pequeña estancia que se anteponeía al *scriptorium*. Así podría atender mejor su labor en la biblioteca y no descuidar a Erugrul en su aprendizaje de las antiguas enseñanzas, en la sala privada del maestro. Todo sucedía a la vez y todo estaba bien.

Fue un momento después de que los monjes hubieran terminado su trabajo y abandonado sus bancos. También Erugrul se había marchado tras ordenar y devolver los libros a sus estantes cuando oyó los estremecedores gritos que llegaban desde el huerto.

Aún no había conseguido acallarlos en los últimos dos días y dos noches dentro de su corazón, y ya no lo conseguiría. Corrían por sus venas atrapados junto a ese frío glacial que le helaba la vida.

Era Totmés quien gritaba enloquecido en medio de su hermoso jardín de rosas. Pudo ver, sin llegar a entender lo que veía, cómo el que había sido un joven silencioso que hacía crecer la rosalada desde hacía años, pateaba, arrancaba y arrasaba con todas sus fuerzas aquel bello rincón mientras gritaba encolerizado.

No tuvo tiempo de pensar, no lo dudó un momento. Salió de la sala con la urgencia de llegar cuanto antes junto al muchacho y detener su destrucción. No reparó en Ciempiés, no cerró puertas y no pensó en nada que no fuera evitar que esa incomprensible locura acabara en tragedia.

Recordaba el espanto en los rostros de los monjes que se cruzaron con él. Recordaba cómo le empujaba la urgencia.

Igual que un vendaval fulminante, igual que una furia enviada por algún dios colérico, Totmés destrozaba con su azada los rosales. A golpes de hierro y con sus propias manos desnudas. A patadas levantaba la tierra fértil donde se esparcían aplastadas las aterciopeladas rosas rojas que, apenas unos instantes antes, habían ofrecido el mejor perfume a su creador.

Los pétalos manchados de la propia sangre de Totmés atemorizaron a Daniel hasta el punto de temer por la vida de aquel a quien tanto quería proteger.

No pudo evitar el desastre, ni supo hacer nada contra lo que se desencadenó. Fue como si el Mal, con toda su extrema crueldad, se abatiera sobre aquel pequeño jardín y devorara lo que de él había surgido.

Le abrazó entre los golpes mientras los gritos no cesaban de salir de su boca escupiendo una y otra vez contra la tierra. El prior y varios monjes pudieron ayudarlo y contenerle al fin.

En esos momentos, aún no lo sabía, también su honorabilidad estaba siendo arrasada en aquel jardín destrozado.

Ahora, cuando todo había concluido y había descubierto lo que al mismo tiempo sucedió en la torre, ya no podía imaginar su futura existencia sino como un pozo negro y profundo, y la carga de su culpa, como una pesada roca atada a su corazón.

Consiguieron aplacarle varias horas después, y gracias a los distintos brebajes preparados con las plantas adecuadas lograron apaciguar la ansiedad que había seguido al trastorno de ira. Le provocaron un leve sueño y aprovecharon para tener un tiempo de reflexión en el que, reunido con el prior y los más ancianos, encontrar un motivo y una respuesta a todas las preguntas que se hacían.

No reparó en la biblioteca, y esta había sido la mayor de todas las insensateces cometidas. Ni cruzó por su mente que estaba por llegar un barco de provisiones en el que Ciempiés debía marcharse a la mañana siguiente.

Era ahora, en la ignominia de este momento y bajo el amparo negro de su falta, cuando reparaba en las esporádicas tardes en las que observó al que se le revelaba como un ladrón charlando con el solitario jardinero. Ciego e idiota entonces, se había sentido lleno de confianza y de gratitud.

Pero esa desgraciada noche no reparó en las puertas abiertas de las salas de la biblioteca y de la torre ni en la ausencia del malhechor durante todas las horas que estuvo junto al joven herido.

Cuando Totmés despertó, el sol empezaba a extender su luz sobre la isla. Los monjes no consiguieron retenerle y, en medio de una desesperación incontenible, escapó. Le vieron correr hasta las puertas del monasterio y bajar hacia la playa y le dejaron huir.

El primer presentimiento fatal lo sintió cuando regresó a la biblioteca. Al entrar tuvo el aviso claro de su imperdonable error. El descuido cometido de la norma más sagrada de su tarea: su sala privada estaba abierta. Momentos después descubría una

nota sobre la mesa.

Ciempies le pedía que le perdonara por el robo del fardo. Le interesaba el manuscrito del Danzarín de los dioses.

Para entonces el barco ya se había llevado al ladrón y con él, el sentido de su vida.

Se terminaba el tiempo, debía hablar cuanto antes con su estimado aprendiz Erugrul y pedirle que escuchara los motivos de su deshonra. Luego ya solo quedaría cerrar los ojos y morir.

Volvió a su oración, dobló la cabeza sobre su pecho y deseó una vez más que todo concluyera allí, de nuevo. Que todo volviera a su lugar.

Capítulo 27

*F*edor trabajó en la forja todo el tiempo que le fue posible para así evitar encontrarse con Alicia. Se le encogía el corazón cada vez que reconocía, en su esquiva mirada, la misma desconfianza que antes veía en la mirada de Erugrul.

Estaba convencido de que algo sucedía en el séptimo nivel. Algo que le absorbía de tal manera que le había transformado. Pero aun evitando verle y dejando pasar el tiempo, el desasosiego seguía creciendo en su corazón.

Por eso, cuando le descubrió sentado en el refectorio, no supo cómo interpretar su extrema delgadez. Sin embargo, sus movimientos estaban cargados de vida. Lo comparó a un árbol aparentemente seco pero del que se intuye que brotarán yemas nuevas. Le reconfortó que comiera con tantas ansias y decidió volver a la biblioteca.

Alicio repartió los libros y organizó los materiales; después se introdujo en la sala privada. Tenía que continuar con su tarea.

—Quiero hablar contigo. —Fedor se asomó a la puerta.

—¿Falta algo en tu mesa? —le preguntó con gesto incómodo.

El monje dio un paso hacia él pero el joven se apartó simulando buscar algo.

—Me preocupa tu actitud en estos últimos meses...

—Pues no debes preocuparte porque todo está bien. Hago mi trabajo, tal y como se espera de mí, y tú deberías hacer como yo y continuar con el tuyo —le interrumpió con tanta brusquedad como pudo para evitar un interrogatorio sobre sus actividades. Se inclinó sobre la mesa, con el corazón temeroso pero simulando tranquilidad, recogiendo y apilando libros e instrumentos.

—¿Qué está sucediendo? —le preguntó Fedor sin darse por vencido.

—¿Pregunto yo por tus asuntos? ¿Por qué tienes que preguntar tú por los míos? —se defendió casi a punto de levantar la voz, sintiéndose acorralado.

—Déjame ver que todo está bien como dices. ¡Mírame a los ojos, Alicia! —El monje se acercó y le agarró por sorpresa los brazos.

Alicio clavó desafiante sus ojos en los del monje. Pero su mirada la guardó hacia dentro. Tenía que mantener bien protegido el secreto.

—Ahora deja que continúe con mi trabajo, Fedor —le pidió más tranquilo.

El monje aflojó la presión de sus manos y las retiró.

—De acuerdo, si esto es lo que quieres. Pero no olvides que lo que haces debe darte paz, y si sucede lo contrario, es que algo no es correcto.

En cuanto se quedó a solas Alicia respiró profundamente. Debía terminar con aquello cuanto antes. Sabía que, aunque cumplía con su trabajo en la biblioteca, la luz del candil en lo más alto de la torre y su extraña conducta con los demás monjes, y en especial con Fedor, hacían aumentar el riesgo de que descubrieran en qué consistía su labor nocturna. Si su amigo lo averiguaba podría impedir su misión.

Tan pronto como el último monje se marchó, al final de la jornada, subió al séptimo nivel, donde le esperaba, una noche más, el libro de Erugrul.

Lo abrió en el punto que lo había cerrado y se dispuso a seguir traduciendo y anotando en su memoria cada una de las palabras, como si él mismo fuera el papel sobre el que se copiaban, y las horas y los días simples comas y puntos que espaciaban la narración.

Esa noche era particularmente fría. Sentía los miembros entumecidos y le costaba juntar los dedos para pasar las páginas. Se había envuelto en una manta pero tenía el cuerpo helado como un cristal.

Un viajero había llegado a Τείχος, Erugrul lo describía como un hombre distinto de los que, de vez en cuando, solían llegar a la isla. Esos marineros toscos y sucios que desembarcaban cajas o recogían sacos o a los hombres silenciosos que llegaban con vocación religiosa buscando refugio en el monasterio. Aquel era un hombre diferente.

Le vio cruzar los huertos con paso seguro acompañado por dos monjes. Su presencia impactante y su aspecto extraño le inspiraron cierta prevención desde el primer momento. Se cubría con un sombrero que apenas dejaba verle la mirada y llevaba cargada sobre la espalda una bolsa de equipaje.

Alicia sonrió. «Esa es la auténtica imagen de los viajeros. Solo los trotamundos con pedigrí sabemos que la mejor forma de llevar las cosas es a la espalda.» Una chispita de vanidad le recorrió el cuerpo y siguió leyendo muy interesado.

El forastero acaparó la atención y la buena colaboración de todos. Pero a él seguía sin gustarle y aún menos cuando le veía agasajar a los más viejos hablándoles de cosas triviales. Pero lo que más le dolía era ver a Daniel, con su habitual entrega y bondad, sonriéndole. Sentía disgusto por tener que compartir la estima de su maestro con aquel encantador de serpientes.

Solo una vez se cruzaron sus ojos y, arqueando las cejas, aquel miserable buscó su complicidad. Pero no la obtuvo. ¿Cómo su maestro, siendo tan sensato, no intuía sus aviesas intenciones igual que él? No lograba entenderlo, escribió, y eso le

atormentaba.

Les veía trabajar durante horas sobre la historia de la isla y así, el arrogante forastero tejía su tela, invisible y compacta. Cuando meses más tarde su maestro decidió prepararle una mesa en la antesala de la biblioteca para trabajar juntos con mayor facilidad, Erugrul sintió decepción y rabia.

Alicio observó la letra del turco.

Ahora era astillosa y la inclinación de las líneas muy notoria. Las palabras estaban escritas con mucho desorden y con algunos tachones. La hoja no tenía ninguna pulcritud, se hacía difícil leerla.

Aquellos trazos fuertes y apretados transmitían haber sido escritos desde la vehemencia, y Alicio reparó en que Erugrul relataba ahora los hechos en un tiempo pasado. De ellos se desprendía un odio y una frustración que aún permanecían allí atrapados, incrustados dentro de las profundas marcas que sujetaban las palabras al papel.

Erugrul tenía su trabajo acabado. Los libros ya estaban recogidos y ordenados, había guardado las plumillas y los tinteros, limpiado las mesas y barrido el suelo. Entró en la sala privada y le indicó a Daniel que se marchaba. Su maestro levantó la vista y, como siempre, pronunció un gracias como despedida.

Cruzó la sala de estudio y fue cerrando las ventanas, una por una, dando un último vistazo a las mesas. Le disgustaba cruzarse con Ciempiés al finalizar su jornada y deseó, como cada vez, que ya se hubiera marchado. Pero cuando salió a la antesala aún estaba allí sentado entre sus papeles. No le miró. Por suerte, un barco llegaría al amanecer y le devolvería al lugar del que hubiera venido.

Al fin todo volvería a ser como antes, como siempre había sido. Ese pensamiento le iluminó el rostro.

Ya estaba casi llegando al refectorio cuando oyó los primeros gritos. Al principio le parecieron graznidos de un ave aterradora, pero eran gritos humanos.

Volvió deprisa sobre sus pasos y tropezó con varios monjes precipitados que pedían ayuda. Pronunciaban el nombre de Totmés. Decían que había vuelto a enloquecer.

Erugrul corrió con ellos hacia el huerto. Y allí lo vio, bramando como un animal peligroso mientras destrozaba sus rosales. Los arrancaba y los partía con saña y furia. Todos los habitantes del monasterio fueron llegando al huerto y todos le pidieron que se detuviera, pero él no escuchaba.

Solo Daniel no se paralizó ante aquel desatino y tuvo el valor de acercarse para

inmovilizarlo. Pero ya era tarde. El jardín, con todas sus rosas, estaba destruido.

Aquel que durante años las había cultivado con toda su atención, que no dejaba que nadie las tocara y que las vigilaba día y noche, se revolvió con las manos llenas de sangre. Pisando y escupiendo sobre las maltrechas flores.

Aun sujeto, no dejó de chillar como una fiera acorralada. Erugrul se prestó a ayudar a su maestro, llevó las especies solicitadas de los herbolarios y trajo los brebajes que prepararon. Sujetó las piernas o los brazos que aquel demente agitaba sin descanso para impedir que los golpeará o se lesionara. ¿De dónde le nacía tanta lucha?

Cuatro monjes, y toda la noche, fueron necesarios para calmarle. Hasta que al fin lograron que los bebedizos, que tuvieron que obligarle a tomar, le dejaran medianamente dormido.

Aun entonces Erugrul no se movió del lado de aquellos monjes y no se sintió cansado en ningún momento. Pero su maestro le pidió que se retirara, al menos unas horas, para reposar antes de bajar a cargar los sacos. Aquel día la biblioteca se atendería más tarde.

Daniel no se apartó del muchacho herido. Allí se quedaron, velando un sueño convulso, el bibliotecario, el prior y dos cenobitas con conocimientos en medicina. Debían curarle las manos y comprender el motivo que había desencadenado aquel desvarío.

Erugrul no quiso prestar atención al maldito vanidoso que subiría a ese barco al despuntar el alba.

Cuando un par de horas más tarde acudió a su labor diaria, observó muy poco movimiento en el huerto. A la entrada de la torre le contaron que Totmés había escapado al despertar. Le dijeron que no hubo forma humana de detenerle, que como si estuviera poseído por un demonio mordió y amenazó a todo el que se puso delante y que salió del monasterio en dirección a la playa con la misma desesperación que un condenado a muerte.

Preocupado, entró en la torre, pasó junto a la mesa, por fin vacía, de Ciempiés y se concedió un poco de alivio en medio de tanto infortunio.

Comprobó que la biblioteca ya estaba abierta y se recriminó por no haber llegado antes. Solo unos pocos monjes, que trabajaban ajenos a todo, habían acudido aquella mañana. Caminó rápido hacia la sala del maestro y entró con el corazón en un puño. ¿Qué le explicaría Daniel sobre lo sucedido?

Estaba allí, mirando por una ventana. Pero no se giró al oírle entrar. Le pareció ausente, como si su cuerpo fuera una vasija vacía apoyada contra la fría pared.

—Maestro —le dijo—. Ya estoy aquí.

—Dicen que han visto a Totmés en los acantilados, golpeándose mientras gritaba al mar.

Supo que todo había cambiado y que nunca volvería a tener lo que tuvo antes.

Alicio suspiró y levantó la vista hacia el techo. Podía sentir la pena con la que fueron escritas esas palabras de Daniel y la conclusión de Erugrul. Se abrigó mejor con la manta y continuó con la lectura.

Fue una noche después de aquel desgraciado día cuando, en medio de la oscuridad, Erugrul oyó una llamada leve en su puerta. Se encontró a su maestro con aspecto de estar muy cansado, como le llevaba viendo desde que Totmés había enloquecido y huido. Al tocarle sintió un frío mortal en su piel.

Daniel le pidió entrar porque debía contarle un asunto muy importante. Los dos se sentaron sobre el sencillo camastro.

Y en ese momento de la noche en que todos los cuentos podrían ser verdad, le confió la increíble maldición de una figurita de oro. Una historia escrita en un antiguo papiro egipcio. Fue la primera vez que escuchó hablar del Danzarín de los dioses. Su maestro le contó cómo, diez años atrás, fue entregado al monasterio un fardo con esos documentos con la petición de que fueran custodiados para siempre en secreto.

Erugrul relataba con un trazo rápido cómo Daniel había cumplido su compromiso con absoluta nobleza hasta que llegó el engaño a Τείχος. Y cómo, aquella noche, su maestro le pidió que un día escribiera ese relato con todos los datos que le había confiado y con toda la verdad sobre el robo. Quedando así también señalado el motivo de su imperdonable deshonra para que un día pudiera ser leído.

Le hizo jurar que cuidaría de Totmés y le seguiría ayudando a pesar de todos los inconvenientes que encontrara. Le exigió firmemente que nunca dejara de cumplir esa promesa. Y él, que aún era tan joven, lo juró por su vida.

Entonces aún no sabía que Daniel sería encontrado muerto por la mañana sobre su cama ni sospechaba que, mucho tiempo después, descubriría cómo Ciempiés indujo a Totmés para que le ayudara en su maquiavélico plan, distrayendo la atención de toda la comunidad, mientras él robaba ese fardo maldito del que le había hablado el propio muchacho egipcio durante las tardes en las que visitaba su jardín de rosas. Entonces aún no sabía cómo aquel ladrón le convenció con la falsa promesa de que él le llevaría hasta su deseo, tal y como le había asegurado el bibliotecario al joven unas semanas atrás. Luego, con los papeles recuperados, solo tendrían que huir los dos en el barco que había de llevárselos, a la mañana, lejos de aquella isla.

Por eso, mientras la comunidad entera se lamentaba un día y otro por la muerte incomprensible del sabio monje, Erugrul juraba, día tras día ante la tumba de Daniel, que aunque escribiera la verdad en su relato, mantendría intacta la honorabilidad de su maestro ocultando al mundo el robo sufrido.

Alicio cerró el libro. «Ahora entiendo lo que ocurrió.» Lo volvió a abrir y buscó el nombre del viajero: Ciempiés.

Se acercó a la espillera y miró el cielo nocturno. No había luna aquella noche y el fulgurante destello de algunas estrellas parecía llegar de una forma especial e intensa.

—También Erugrul, encubriendo durante años la verdad, como ahora lo haré yo, habrá mirado este mismo cielo. Tantas veces... —Sintió un escalofrío porque ahora conocía y entendía sus motivos.

Luego miró hacia el huerto, que permanecía en la oscuridad, e imaginó al joven Totmés destrozando sus amadas rosas, con la esperanza de conseguir a cambio de ese sacrificio saber al fin dónde le esperaba el corazón de Yves. Y se estremeció por la crueldad con la que la vida le había tratado hasta el final.

—La historia completa sobrecoge el alma y más aún si tengo en cuenta que soy yo aquel de quien Daniel dijo que la leería un día. Está claro quién ha de hacer lo que falta.

Se sentía conmovido y espantado. Volvió a su silla y continuó leyendo.

El turco no había vuelto a escribir durante mucho tiempo. Hasta la fecha en que narró cómo Alicia había llegado a la isla, y en esas páginas, con trazos firmes, el bibliotecario se advertía a sí mismo que la torre volvía a estar en peligro. El joven recién llegado recordaba, en sus formas y en su aspecto, al ladrón que le había arrebatado su felicidad, y por algún extraño motivo que aún desconocía, además pretendía entrar en la biblioteca. Y como si hubiera despertado de un largo periodo de espera y se viera obligado a ejecutar aquello para lo que se había preparado tanto, escribió su deseo de acabar con él desde el mismo momento en que el presuntuoso joven le fue impuesto como aprendiz y, más aún, cuando supo por boca de ese estúpido necio que buscaba el manuscrito sobre el Danzarín de los dioses en el séptimo nivel de la torre.

Cumpliría con su juramento aunque tuviera que emplear lo prohibido. Solo había un camino, escribió con trazos decididos. Evitaría que se destapara el secreto.

Las últimas palabras escritas le parecieron una despedida.

Releyó varias veces los párrafos finales, en busca de algo que todavía se le escapaba. Reparó otra vez en la semejanza que tanto Erugrul como Totmés habían

visto entre él y el ladrón y entrevió la estela de una premonición: ya la primera vez que leyó ese nombre pensó que era una curiosa coincidencia.

«¿Podría tratarse de una simple casualidad?» Se sintió sobrepasado ante algo tan inexplicable. Consternado, reflexionó en el plan perfecto que Erugrul había preparado valiéndose de ese parecido y de la enajenación de Totmés, pretendiendo confundirle a este lo suficiente como para que llegara a matar a Alicia y cerrar después, con la propia muerte del egipcio, el círculo sobre aquella historia secreta.

El aire le llenó los pulmones. «Debería agradecer a algún ángel compasivo el haberme salvado por los pelos, desencadenando un desenlace distinto al calculado por ese turco.» Cerró las tapas y valoró la gran suerte de ser el único conocedor de la verdad de todo lo sucedido.

No podía perder tiempo. Esa misma noche destruiría el libro de Erugrul y luego le prepararía todo para marcharse en el primer barco que llegara a la isla. Ahora ya sabía qué debía hacer.

«Aunque tenga que fallarle al prior y dar la razón a los hombres que dudaban de mí, aunque tenga que abandonar la labor en la biblioteca faltando a las promesas que he hecho, debo marcharme cuanto antes. A pesar de todo lo que pueda ocurrir en el monasterio, tengo que acabar con esta figura.» Se espantó pensando que todos los que habían sufrido por aquella historia también estaban asustados dentro de su corazón.

El monasterio dormía, otra noche más, sobre el acompasado respirar del mar.

Fedor abrió los ojos y volvió a mirar a la torre: la luz, otra noche más, tintineaba en el séptimo nivel.

Capítulo 28

Cogió el libro y lo acarició con respeto. Aquella sería la última vez que sentiría la pulida piel de esas tapas en sus yemas, la última vez que sería abierto. Pensó en el deseo de Erugrul de que su relato permaneciera para siempre en aquel lugar, pero en cuanto él lo rompiera nadie más llegaría a conocer sus sentimientos.

«En realidad, el manuscrito ha cumplido la tarea encomendada por Daniel y lo siguiente es destruirlo», le aclaró la voz de su conciencia para aliviarle la culpa.

Para parecer solemne, inclinó la cabeza en un gesto de deferencia. Tal como había visto hacer en los actos de gran transcendencia ceremonial. Y sin dar tiempo a nada más, «hazlo sin pensar, como cuando te arrancas una tirita dolorosa», rasgó la primera hoja. Y continuó, sin parar, con las siguientes.

Una tras otra, como si fueran tristes jirones de piel seca, fue rompiendo en pequeñas tiras el libro de Erugrul. Y sintió una punzada de aflicción cuando le pareció que las letras y las palabras, que caían rotas al suelo, querían rebelarse. Incluso que hasta la misma torre se estremecía ante aquella atrocidad.

Cuando terminó con la última hoja, abrió un saquito de ropa e introdujo allí los fragmentos esparcidos por el suelo. Luego cogió un estilete y lo clavó con decisión cortando, lo mejor que pudo, las suaves tapas, y una vez con todo recogido, lo anudó con fuerza. Y volvió a respirar llenando sus pulmones.

Al hacerlo sintió que se ahogaba. «Ahora no hay tiempo de preocuparse de eso», le objetó su lado impaciente. Ató la cuerda del saquito a su cintura y lo ocultó bajo su ropa; después se dirigió a coger el candil de la mesa. «Tengo que ir a tirarlo al mar.»

Notó en el suelo un temblor casi imperceptible y, con una desazón fría en la nuca, miró receloso hacia el fondo de la sala. «¿Estoy solo? Han vibrado... ¿las paredes?» Los estantes le parecieron llenos de pequeños seres. Asustado por esa horrible idea cogió con prisa la luz para marcharse de allí cuanto antes.

Pero era cierto, le faltaba oxígeno.

El suelo tembló de nuevo, como la contracción de un latido. «¿La sala palpita? ¿Y respira?» Eso fue lo que percibió aunque quería dudar.

La débil luz se movió en la ventana más alta del edificio de la torre, mientras Fedor la iba mirando al avanzar entre los canales. Sí, debía hablar con él, durante el día era

imposible. El trabajo excusaba a Alicio de afrontar aquella conversación que seguía pendiente. Le llamaría desde la sala del bibliotecario, respetando todas las reglas, pero hablarían esa noche. No estaba dispuesto a esperar más.

Alarmado, abrió la boca buscando llenar los pulmones. «¿La torre pretende asfixiarme? ¿Va a ser ella la que se venga de todo lo sucedido?»

El Pánico asomó su abominable cuerpo tras los estantes.

—¡Piensa! No pierdas el control —se ordenaba con ahogada autoridad—. No puede ser cierto que la torre respire. Son imaginaciones desbocadas de tu mente. ¡Niégate a creerlas! Eso no puede estar ocurriendo.

Sin embargo, su pecho se agitaba en una asfixia incomprensible, un vacío ocupaba por entero la sala y su boca buscaba aire sin éxito. Miró espantado hacia la oscuridad de la sala y entonces los oyó, nítidos y poderosos: los latidos de un corazón más grande y fuerte que el suyo.

Vinieron a su memoria las palabras de Erugrul cuando le aseguró que la torre le exigiría la vida.

—¡No me mates! —suplicó en un susurro hacia la negrura, y sus piernas empezaron a temblarle.

Fedor abrió la puerta del *scriptorium* y cruzó entre las mesas de trabajo con paso decidido hacia la sala del bibliotecario.

La torre no iba a perdonar al último hombre que la traicionaba. Latía con todo su poder bajo sus pies, y llena de amargura sobre su cuerpo. Latía cargada de rabia y venganza y le ahogaba más y más en cada uno de sus latidos.

Buscó a tientas la puerta para huir de ella.

Desde el mismo umbral que daba acceso a las escaleras de la torre Fedor le llamó varias veces para advertirle de su presencia, apoyando la mano sobre la pared. Le pareció que la fría superficie de piedra palpataba, o tal vez había sido el reflejo de su propio corazón que, sin saber por qué, sentía tan intranquilo. Volvió a llamarle, dudó un instante y decidió subir.

Por más que tiraba de la puerta no conseguía que cediera. Alicio giró, aterrorizado,

su rostro hacia al interior de la estancia, una vez más, para precaverse del peligro pero aquel ensordecedor embotamiento bloqueaba sus sentidos y una insondable oscuridad se apoderaba de todo; incluso las dos aspilleras habían desaparecido. Sin aire que respirar y con un último esfuerzo desesperado tiró de nuevo del pomo de madera y, entonces, los intensos ojos llenos de muerte de la torre de El Fin del Mundo le miraron.

Fue exactamente el mismo temor, el mismo que la vez anterior, el que sintió el monje cuando volvió a verla cerrada. Fedor empujó con todas sus fuerzas la vieja puerta atrancada hasta que consiguió abrirla y allí, tendido en el suelo, encontró el cuerpo del muchacho. Lo arrastró hacia afuera con urgencia y lo sujetó entre sus brazos.

Con un golpe seco y rotundo la entrada del séptimo nivel se cerró y el eco de ese impacto descendió atronador, escaleras abajo, recorriendo la sala de estudio. Igual que un grito imposible, escapó y se extendió por todo el monasterio precipitándose sobre la isla.

Todos los monjes lo oyeron y todos se sobrecogieron. Fedor abrazó al muchacho contra su pecho; respiraba.

Durante muchos días estuvo enfermo. No era una dolencia común con necesidad de reposo o con fiebre o dolores, sino un mal distinto.

Los monjes que le cuidaban no podían explicarse cuál era la causa de aquellos síntomas que padecía. Sospechaban que había jugado con fuego en lo alto de la torre y su cabeza se había trastocado. Deliraba cuando, inquietos y preocupados, le preguntaban por lo sucedido. Entraba en un estado de perturbación mental que le hacía decir muchos disparates.

Concluyeron que el muchacho había perdido la razón y, aunque consiguiera recuperar algún día el sentido común, debían apartarle definitivamente de la biblioteca para bien de él y de toda la comunidad. En eso todos estaban de acuerdo.

Lejos de recuperarse, mantenía un ánimo muy decaído y no mejoraba con el transcurso de los días. Le veían bajar hasta la playa, donde pasaba largas horas mirando al horizonte. Algunos monjes temían lo peor.

Alicio solo recuperaba el ánimo cuando se sentaba sobre la arena y miraba al mar, donde había hecho desaparecer los trozos rotos del libro robado a la torre. Allí veía la única salida del laberinto. Imaginaba huidas con las que ponerse a salvo de la

amenaza de muerte de la torre, que sabía que aún pendía sobre él.

Cuando regresaba al monasterio, la presencia del Miedo volvía y le oprimía el corazón haciendo que se sintiera tan condenado como, antes que él, lo estuvieron Totmés y Erugrul. Y aunque se obligaba a ser valiente para continuar con su misión, le venían pensamientos terribles que le asustaban sin remedio.

«¿Qué pensará de mí Fedor?» Sobre todo, se apenaba por él. El astrónomo, más que nadie, deseaba ayudarle en esos momentos de sufrimiento pero a él, más que a nadie, tenía que rechazar. «Cuando me marche, sentiré una gran decepción por mi conducta. No podré ni despedirme del único amigo que he tenido. Su aprecio ha sido realmente el motor de mis éxitos.» Se sentía en deuda y le pagaría con la peor moneda.

Tal vez era ese el principal motivo de su profunda tristeza. Debía irse sin explicar los motivos. Y era inevitable hacer daño.

Y en ese remordimiento se perdía y cerraba sus ojos para que nadie pudiera conocerlo, aunque fuera mínimamente. Por eso, la mayor parte del tiempo se mantenía aislado de todos.

La noche esperaba que la luz del alba trajera con ella la solución al problema y así los días caían y el cenobio permanecía con la biblioteca desasistida de nuevo. Y aquella desidia era la constatación de que habían cometido un importante error.

El padre prior oraba, su actitud de recogimiento y prudencia molestaba a algunos monjes y otros la veían necesaria para poder encontrar la salida correcta a aquella encrucijada. El alma del anciano estaba llena de inquietud y dudas, su preocupación principal no eran los monjes desasistidos en la biblioteca sino recuperar la tranquilidad de espíritu y devolver la serenidad a todos los habitantes del monasterio. Debía encontrar la mejor solución para la situación que se había creado con Alicio. Y tenía fe en ello.

Aún transcurrieron unos días hasta que al fin llamó a la sala capitular a Fedor para hablar con él.

—He tomado una decisión —le anunció con la voz frágil pero tranquila.

El astrónomo se acercó cuando este alzó su mano en busca de la suya.

—No podemos volver a repetir los mismos errores. No podemos consentir que nadie sea condenado a vivir en desgracia de por vida. Ya sufrió esa triste misericordia el pobre Totmés.

Fedor se acercó aún más, la debilidad del monje le obligó a inclinarse. Sintió la presión de la mano del anciano sobre la suya.

—Quiero pedirte una cosa —añadió mientras se levantaba de su asiento ayudado

por el monje—. Nuestra labor en la biblioteca ha de reanudarse de inmediato. Y tú eres el hombre que desearía que se encargase de ello. Por supuesto, puedes considerarlo cuanto precises antes de darme tu respuesta.

Fedor dejó que el anciano se apoyara en su brazo. Y caminó junto a él en silencio. Debía recapacitar bien sobre la petición del prior. Nunca, en los años que llevaba en el cenobio, había pasado por su mente asumir la responsabilidad de cuidar de la biblioteca.

Necesitaba tiempo. No podía saber si se sentía preocupado, sorprendido o aliviado. Solo sabía que todo iba a ser distinto. Que iba a producirse un movimiento difícil e inesperado en la perenne uniformidad de la vida de aquella comunidad.

—Lo consideraré —contestó.

—Confío en ello.

Y, cogiendo el bastón que le esperaba junto a la puerta, se desprendió del brazo del monje y echó a andar, lentamente, arrastrando los pies hacia el pequeño claustro.

A Fedor le pareció que aquel anciano conocía ya la respuesta a todo. Y sonrió.

Como cada mañana, había bajado a la playa y ya se encontraba absorto en el perfeccionamiento de su último proyecto de fuga. «Puedo esconderme entre las rocas sin que nadie me eche en falta, evitando que descubran mi maniobra hasta que la embarcación esté en alta mar y entonces ya será demasiado tarde. No podrán hacer nada.»

Estudiaba diversas posibilidades. «Podría agazaparme esperando el momento adecuado para saltar dentro del bote y ocultarme bien entre los sacos.» Esta era bastante factible. «No descarto disfrazarme con ropas de marinero y confundirme entre ellos. Aunque esta posibilidad me resultaría más difícil dado mi inconfundible porte que, al primer vistazo, me delataría.» Aun así, la sopesaba como plan alternativo si no tuviera más remedio. Le volaba la imaginación, al menos no la había perdido. «Cabe, también, la opción de dar a esos marineros una carta para Ella en la que le puedo pedir que venga a buscarme, señalando un día y una hora precisa para el rescate. Pero no sé si puedo confiar en la formalidad de estos hombres a la hora de entregarla a correos y aún menos en que, con los pocos datos que tengo de su dirección, esa carta llegue a su destino.»

Seguía mirando al mar, inventando a contrarreloj maneras de escapar, cuando descubrió a cierta distancia a un monje que le hacía una señal. Le ignoró. «No quiero volver tan pronto a la cercanía de la torre de El Fin del Mundo.»

El monje insistió y el muchacho, de mala gana, accedió a seguirle.

Arriba, bajo la majestuosa entrada, reconoció al padre prior esperándole.

Comprendió que algo importante debía haber sucedido, no era habitual encontrarle en el portón. Inquieto por la extrañeza, ocultó como de costumbre su rostro para que aquel sabio no pudiera advertir los rastros de sus planes de huida.

—No temas, hijo. Ven, solo quiero hablar contigo. —Tendió su mano hacia él.

La mañana era serena. La luz caía limpia e iluminaba en todo su esplendor la gran arcada bajo la cual se erguía, con cierto esfuerzo, el anciano con la mano tendida.

Se sintió avergonzado protegiéndose bajo su capucha. Caminó los últimos metros observando la luz nítida y cálida que se contenía, como en un cuenco, en la palma apenas extendida del prior. De pronto tuvo ganas de coger esa mano blanca y huesuda.

—He estado pensando sobre ti —le dijo en voz muy baja, pero le oyó tan claro como si se lo hubiera dicho al oído.

Alargó entonces su mano para coger la que le extendía el anciano. Una sensación agradable le llegó hasta el pecho, tranquilizándole.

—Acompáñame. Quiero dar un paseo contigo —dijo esbozando una sonrisa tan limpia como aquella luminosidad del sol.

Anduvieron despacio, sin decirse nada, al paso reposado del prior, rodeando el monasterio por su muralla exterior. El sendero, aunque estrecho, era cómodo. Oscilaba hacia arriba y hacia abajo, siguiendo las formas que las rocas y el terreno iban dibujando. No soplaban viento y solo de vez en cuando una brisa aparecía y se llevaba el sonido de los pasos arrastrados del prior. Excepto el trinar de algún pájaro, todo lo demás era silencio.

Desde aquel sendero podía advertirse que el mar estaba tranquilo. Como una lámina recién pintada, en una quietud placentera.

Ninguno de los dos habló mientras duró el paseo. «Es mucho más prudente no hacer preguntas.» Alicio escuchó el consejo de su sentido común.

Llegaron a la parte posterior del monasterio, donde una roca, más ancha y alta que las otras, se alzaba hacia el cielo llamando la atención por su forma. Bajo ella vio un banco labrado en la misma piedra, al refugio del sol y del viento. Nunca antes había estado allí.

El anciano tomó asiento y luego suspiró complacido.

—Es un buen lugar para hablar sobre nuestros pensamientos.

El muchacho asintió bajo la capucha, aunque no tenía ganas de hablar de ellos.

—A mi edad lo único verdadero es lo que piensa el corazón. —Sonrió brevemente—. Porque lo que ocurre con los años es que el pensamiento va bajando de la cabeza, donde nace, al corazón, donde se considera lo que se piensa. Y tengo tantos años que no puedo hacer otra cosa que considerar pensamientos.

Luego le indicó con su dedo índice que tomara asiento a su lado.

Alicio lo hizo, cobijando su cuerpo al abrigo de la roca. El peso que le había apretado el estómago desapareció. Como si se aliviara la angustia de tantos días.

El prior volvió a suspirar complacido.

—Hace miles de años, los hombres se sentaban a escuchar hablar a la tierra, al agua, al sol, a los árboles, a la noche. Eso lo hacía todo mucho más fácil para ellos. Todavía no hemos perdido esa facultad para unirnos con nuestra Madre y hablar con ella. Pero ya casi no podemos recordarla. Yo lo sigo haciendo aquí, bajo esta roca. Y estos días he venido muy a menudo a conversar con ella, sobre los pensamientos de mi corazón —le confesó mientras acariciaba el relieve tosco de la piedra oscura y salina.

El chico bajó el rostro hacia sus pies. No sabía qué contestar a aquel hombre bueno.

—A veces hay tanto que decir que es mejor empezar con el silencio —el anciano se rio alegremente—. El silencio nos asusta. Nos confunde, nos deja perdidos y desorientados. Es como si nos soltaran a tientas, sin luz. Pero es una sensación falsa. El silencio es tan evidente como la palabra misma. Nos hace comprender si lo escuchamos bien. En el silencio encuentras. Si no lo temes, siempre te traerá la respuesta. Tu corazón y tu cabeza se acercarán gracias a él y se escucharán. Entonces tu boca dirá lo que tienes que decir.

Los dos quedaron callados. Detrás de la gran roca que les apartaba de todo se oía el murmullo de la realidad. O eso pensó Alicio.

Al principio se sintió fuera de lugar y los pensamientos no le dejaban escucharse a sí mismo. Pero poco a poco dejó de inquietarse y empezó a querer llenarse de silencio, al lado de aquel sabio anciano. Intuyó, como si fuera una última idea que se le escapaba volando, que aquel sería un agradable momento que permanecería en su recuerdo cuando se marchara de allí.

El sol subió hasta su mediodía y luego llegó un aire desperezando al mar, que comenzó a murmurar.

Abrió los ojos como si despertara de algún sueño en el que había caído y miró con cuidado a su compañero; parecía dormido. Su piel era tan blanca como el papel más puro, y apenas podía verse en su rostro otra cosa que sosiego. Su cabello cano, fino y

débil, escasamente le cubría sus grandes orejas y a la luz brillante del día más parecía un ángel viejo que un hombre anciano.

—Prior, tengo que irme de Τείχος.

—Yo también lo pienso.

Retiró la capucha de su cabeza y se sintió calmado, recuperado de una grave enfermedad.

—De todos modos, sé que no me equivoqué contigo aceptándote entre nosotros —añadió abriendo sus ojos casi ciegos y volviéndolos hacia los del joven.

—¿Sabe lo que ha sucedido? —preguntó sin temor Alicio.

—Sé que lo que haya sucedido es porque tenía que ser. Solo deseo saber lo que quieras explicarme. —Y su gesto se volvió grave porque sabía que aquel asunto era de mucha importancia.

—Recordar el valle y el jardín de casa me hacen sentir mucha nostalgia. Siento tanta añoranza de ese lugar y me parece tan lejano en el tiempo que incluso podría ser irreal.

Y bajo la sombra que les daba aquella roca, empezó el relato de todo lo que le había sucedido. Cómo empezó su viaje buscando a su tía. De qué modo todo cambió y por arte de Monsieur Clardin pasó de buscar a su tía a tener la misión de asegurarse que los pergaminos del Danzarín de los dioses permanecían seguros en esa isla. Luego llegó el día en que por fin logró entrar en el séptimo nivel. Y volvió a callarse.

«No puedes contar la dolorosa y terrible verdad que aquí se ha escondido durante años.» Pensó en la muerte de Daniel y también en las de Erugrul y Totmés, pensó en lo que cada uno hizo y en lo que cada uno prometió, ocultó y calló. Sintió todos esos secretos atados dentro de su corazón y, sobre ellos, un cerrojo cerrado.

El sol empezaba su descenso y las gaviotas regresaban con sus voces estridentes hacia sus refugios rompiendo la quietud del lugar, pero el mar seguía respirando profundo y acompasado. Respiraba.

Por un instante, Alicio deseó dejar asomar las emociones junto a esas lágrimas que querían nublarle la vista, pero hizo un esfuerzo por tragarlas y que no se desprendieran de sus ojos. Con ellas tragó el sufrimiento que le oprimía por todo aquello que conocía. La duda se evaporó, su decisión era firme. «El resto de la historia seguirá sellada dentro de mi corazón.»

El anciano, que podía sentir las luchas del muchacho, le miró a los ojos tendiéndole un puente de tranquilidad sobre el abismo que se abría.

—Sé que por primera vez se romperá la más sagrada de todas las normas, la que

jamás se ha incumplido en nuestra historia. Pero así debe ser. Siempre supe que estabas de paso entre nosotros. Tienes que regresar al mundo porque no perteneces a Τείχος. Eso es lo que me dice el corazón. No sé qué ocurrirá a causa de esta transgresión pero aceptaremos la voluntad de Dios.

El sol declinaba y los tonos anaranjados rojizos, ocres y violetas se esparcieron sobre las nubes. El monje se incorporó con dificultad y los dos desanduvieron con paso calmado el camino.

Al llegar a la entrada del monasterio, el prior se detuvo.

—Te marcharás en el próximo barco. Dentro de dos semanas —le anunció.

—La verdad es que echaré de menos este lugar —pensó Alicio en voz alta y se sentó en las piedras, metiendo la cabeza entre sus rodillas.

El anciano ya había cruzado la alta arcada. Sabía que aquellos momentos no podían compartirse sino con uno mismo.

Un monje salió a su encuentro y le ayudó a cruzar el patio, donde la vida crecía laboriosamente.

La isla, oscura y difícil, se mostraba tranquila. Contagiada por un equilibrio que fluía y lo invadía todo. Escuchó el canto de atardecer de algún pájaro del que desconocía su nombre y el rumor sosegado del mar allá abajo.

«Ahora sí que puedo marcharme.» Y, al inspirar, se concentró en el aire limpio que entraba por su nariz hasta sus pulmones. Lo imaginó recorriendo sus venas y llegando a sus piernas y a sus manos. Y también a su mente. No sabía exactamente qué, pero algo había cambiado dentro de él.

La luz se apagaba con rapidez en el cielo y toda la isla escuchó la campana de El Fin del Mundo llamando al rezo de vísperas. «Sí, lo echaré de menos.»

Cuando se acostó en su cama, aún retenía esa calma dentro y aunque sabía que lo más difícil estaba realmente por llegar, se sentía de nuevo con fuerzas para enfrentarse al reto.

Capítulo 29

Al día siguiente, la comunidad fue llamada a la sala capitular del monasterio.

Sentado con la cabeza baja y las manos entrelazadas, Fedor había sido ya advertido por el prior acerca de que su amigo abandonaría la isla y deseaba que ese permiso no los llevara a una época de recelos y reproches. Confiaba en la sabiduría del anciano al tomar ese camino pero tampoco olvidaba que todos eran hombres muy convencidos de que las normas no debían romperse nunca. Estaba inquieto, no sabía si tendría capacidad para ayudar a los monjes si se negaban a aceptar esa decisión tan arriesgada. Podían venir tiempos muy difíciles.

El prior comenzó por repasar y reflexionar en voz alta sobre los hechos ocurridos en los últimos meses y luego les comunicó su decisión de que fuera Fedor quien ocupara el sitio vacante de bibliotecario en sustitución del joven Alicio, cargo que el astrónomo finalmente había aceptado.

Los monjes asintieron con murmullos de aprobación. Todos parecían muy aliviados por aquella elección.

Fedor aguardaba la segunda noticia. Miró al anciano mientras este les explicaba, igual que un padre a sus hijos, el daño irreparable que se produciría al mantener a ese muchacho de forma obligada en la isla. Les habló del respeto con el que se debían observar y cumplir las normas pero les recordó, con especial énfasis, que el máximo precepto que regía sobre ellas era que no supusieran condenas insostenibles para aquellos que debían honrarlas, porque entonces dejaban de ser buenas para convertirse en perversas.

Todos se agitaron, muchos murmuraron entre ellos. Algunos discreparon abiertamente con sus gestos y alzaron sus argumentos y le recordaron al prior que el mismo muchacho, antes de acceder a la biblioteca, había aceptado acatar el inquebrantable cumplimiento de esa regla.

El prior, haciendo alarde de una gran serenidad, contestó a cada una de las quejas y preguntas, aunque en muchos casos no les satisfacía.

Fedor miró a su amigo, sentado en un rincón, y no pudo dejar de sentir la fragilidad de su destino. Observó luego al venerable anciano en medio de aquel inusual jaleo. Sabía que todos respetaban su sabiduría pero les estaba resultando difícil aceptar que la decisión estaba ya tomada, aun siendo tan peligrosa y excepcional. Escuchó, por debajo de las otras, la voz del prior pidiendo que fueran misericordiosos y confiaran

en la bondad que traería aquel gesto.

Fedor temió que aquello pudiera ser una chispa que, tarde o temprano, incendiara el bosque. Pero, sorprendentemente, después de aquella tribulación todos volvieron a sus trabajos y durante días una calma forzada cayó sobre el lugar.

El recién nombrado bibliotecario se debatía en una lucha interna. Podía intuir que la decisión del prior estaba íntimamente relacionada con la carga que parecía llevar Alicia dentro de su pecho, oculta. Entendía que su salida de la isla era una solución necesaria. Sin embargo, le costaba aceptar con total convicción el incumplimiento de una norma tan sagrada que, además, suponía la seguridad y garantía de aquella biblioteca. Nadie podía llevarse ninguna información de allí. Entonces, ¿por qué creía saber que Alicia se llevaba algo y aun así se le permitía?

Aunque lo más duro para él era que el joven no continuara con ellos en el cenobio. Consultó lo que sus mapas predecían y, reconociéndose en una gran falta de generosidad, se obligó a respetar su voluntad y a aceptarla.

El agua le acompañaba por los canales mientras caminaba sumido en esos pensamientos. Vio al muchacho sentado en un rincón del huerto y doblado sobre sí mismo. Se acercó y con la mano le tocó el hombro.

—Deberíamos hablar —le propuso sentándose a su lado.

Alicia le sonrió como si se le agitara una alegría. Aquel muchacho, pensó Fedor, bien podría haber sido su hijo si hubiera podido ser padre.

—Disculpa que aún no lo haya hecho, pero tenía que tomarme tiempo para pensar sobre lo que va a suceder. Y poner orden dentro de mí. No es fácil aceptar las cosas si no logras entenderlas.

—¡Yo en cambio siempre tengo prisa por hacerlo todo!

Fedor recibió su mirada ligera, como la misma agua que recorría el huerto, y en ella reconoció la bendita ingenuidad de la juventud. Había temido tanto ver aún alguna sombra en ella...

Así acabó de convencerse de que el prior había tomado la mejor decisión posible.

—Vas a ser la primera persona a quien este monasterio permite marcharse de la isla tras haber trabajado en su biblioteca. Debes de tener una importante tarea por delante para que esto suceda. No la desprecies ni la abandones una vez te hayas ido.

—Sí, lo sé. Pero dudo de si soy lo suficientemente fuerte o si estoy preparado para tareas importantes.

Fedor dejó escapar una risa sincera. Aquel chico siempre le desconcertaba con sus respuestas. Le parecía alguien muy singular, mostraba a veces la altivez de un joven

consentido y, en cambio, otras le sorprendía con aquella humildad genuina.

—Claro, es justo como debe ser. —Elegió una pequeña piedra bajo sus sandalias y luego la giró entre los dedos mostrándosela al chico—. ¿Ves esta piedrecita que no sospecha que es diferente y especial? —le preguntó divertido.

—Bueno, es tan negra y afilada como todas las que hay, a montones, en el huerto —respondió Alicio entusiasmado, esperando que su amigo le retara a algún juego de astucia de aquellos que ahora tanto le gustaban o que le contara alguna historia nueva sobre las piedras del lugar.

—¿Por qué mi mano caprichosa la escoge a ella habiendo tantas a mi alcance? No tengas dudas: es el perfecto azar quien decide. ¿Y para qué puede servir, tan pequeña e insignificante, que no sirviera mejor una más grande y fuerte? —Hizo una pausa para disfrutar de su divertida expectación—. La piedra desconoce su poder porque aún no ha hecho nada, pero lo descubrirá tan pronto como lo haga. Es justo su pequeñez lo que la hace más válida para realizar la tarea.

Se levantó y se dirigió a la acequia que tenían al lado, la introdujo entre otras piedras mayores que represaban la corriente y la encajó en una pequeña oquedad por la que escapaba un fino hilo de agua.

Alicio, que le había seguido, sonreía como un niño que ha encontrado la respuesta.

—Ahora el azarbe está haciendo mejor su trabajo. La pequeña piedra era la gran pieza que faltaba.

—¿Esa piedra soy yo? —preguntó entusiasmado.

—Esa piedra somos todos. Creemos que nuestra existencia no es valiosa. Que no servimos para nada, que somos meros testigos de lo que los demás hacen y consiguen. Pero tú mismo has podido comprobar cómo, sin una, las demás dejaban que se perdiera parte del agua. Claro que hubiera podido continuar así el canal, pero es ahora cuando más completo está.

»Todos somos sucesos encadenados entre nosotros, sin lo cual no se podría lograr lo que logramos. Si eres la piedra pequeña o eres la grande no tiene mayor trascendencia. Ambas son igual de importantes para encauzar el agua. —Cogió otra piedra pequeña y, tras jugar con ella unos instantes, se la entregó—. ¡Guárdala! Será la memoria de esta verdad.

Los dos se quedaron en silencio. No estaban tristes pero sí sentían la proximidad de la despedida. Esa extraña mezcla de alegría por disfrutar de un amigo y anticipada nostalgia por su ausencia.

Al cabo de un rato, en el que algunos monjes cruzaron ocupados en sus faenas,

Alicio preguntó:

—¿Qué ocurrirá con mi partida? ¿Sabrán aceptarla sin que afecte al prior o a la biblioteca?

—¿Si será buena o mala esta transgresión? Eso pertenece al futuro y ya se verá en su momento. Lo que ahora nos importa a todos, en este monasterio, es el presente y por ahora veo que todos estamos bien, ¿no te parece? —Se rio de las recuperadas ganas de Alicio por preguntar—. Me llegaste a preocupar. Ahora ya ha pasado lo peor y la luz ha vuelto.

—Sí —contestó bajando el rostro Alicio, no queriendo pensar en la torre. Miró la piedra y la giró entre sus dedos. Luego la encerró dentro de su palma, apretándola fuerte. Quería absorber la fuerza de aquel pequeño fragmento de roca resistente—. Me gustaría tener la misma fortaleza que tienen las piedras de esta isla.

—Sabes que ese es el significado de su nombre: Τείχος. Y esta fortaleza para poder resistir ya está dentro de ti, desde hace mucho tiempo —le aseguró Fedor percibiendo su miedo a algo que a él le era desconocido.

Compartieron el resto de la hora que quedaba antes de las vísperas. Fedor empezó a recorrer aquella parte del huerto, inclinándose aquí o allí, examinando las plantas. Observaba a Alicio sentado con la piedra entre sus dedos. Nunca le abandonaría esa imagen de él.

Al día siguiente la biblioteca volvió a abrirse en su jornada habitual y Fedor empezó su labor de bibliotecario. Durante los días previos había aprendido con el prior los sistemas de localización de los libros en los seis niveles de la torre ya que era el utilizado desde los remotos tiempos en que la biblioteca nació y nunca había sido alterado. Poco le pudo explicar del séptimo, ya que cada bibliotecario había tenido la potestad de respetar o no el orden heredado y lo habitual era que ese conocimiento se traspasara del maestro al aprendiz. De Erugrul a Alicio, si había llegado a explicárselo.

Cuando los monjes terminaron sus trabajos y recogieron sus mesas, Fedor, con su labor concluida, cerró el gran portal de acceso al edificio de la biblioteca.

Su cabeza no había dejado de dar vueltas sobre cómo preguntar al muchacho por el séptimo nivel, cómo hacerlo sin provocar en él la angustia que parecía haber mitigado. Al volverse para bajar los escalones le encontró allí sentado. Los dos sonrieron con complicidad.

Bajó hasta llegar a la altura de su amigo, se sentó a su lado y levantó la mirada a la

gran bóveda del cielo: la noche estaba llegando, se encendían las primeras estrellas mientras la luz se desvanecía bajo la capa, que pronto sería poderosa, de la oscuridad.

—El firmamento impresiona —murmuró Alicia levantando también la vista.

Fedor asintió. Debía preguntarle ahora, ya no había más tiempo.

—El barco llega mañana. El prior me lo ha confirmado esta tarde —dijo en voz baja—. Está terminando tu estancia entre nosotros.

Alicia bajó su capucha y se cubrió el rostro. Algunos monjes, al pasar, observaban otro posible quebrantamiento de alguna norma más. Se sentían satisfechos con Fedor en la biblioteca pero se mostraban desconfiados ante el que consideraban parte necesaria de los últimos males. No les gustaba tenerle allí.

—Ten mucho cuidado con la torre, amigo —susurró con inquietud a modo de último aviso.

Fedor guardó la llave en el saquito de su hábito.

—Vaya, en poco tiempo has pasado de pedir consejos a darlos. De aprendiz a maestro. —Y sonrió bajo la tela que le cubría la cabeza, lleno de orgullo—. Cuéntale al que tiene que sustituirte el secreto del séptimo nivel.

Alicia se agitó incómodo. Estaba siendo muy temerario acercándose tanto a ella. Sintió un escalofrío en su espalda. «Eres un imprudente por estar aquí el último día», se recriminó nervioso y enfadado. Fedor percibió su desasosiego.

—No temas, y menos aún por mí. Sabes que no existe peligro en los libros sino en las mentes de quienes los leen.

—¡Escúchame bien, Fedor! Erugrul no deliraba cuando me habló de ella como de un ser vivo. Es cierto que respira allí arriba, en el séptimo nivel. Cuando ese turco recogía los libros y se los devolvía fielmente, se los entregaba a su dueña. Ahora yo te lo digo a ti. No quieras engañarla. —Su agitación se convirtió en un susurro casi inaudible, lleno de culpabilidad—: Yo fui deshonesto

Fedor guardó silencio sorprendido ante aquella inesperada confidencia. Siempre había sospechado que las estancias de su amigo en el séptimo nivel no solo se debían a lecturas apasionadas sino a alguna cosa más.

—Pude sentir su dolor y su odio. —Y Alicia se tapó la cara con las manos para evitar mirarla—. Vi en la oscuridad de aquella estancia sus ojos enloquecidos.

—Temí por tu salud cuando te recogí del suelo, pero no porque la torre pudiera hacerte daño. Lo que allí desencadenaste fue originado por ti mismo —le aclaró serenamente el monje.

—Oí latir su corazón —rebatió encogiéndose aún más dentro de su hábito, con la esperanza de que Fedor le arrancara de inmediato, con sus palabras, aquel terrible recuerdo.

Al monje le vino a la memoria el palpito de las paredes que sintió bajo sus manos cuando subió aquella noche hacia el séptimo nivel. Pero enseguida se deshizo de esa extravagante figuración.

—No te preocupes; lo que acabas de contarme no se lo diré a nadie —respondió como quien descarga luz sobre la noche—. Cualquier cosa que hicieras estoy seguro de que debía ser hecha. Ahora, aquí sentado, recibo el testigo con todo mi respeto porque tu trabajo fue realizado bien.

Alicio le sonrió, agradeciendo ese reconocimiento inesperado. Sintió que la presencia de la torre había retrocedido un poco. Fedor la mantenía apartada.

Sin haberse dado cuenta, la noche ya estaba allí. Infinidad de estrellas temblaban con sus distintas intensidades. Una brisa llegó y barrió las losas, llevándose los restos de una jornada ya terminada.

Capítulo 30

Los tres durmieron intranquilos, los tres tuvieron sensaciones entremezcladas de tristeza y alegría.

Hacía años que al prior las noches le parecían al mismo tiempo largas y cortas. Y en aquella ocasión no había podido evitar una confusión también entre el sueño y la vigilia. Soñó, ¿o tal vez pensó?, con lejanos días de antes de llegar a Τείχος, cuando vivía en el otro lado del mundo. Y se despertó, ¿o tal vez se dormía?, repasando sus años en aquella isla.

Consideró detenidamente el futuro de aquel chico al que devolvía a otra sociedad. ¿Era consciente ese muchacho de lo dificultoso que le resultaría el camino que empezaba ahora? Se incorporó con esfuerzo sobre la dura cama con la pregunta que le preocupaba: ¿Cuál sería el final de aquella historia?

Cuando la campana llamó a la hora prima, el prior interrumpió sus rezos por la comunidad. Luego, de camino a la capilla, vio cruzar a Alicia por una de las salas vacías.

Pocas veces, después de haber tomado una decisión, le invadía tan claramente esa sensación de zozobra que ahora tenía. A la mayoría de los monjes que habitaban en el monasterio apenas les conocía el rostro, aunque sí bastante el alma, y sin embargo ahora, cuando pensaba en todos ellos, sentía un pequeño vértigo, como un salto al vacío, por la incertidumbre que había sembrado en sus corazones por la arriesgada marcha del chico.

Había ordenado que, al acabar la oración, devolvieran al joven la ropa con la que había llegado, se la llevaran a su pequeña habitación y la dispusieran sobre la cama. Luego regresó a su celda, miró por la estrecha ventana y comprobó que la jornada había vuelto a empezar. Idéntica a todas las anteriores y, deseó fervientemente, igual a las que quedaban por llegar.

Casi ya no las recordaba y por eso, al verlas tendidas en su catre, se acercó a ellas con emoción y asombro. Se quitó el hábito con rapidez y se puso los pantalones, los calcetines y aquella preciosa camisa blanca. Alguien las había lavado y conservado en perfecto estado. Se alegró mucho de ello.

Ya vestido, se sintió ridículo, incluso le parecieron incómodas.

«¿Cuánto tiempo hace que no me visto de este modo?» Calculó, casi dos años y medio. Miró sus zapatos limpios, los acarició y se los puso. «¡Me bailan los pies dentro! ¡Cuánto he adelgazado! Me faltan agujeros en el cinturón. ¡Vaya pinta que llevo!» Necesitaba un espejo. Pero suspiró conformado.

Así, con su hábito doblado bajo el brazo, salió en busca de la primera comida del día y entró en el refectorio, donde los cenobitas que allí estaban levantaron el rostro, con algún gesto de reproche. Se sentó en su banco y se bebió el caldo con apetito. «Nunca podré agradecerles lo suficiente que, a pesar de que no estén de acuerdo, me permitan marcharme de la isla.» Sentía mucho respeto por aquellos hombres desconocidos.

Cuando fueron saliendo hacia sus labores, un monje de cuerpo pequeño, el mismo que siempre solía acompañar al prior, entró sujetando al anciano. De pie, esperó con el corazón en un puño.

Al llegar a su altura se detuvieron y el pequeño monje le entregó su maleta azul como si con ella le estuvieran devolviendo una vida anterior. Alicio la tomó con emoción sintiendo que, dentro de ella, le devolvían el pasaporte para regresar al mundo y salió de la sala con ellos.

Fuera, seis monjes aguardaban para bajar junto a él a la playa. Allí esperarían, como siempre, al barco que les traía las mercancías y, a cambio, ellos les darían las suyas. Y luego aquel muchacho extraño se marcharía.

Ya era el momento. Todo estaba listo. Brindó su mano al anciano prior y este la tomó entre las suyas. En ese apretón se transmitieron el calor de sus corazones, con paz.

Tras cruzar los huertos, traspasaron el portón y empezaron a andar en fila y en silencio.

El prior los siguió con la mirada hasta que los perdió de vista pero pudo observar que el muchacho giró la cabeza hacia el monasterio un momento, en una breve despedida cargada de sentimientos. También Fedor, desde una de las ventanas de su sala en la biblioteca, les vio descender e intentó sonreír.

Por el sendero, el chico recordó a Totmés. Le imaginó agazapado, vigilándole con sus ojos gastados. Se detuvo un momento y luego reanudó la marcha tras los silenciosos pasos de los que habían sido sus compañeros.

El sol empezaba a perfilar el día y a lo lejos, sobre el mar, un revuelo de gaviotas salpicaba el cielo. Sintió que el corazón se le aceleraba. «¡Me voy sin que la torre haya podido impedírmelo!» Nervioso, siguió descendiendo poniendo atención en la

torpeza de aquellos incómodos zapatos.

Cuando llegaron a la pequeña playa, descargó su maleta azul para abrirla.

La embarcación se acercaba despacio, en poco tiempo anclaría y en un pequeño bote los marinos remarían hasta la orilla, donde los monjes ya colocaban sus sacos en perfecto orden.

Cuidadosamente abrió su maleta y se sintió contento y conmovido. «Mi botella de colonia de romero, atada a la pequeña correa tal y como la dejé. ¡Mi abrigo azul y mi sombrero! ¡La caracola blanca!» Acarició cada objeto varias veces, recuperando su tacto. Sacó de su bolsillo la pequeña piedra negra de Fedor y la puso junto a sus pertenencias.

«Es hora de colocarte de nuevo el sombrero», le oyó decir al *gentleman* que llevaba dentro mientras se repeinaba los cabellos. Estaban descuidados y demasiado largos. «Seguro que en poco tiempo recobrarás tu elegancia innata, puede que esta imagen te haga parecer un hombre interesante, un aventurero, más que nunca.» Luego miró a los monjes de reojo y disimuló lo mejor que pudo su pecado de vanidad.

Ató la maleta a su espalda y cerró los ojos para guardar muy adentro, para siempre, el tiempo vivido en Τείχος. De inmediato acudió a ayudar a los monjes en el trasiego de los sacos y junto a ellos se quedó esperando, impaciente, al bote que seguía acercándose a la isla a manos de unos hombres de piel quemada que remaban sin demasiadas prisas.

Intercambiaron las mercancías y contaron los sacos mientras los amontonaban. Alicio les informó que se iría con ellos y se despidió de sus compañeros estrechando con agradecimiento sus manos. Los monjes respondieron con bondad.

Se quitó los zapatos y los calcetines y ayudó a empujar el bote con los marineros. Subió a él y respiró hondo. El corazón le latía nervioso mientras oía el sonido del agua bajo los remos, alejándose de allí. No quería ni mirar ni pensar en nada. Pero la vista se le fue, sola, a la playa. Los monjes cargados subían de nuevo por el sendero.

Aunque él no quería hacerlo, sus ojos miraron los dedos que formaban las grandes rocas, sobre el mar. Miró también a las gaviotas ruidosas volando sobre ellos. Vio el faro y lo miró largamente. Luego sus ojos se volvieron hacia el monasterio de El Fir del Mundo y ya sintió nostalgia de aquella isla. En la torre no quiso pensar, en ella no.

Los marineros remaban rápido y hablaban de igual forma. Le parecía que se dirigían a él pero no les escuchaba. Se sentía fuera de lugar. Una angustia que no podía reprimir le crecía apretándole el estómago y tuvo deseos de volver nadando a Τείχος.

Le subieron a bordo como a un saco más, y sus risas, igual que le ocurrió la otra vez, le parecieron sonidos muy desagradables. «Imagino que no tendrás la intención de ser descortés y al mismo tiempo pretender viajar con ellos, ¿no?» Decidió aceptarlas con paciencia. Intuyó que estarían riéndose de su aspecto, aunque estaba seguro de que lo que más despertaba su interés serían las suposiciones que estarían formulando sobre él y su marcha de la isla.

Pero Alicia no los entendía ni quería entenderlos.

«Recuerdo cuando llegué. También entonces tuve un sentimiento parecido. Cuando pisé la playa por primera vez y miré el velero quise volver. Siempre quiero volver a lo que dejo atrás.»

El barco comenzó a moverse y los hombres, sudorosos, volvieron a sus tareas. Se quedó de pie allí, al lado de unas maderas sucias y apestosas. Les sonrió como confirmación de que todo estaba bien y luego se obligó a mirar hacia el horizonte. Uno de los marineros le señaló hacia allí y dijo alto y claro:

—¡Creta!

«Vamos a la isla de Creta. Bien.» Se hincó el sombrero y asintió mostrándose amable y agradecido.

Por suerte encontró un plástico lo bastante limpio para poder usarlo y lo puso sobre las maderas húmedas y, lo más inmóvil que pudo, se quedó allí mientras el sol subió, reinó durante toda la jornada y bajó. No sintió hambre ni sed. Solo una inquietud extraña en la boca de su estómago; tal vez era la percepción de una firmeza repleta de fragilidad.

A su alrededor el mar y el cielo, enteros, completos. Rodeando aquel pequeño barco que iba cargado de sacos y de pensamientos.

Cuando la noche cayó, los hombres ya se habían acostumbrado al comportamiento del muchacho.

«Son la pequeña piedra de Fedor. Ellos me ayudan a llegar a mi destino.» Se sintió afortunado de tenerlos.

Le dieron una manta y un plato de comida caliente.

«Demasiada», pensó Alicia, que apenas pudo acabársela. Se echó sobre un costado con su maleta bajo la cabeza y, mirando las estrellas, en ese vaivén monótono que tanto le mareaba, se acabó durmiendo.

Esa noche tuvo muchos sueños entrecortados y cada vez que despertaba le costaba entender dónde estaba. Miraba hacia la oscuridad con el corazón colgando de un precipicio, realmente asustado. Antes de las primeras luces del alba se incorporó con

el cuerpo entumecido. El viento olía distinto. Buscó en la penumbra del horizonte, a su alrededor mar y cielo. «¿A cuánto estará el mundo?»

Los siguientes tres días fueron un lento desfilar de horas y faenas. A cada milla recorrida el viento traía olores distintos que él buscaba como si tirara de un hilo que le llevara de vuelta a casa.

Al cuarto día amanecieron con el horizonte manchado por una sombra oscura. Los marineros le palmeaban la espalda con sus manos vigorosas y le señalaban hacia la tierra de Creta. Parecía que se alegraban por él. Como si fuera la carga a entregar, y no los sacos de especias de los monjes.

En la lejanía una isla, montañosa y alargada, se dibujaba entre los albores del amanecer. Tan grande, comparada con Τείχος, que sus ojos no abarcaban, con una sola mirada, toda su superficie.

Los marineros se movían deprisa aquí y allí, llevando y trayendo, mientras Creta crecía como una nube de tierra que se estuviera solidificando sobre el mar dormido y los colores de aquel momento se reflejaron como en una lámina pintada sobre el agua. Una brisa la erizó y pareció empujarla.

Se agarró a su maleta y la apretó contra el pecho: Creta flotaba sobre el mar Egeo. Casi le dolían los ojos de tanto mirarla.

Los hombres le apartaban para un lado u otro como a un niño que molesta mientras la pequeña embarcación viraba para coger rumbo. Los macizos se alzaron más definidos y la luz acabó por abrirse paso.

«Ahora entiendo que los hombres de mar sean distintos al resto. Se acercan a la costa mientras se abren los puertos ante ellos y entran en la tierra para volver a marcharse luego», pensó conmovido por lo que estaba viendo.

Iban adentrándose en la pequeña bahía, custodiada por montes salpicados de olivos, la costa perfilada por el dócil oleaje blanco, las pequeñas barcas amarradas, las casas apretadas frente al mar.

—Àgia Galini! —decían todos cuando pasaban a su lado.

—Àgia Galini —repitió bajito.

Atracaron la barca con tanta facilidad que más bien pareció que la tierra se había arrimado a ellos.

Volvía al pasado al mismo tiempo que entraba en el futuro. Oía las voces de la gente en el puerto, saludando, comentando. Recuperaba cosas ya sentidas, se embriagaba plácidamente de aquella atmósfera costera. Después perdió la noción del tiempo.

Capítulo 31

*M*onsieur Clardin ya no pudo dejar de pensar ni un solo día en el Danzarín de los dioses. Desde la visita de aquel estrambótico joven, la figura maldita había regresado para perturbar de nuevo su vida de una forma brutal e inesperada. Y aunque nunca había logrado borrar de su recuerdo aquella historia, ahora se mantenía bien presente en su pensamiento.

Dudaba sobre si había hecho bien en confiar a un pusilánime una empresa como aquella. Se lamentaba de no haber podido ir él mismo a ese condenado monasterio de El Fin del Mundo. Sufría por la inquietud que le producía no saber cómo estaría aquel asunto que él creyó haber dejado seguro por siempre. Y, sobre todo, se sentía de muy mal humor.

Durante muchos años había vivido en un apacible aislamiento y su único deseo había sido morir tranquilo. Cosas que ahora se le antojaban imposibles si aquel chico no lograba llevar a cabo, con éxito, sus órdenes. Se le removían las entrañas cuando imaginaba cualquier otro final que no fuera el que él ya había decidido. ¿Acaso no le habían asegurado esos monjes que aquel lugar era el más inexpugnable? Aquellos documentos tenían que estar allí. Sí o sí. Y Alicia tenía que confirmárselo. No quería otra opción.

Dio orden a su mayordomo de que si algún día acudía a su casa aquel joven o se recibía cualquier llamada relacionada con él, se le avisara de inmediato. Fuera la hora que fuera.

Y aunque no creía en Dios, llegó incluso a sentirse tentado de rezarle en algún momento de máximo desánimo.

Durante el primer año mantuvo la confianza de que le llegaran buenas noticias al averiguar que, en el pueblo natal del joven, se estaba investigando su extraña desaparición. Con lo que concluyó que no había desdeñado la tarea encomendada y se habría embarcado hacia la isla, tal y como le había ordenado. Pero esa misma falta de noticias, que en principio parecía ser buena señal, durante el segundo año le hizo temer lo peor.

A principios del tercer año, sin ninguna noticia ni casi esperanzas, se rebelaba ante la idea de tener que morir sin conocer lo ocurrido. Su mal humor tampoco se lo permitía.

Ella, tras la solitaria travesía de regreso, volvió a su vida. Pero no se alejó demasiado tiempo de su domicilio durante el primer año. Cabía la posibilidad de que todo fuera rápido y él regresara a buscarla, tal y como le había prometido. Decidió confiar y aprovechar la espera para buscar información y localizar la casa familiar de Alicia en aquel pequeño pueblo catalán, entre un valle y el mar.

Fue a principios del segundo año cuando partió de viaje hacia allí. Encontró la casa sin dificultad. A simple vista, parecía cerrada aunque con aspecto de seguir cuidada. Preguntó discreta por el vecindario interesándose en si estaba a la venta y así supo que, en efecto, ya nadie vivía en ella desde hacía cerca de dos años, poco tiempo después de que ocurriera la misteriosa desgracia, según le dijeron.

Entre unos y otros fueron explicándole, con un secretismo cargado de sospechas, la más que extraña desaparición del sobrino de la propietaria. Aquella casa, le comentaron queriendo evitarle un error si se interesaba en comprarla, estaba maldita, como lo estaba la extravagante familia que durante varias generaciones había vivido en ella. Lo que tenían claro, aseguraban, es que nada estaba claro.

A pesar de todas estas conjeturas, supo que todos los habitantes del pequeño lugar habían colaborado con la Policía y los investigadores durante la infortunada búsqueda del muchacho. Pero estos acabaron las pesquisas oficiales sin pistas ni señales de su paradero y concluyeron que se trataba de una desaparición a todas luces voluntaria, cosa que en parte no extrañó a nadie. Y la familia tuvo que aceptar aquella triste deducción, aun no estando de acuerdo con ella.

Todos le dieron por desaparecido definitivamente. O bien por voluntad propia, o bien por un hecho trágico y misterioso.

Al principio dudó si ir a ver a los parientes y confesarles lo que sabía, pero la promesa de silencio que había hecho antes de alejarse de Τείχος la hizo contenerse y cumplirla, esforzándose por continuar creyendo que Alicia volvería. Y si pasado un tiempo no lo hacía, debería aceptarlo.

Durante dos días paseó por aquellos lugares, con la esperanza de que sucediera algo que no sucedió. Y al fin, con la decisión tomada, regresó a Grecia.

No había conocido nunca a un hombre como él y estaba segura de que no habría otro que le hiciera sentir como él lo hizo, pero a principios del tercer año se obligó a intentar olvidarle.

Alicia invirtió casi seis meses en el viaje de regreso, no había previsto que sin dinero le sería todo muy difícil. Tampoco había previsto que la vida había continuado

sin él.

Su primer objetivo fue ir a Falero para encontrarse con Ella. Dos días esperó junto a la inerte mano de hierro. Esperó con la mente presa por mil pensamientos mientras iba convencándose de que ya no estaba allí.

—Las cosas no son tal como las había imaginado desde la pequeña ventana de mi celda, en la isla de Τείχος.

Se sentía inmensamente desconcertado. Sentado al abrigo del sol, al tercer día decidió escribirle una nota y dejarla en el buzón de aquella bonita casa vacía: «Volveré», escribió con toda su convicción. Luego firmó y la depositó con la desagradable incertidumbre de si Ella llegaría a leerla. Y se marchó.

«Tal vez he regresado a un mundo donde ya nadie me espera.»

Caminaba por las carreteras sin prisas, buscando lugares donde detenerse para, luego, seguir andando. Comía o dormía en las casas de caridad que iba encontrando o en algún establecimiento donde, a cambio de unas horas de trabajo, le solucionarían el problema de su sustento.

A veces, con un poco de suerte, algún camión estacionado en una de esas tabernas de carretera le ayudaba a recorrer unos kilómetros más. A su alrededor, la humanidad corría y corría mientras él caminaba despacio.

Aun así, estaba más cerca.

Liboria, como cada jueves, regresaba al pueblo. Aquel camino de vuelta siempre le entristecía el ánimo. Como cada jueves había ido a limpiar y a recoger el correo que hubiera llegado, correo en el que ella seguía poniendo sus esperanzas.

Y aquella tarde de nuevo no pudo evitar marcharse decepcionada sin noticias ni cambios. Aun así, estaba convencida de que hacía bien en mantener limpia la casa por si un día se producía el milagro.

El corazón se le llenaba de una honda nostalgia de esa época tan distinta a la que ahora vivía. Hubiera dado gustosa uno de sus dedos a cambio de haber impedido aquella aventura loca de su señora, la que provocó la marcha del señorito. Ese chico tan solitario y soñador. El sendero le hacía pensar esas cosas tan tristes, era inevitable. Miró a la lejanía y suspiró. Un jueves más.

Su teoría, contra viento y marea, era que Alicio se habría desorientado buscando a su tía. Tan atolondrado como era, habría acabado, empujado por la necesidad, enrolándose en un ejército de algún país lejano. Aunque esa idea la angustiaba mucho, y entonces optaba por su segunda teoría, según la cual el señorito, en medio de su

excursión, habría conocido a una bellísima joven de buena familia, le gustaba imaginar a una aristócrata rusa, y había sido el amor lo que le habría hecho olvidarse de los suyos. Esta otra posibilidad tampoco la tranquilizaba. Por eso estaba dispuesta a aceptar cualquier otra teoría justificadora. Todas menos la que la gente daba por buena.

Aún no se había recuperado del disgusto que tuvo cuando la señora mandó que se hiciera un busto en memoria de su sobrino y se pusiera en el jardín, a modo de homenaje al caído.

Aquel muchacho al que todos habían considerado siempre un lunático y medio bobo, a ella le dolía mucho y no iba a aceptar nunca lo que murmuraban. Nunca.

«Parece que nadie te reconoce. Apenas te ven, vuelven la cara, y si alguien te observa es para mirarte como a uno de esos forasteros molestos y sucios. Creen que eres un vagabundo. ¿Te has dado cuenta de que más de uno ha llegado a arrugar el gesto? ¿Y que todos fingen indiferencia? No pareces tú. Está claro, no eres el mismo.» Alicia caminaba despacio, escuchando la charla de su molesto yo. Observaba, protegido por su sombrero, las casas, las calles, las gentes y los niños con los que se cruzaba. Aquella era su pequeña ciudad. Sentía la agradable e íntima pertenencia a esa tierra, no podía impedir que le creciera la sonrisa con cada paso que daba en ella.

Al reencontrarse con el sendero que llevaba a las afueras, hacia su casa, se detuvo y olió la brisa. Y sin apenas darse cuenta empezó a silbar su canción favorita. Satisfecho de haber llegado.

A medio camino una mujer se cruzó con él y le saludó distraída, pero en él provocó una explosión de alegría.

—¡Liboria!

La mujer se giró hacia el desconocido al que acababa de saludar por pura educación.

—Sí. Buenos días —dijo prudente y temerosa de algún inconveniente.

—¡Liboria! ¿Es que no me reconoces? ¡Soy yo, Alicia! —Sonrió el muchacho extendiendo los brazos para acoger el abrazo de la mujer.

Pero ella permaneció quieta. Desconfiada ante aquel hombre escuálido y sucio que abría los brazos. No tenía muy claro qué payasada era aquella.

—Perdone usted, pero el señorito Alicia desapareció, o lo raptaron; no sabemos muy bien aún qué fue lo que pudo pasarle. Haga el favor de no ser tan aprovechado y

fanfarrón. Es de sinvergüenza hacerse pasar por él teniendo usted tan poco en común con nuestro señorito.

Y dicho esto, con su habitual locuacidad, buscó un pañuelo en el bolsillo para acercarlo a sus ojos y recoger la lágrima que se le había quedado retenida desde sus anteriores pensamientos.

—¡Liboria, pero si soy yo tu señorito! Te lo juro, ¡mírame! —Se quitó el sombrero y se recogió el cabello, intentando rehacer su perfecta raya de antaño en mitad de su cráneo.

La mujer guardó su pañuelo y se acercó con cautela. No estaba nada convencida, aunque la estupidez de aquel vagabundo en peinarse en medio del camino la hizo dudar.

—Mírame bien, ¿no te acuerdas de mí ya? —le decía el esmirriado hombre, casi a punto de abrazarla y alzarla por los aires.

—¡Dios mío! ¡Virgen Santa! —empezó a balbucear.

Y el sucio mendigo la apretó contra él mientras ella rompía a llorar.

Aún sin entender bien si se estaba equivocando, se soltó del abrazo y, muy mareada, se distanció un paso para mirarle mejor. Sí, eran sus ojos, sí.

—Pero, señorito, ¿qué le ha sucedido? Dios de mi corazón. ¿Cómo es posible que no le haya reconocido? ¡Hemos sufrido tanto! —Sollozaba y le palpaba el cuerpo con pena por el mal que imaginaba que habría pasado.

—Estoy bien, Liboria. Estoy muy bien. De vuelta a casa. —Reía feliz y reconfortado mientras le secaba las lágrimas que seguían oliéndole a comidas entre fogones.

—Vamos enseguida a casa, tiene usted que asearse y comer, comer mucho. No he visto nunca a nadie en este estado tan lamentable desde el tiempo del hambre. ¡Dios mío! —Y tiró de él con la fuerza de una mula. En su cabeza todo empezó a girar, organizando los primeros pasos a dar.

—Me encanta ver que sigues igual que siempre. —Reía el joven mientras recogía al vuelo su maleta y su sombrero.

—¡Santa Madre de Dios! Tiene que contarme qué le sucedió mientras le preparo un baño desinfectante. ¿Dónde le retuvieron? ¿Quién le ha hecho todo esto? ¿Quién le liberó? ¿Cuánto tiempo ha estado bajo torturas? Tendremos que llamar a la señora enseguida y a la Policía y retirar la denuncia y quitar los carteles que aún cuelgan por todo el país....

Y seguía hablando y organizando toda la operativa mientras Alicio caminaba ligero

cogido de su mano. Paladeaba el precioso enclave donde estaba su hogar. Se abandonó en manos de aquella mujer decidida a recuperarle a la vida con la rapidez de una madre auxiliadora.

La casa se abrió ante él como se abre un sentimiento antiguo que siempre se ha tenido. El olor y la luz de las estancias, los colores, los objetos que ya no creía recordar volvían todos intactos, siempre recordados.

Liboria hablaba y hablaba y le llevaba de aquí a allá sin soltarle ni un momento de la mano.

Sin darse ni cuenta, ya había comido y reposaba en remojo dentro de la bañera, rebosante de agua cálida y jabón desinfectante.

Tenía la cabeza echada hacia atrás cuando despertó del ligero sueño en el que había caído.

«Aún está Liboria hablando sola, o tal vez con alguien que no le contesta. No puedo entender lo que dice pero me gusta oírlo. Jamás lo hubiera dicho, pero el sonido de su voz me recupera más que un bálsamo sanador de los suyos.» No quiso abrir los ojos aún. Hubiera seguido allí un rato más pero sonaron unos pequeños golpes en la puerta.

—¿Señorito? —le llamó con tanta estima que sintió que sus ojos se humedecían de felicidad.

—Sí. ¡Ya salgo! —contestó tal y como lo hacía tres años atrás.

Se vistió con sus ropas limpias de antaño y salió hacia el salón. La mujer estaba allí poniendo flores en todos los jarrones.

—Tenemos que ir a cortar ese pelo ahora mismo y, por supuesto, llamaré al doctor para que venga a examinarle cuanto antes. Pero primero, si me permite usted unos minutos, tiene que contarme todo lo que ha pasado. Dónde ha estado durante estos años, por qué no pudo darnos noticias, cómo empezó todo, cuándo y quién le engañó para ocasionarnos tanto sufrimiento. Perdone, señorito, pero voy a sentarme aquí con usted y voy a saberlo ahora porque cuando pueda localizar a su tía tendré que explicárselo.

—¿Dónde está tía Chuchi? —preguntó ajustándose el cinturón lo más que podía.

—La señora ya no vive aquí, se casó con el señor Falán cuando le dimos a usted definitivamente por desaparecido. El señor la consolaba noche y día. Y como era de prever, acabó engatusándola para contraer matrimonio. Decía que, como estaba sola, él la protegería y la cuidaría. A mí nunca me ha gustado ese hombre, usted ya lo sabe. Le llena la cabeza de fantasías y la anima en sus locuras. Perdone que se lo cuente pero, ahora que ha vuelto, debería poner un poco de orden con ella. Yo ya he

desistido. Dios mío, se vistió de riguroso luto durante la ceremonia de instalación en el jardín del pequeño busto que le hizo en su memoria. Todas las semanas le he puesto flores a su estatua. —Sollozó horrorizada por ese recuerdo.

Alicio sonreía sorprendido y emocionado.

—No se burle de mi pena, ha sido tremendo. Ella viajando y preguntando por el mundo, y yo limpiando y esperando siempre aquí. —Sacó el pañuelo para sonarse.

—Tal vez tendría que haber llamado, pero se me olvidó —dijo a modo de disculpa.

—¡Santo Dios! ¿Pudo usted haber llamado y no lo hizo? —Liboria se echó a llorar, aún más desconsolada.

Se arrepintió de su insensibilidad. Ahora comprendía lo que le habían echado de menos y la rodeó con sus brazos con ternura. Le reconfortaba descubrir cuánto le querían. Ahora ya sí se sentía en casa. Pertenecía a aquella familia.

—Estuve mucho tiempo en un lugar desde el que no podía llamar, en un recóndito monasterio aprendiendo mucho, Liboria. No había teléfonos en aquella isla, pero luego en mi viaje de vuelta creí que era mucho mejor llegar que llamar. No llores, ya estoy aquí.

Liboria entrecortaba sus sollozos para volver a ellos aún con más fuerzas.

—¿En un monasterio? ¿Queriendo ser monje?

No podía consolarse, nada de amores ni de ejércitos en guerras.

—Bueno, ya pasó todo. Ahora ya he vuelto, supe todo lo que quería saber y sobre todo, y lo más importante, ahora estoy dónde quiero estar —le dijo cogiéndole las manos para tranquilizarla.

—¡Le noto muy raro! ¡Está tan cambiado, señorito! ¿Qué necesidad tenía de ir a aprender cosas a una isla sin teléfonos? Aquí tenemos bibliotecas y escuelas. La señora Chuchi le hubiera pagado todos los estudios que hubiera querido, usted no se ha portado bien con nosotras.

—Liboria, escúchame bien, aún me queda algo por hacer y necesito tu ayuda.

—No me asuste, no vaya a hacer nada más ahora. Tiene que descansar y recuperarse.

—Voy a pedirte algo muy sencillo. Necesito estar solo en esta casa durante un par de días. Nada más. Nadie debe saber que he vuelto todavía. Tengo que terminar algo y es muy importante que lo haga sin nadie en la casa.

—¿Nadie?

—Tía Chuchi tampoco —le advirtió con severidad.

—Pero ¿cómo voy a ocultarle una cosa así? —Se sonaba los mocos y le miraba

atónita.

—Liboria, nadie me ha visto llegar, excepto tú. Imagina que llegaré de aquí a dos días, que aún estoy en camino. Solo retrasa un poco la noticia, dame ese tiempo para acabar algo que debo acabar. —Y la miró suplicante con los mismos ojos que cuando le pedía las galletas de canela.

Como siempre, el señorito pedía cosas muy raras y difíciles de entender. En el fondo, la reconfortaba que no hubiera cambiado tanto. Seguía igual de majadero, pensó la mujer mientras le miraba la cara de buen chico que ponía.

—¿Para acabar qué? —preguntó en un intento de poner condiciones.

—Para acabar lo que empecé cuando me fui. No preguntes más. Dame ese tiempo, por favor.

Las manos cogidas se apretaron en un sí. Para Alicio fue como sentir las manos de una madre cómplice. Manos estropeadas pero tiernas a la vez, cálidas y acogedoras como la lumbre.

—¡Santo Dios! —dijo al fin Liboria y le abrazó contra ella—. Que Él me perdona por esconder esta alegría dos días.

Al atardecer, Liboria se marchó con el compromiso de respetar su palabra.

Quería volver a disfrutar de la puesta de sol que tantas veces había recordado. Se sentó en el porche, tranquilo y satisfecho ante todos los matices de colores que el cielo mediterráneo derrochaba para quien quisiera disfrutarlos. Escuchó el canto de los pájaros que anunciaba el final del día. Deliciosos sonidos que componían la mejor música para aquel espectáculo. Era un momento de esos en que uno sabe que en realidad lo tiene todo.

El frío le despertó antes del amanecer. Se había quedado dormido tras tantas emociones. Aquel sería un día importante para él y para todos aquellos que habían participado en la historia del Danzarín de los dioses.

Se preparó un desayuno a conciencia y luego pensó en darse un capricho especial. Fue directo a la selecta caja de puros que habitualmente estaba en el salón, justo bajo la cabeza de foca disecada por su bisabuelo. Extrajo uno, lo encendió y se recreó expulsando el humo.

—¡Cuánto lo había echado de menos!

Estaba ya dispuesto a repasar, en su memoria, la parte del manuscrito de Erugrul donde estaban las claves que le habían hecho volver a casa.

Al principio pensó que se trataría de una simple casualidad pero el ladrón que llegó a la isla de Τείχος había nacido en el mismo país que el suyo. También la descripción física que el joven turco hacía de él, sobre todo del particular modo de llevar el sombrero y la maleta a la espalda, le resultó fácil de imaginar debido a esa fotografía de su bisabuelo el trotamundos que tía Chuchi tenía en la sala.

Tras aspirar otra bocanada y soltar un pequeño aro de humo, se levantó en busca de la foto.

Sonrió a su bisabuelo, que también le sonreía. «Aquí está, tan seguro y fuerte como siempre, para él no pasan los años. Tan admirado y consentido dentro de este marco barroco que le protege de todo.» Observó la postura orgullosa con su sombrero ladeado y su estropeada maleta a la espalda. Recordó que su tía le había comentado que aquella extraordinaria fotografía, que tantas veces mostraba ufana a las visitas, le fue tomada cuando regresó de una de sus aventuras. Tal vez no existía ninguna posterior a esa.

Así que la descripción del ladrón se ajustaba mucho a la de aquel retrato. Las señales de identidad que describía Erugrul eran muy coincidentes: su impresionante presencia física y los rasgos de una personalidad que le distinguían de inmediato. Era curioso que, tanto Totmés como Erugrul, en cuanto le vieron llegar a la isla reconocieran en él algunas de esas características físicas del ladrón. Aunque también era bien cierto que él había puesto todo su empeño en copiar al máximo esa imagen familiar.

—Fue así, igual que si un fantasma hubiera regresado desde la lejanía del tiempo a sus vidas, como percibieron que la historia se ponía en marcha de nuevo.

Miró la sonrisa de su antecesor, ese gesto de hombre seguro de sí mismo que tanto envidiaba. ¡Cuántas veces había deseado llegar a ser como él! Cuántas veces había pedido que le contaran sus viajes a lugares recónditos. ¡Y cuántas veces le habían asegurado que no tenían nada en común aunque compartieran nombre y apellido!

Dibujó una media sonrisa comprendiendo ahora las extrañas palabras que le dijo Totmés: «Quieres ser como él. Pero no eres él.»

La audacia con la que el ladrón consiguió embaucar a todos había sido, también, uno de los talentos de su bisabuelo. Tía Chuchi contaba cómo su facilidad en la estrategia le llevaba a conseguir siempre aquello que se proponía.

Pero lo que le había dado la clave definitiva de que debía tratarse de él, como si hubiera encontrado la pieza que faltara en un puzzle, fue el curioso apelativo con el que ocultó su identidad y que usó en la isla y que Erugrul escribió con tinta impregnada de

odio: Ciempiés.

Al principio no reparó en ello. En diferentes ocasiones había oído los numerosos apodosos que su aventurero pariente se autoimpuso a lo largo de su vida. De entre ellos, el ocurrente y divertido sobrenombre de El Ciempiés le había sugerido siempre una imagen de su bisabuelo como un caminante incansable. Un alma inquieta en constante movimiento. Desde niño, las escasas veces que lo escuchó, le había parecido el mote perfecto para un trotamundos de sombrero sucio. También él debía haber sentido que era el que mejor le definía, ya que se hizo llamar así por los monjes del monasterio. Entonces no podía imaginar que un descendiente suyo, conocedor de su identidad, iría a ese mismo lugar más de sesenta años después.

Se sentó con la fotografía del Ciempiés entre sus manos. Intentó recordar lo que le habían contado sobre sus últimos años de vida.

—Dicen que contrajo una enfermedad rara en su último viaje. Que cuando le llegó la muerte, parecía mucho más viejo de lo que era en realidad. Que su cabeza acabó perdida en desvaríos que daban miedo al escucharlos y que los médicos diagnosticaron sin esperanzas un mal irreversible —reparó en voz alta.

Ese final contribuyó a reforzar el mito de sus hazañas y a aumentar el misterio de sus viajes. Se había discutido mucho sobre su conducta. Algunos estimaban que no había sido un hombre responsable y que pagó así sus excesos; otros en cambio defendían la libertad con la que vivió, capaz de seguir los impulsos de su curiosidad aunque acabara tan gravemente trastornado por ellos.

Aunque con el tiempo dejaron de hablar de su enfermedad, fuera y dentro de la familia continuaron alimentando la leyenda de los botines, fortunas o tesoros que, decían, había traído de esos viajes. Pero también, dentro y fuera de la familia, acababan concluyendo que no eran nada más que imaginaciones. Solo habladurías.

—Si él fue el ladrón de los manuscritos egipcios y de las anotaciones de Yves, está claro que tuvo que llegar al lugar donde se escondió por última vez el Danzarín de los dioses.

Sí, estaba seguro de eso. Se le aceleró el pulso.

El gran Ciempiés seguía sonriendo desde su retrato. Era la sonrisa de quien posee un secreto que no va a compartir con nadie.

—Pero lo que ocurre es que lo he descubierto, Ciempiés —murmuró bajito guiñándole un ojo, como quien apuesta en el juego sabiendo que tiene carta ganadora.

Puso de nuevo la fotografía, con su gran marco barroco, sobre la estantería repleta de otras instantáneas familiares.

De todas las veces que había preguntado por los posibles tesoros de los viajes del bisabuelo, la respuesta que más le había gustado escuchar, desde siempre, había sido la que le daban con la clara intención de seguir alimentando esa leyenda intrigante: «No se sabe dónde, pero bien seguro que en algún lugar los tuvo que esconder».

Y nadie supuso que ese lugar misterioso, que a veces imaginaba para entretenerse en sus fantasías, estaba tan cerca de ellos. Buscó una horquilla en la caja de costura y apagó el purito con mucha parsimonia en un cenicero.

—Ahora se entiende ese saloncito mimetizado y desconocido por todos en la bodega. Ahora comprendo por qué está tan conscientemente escondido. Aquel fue el sitio que eligió para sus trofeos. Un refugio elaborado con intención y astucia para tenerlo todo muy cerca y bien protegido.

Bajó las escaleras recordando a los que, antes que su bisabuelo, habían tenido y amado aquel tesoro. También los sufrimientos y las desgracias que aquella maldición había provocado en tanta gente. Sintiendo la transcendencia del momento, bajó el último peldaño: él era el anillo que tenía que cerrar aquella cadena. Aún no sabía cómo.

Mientras buscaba el interruptor de la luz de la bodega, creyó sentir la presencia de todos detrás de su espalda. Animándole a acabar con la figura o exigiendo su propiedad. Todos con razones, todos poseídos por una misma desesperación. La luz los hizo desaparecer. Y respiró aliviado.

Buscó con los dedos las ranuras de la puerta escondida en el fondo del sótano y luego, con el corazón en un puño, hincó la horquilla en la cerradura.

—¿Dónde estará la llave de esta puerta? —volvió a preguntarse en voz baja—. ¿O se la llevaría a la tumba el ladrón?

Tras varios intentos, la puerta cedió. Se abrió sin ninguna resistencia. De nuevo aquel aroma peculiar le recibió. Buscó el viejo interruptor para iluminar el pequeño salón que parecía seguir esperando el regreso de su dueño. Fue entonces cuando le flaquearon las piernas, ahora sí que estaba cerca del Danzarín. Ahí dentro le esperaba esa pequeña figura tan poderosa. No había elección, pasara lo que pasara. Cruzó el umbral y el corazón se le encogió.

Ahora veía con una nueva óptica aquel escondite. Imaginó a su bisabuelo allí mismo, al abrigo de todo. Custodiando sus secretos como Erugrul hizo con los suyos. Sus libros en las estanterías. Cajas, vasijas, hierros y ropas bajo el polvo y la herrumbre. En medio de aquel mundo escondido, su sillón vacío.

Se sentó en él con temor y respeto. Debía ver el lugar tal y cómo Ciempiés lo hizo.

El corazón le retumbaba en los oídos. Una señal de alarma le apretaba el estómago. Sabía que debía hacer caso de aquel aviso porque era la indicación de que entraba el Miedo a estropearlo todo, y se forzó a recordar los consejos de Fedor. «Tu convencimiento de querer alcanzar el objetivo tiene que ser siempre más fuerte que el miedo a no conseguirlo.»

El silencio y el penetrante olor de la sala le distraían la mirada con la que iba recorriendo los objetos que tenía a la vista. Frascos con plantas en su interior tan secas que, tal vez, fueran ya solo polvo. Objetos de lugares lejanos que alguna vez fueron brillantes piezas de ornamento.

«¿Dónde estarán los pergaminos? Seguro que él podía verlos desde aquí.»

Cerca de él se ocultaba el Danzarín de los dioses. Podía imaginarlo espiándole desde su refugio. Miró en un movimiento rápido a un lado y a otro como si pudiera llegar a sorprenderle en un descuido.

«Es un fardo, tiene que estar dentro de una de estas cajas a la vista. No te desmoralices. Tampoco fue fácil llegar al manuscrito de Erugrul entre cientos de libros y, aun así, lo conseguiste.» A veces su voz interior era un importante aliado.

Se levantó en dirección a las cajas que la vez anterior no había abierto, escuchando bien atento el silencio.

Una tras otra las fue abriendo: contenían fotos, cartas, recortes, escritos o apuntes sobre mapas, libros, minerales, piedras, pequeños collares y algunas joyas oxidadas y, sobre todo, grandes cantidades de polvo casi petrificado.

«La auténtica fortuna del bisabuelo.»

No sabía cuántas horas llevaba allí dentro cuando decidió volver a guardar los contenidos. No había aparecido nada que tuviera relación con lo que buscaba. Nada.

Contaba con la promesa de Liboria de que nadie vendría en dos días pero temió que la tarea sería más larga de lo que había previsto.

Ahora debía comer y pensar, le quedaba tiempo. Le dolía la espalda y tenía náuseas de cansancio y nervios.

Cuando se tendió sobre la cama para descansar, decidió que debía aplicar la lógica. Pero cada vez que intentaba dejar su mente en blanco para encontrar el hilo, aquel olor intenso de la salita volvía a su pituitaria y le confundía los razonamientos.

Entonces, de golpe, se encendió una chispa en su mente. «¿Quién me dijo que los antiguos escribas envolvían con especial atención aquello que tenía que perdurar en un lino empapado de un ungüento conservador? ¡Ese olor delata a los pergaminos que

protege! ¡Claro!» Se incorporó como impulsado por un resorte. Se calzó y bajó deprisa, empujado por su arrebató, al saloncito.

Empujó la estrecha puerta y volvió a dar la luz. Sintiéndose como un animal rastreador, olfateó y buscó el camino. Toda la estancia olía igual pero sabría encontrar el origen. Solo tenía que concentrarse en ese sentido y seguirlo.

Se dejó llevar hasta una vasija cerrada, tosca, de arcilla seca y agrietada.

—Sí, huele más fuerte aquí.

Su embocadura, llena de una masilla oscura y sucia, estaba muy bien lacrada. Hincó las uñas y comprobó que era muy dura y muy fuerte. Levantó la vasija y la olió por sus finísimas fisuras.

—De aquí sale este intenso olor antiguo.

El polvo le hizo estornudar. Supo que había encontrado el escondite de Ciempiés.

Con la humilde vasija de arcilla entre sus brazos sintió crecer en su estómago una intensa punzada. Era la lucha ante la indecisión. «¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo voy a conseguir acabar con algo tan importante?» Estaba ante el paso final de toda aquella historia y no sabía cómo darlo.

Se sentó en el sillón con la vasija apoyada en su cuerpo. Recordó las páginas rotas del manuscrito de Erugrul, ahora debía hacer lo mismo con lo que aquella vasija guardaba dentro. Tenía que destruir lo que otros protegieron.

«Tengo que reparar el daño. Y sobre todo debo evitar que vuelva a suceder.»

Desde la inalcanzable lejanía de los tiempos hasta aquel momento, todo lo ocurrido se convertía ahora en efímero. Todo tan frágil. ¿Hacerlo desaparecer para la humanidad, sin rastro ni recuerdo posible? Tenía abrazado el vértigo entre sus brazos.

Sin pensarlo más, estrelló la vasija contra el suelo y el silencio se quebró y en un instante los trozos de arcilla seca se esparcieron a gran velocidad por la superficie de aquel salón quedando ante su vista un pequeño bulto envuelto en una tela vieja, muy bien atado. Junto a él otro fardo más grande, seguramente el pliego con los papiros de Her-Khuf y la libreta de Yves. Allí estaban por fin, delante de él.

El corazón bombeaba sin tregua, y aun así sus piernas no tenían fuerzas. Respiró una y otra vez buscando calma. El Miedo le pinchaba las entrañas.

Creyó oír a Fedor recordándole que una pequeña acción puede significar el éxito de todo un proyecto.

«No debo desenvolver ninguno de los dos objetos.» Ahí estaría su victoria.

Sentado, rodeado de tantas aventuras y esfuerzos, se sentía muy desgraciado. Se incorporó lleno de rabia por la impotencia de no ser capaz de pensar con claridad.

«Pero entonces, ¿cómo voy a destruirla?»

Cerró la puerta del saloncito y salió al porche en busca de aire. La noche reinaba tranquila sobre el canto monótono de un grillo. Sin embargo, dentro de su cabeza la confusión y el ruido no cesaban.

Todas las historias volvían a su mente y todas hablaban y querían ser escuchadas.

«No puedo equivocarme, los errores no corrigen errores —pensaba una y otra vez—. ¿Cuál es la forma? ¿Solo cabe destruirlo o puedo mantenerlo allí escondido y seguro para siempre?». Todos los fantasmas le gritaban para imponer cada uno su razón.

Decidió dejarlos allí, ir a la cama y obligarse a descansar.

Pero la imagen de la vasija rota y esos objetos en el suelo no le abandonaba, infundiéndole un miedo pueril. El Danzarín estaba libre de su cárcel, en el suelo del saloncito, debajo justo de su cama. «¿He cerrado bien la puerta?» Escuchaba el silencio atroz protegido bajo las sábanas.

Incluso el suave murmullo de las ramas de los árboles le parecía inquietante. «¿Conocerá el Danzarín de los dioses mis intenciones?» Podía parecer absurda esa pregunta, pero su angustia era bien real y no podía negarla. «Ya he vivido situaciones imposibles de entender y sin embargo han sido bien ciertas.»

Al fin llegó la luz de la mañana y se llevó las pesadillas nocturnas. Era su segundo día del tiempo concedido y el camino debía andarse.

Se duchó, desayunó y fue a ver de nuevo a su bisabuelo. Con la foto entre sus manos decidió hablar con él. Aquel hombre había alterado las cosas y ahora a él le tocaba volver a ponerlas en su sitio.

La luz mediterránea iluminó la estancia dándole la claridad necesaria al asunto.

—¡Eso es lo que hay que hacer! Devolver las cosas a su lugar —respiró sorprendido. Al fin aliviado. Había encontrado la única respuesta posible—. Este es el modo de dar a todos lo que querían. Yves pidió que se ocultara la historia del Danzarín de los dioses en el mismo fin del mundo. Monsieur Clardin encontró ese lugar y allí depositó los documentos para que permanecieran resguardados para siempre, cumpliendo así lo prometido. Erugrul juró hasta el último minuto de su vida ocultar el robo y conservar el honor de su maestro. También Totmés lograría estar cerca del corazón de su amigo. Her-Khuf quiso que la pequeña figura se protegiera de hombres tan ambiciosos como Neferkera, y el prior confiaba en que mi partida de la isla sirviera para devolverles el equilibrio. El círculo, pues, se cierra sobre sí mismo. Este es el único modo. El Danzarín y los escritos que le acompañan tienen que volver

a la fortaleza de Τείχος. Tal vez deban ser destruidos y enterrados allí junto a sus últimos muertos. Tal vez custodiados por las manos buenas de Fedor. Pero debo llevarlos de vuelta. —Se sentía plenamente convencido de ello.

Bajó al saloncito y abrió la puerta. Encendió la luz y se acercó a los objetos desparramados entre los trozos rotos de la vieja vasija. No quería mirar cara a cara al pequeño bulto amordazado del Danzarín. Le temía.

«¿Quién haría esta figurita de oro que luego había de tener tanto poder?»

Recogió los trozos de arcilla dejándolos en una de las estanterías y subió a por su maleta de viaje y unas bolsas. Tuvo la sensación de haber cometido un crimen en el desván y estar escondiendo el cadáver, borrando todas las pruebas.

«Pero ¿cómo ocultar ese olor tan penetrante?»

Nervioso, lo envolvió todo en bolsas de plástico que selló luego con cinta aislante. Lo metió en su maleta y cerró la puerta dejándolo preparado allí dentro. Listo el Danzarín de los dioses para hacer su último viaje.

Capítulo 32

*L*iboria no había conseguido cumplir del todo su promesa. Tía Chuchi y Néstor llegaban en su ruidoso coche, haciendo sonar el claxon desde el inicio del sendero, a lo lejos, a pequeños y molestos bocinazos de festejo.

Alicio se sobresaltó.

Es pedir mucho que los demás actúen como uno desea.

Pero al asomarse y verlos llegar le vinieron ganas de abrazar a su tía. Liboria iba con ellos, escondida la cara detrás de su pañuelo.

Tía Chuchi bajó del coche aún con el motor en marcha y en medio del camino se fundieron en un abrazo.

De nuevo el insoportable perfume embriagante de su tía, el especial contacto de su mejilla llena de polvos de maquillaje y la protección que le sugería su cercanía. Ni se había dado cuenta de lo que había ansiado ese momento.

Todos le hablaban a la vez, Néstor, Liboria y por supuesto su tía. Todos le preguntaban al mismo tiempo cosas distintas y Alicio no podía evitar que una fuerte emoción le subiera por la garganta y se le quisiera escapar un poquito por los ojos. No podía articular ni una respuesta coherente entre tanta alegría.

Fueron horas entre comidas y vinos celebrando el feliz desenlace. Tía Chuchi le contó con detalle historias que habían sucedido en su ausencia, todo lo que habían hecho por saber de él y los desengaños que habían sufrido al no conseguir ningún resultado.

Por supuesto, lo cambiado que le veían y su aspecto tan desaliñado les llenaba de una desconcertante curiosidad y los tres coincidían en que lo primero era una urgente revisión médica y un largo periodo de descanso para la completa recuperación de su salud. Pero sin duda lo que les estaba resultando todo un misterio, imposible de comprender, era la extraña explicación de Alicio sobre su decisión de permanecer tanto tiempo estudiando en un monasterio.

Él reía y dejaba que hablaran y le sorprendieran con sus apasionadas discusiones, sus inagotables palabras y aspavientos tan familiares que fluían como el agua de una presa que por fin han abierto dejando escapar el caudal.

Había anochecido cuando Néstor despertó a Liboria, que entre llantos y alegrías se había quedado dormida. Y la acompañó a su casa.

Cuando se quedaron solos, tía y sobrino se sentaron en el porche. Se respiraba

tranquilidad, esa que da la noche cuando parece que las estrellas pueden tocarse con solo estirar los dedos. Y el sosiego que se percibe junto a quien, al fin, se ha recuperado.

—¿Volverás a irte? —intuyó tía Chuchi.

—Sí. Muy pronto.

Ella sonrió y le cogió la mano. Aquel gesto le hizo recordar al anciano prior. La aceptación de las cosas, esa forma que tienen las personas ya mayores de saber lo que tiene que ser.

—¿La encontraste, verdad? —le preguntó con un asomo de envidia sana en sus ojos—. Tuviste más decisión que nosotras.

Alicio había deseado durante años escuchar de su tía palabras llenas de orgullo hacia él. Por eso un escalofrío electrificó todo su cuerpo. Había dejado de ser invisible. Esa noche durmió plácidamente.

Le despertó el reconfortante olor de café recién hecho que, desde la cocina, subía hasta su habitación. El agua caliente de la ducha, las toallas suaves y perfumadas le hicieron disfrutar, con una intensidad despreocupada, de todo el ritual de lo cotidiano.

Desayunó bajo la atenta vigilancia de Liboria que, mientras le contaba las felicitaciones y el sinfín de preguntas que le habían hecho en el pueblo, ordenaba cacharros en la cocina.

La miraba divertido intentando descubrir cómo y cuándo respiraba aquella mujer.

—¿Y tía Chuchi? —preguntó mientras relamía la última cucharada de chocolate caliente.

—Se ha marchado muy temprano con el señor Néstor. Me ha dado una cosa para usted, señorito. —Y sacó de lo hondo de su pechera, con una agilidad sorprendente, un sobre cerrado.

Alicio lo cogió y lo escudriñó por ambos lados. No había nada escrito.

—Me ha dicho que lo va a necesitar —prosiguió Liboria, y puso en su voz todo el temor que sentía.

—Gracias. Voy a pasear un rato por el valle, hace un día maravilloso.

Caminó sin prisas y, por supuesto, silbó a todo pulmón su repertorio varias veces. Tal y como había deseado hacer cuando estaba tan lejos de casa. Se dejó acariciar por el contacto del sol y por la brisa que, de vez en cuando, llegaba y se llevaba sus pensamientos a otra parte. No quería aún cavilar sobre lo que tenía pendiente. Aún no.

Cuando encontró un rincón tranquilo, se sentó y decidió que era el momento. En la más absoluta intimidad, sacó el sobre de su tía y lo abrió. Dentro, una nota corta le

decía:

Querido sobrino, no quiero estar cuando te marches pero me encontrarás en la puerta de casa cuando decidas volver. Este dinero es para ayudarte.

Cerró el sobre sin contar los billetes que contenía.

Tenía que irse cuanto antes. Tan rápido y pronto como pudiera.

Regresó a casa, recogió la maleta, un poco de ropa y se marchó.

Esta vez el viaje sería muy distinto. Ahora era él quien llevaba consigo al Danzarín de los dioses. Ya no buscaba sino que terminaba la búsqueda.

Y así emprendió la vuelta a Τείχος. De camino a El Fin del Mundo. Había aprendido a no planificar demasiado sino a saber aprovechar las circunstancias que le llegaban confiando en ellas. Así es que cuando estuvo en Creta, empezó a recorrer el puerto de Άγία Galini en busca de algún marinero que se prestara a llevarlo hasta la isla. No fue ni tan rápido ni tan fácil como hubiera deseado; todos tenían faenas de las que ocuparse o, simplemente, no querían hacer aquella larga travesía.

Deambuló cargado de paciencia, hasta que gracias al trato diario con algunos de ellos, al fin consiguió que un pescador aceptara llevarle en su barca a la isla perdida en medio de la nada. Aunque le puso una condición:

—Si lo que tengas que hacer allí te entretiene más tiempo de lo que considero prudente, no te esperaré. La vuelta, pues, no la tienes asegurada.

Alicio aceptó.

Durante los cuatro días que duró el viaje, el pescador no perdió ocasión para explicarle las muchísimas historias que se contaban sobre ese lugar y sus solitarios habitantes. Allí, le advertía, solo vivían hombres desechados que se ocultaban del mundo por motivos inconfesables. Le aconsejó sobre la actitud que debía adoptar, dada su juventud, y le previno del peligro que se cerniría sobre él si se quedaba demasiado en aquel lugar de locos.

El pescador observaba con cierta preocupación a aquel chico que, aun así, seguía obstinado en llegar y al que, a cada milla recortada, más se le iluminaba el rostro de felicidad. Le veía examinando la lejanía y dudaba si no se trataría también de otro chiflado y él sería un irresponsable por haberse metido en aquella empresa.

Alicio se recreaba mirando al horizonte y sentía que el alma se le ensanchaba esperando ver de nuevo la isla de Τείχος. Sonrió al pensar en aquellos sabios monjes que se protegían del interés del mundo gracias al miedo que el mundo tenía de ellos.

«Qué extraordinaria sabiduría en la jugada.» Ahora entendía que aquellas falsas historias eran absolutamente necesarias y no podían ser desmentidas.

No pensaba en el Danzarín de los dioses, encerrado en su maleta. Por eso, cuando los oscuros dedos de la isla aparecieron en la distancia, a la alegría del momento se le unió la inquietud por la figura que le acompañaba.

El pequeño Danzarín llegaba a Τείχος junto a los escritos tantas veces robados y escondidos. Ahora, en ese día que amanecía tranquilo, él llevaba a todos a su definitivo destino.

«Como siempre, ni un plan bien elaborado. No sé cómo vas por la vida», le recriminaba su ego descreído.

Esa preocupación empezó a crecer dentro de él mientras se acercaba a la isla.

El pescador le tuvo que apartar varias veces. Era un completo estorbo para poder echar el ancla y bajar el bote o es que, tal vez, el miedo le había petrificado.

Titubeó un instante mientras el chirriar de las poleas le devolvía a la realidad y luego le pidió al hombre que le esperara en la barca. Él mismo remaría hasta la isla y luego volvería tan rápido como pudiera.

—Le pagaré el doble de lo prometido si acepta. —Así, pensó, tardara lo que tardara se aseguraba su espera—. Y de este modo podrá evitar el peligroso contacto con esas criaturas.

Al pescador no le agradaba la nueva propuesta. No había sido ese el trato inicial, le recordó. Además, dijo, el pequeño bote podría quedar mal amarrado y perderse llevado por las corrientes del lugar, o el tiempo de espera volverse demasiado largo para él y, llegado el momento, ¿cómo iba a marcharse sin su pequeña barquilla?

—No, no acepto la propuesta.

Alicio temió que aquel hombre se enfadara, así que se conformó con que le llevara hasta la pequeña playa de Τείχος y le esperara allí el tiempo prudencial que decidiera, tal como habían acordado días atrás.

Notó el peso de la maleta cuando la cogió, saltó al bote y apretó los puños.

A cada golpe de remo, a cada impulso de agua contra la madera, le llegaba un rumor intenso parecido a un fuerte resuello que surgiera de las profundidades.

El pescador manifestaba claramente su mal humor. No le gustaba esa isla negra ni le gustaba acercarse tanto a un lugar tan apartado.

Cuando llegaron a la playita de Τείχος, Alicio se quitó los zapatos y saltó al agua.

El hombre le miró, sintió una repentina compasión por aquel inconsciente y le brindó un poco más de margen. No quería tener en el futuro el peso de una mala

conciencia.

—Voy a esperarte aquí hasta que el sol pase por detrás de ese faro. Fíjate bien en él —le dijo señalando el edificio—, porque te aseguro el regreso solo hasta ese momento. No más.

—¡De acuerdo! —Levantó su pulgar en señal de conformidad.

Cuando pisó las arenas punzantes de la isla miró hacia el faro para constatar la posición del sol.

«El faro de Totmés. El lugar donde un joven se volvió viejo soñando con lo que ahora llega dentro de mi maleta.»

Por fin llegaba el corazón de Yves, pero no al monasterio, ni a la biblioteca, sino al faro. Sintió la maleta más liviana.

Fue subiendo por los estrechos senderos hasta llegar a la vieja construcción. Junto a una de las paredes, de cara al mar, se encontraba la solitaria tumba que le hicieron al egipcio.

Se sentía afortunado y muy emocionado por poder saldar esa deuda contraída tantos años atrás. Así que desplazó con todas sus fuerzas la pesada piedra negra que cubría la sepultura de Totmés y luego abrió la maleta para entregarle el Danzarín de los dioses. La figura que tanto dolor le había causado.

Al coger la bolsa de plástico se le hundieron los dedos. Extrañado, rompió el envoltorio y comprobó que las telas estaban flácidas.

El pulso se le aceleró. «¿Me han robado la estatuilla?»

Retiró las cuerdas sin tener ni que desatarlas. Con enorme desconcierto abrió las telas viejas, los latidos de su corazón le martilleaban los oídos en una desesperación inaguantable y, a pesar de todos los peligros sobre los que había sido advertido miles de veces, miró dentro.

Una pequeña rosa de oro brillaba allí. Una rosa sobre la tela sucia, en el cuenco de sus manos.

Las lágrimas empezaron a inundarle la vista y una certeza absoluta de estar en otra realidad subió desde el centro de su estómago hasta su garganta. De inmediato y sin hacerse preguntas, la envolvió de nuevo en el harapiento trapo y la depositó con delicadeza sobre el ataúd de Totmés.

Agradecido por aquel instante, respiró el aire cargado de salitre y cerró de nuevo la losa cubriendo la sepultura, respetando el especial silencio. La paz de lo reparado. No quería cuestionarse nunca cómo había ocurrido aquella transformación porque, aunque escapara de su comprensión, sabía que era lo justo y lo cierto. Estaba

convencido, y con eso ya le bastaba, de que los sentimientos pueden transformar las cosas y convertirlas en lo que deben ser.

Totmés descansaba junto al corazón de su amigo y el Danzarín de los dioses había dejado de existir.

Con la maleta abierta y el fardo de los manuscritos en ella, Alicia se quedó un largo rato en aquella calma.

El sonido de unos pasos rompió el sosiego. Se giró con la certeza de que las piezas estaban encajando por ellas mismas, sin empujarlas ni forzarlas. El universo entregaba un momento mágico.

Fedor estaba allí y sonreía.

—¡Amigo! ¡Qué elegante has vuelto!

Los dos se sintieron tan alegres de verse que se abrazaron con la fuerza del reencuentro.

—En la playa hay un pescador que...

—Sí, ya le hemos visto. Así que suponemos que volverás a marcharte rápido —dijo Fedor con una alegre resignación.

—¿Va todo bien aquí? —le preguntó Alicia con necesidad de recuperar los meses perdidos.

—Todo sigue bien. Por el camino marcado.

Se sentaron junto al faro, cerca de la tumba del viejo loco.

—¿Quieres que te ayude? —le consultó el astrónomo-bibliotecario con prudencia, mirando su maleta abierta.

—Sí. Tengo que pedirte que hagas algo. Es muy importante.

Fedor le miró con seriedad tras percibir que su voz sonaba emocionada pero firme. Aquel muchacho no dejaría de sorprenderle.

—Llévale a la torre este fardo que he traído. Contiene unos pergaminos y una libreta. Son la historia de una pequeña figura de oro que dejó de existir y debe guardarse en el séptimo nivel.

Fedor asintió sin pedir más explicaciones.

—Luego, escribe mi nombre y apellido en una nota y déjala sobre la mesa de Daniel.

Estaba seguro de que así todo se habría por fin acabado y el peso estaría aliviado.

—Así lo haré.

Se quedaron un momento escuchando el rumor del viento. Una paz mansa que iba y

venía, como las olas del mar.

—Más vale que no le haga esperar. Tengo que irme a París. —Rio Alicio señalando el bote que se mecía en la orilla de la playa.

Alicio cogió el fardo de su maleta y se lo entregó a Fedor, que lo aceptó con un gesto tranquilo. Se levantaron y se abrazaron en una despedida que quizá fuera la última.

Cuando Alicio ya llegaba a la playa, cientos de gaviotas planeaban en un silencioso vuelo desde la fortaleza hasta la superficie del mar.

Fedor recordó aquella noche en la que, también desde el faro, le vio luchando contra la tormenta. No se habían equivocado cuando decidieron confiar en él. En un impulso gritó:

—¡Solo es valiente quien antes siente miedo!

Su amigo se giró hacia él y desde la playa levantó la mano.

Ambos oyeron el tañido de la campana de bronce en la distancia. Su sonido grave y profundo les llegó como una nota perfecta. Como una palabra primigenia que una brisa llevara sobre El Fin del Mundo.

Agradecimientos

*D*oy las gracias en especial a mis padres, por su protección y cariño.

A mi hermano Kiko, que me retó en una lejana y divertida noche a escribir un libro. A Eu, mi hermana, por estar siempre cerca y acompañarme en las largas noches de las primeras lecturas de esta historia.

Al resto de mi familia y a los amigos de verdad, que me han animado a continuar en los momentos difíciles; sin todos ellos no habría aprendido tantas cosas que estaban por aprender. A Isabel de Bellart, por su entusiasta amor a los libros, gracias.

A la música y a los sentimientos, que me ayudan a escribir.

Esta novela no podría ser la misma sin todas las vivencias que han ido dando forma a mi camino; pero es gracias a ti, lector, que en estos momentos la sostienes y terminas su lectura, que consigue su sentido. Mi propósito con este relato es haber llegado a tu corazón y no haberte decepcionado.

© Lluïsa Piñol, 2016

Primera edició en este formato: julio de 2016

© de la traducció: María Angulo Fernández

© d'aquesta edició: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona.

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-16700-11-0

Prohibida la reproducció, la transmissió total o parcial d'aquest llibre sota cap forma ni per cap mitjà, electrònic ni mecànic (fotocòpia, enregistrament o qualsevol mena d'emmagatzematge d'informació o sistema de reproducció), sense el permís escrit dels titulars del copyright i de la casa editora.